El problema con el día de San Valentín.

The Trouble With Valentine's Day

Rachel Gibson

Argumento

El problema con el día de San Valentín

POR RACHEL GIBSON

No hay nada como un día entero dedicado a los enamorados para que hacer que una chica se sienta como una absoluta perdedora.

Abandonada por su novio, que resultó ser un psicópata, y hasta las narices de su trabajo, Kate Hamilton necesita poner en orden su vida y recuperar un poco de su pérdida autoestima. Así que decide trasladarse desde la caótica y brillante ciudad de Las Vegas a las tierras salvajes de Gospel, en Idaho, para ayudar a su anciano abuelo. Está claro que es una decisión acertada… ¿qué podría salir mal?

Bueno… para empezar, que lo mejor que puede encontrar un viernes por la noche para entretenerse es leer un poema… hasta que decide echar una cana al aire con el primer hombre que merezca la pena. Pero da la casualidad que ese primer hombre resulta ser Rob Sutter, una antigua estrella de hockey sobre hielo, actual propietario de la tienda de Deportes Sutter, colindante a la tienda de su abuelo, y que no sólo la rechaza sino que termina sermoneándola.

Rob está harto de todo lo relacionado con el amor y no quiere involucrarse en una nueva relación. Pero cuando él y Kate son pillados in fraganti en una posición más que comprometedora en el supermercado local –dándole un nuevo sentido a la frase "limpiando el pasillo cinco"– empieza a replantearse su punto de vista.

Lo malo es que acaban de dar una importante carnaza a todas las cotorras de Gospel.

Índice

Argumento 2
Capítulo 1 4
Capítulo 2 16
Capítulo 3 32
Capítulo 4 45
Capítulo 5 60
Capítulo 6 73
Capítulo 7 89
Capítulo 8 99
Capítulo 9 112
Capítulo 10 128
Capítulo 11 143
Capítulo 12 154
Capítulo 13 170
Capítulo 14 186
Capítulo 15 198
Capítulo 16 210
Capítulo 17 223
Capítulo 18 239
Capítulo 19 248
Epilogo 260
Agradecimientos 262

Capítulo 1

El Día de San Valentín apestaba a lo grande.

Kate Hamilton llevó hasta su boca una taza de *ron caliente a la mantequilla*[1] y se bebió hasta la última gota. En la escala de "cosas que apestaban", se encontraba en algún sitio entre caerse de bruces en público y el pastel de carne de su tía abuela Edna. Lo primero era doloroso y embarazoso, mientras que lo otro, era una abominación a los ojos del Señor.

Kate bajó la taza y se lamió las comisuras de los labios. El ron caliente la hizo entrar en calor desde el interior, templando su piel y fundiendo la habitación a su alrededor en un resplandor acogedor. Pero no hizo nada para levantarle el ánimo.

Se estaba compadeciendo de sí misma y ella odiaba eso. No era el tipo de mujer que se pasaba el tiempo lloriqueando. Era el tipo de mujer que se llevaba bien con la vida, pero no había nada como un día entero dedicado a los amantes para hacer que una chica soltera se sintiese como una perdedora.

Un día entero de corazones y flores, bombones de chocolate y ropa interior traviesa entregados a alguien más. Alguien que no se lo merecía. Alguien que no era ella. Veinticuatro horas que le recordaban que dormía sola, normalmente vestida con una camiseta andrajosa. Un día entero que le señalaba que estaba sólo a una mala relación de distancia de tirar la toalla. De cambiar sus tacones Fendi por Hush Puppies. De conducir hacia un refugio de animales y adoptar a un gato.

Kate echó una mirada alrededor del Duchin Lounge, el bar donde estaba sentada en un taburete, dentro de la posada Sun Valley. Brillantes guirnaldas de corazones decoraban los pasamanos de latón, al tiempo que había rosas y parpadeantes velas colocadas en cada mesa. Corazones rojos

---

[1] **N. de T.**: El **Hot Buttered Rum** es un cóctel caliente donde se mezcla ron añejo con sidra caliente, miel, mantequilla, canela y clavos de olor.

y rosados estaban pegados detrás de la barra y en las grandes ventanas con vista a los pinos cubiertos de nieve afuera, a las pistas perfectamente acondicionadas y a los esquiadores nocturnos. Los focos llenaban las laderas, bañándolas en sombras blanco dorado y unas más oscuras.

Aquellos dentro del Duchin estaban engalanados con lo último en ropa de esquí. Suéteres de Armani y Ralph Lauren, botas UGG y chalecos polares Patagonia. Kate se sentía un poco como la pariente pobre con sus vaqueros y su suéter verde oscuro. El suéter le quedaba bien e iba a juego con sus ojos, pero no era de marca. Lo había comprado en Costco[2] junto con una bolsa de bikinis de la marca Hanes Her Way, un pote de casi cuatro litros de champú y aproximadamente dos kilos de margarina.

Se giró a ambos lados en su taburete, y su mirada se desplazó hacia las grandes ventanas a lo largo del bar. ¿Cuándo había empezado a comprar su ropa interior al por mayor en un almacén en vez de en Victoria's Secret? ¿Cuándo se había vuelto su vida tan patética? ¿Y por qué casi dos kilos de margarina le había parecido alguna ve una buena idea?

Al otro lado de las ventanas del Duchin, los blandos copos de nieve flotaban sobre las luces exteriores y suavemente tocaban el suelo. Había comenzado a nevar a primera hora de la tarde, poco después de que Kate hubiese alcanzado la frontera entre Idaho y Nevada y no había amainado. Como resultado de toda esa nieve, conducir hasta Sun Valley desde Las Vegas le había llevado casi nueve horas en vez de las siete habituales.

Normalmente, ella habría conducido directamente sin detenerse, pero no cuando estaba nevando tanto. No cuando estaba tan oscuro que un giro equivocado en las Montañas Sawtooth podía hacer que una chica aterrizase en uno de esos diminutos pueblos donde los hombres eran hombres y las ovejas eran nerviosas. A la mañana siguiente, planeaba conducir una hora más hasta el pequeño pueblo de Gospel, Idaho, donde vivía su abuelo.

Kate pidió su tercer *ron caliente a la mantequilla* y volvió su atención al camarero. Parecía estar al final de los veinte años con oscuro cabello

---

[2] **N. de T.**: **Costco Wholesale Corporation** es la cadena tipo "club de precios" (ventas al por menor, por lo general de una amplia variedad de mercancías, donde los clientes están obligados a comprar grandes cantidades de productos al por mayor), más grande en el mundo basada en ventas al mayoreo. También es la quinta distribuidora minorista en los Estados Unidos.

rizado, y un pequeño destello travieso en sus ojos marrones. Llevaba puesta una camisa blanca de vestir y pantalones negros. Era joven, guapo, y también llevaba anillo de casado.

—¿Puedo conseguirte alguna otra cosa, Kate? —preguntó con una sonrisa que rebosaba encanto juvenil. Había recordado su nombre, una cualidad que le hacía buen camarero, pero el pensamiento principal en la cabeza de Kate era que el hombre probablemente tenía varias novias en secreto. Los hombres como él normalmente las tenían.

—No, gracias — respondió ella y a propósito empujó sus cínicos pensamientos al fondo de su mente. No le gustaba haberse convertido en una persona tan negativa. No le gustaba el pesimismo que se había instalado en su cabeza. Quería que volviese la otra Kate. La Kate que no era tan cínica.

En las mesas y los reservados las parejas reían, hablaban y compartían besos por encima de las botellas de vino. La melancolía de Kate por el Día de San Valentín se hundió un poco más.

A esta hora el año pasado, Kate estaba cenando en Las Vegas, en el "Le Cirque", con su novio Manny Ferranti. Ella había tenido treinta y tres años, Manny treinta y nueve. Cuando estaban con el cocktail de gambas, ella le había dicho que había reservado una habitación para ellos en el Bellagio. Al llegar al asado de ternera, le había descrito las bragas sin entrepierna a juego con el sujetador que llevaba debajo del vestido. Con el postre ella sacó el tema del matrimonio. Habían estado juntos dos años, y ella pensaba que era hora de hablar de su futuro. En vez de hablar, Manny la botó a la mañana siguiente. Después de haberle dado buen uso a la habitación y a sus bragas.

En aquel momento, Kate se había quedado un poco sorprendida por lo bien que estaba llevando la ruptura. Bueno, quizá no *bien*. Había estado bastante enojada, pero su mundo no se había derrumbado. Había amado a Manny, pero también era práctica. No sabía por qué no lo había visto antes, pero Manny tenía fobia al compromiso. ¿Con treinta y nueve y nunca se había casado? El hombre obviamente tenía serios problemas, y no quería malgastar su tiempo con un hombre que no podía comprometerse. Ella ya había pasado por eso, con otros novios que querían salir durante años pero nunca dispuestos comprometerse a más. ¡Que se fueran al carajo las malas relaciones!

Al menos era lo que se había dicho a sí misma, hasta que hace unos meses atrás había visto el anuncio de la boda de Manny en el periódico. Había estado en su oficina, hojeando el "Las Vegas Review Journal", buscando la sección de registro civil, viendo si alguna de sus personas desaparecidas había muerto, y allí había estado. Un pequeño y bonito anuncio con una foto. Manny y una morena luciendo felices y enamorados.

Manny había encontrado a alguien y se había casado con ella, menos de ocho meses después de haber roto su relación con Kate. Además, alguien con quien había salido menos de ocho meses. Él no había estado resistiéndose al compromiso. En absoluto. Simplemente había estado reacio a comprometerse con *Kate*. Lo que la hería mucho más de lo que había pensado. Mucho más de lo que alguna vez hubiese creído posible. Más que la ruptura. Más que él abandonándola después de una noche de sexo ardiente. Eso hacía que se le tensase el pecho y se le apretara la garganta y confirmaba algo que ya no podía ignorar por más tiempo.

Había algo que estaba mal en ella.

Algo más que su metro ochenta de altura. Más que su talla cuarenta y tres de zapatos y su liso cabello rojo. Ella era detective privado. Dedicaba su vida a escarbar en la vida personal de las personas, buscando motivos y pautas. Escudriñando sus antecedentes y sus patrones de conducta privados y públicos, pero nunca se había detenido a indagar en su propia vida.

Ver el anuncio de la boda de Manny en el periódico había cambiado eso. La había forzado a examinar su propia vida, algo que siempre había evitado en lo posible. Lo que había descubierto es que se sentía atraída por hombres inaccesibles. Hombres que seguían con los ojos a todas las faldas, con novias ocultas o con miedo al compromiso.

Quizá pensaba que no se merecía algo mejor, o quizá le gustaba el desafío. No sabía con certeza por qué siempre escogía hombres que no estaban disponibles, pero una cosa era segura, estaba cansada de malas relaciones y un corazón roto.

El día después de ver el anuncio de Manny había jurado acabar con las malas relaciones. Había jurado citarse únicamente con tipos *disponibles*, agradables y sin ningún problema. Se había enfocado en su trabajo. Un empleo que siempre le había encantado y en el que era malditamente buena.

Trabajaba para Intel Inc., una de las más prestigiosas agencias de investigación de Las Vegas. Disfrutaba con todo lo que significaba ser investigador privado. Todo desde espiar en los bajos fondos o fraudes a las compañías de seguros o a los casinos, hasta reunir amores perdidos o familiares desaparecidos. Si tenía que seguir a novios, novias o esposos infieles estaba bien también. Oye, si un hombre o una mujer eran infieles entonces merecían ser descubiertos. Y si no lo eran (lo que *nunca* era el caso) no había daño. De cualquier manera, no había sido su problema. Kate cobraba por su tiempo y se alejaba....

Hasta el día que Randy Meyers entró en su oficina en el cuarto piso. No había nada remarcable acerca de Randy. No había sido ni guapo ni feo. Ni alto ni bajo. Él simplemente había sido.

Él había venido a Intel Inc. y a Kate porque su esposa había desaparecido con sus dos niños. Le había enseñado a Kate la típica foto familiar. De esas que te sacan en el centro comercial por treinta dólares. Todo en la foto era normal. Todo, desde los suéteres a juego hasta el corte militar del chico y el diente frontal que le faltaba a la niña.

Y todo acerca de Randy concordaba. Había trabajado donde había dicho que lo hacía. No había tenido antecedentes penales. Ninguna historia de abuso. Había vendido autos en Valley Automall y había sido el dirigente de su hijo en la Manada Scout. Había sido el entrenador de fútbol de su hija, y él y su mujer, Doreen, habían asistido juntos a las clases en la facultad de la comunidad.

Su esposa y sus hijos no habían sido difíciles de encontrar. En absoluto. Habían volado a Waynesboro, Tenessee, para quedarse con la hermana de Doreen. Kate le había dado a Randy la información, cerrado el caso y nunca habría vuelto a pensar en eso si Randy no hubiese abierto las noticias nacionales veinticuatro horas más tarde. Las cosas que les había hecho a su mujer y a sus hijos antes de asesinarlos habían aturdido al país. Y habían afectado a Kate profundamente.

Esta vez, ella no había sido capaz de permanecer al margen. Esta vez no había sido capaz de decirse a sí misma que no era su problema, que sólo había estado haciendo su trabajo. Esta vez no había sido capaz de seguir adelante.

Una semana más tarde, había renunciado a su trabajo. Había llamado a su abuelo para decirle que iría a visitarle por una temporada. Su abuela había muerto dos años antes, y Kate sabía que su abuelo, Stanley,

estaba solo. Él tendría su compañía y ella tendría un respiro. No sabía cuánto tiempo se quedaría, pero el suficiente para descubrir que haría luego. Para dar un paso atrás y descubrir que era lo próximo que quería hacer.

Se giró hacia la barra y tomó un trago. El ron se deslizó fácilmente y le agregó un poco más de fuerza a su creciente borrachera. Con firme determinación se sacó de la cabeza a la familia Meyer y se concentró en la hilera de corazones a lo largo de la barra. Era el día de San Valentín, y eso le recordaba que no había tenido una buena cita en meses. Ni sexo desde lo de Manny en el Bellagio. Aunque no echaba de menos a Manny, echaba de menos la intimidad. Añoraba el toque de las fuertes manos de un hombre. Algunas veces deseaba ser el tipo de mujer que podía ligarse a un hombre en un bar. Sin arrepentimientos. Sin recriminaciones. Sin querer comprobar primero sus antecedentes.

Algunas veces deseaba ser como su amiga Marilyn, cuyo lema era "Si no la usas, la perderás", como si su vagina tuviese fecha de caducidad.

Miró su reflejo en el espejo de la barra y se preguntó si perder el deseo sexual era como perder un calcetín en la lavandería. ¿*Eso* desaparecía sin dejar rastro? Cuando te dabas cuenta de que no estaba, ¿ya era demasiado tarde? ¿Desaparecía para siempre?

No quería perder su deseo sexual. Era demasiado joven. Sólo por una noche, deseaba apagar el interrogador en su cabeza, encontrar al tipo más sexy que estuviese por los alrededores, agarrarle del frente de la camisa y besarle. Sólo por una noche, deseaba ser el tipo de mujer que pudiera atiborrarse de sexo salvaje con un hombre al que no conociera y al que no vería nunca más. Su contacto la quemaría viva, y ella olvidaría todo excepto su boca en la suya. Le llevaría a su habitación del hotel o quizá ni siquiera conseguirían llegar a la habitación y lo tendrían que hacer en el ascensor, en el armario de servicio, o quizás se lo haría en el hueco de la escalera.

Kate tomó un trago y volvió su atención al guapo camarero. Él estaba al final de la barra riendo, bromeando y agitando martinis. Podía haberse vuelto cínica acerca de la gente y especialmente los hombres, pero todavía era una mujer. Una mujer con docenas de fantasías girando por su cabeza. Fantasías de ser engullida dentro de unos grandes y fuertes brazos. De ojos que se encontraban a través de una habitación llena de gente. De atracción instantánea. De lujuria implacable.

Desde su ruptura con Manny, todos los hombres de sus fantasías eran completamente opuestos a su antiguo novio. Todos ellos eran chicos malos con grandes manos y aún más grandes... pies. La estrella de su actual fantasía era un tipo rudo rubio con botas de motociclista de la talla 47. Ella le había cogido de un anuncio de Dolce & Gabanna en la revista *Cosmopolitan*, donde aparecía malo, despeinado y genial.

Algunas veces, su fantasía era que él la atara al asiento trasero de su Harley y se fugara con ella a su choza del amor. En otras, ella le conocía en diferentes cantinas con nombres como "Puños de Metal" o "Engendro del Diablo". Sus ojos se encontrarían y no llegarían más lejos del callejón más próximo, antes de arrancarse la ropa el uno al otro.

Alguien tomó el taburete al lado de Kate y chocó contra su hombro. Su bebida se derramó y tuvo que agarrar la taza caliente con ambas manos.

—Una cerveza Sun Valley — pidió una masculina voz a su lado.

—¿Vaso o botella? — preguntó el camarero.

—En botella está bien.

Por mucho que a Kate le encantara vivir una de sus fantasías, sabía que nunca ocurriría porque no podía desconectar el detective privado de su cabeza. La cosa era, que en el momento crucial decidiría comprobar antes sus antecedentes.

El aroma del frío aire de la noche de repente rodeó su cabeza, y deslizó la mirada desde su taza a la franela de cuadros verdes enrollada en un grueso antebrazo. Llevaba atado a la muñeca izquierda un Rolex de oro y una estrecha banda de plata rodeaba su dedo corazón.

—¿Quieres esto en la cuenta de tu habitación? — quiso saber el camarero.

—Nop, pagaré ahora — Su voz era baja y un poco ruda mientras alcanzaba su cartera en el bolsillo trasero de sus Levi's. Su codo rozó el de suyo mientras ella deslizaba su mirada desde la franela de su brazo hasta sus grandes hombros. Las luces del techo brillaban sobre él y sacaban intricados destellos dorados de su cabello castaño. Liso y peinado con los dedos, su cabello cubría el cuello de su camisa y la parte superior de sus orejas. Un bigote a lo Fu Manchú enmarcaba su ancha boca, y se había dejado crecer un pequeño parche de barba debajo del lleno labio inferior.

Su mirada continuó subiendo hasta un par de profundos ojos verdes que le devolvían la mirada por encima de su ancho hombro, y que eran más verdes que todos los tonos de su camisa. Sus párpados parecían un poco pesados, como si estuviera cansado, o acabara de levantarse de la cama.

Ella tragó saliva. Con fuerza.

—Hola — dijo él, y su voz pareció verterse a través de ella como su *ron caliente a la mantequilla.*

¡Santa María Madre de Dios! ¿Había conjurado al tipo rudo de su fantasía al pensar en él? No era rubio pero ¿a quién le importaba? —Hola —se las arregló para decir, como si no hubiese empezado a cosquillearle el vello de la parte de atrás del cuello.

—Es una noche hermosa para ir a las pistas ¿no crees? — preguntó él.

—Espectacular —contestó ella, aunque su cabeza no estaba en el esquí. El tipo era grande. De la clase de grande que venía de la herencia genética y el trabajo físico. Suponía que él tendría entre treinta y cinco y cuarenta años.

—Hay un montón de nieve nueva.

—Eso es cierto. — Kate presionó las yemas de sus dedos en la cálida taza de porcelana y luchó contra la urgencia de jugar con su pelo como cuando estaba en octavo grado—. Me encanta toda esa nieve recién caída.

Él se giró en el taburete para mirarla de frente y el corazón de Kate casi se detuvo. Él era incluso mejor que el hombre de su fantasía, y el hombre de su fantasía estremecía.

—¿Y entonces por qué no estás ahí afuera? — preguntó él.

—Yo no esquío — confesó.

Sorprendido elevó una ceja y las comisuras de su boca. — ¿No?

Nunca confundirías a este hombre con un modelo masculino. Nunca verías su rostro promocionando a Dolce & Gabanna o tumbado en una playa con un traje de Gucci. Él era demasiado grande. Demasiado masculino. Demasiado macho. Su impacto completo era demasiado real. —No. Sólo estoy de paso. Estaba nevando con tanta fuerza que tuve que parar para pasar la noche. — Él tenía una diminuta cicatriz justo debajo del parche de barba, y su nariz parecía como si hubiese sido rota. En realidad apenas se notaba, pero Kate estaba entrenada para percibir todo

en el rostro de una persona. Y estudiar el rostro de este hombre era puro placer.

—Espero que aclare. — Él agarró la botella de cerveza con la mano derecha—. Me dirijo a Bogus Basin por la mañana.

—¿Eres un esquiador itinerante[3]?

—Durante los meses de invierno, sí, bastante. Después de Bogus, iremos a Targhee y a Jackson Hole antes de dirigirnos a Colorado.

¿Iremos? — ¿Estás aquí con amigos?

—Sí, mis colegas están todavía fuera en las pistas. — Él enganchó los tacones de sus botas en el peldaño inferior de su taburete y sus rodillas abiertas rozaron la parte exterior del muslo de Kate.

El contacto casual hizo algo a las partes íntimas de Kate. No fue exactamente lujuria instantánea e implacable, pero fue algo. — ¿Por qué no estás fuera con ellos? —Colegas. Amigos en masculino. Los hombres generalmente no se referían a sus amigas como colegas.

Él levantó la cerveza hacia sus labios. — Las rodillas me dolían — respondió y tomó un largo trago.

Pero no había duda en su mente de que este hombre tenía una mujer en su vida. Probablemente más de una. — ¿Esquiando con los colegas el día de San Valentín?

Él la miró con esos ojos verdes suyos mientras bajaba la botella. —¿Es el día de San Valentín? — preguntó y se lamió una gota de cerveza del labio superior.

Kate sonrió. El hecho de que no lo supiera probablemente significaba que no tenía nada serio con nadie en este momento. — Todos los años el decimocuarto día de febrero.

Él miró alrededor del bar como si realmente lo estuviese viendo por primera vez. — Ahh. Eso explica los corazones.

---

[3] **N. de T.**: El **Ski Bum** es una práctica que empezó a popularizarse en Estados Unidos a partir de los años 70. Se trata de buscar un trabajo en invierno, normalmente vinculado a una estación de esquí, que te permita ganar el dinero justo para aguantar toda la temporada esquiando. Pero también se aplica a aquellos que durante la temporada de invierno van de estación en estación buscando las mejores pistas para esquiar.

La mirada de Kate fue bajando, pasando por el bigote que enmarcaba su boca y barbilla, la ancha columna de su nervudo cuello hasta llegar al hueco de su bronceada garganta. — Creo que aquí somos los únicos que no somos pareja.

—No me digas que estás aquí sola.

Kate volvió a mirarlo y se rió. Le gustaba la manera en que había dicho eso, como si le resultara difícil creerlo. — Sí, figúrate. — En su fantasía favorita, ella se quedaba atrapada con un monumento de hombre en la sección de zapatería de Nordstrom. — ¿Y qué hay de ti? ¿Se va a enfadar alguien contigo por olvidar el día de San Valentín?

—Nop.

Ella nunca había situado una de sus fantasías *en* un albergue de esquí, pero ahora se lo estaba pensando. No podía evitarlo. El hombre emitía feromonas como si fuese un reactor nuclear de Chernobyl. Sentada tan cerca de la zona cero, la radiación era letal.

Él se subió las mangas de la camisa de franela y dejó a la vista lo que parecía ser la cola de una serpiente o alguna clase de reptil sobre su grueso antebrazo izquierdo. — ¿Eso es una serpiente?

—Sí. Es Chloe. Es un amor.

Seguro. El tatuaje era dorado oscuro con bandas blancas y negras y parecía tan real que ella se acercó para mirarlo mejor. Las escamas estaban perfectamente definidas, y sin pararse a pensarlo, Kate alargó la mano y tocó su brazo desnudo. — ¿Qué tipo de serpiente es? — Ella medio esperaba sentir las frías escamas en vez de cálida piel suave.

—Una pitón de Angola.

Pitón. ¡Ay Dios! — ¿Qué tan grande? — Kate volvió a mirarlo al rostro. Algo sexy y sensual brillaba en las verdes profundidades de sus ojos. Una necesidad que hizo que su pulso se disparase y que un hormigueo se propagara por sus muñecas.

Él se llevó la cerveza a la boca y apartó la mirada. — Algo más de metro y medio. —Tomó un largo trago y cuando volvió a mirarla, esa chispa de algo había desaparecido, como si nunca hubiese estado allí.

Ella dejó caer su mano. — ¿Y está el metro y medio tatuado en tu cuerpo?

—Sí. —Apuntó a su antebrazo con el cuello de la botella—. Su cola termina aquí. Está envuelta alrededor de mi brazo, baja por mi espalda, y se enrolla alrededor de mi muslo derecho.

Kate bajó la mirada a su muslo y directamente a su ingle. Unos suaves Levi's deteriorados cubrían sus piernas y ahuecaban el bulto en su entrepierna. Ella apartó rápidamente la mirada antes de que la pillara contemplándolo. — Tengo un tatuaje.

Él rió. Un retumbe bajo en su pecho que le hizo cosas divertidas a *su* pecho. — ¿Qué? ¿Un corazón en el tobillo?

Ella sacudió la cabeza y tomó un largo trago de su taza. Su temperatura se disparó y sintió su rostro sonrojarse. No sabía si era por el ron o por el cóctel de testosterona sentado a su lado, pero se estaba empezando a sentir un poco mareada. No la clase de mareo que te hacía desmayarte, sino de la clase que te hacía poner una sonrisa en tu rostro incluso cuando no tenías ganas de sonreír.

—¿Hmm? — Él bajo la mirada al lado de su garganta. — ¿Una rosa en tu hombro?

La clase de mareo que le hacía a una chica pensar en cosas calientes y sudorosas. Cosas calientes, sudorosas y *desnudas* sobre las cuales probablemente no debería actuar. —Nop.

Él la miró de nuevo a los ojos y especuló. —Un sol alrededor de tu ombligo.

—Una luna y algunas estrellas, pero no alrededor de mi ombligo — Calientes, sudorosas y desnudas cosas acerca de las que nadie más sabría nunca.

—Sabía que sería algo de chicas — Se burló él mientras meneaba la cabeza. — ¿Dónde?

No podía ser sólo ella. Él tenía que sentirlo también, pero ¿qué si le hacía una proposición y él la rechazaba? No creía que pudiera soportar esa clase de humillación. — En mi trasero.

Líneas de sonrisa arrugaban las esquinas de sus ojos, y él se rió de nuevo. — ¿Media o llena?

Espera, es un hombre, pensó ella mientras se zampaba su bebida. Los hombres eran hombres. Él no la rechazaría. — Creciente.

—Una luna en una luna. — Él levantó una ceja y se inclinó a un lado para mirar su trasero como si pudiera ver a través de la ropa. —Interesante. Nunca lo he visto antes. —Tomó un trago de su cerveza y se enderezó.

Quizá fue el ron o sus calientes, sudorosos y desnudos pensamientos. Quizá fue porque era el día de San Valentín y se sentía sola y todavía no quería usar Hush Puppies. Quizá sólo por una vez quería actuar por impulso. Quizá fueron todas esas cosas, pero antes de que pudiera detenerse, preguntó, — ¿Quieres verlo? — En el momento que las palabras abandonaron sus labios, su corazón pareció detenerse junto con su respiración. ¡Oh Dios!

Él bajó la botella. — ¿Me lo estás proponiendo?

¿Lo estaba? Sí. No. Quizás. ¿Podría ella llevarlo a cabo? *No lo analices tanto. No pienses en ello hasta morir,* se dijo a sí misma. *No vas a ver a este tipo nunca más. Por una vez en tu vida, sólo ve por ello.* Ni siquiera conocía su nombre. Supuso que no importaba. — ¿Estás interesado?

Lentamente, como para asegurarse de haberla entendido perfectamente, él preguntó, — ¿Estás hablando de sexo?

Ella miró esos ojos que le devolvían la mirada fijamente e intentó respirar a pesar de la repentina presión en su pecho. ¿Podía usar y abusar de él? ¿Podría trenzarlo en un pretzel sexual para luego echarlo por la puerta cuando hubiese acabado? ¿Era ella esa clase de persona? —Sí.

Y allí estaba otra vez. Esa caliente y sensual necesidad que destellaba y quemaba. Entonces en un abrir y cerrar de ojos sus facciones se endurecieron y su mirada se enfrió. — Me temo que va a ser no — dijo como si le hubiese ofrecido un destino peor que la muerte. Colocó su cerveza en la barra y se levantó hasta cernirse sobre ella.

Kate se las arregló para soltar un aturdido "Oh" justo antes de que sus mejillas se encendieran y sus orejas comenzaran a zumbar. Levantó una mano hasta su entumecido rostro y esperó no desmayarse.

—No lo tomes como algo personal, pero no follo mujeres que conozco en los bares. — Entonces se alejó, saliendo del salón lo más rápido que sus grades botas le podían permitir.

Capítulo 2

A los trece años, Kate se había convertido en una visitante poco habitual de Gospel. Siendo niña le había encantado ir de excursión al área silvestre y nadar en el lago Fish Hook. Le había encantado ayudar en el M&S Market, la pequeña tienda de comestibles de sus abuelos. Pero al llegar a la adolescencia, pasar el tiempo con sus abuelos ya no había sido "guay", y los había visitado en raras ocasiones.

La última vez que Kate había viajado a Gospel, había sido para asistir al funeral de su abuela. Recordando, ese viaje había sido un corto y doloroso borrón.

Este viaje era menos doloroso, pero en el momento en que posó los ojos en su abuelo, supo que su visita no tendría nada de corta.

Stanley Caldwell era propietario de una tienda de comestibles llena de alimentos. Vendía carne fresca y compraba productos frescos, sin embargo cenaba todas las noches comida precocinada. "Hungry Man" de Swanson[4]. Pato y carne mechada.

Mantenía su casa limpia, pero después de dos años, todavía estaba atestada de recuerdos de Tom Jones, lo que Kate pensaba que era bastante raro, puesto que la fanática de Tom Jones había sido su abuela, no su abuelo. De hecho, él había salido al paso para indicarle que su obsesión era algo que apoyaba, pero no compartía, como ella no había compartido su amor por la caza mayor.

De los dos, Melba Caldwell había sido más devota de Tom Jones, que Stanley de la caza. Cada verano, su abuelo conducía a su abuela como un peregrino visitando lugares sagrados, hasta Las Vegas al MGM Grand para

---

[4] **N. de T.**: **Swanson & Sons C.A.** es una compañía Norteamericana que en 1953 desarrolló es una especie de alimento precocinado envasado en un recipiente de plástico, el cual requiere poca preparación y contiene todos los elementos para ser servidos, también conocido como "comida precocinada" o "cena congelada".

que rindiese culto a su fe. Y cada año, en vez de pedacitos de papel o cucharillas, ella se metía en el bolso un par de bragas extra.

Kate había acompañado a su abuela a uno de los espectáculos de Tom hace un montón de años. Una vez había sido suficiente. Ella tenía dieciocho, y ver a su abuela sacar de repente un par de bragas de seda roja y lanzarlas al escenario la había traumatizado de por vida. Habían volado por el aire como una cometa y se habían enredado en el micrófono de Tom. Incluso ahora, después de tantos años, la imagen de Tom secándose el sudor de las cejas con las bragas de su abuela la perturbaba y le causaba un profundo surco en el centro de la frente.

La abuela de Kate había fallecido hace dos años, pero ninguna de sus cosas había sido empacada y todo seguía allí. Los suvenires de Tom Jones estaban por todas partes, era como si su abuelo mantuviera viva la memoria de su abuela a través de ceniceros "Sex Bomb", vasos de chupito "Delilah" y muñecas cabezonas "Pussycat". Como si al deshacerse de esas cosas la perdiera completamente.

Él rehusaba contratar a alguien que le ayudara en la tienda por el día, incluso aunque ciertamente se lo podía permitir. Los gemelos Aberdeen y Jenny Plummer se rotaban en el turno de noche. La tienda estaba cerrada los domingos, y la única diferencia real era que ahora Kate era la que trabajaba con él en vez de Melba.

Estaba tan chapado a la antigua que todavía hacía la contabilidad a mano en un gran libro administrativo. Seguía llevando la lista de ventas y el inventario en diferentes cuadernos de colores como hacía desde los años sesenta. Se negaba completamente a poner un pie en el siglo XXI y no tenía computadora. La única pieza moderna de equipamiento de oficina que tenía era una calculadora de escritorio.

Si las cosas no cambiaban iba a acabar con un pie en la tumba más pronto que tarde. Kate se preguntaba si eso no era lo que él secretamente esperaba. Ella había venido a Gospel para darse un respiro, para huir de su vida por un tiempo. Pero una mirada a la cara de su abuelo y a su aún más triste existencia y había sabido que no podría dejarle hasta que él no comenzara a vivir de nuevo. No solamente andando por inercia.

Llevaba en Gospel dos semanas, pero le había llevado solamente dos días darse cuenta de que el pueblo no había cambiado mucho desde que era niña. Había una monotonía en Gospel, una previsibilidad del día a día, que sorprendió a Kate al descubrir que la atraía. Había una cierta paz en

conocer a tus vecinos. E incluso aunque todos esos vecinos estaban armados y preparados para la acción no era como si fueran a cometer una matanza.

Al menos no hasta la primavera. Como los osos negros que rondaban por el área silvestre, el pueblo también hibernaba durante los meses de invierno. Una vez que la temporada de caza terminaba a finales de otoño, no había mucho que hacer hasta que la nieve se fundiese.

Desde que Kate podía recordar, la gente del pueblo había mantenido una relación de amor-odio con los turistas y habían sospechado de cualquiera que no llevara la matrícula de Idaho de "las famosas patatas" atornillada al parachoques. Desconfiaban de California y se sentían superiores a cualquiera que no hubiese nacido o se hubiese criado en Idaho.

Después de todos estos años, Gospel aún tenía sólo dos restaurantes. En el Cozy Corner Cafe las especialidades del día seguían siendo el pollo frito y el filete frito de pollo. El pueblo tenía dos tiendas de comestibles, M&S era la más pequeña de las dos, con sólo una caja. En las afueras del pueblo, se alineaban dos iglesias en la misma calle. Una aconfesional, la otra mormona. Gospel tenía cinco bares y cuatro armerías.

El único negocio nuevo en el pueblo era una tienda de deportes situada en lo que una vez había sido la farmacia, justo al otro lado del estacionamiento desde el M&S. El viejo edificio de troncos había sido renovado y restaurado, y grandes letras doradas deletreaban SUTTER SPORTS justo encima de la vidriera en forma de pez de la gran ventana frontal. Tenía un techo verde metálico y un toldo, y un letrero de "Cerrado hasta a abril" colgaba de las puertas dobles de cristal y acero.

Según Stanley, Sutter no vendía armas. Nadie sabía por qué. Esto era Gospel, después de todo, la capital mundial de los fanáticos de las armas. El lugar donde los chicos se hacían miembros de La Asociación Nacional del Rifle antes de sacarse el carnet de conducir. El lugar donde todas las camionetas pickup tenían un armero y calcomanías en el parachoques donde ponía PODRÁN TENER MI ARMA CUANDO ME LA ARRANQUEN DE MIS DEDOS MUERTOS. La gente dormía con pistolas metidas bajo la almohada o en el cajón de la ropa interior. Y para ellos era una especie de orgullo el que ningún ciudadano de Gospel hubiese sido asesinado con un arma de fuego desde el cambio de siglo, cuando dos de los muchachos Hansen habían cosido a tiros a una prostituta llamada Frenchy.

Bueno, *había* habido aquel incidente en el año 95 cuando el antiguo sheriff del pueblo se había quitado la vida. Pero eso no contaba porque quitarse la propia vida en realidad no era un crimen castigable. Y la verdad es que a nadie le gustaba hablar de ese capítulo en particular de la historia del pueblo.

La mayoría de las cosas dentro del M&S seguían tal como Kate las recordaba de su infancia. La cornamenta de doce puntas de un ciervo que su abuelo había cazado en el año 79 todavía se exhibía sobre la vieja y abollada caja registradora. Alrededor de la cafetera comercial, la conversación iba desde el misterioso propietario de SUTTER SPORTS a la operación de cadera de Iona Osborne.

—No puedes pesar tanto y *no* tener problemas de cadera — dijo Ada Dover mientras Kate presionaba las teclas de la caja registradora, luego golpeó "Sumar" con el dorso de la mano.

—Uh-huh — respondió Kate mientras colocaba una lata de melocotones en una bolsa de plástico para alimentos. Incluso los sonidos dentro de la tienda eran los mismos. Desde la habitación de atrás, podía oír el silbido de la cortadora de carne, y de los altavoces salía la voz de Tom Jones cantando sobre tocar la hierba verde del hogar[5]. La presencia de Melba todavía estaba por todas partes en M&S. Desde la horrible música hasta el retrato de terciopelo de Tom en la oficina trasera. La única cosa que había cambiado realmente en la tienda de Melba Caldwell desde su muerte era la hilera de viudas patrullando el lugar a la caza de su marido, Stanley.

—Iona debería haber ido hace años a "Vigilantes del Peso". ¿Los has probado tú alguna vez?

Kate negó con la cabeza y el extremo de su coleta rozó los hombros de su camisa negra. La semana pasada ella había sustituido a Tom Jones por *Matchbox Twenty*. Pero al llegar al segundo verso de "Disease", su abuelo había sacado su cd y había puesto a Tom de nuevo. Mientras Ada divagaba y Tom canturreaba, Kate sintió que estaba por darle un ligero derrame cerebral.

---

[5] **N. de T.**: **"Green, Green Grass of Home"** es una canción interpretada por Tom Jones en la década de los sesenta.

—Realmente mantiene mi figura esbelta. Y la de Fergie también. Siendo como soy buena amiga de Iona, intenté llevarla al menos a que viese algunas reuniones en la granja. — Ada movió la cabeza y estrechó los ojos—. Dijo que iría, pero no lo hizo. Si me hubiese escuchado, habría perdido ese peso de "huckity-buck" y no habría hecho falta reponerle esa cadera.

¿Qué demonios era un "huckity-buck"? Temiendo la respuesta, Kate en cambio apuntó, — Podría ser que Iona tenga un metabolismo lento. — Según su abuelo, Ada Dover llegaba todos los días alrededor del mediodía, peinada, engalanada y bañada en perfume Emeraude. No había duda de que buscaba convertir a Stanley Caldwell en su marido número tres.

—Ella debería comprarse una de esas bicicletas de montaña de ahí en la tienda de deportes.

Ahora que Kate estaba aquí, su abuelo siempre encontraba algo que hacer en la habitación de atrás para evitar a Ada y al pelotón de viudas que lo tenían en la mira. También hacía que ella hiciera los repartos a domicilio que las viudas a menudo solicitaban. Kate tampoco apreciaba eso. No le gustaba ser bombardeada para conseguir información sobre su abuelo, y tenía mejores cosas que hacer que escuchar a Myrtle Lake parlotear sin parar acerca de los horrores de los talones con espolones. Mejores cosas… como hacerse una lobotomía. —Quizá Iona debería empezar por salir a caminar —sugirió Kate mientras pasaba por caja un paquete de galletas integrales de la marca "Wheat Thins" y lo colocaba en la bolsa.

—Por supuesto que, incluso si Iona quisiera comprar una de esas bicicletas, no puede. El propietario de esa tienda está probablemente en El Caribe, tomando el sol como un lagarto. Su madre es enfermera aquí, en la clínica. Ella no es de por aquí. De Minnesota, creo. Hermética como un Tupperware. — Ada escarbó dentro de su enorme bolso y sacó su cartera. —No sé *por qué* él abrió su tienda en Gospel en primer lugar. Probablemente vendería más bicicletas y lo que sea en Sun Valley. No vende armas. No sé por qué, igual es porque es de Minnesota. Liberales y en contra de todo.

Kate se preguntaba que tenía que ver ser de Minnesota para no vender armas o estar en contra de todo, pero estaba demasiado ocupada luchando contra el estremecimiento que la recorrió como para preguntar. *Sun Valley.* El escenario de la humillación más grande de su vida. El lugar

donde se había emborrachado y le había hecho una proposición a un hombre. La única vez en su vida que se las había arreglado para suprimir sus inhibiciones y lanzarse, había sido rechazada por un hombre que prácticamente había salido corriendo del bar para huir de ella.

—Es guapo como el pecado, pero no estaciona sus botas debajo de la cama de ninguna. Todos saben que Dixie Howe ha estado haciendo su mejor esfuerzo por engancharlo, pero él no está interesado. Claro que yo no le culpo por evitar a Dixie. Ella tiene un don para teñir el cabello, pero ha sido montada duro y metida sudada en el establo más a menudo que la mula de la tía Sally.

—Quizá a él no le gustan las mujeres — dijo Kate dándole a "Total". Al sujeto de Sun Valley no le habían gustado las mujeres. Había sido un misógino. Al menos era lo que a Kate le gustaba decirse a sí misma.

Ada tomó aliento. —¿Homosexual?

No. Por mucho que a Kate le hubiese gustado creer que el gilipollas había sido homosexual, y esa fuera la razón por la que no había aceptado su proposición, ella realmente no lo pensaba. Era demasiado buena leyendo a la gente como para equivocarse con esas cosas. No, él sólo era uno de esos hombres a los que les gustaba degradar a las mujeres y hacerlas sentir realmente mal consigo mismas. Eso, o que tenía disfunción eréctil. Kate sonrió, puede ser que fueran ambas cosas.

Ada estuvo callada por un momento y luego dijo, —Rock Hudson era homosexual, y ese sujeto, Rupert Everett, también. El hijo de Regina, Tiffer, es homosexual, pero no es bien parecido. Estuvo en uno de esos espectáculos homosexual, abajo en Boise. Cantó "Don't rain on my parade", pero por supuesto, no ganó. Incluso las drag queens tienen sus patrones de belleza. — Sacó un bolígrafo y empezó a extender un cheque. —Regina me enseñó las fotos. Lo juro, Tiffer con peluca y lápiz labial luce igual que su madre. Y Regina se parece más a Charles Nelson Riley[6] que a Barbra Streisand. Sin embargo, sería un desperdicio y una pena si ese tipo Sutter fuera homosexual. Pero explicaría por qué no está casado y nunca sale con nadie. —Ada arrancó el cheque y se lo tendió a Kate. — Y la nieta de Myrtle Lake, Rose, anda detrás de él, también. Rose es joven y tan guapa como se pueda ser, pero él tampoco ha estacionado las botas bajo su cama.

---

[6] **N. de T.**: actor norteamericano de comedia.

Kate se preguntaba cómo es que Ada sabía tanto acerca del propietario de la tienda de artículos deportivos. Kate podía haber descubierto la misma información fácilmente, pero ella era investigador privado con licencia. Ada era la gerente del motel Sandman y obviamente una persona muy ocupada.

Después de que Ada dejara la tienda, Kate cerró la caja registradora y se dirigió a la parte de atrás. La habitación olía a carne fresca y a la lejía que siempre usaba su abuelo para desinfectar sus herramientas y las tablas de cortar. En un extremo alejado del cuarto, estaba la pequeña panadería de la tienda, donde su abuela había hecho pasteles, galletas y pan casero. Todo el equipo estaba tapado, y nadie lo había utilizado en dos años.

Stanley se sentó en la larga mesa blanca, terminando de empaquetar las chuletas en seis bandejas azules de poliestireno y envolviéndolas en plástico. En la pared detrás de él todavía colgaba la misma lámina con los gráficos de los distintos cortes de la carne que Kate recordaba de cuando era niña. A excepción de la desierta panadería, parecía como si nada hubiese cambiado en décadas, pero sí lo había hecho. Su abuelo era más viejo y se cansaba fácilmente, su abuela había muerto, y Kate no entendía por qué no vendía la tienda o contrataba a alguien que la llevara por él.

—Ada se ha ido — dijo Kate. —Ya puedes salir.

Stanley Caldwell alzó la mirada, sus ojos marrones reflejando la sorda tristeza de su corazón. —No me estaba escondiendo, Katie.

Ella cruzó los brazos bajo sus pechos y apoyó un hombro en las cajas de productos de papel que tenía que ser llevada al cuarto de almacenamiento. Él era la única persona en el mundo que la llamaba Katie, como si todavía fuera una niña. Kate continuó mirándole hasta que una ligera sonrisa curvó su blanco bigote daliniano.

—Bueno, quizá sí lo hacía — confesó mientras se levantaba. Su barriga presionando el delantal manchado de sangre. —Pero es que la mujer habla tanto que me provoca dolor de cabeza. —Se desató el delantal y *lo* lanzó sobre la mesa de trabajo—. Es sólo que no puedo soportar a una mujer que hable tanto. Es una de las cosas que me gustaban de tu abuela, que no hablaba sólo para escuchar su propia voz.

Lo que no era del todo cierto. A Melba le había encantado cotillear tanto como a cualquiera en el pueblo. Y a Kate le había llevado menos de dos semanas descubrir que en Gospel, se incluían los cotilleos en la dieta

diaria como si fuesen el quinto miembro del grupo alimenticio. Carne. Verduras. Pan. Lácteos. Todo acompañado de una saludable ración de "Al hijo más joven de Vonda lo han pillado fumando detrás de la escuela".

—¿Y qué hay de la mujer que trabaja con el sheriff? Parece agradable y no habla tanto como Ada.

—Ésa es Hazel. —Stanley recogió los paquetes de chuletas y Kate lo siguió mientras los llevaba a través de la tienda hasta el expositor. El suelo de madera todavía crujía en los mismos lugares que Kate recordaba, el mismo cartel de "Gracias por comprar aquí" aún colgaba sobre la puerta y los caramelos y chicles todavía se vendían en el primer pasillo. Aunque en estos días los caramelos de un centavo valían diez y los pasos del propietario eran más lentos, sus hombros estaban más encorvados y sus manos más nudosas.

—Hazel es una chica buena onda —dijo su abuelo abriendo la cámara expositora. — Pero no es tu abuela.

La vitrina de carnes tenía tres pisos y estaba dividida en cuatro secciones: pollo, vaca, cerdo y envasado, lo que su abuelo siempre llamaba "carne dispuesta". En la mente enferma de Kate, "carne dispuesta" tenía una connotación completamente diferente. Ella era de Las Vegas, donde podías encontrar al Sr. Carne Dispuesta "bailando" cinco noches a la semana en Olympic Gardens.

—¿Has pensado en jubilarte, abuelo? —preguntó Kate mientras enderezaba unos paquetes de Ballparks Frank[7]. El tema había estado en su cabeza, y ella había estado esperando el momento correcto para sacarlo a colación—. Deberías estar divirtiéndote y tomándotelo con calma en vez de estar cortando carne hasta que tus manos se hinchen.

Él encogió un hombro. —Tu abuela y yo solíamos hablar de jubilarnos. Íbamos a comprar una de esas autocaravanas y viajar por el país. Tu madre ha estado dándome la lata con eso también, pero no lo puedo hacer justo ahora.

—Podrías dormir hasta la hora que quisieras, y no tener que preocuparte de que los filetes de cordero de la señora Hansen midan exactamente dos centímetros y medio o de que te has quedado sin lechuga.

---

[7] **N. de T.**: **Ballparks Frank** es una marca de perros calientes.

—Me gusta darle a la gente el corte perfecto. Todavía soy bueno en ello, y si no tuviese un sitio donde ir cada mañana, puede que no me levantara de la cama nunca.

La tristeza jaló del corazón de Kate, y juntos, ella y Stanley, regresaron al cuarto trasero, donde su abuelo le enseñó como cargar la pistola de precios con un rollo de etiquetas. Todos los productos tenían etiqueta, incluso si el precio estaba claramente marcado por el fabricante. Ella le había señalado la redundancia, pero él estaba *demasiado* arraigado en sus costumbres para cambiar. Sus sueños de futuro habían muerto con la abuela de Kate, y no los había reemplazado por otros.

La campana sobre la puerta principal sonó. —Vas tú esta vez —dijo Kate sonriendo. — Probablemente sea una de tus mujeres viniendo a flirtear.

—Yo no quiero que las mujeres flirteen conmigo —se quejó Stanley mientras salía del cuarto.

Lo quisiera o no, Stanley Caldwell era el soltero número uno para las señoras mayores de Gospel. Tal vez ya era hora de que dejara de huir de la vida. Tal vez ella podía ayudarlo a abandonar sus viejos sueños y a crear unos nuevos.

Kate abrió una caja de remolachas con un cuchillo y recogió la pistola de precios. Ella nunca había sido una soñadora. Era una persona de acción. En vez de sueños, ella tenía fantasías a gran escala. Pero, como había aprendido recientemente, las fantasías era mejor dejarlas a buen recaudo en su cabeza, donde no podían ser aplastadas por el rechazo.

Probablemente era la única mujer en la historia que había sido rechazada en un bar, y no había sido capaz de conseguir crear una buena fantasía en las últimas dos semanas. No más tipos rudos en moto atándola a la parte trasera de su Harley. No más hombres de fantasía en absoluto. El imbécil de Sun Valley no sólo la había humillado sino que también había matado sus fantasías.

Ella pegó una etiqueta de prueba sobre un ala de la tapa de la caja para luego empezar con la primera hilera de latas. Por los altavoces clavados a la cámara frigorífica Tom Jones cantaba a pleno pulmón una versión cutre de “Honky Tonk Woman”, lo que Kate suponía era una abominación a tantos niveles diferentes. Uno de ellos era que, en ese momento, una canción acerca de una mujer en un bar de mala muerte que

se llevaba a un hombre "escaleras arriba para una cabalgada" era el tópico que más odiaba del planeta.

—Katie, ven aquí, —la llamó su abuelo.

Nunca desde el instituto, pensó Kate mientras terminaba de poner las etiquetas en la última hilera de latas, cuando su novio le había pedido a otra que fuese con él al baile de graduación, había sufrido ella tan mortificante bofetada en su autoestima. Había superado lo primero hacía tiempo y superaría también lo que había ocurrido en Sun Valley. Aunque de momento, su único consuelo era que nunca tendría que posar los ojos en el idiota del Duchin Lounge otra vez.

Salió del cuarto trasero en busca de su abuelo que estaba al final de uno de los expositores hablando con un hombre que le daba la espalda a Kate. Vestía una chaqueta acolchada de esquí azul y con mangas largas negras. Sostenía dos litros de leche en una mano y una caja de granola[8] estaba metida debajo de un brazo. Su desordenado cabello castaño rozaba el cuello de su chaqueta y superaba el metro ochenta y pico de estatura de su abuelo. Él inclinó la cabeza hacia atrás y se rió de algo que dijo su abuelo, se giró y su risa murió. A través de la corta distancia, su profunda mirada verde encontró la suya y era incluso más brillante a la luz del día. Sus cejas se estrecharon y en el perfecto marco de su bigote de Fu Manchú, sus labios se abrieron.

Los pasos de Kate vacilaron y se detuvó. Todo dentro de ella pareció detenerse también. Excepto su sangre, que se escurría de su cabeza y hacía que le zumbasen los oídos. Su pecho se tensó, y al igual que cuando le vio por primera vez se preguntó si al pensar en el hombre lo había conjurado para que apareciese. Sólo que esta vez no había cálidos cosquilleos. Ni ganas de tocarse el pelo. Sólo esa graciosa sensación en su cabeza como si fuera a desmayarse.

En este momento, Kate sólo deseaba caerse muerta y despertarse en cualquier otro lugar, pero no era tan afortunada. Y mientras permanecía allí deseando *poder* desmayarse, estaba segura de que él recordaba cada detalle de la noche en que ella se le había insinuado. La noche en que él había hecho que rechazarla pareciera lo más sencillo que había hecho en su vida.

---

[8] **N. de T.**: **Granola** es una mezcla de cereales con miel.

—Éste es Rob Sutter. Es propietario de la tienda de deportes ubicada donde solía estar la antigua farmacia. Rob, ésta es mi única nieta, Katie Hamilton. Creo que no se conocen. —Eso era lo que su abuelo estaba diciendo, pero sobre el zumbido en los oídos de Kate y el gruñido de Tom Jones cantando "Honky Tonk Woman", ella oía algo diferente. *No te lo tomes como algo personal, pero no follo con mujeres que conozco en bares,* lo que atravesaba su cabeza como un millar de alfileres. El silencio entre ellos pareció extenderse indefinidamente mientras ella esperaba que él informara a su abuelo que ya se *habían* conocido. Y le contara que su nieta era una borracha y una puta. La pistola de precios se le cayó de la mano y golpeó el suelo con un ruido sordo.

Él miró a Stanley a través de su hombro. — No, no nos conocemos — dijo. Cuando él volvió su atención hacia Kate, la sorpresa que ella había visto en su cara, había desaparecido, reemplazada por una sonrisa curiosa que elevaba las comisuras de su boca. — Encantado de conocerte, Katie.

—Es Kate — se las arregló para decir a través de la opresión en su pecho. — Sólo mi abuelo de llama Katie.

Él dio unos pasos hacia ella y se inclinó para recoger la pistola de precios. La luz del techo se filtraba a través del cabello en la parte superior de su cabeza iluminando los mechones dorados. El sonido áspero de la manga de su chaqueta llenó el silencio entre ellos. — ¿Hace cuánto que estás en el pueblo? — preguntó él, su voz tan profunda y suave como ella la recordaba, sólo que esta vez no entró a través de ella como el ron caliente a la mantequilla.

Él sabía el tiempo que ella llevaba en el pueblo. ¿A qué estaba jugando? — Un par de semanas.

—Entonces es por eso que no nos hemos visto. Yo he estado esquiando con mis colegas el último par de semanas.

Ella sabía eso, por supuesto. Y él también sabía que ella lo sabía. Pero si él pretendía que hicieran como que no se conocían, estaba más que bien para ella. Ella bajó la vista hacia la mano que le tendía la pistola de precios. La marca Arc'teryx estaba grabada en blanco en el puño de velcro que envolvía su muñeca.

—Gracias — dijo ella mientras cogía la pistola. Las puntas de sus dedos se rozaron sin darse cuenta y ella dio un paso hacia atrás, dejando caer la mano a un lado. Su mirada se deslizó hacia arriba por la cremallera que cerraba el frente de su abrigo.

—Es una verdadera sorpresa entrar aquí y ver trabajando a alguien que no sea Stanley — dijo él.

Ella parpadeó y contempló fijamente su verde mirada. Nada. Ni una pizca de burla, ni una chispa de reconocimiento. Al principio él había parecido sorprendido. Ahora nada, y ella no podía decir si él estaba fingiendo o no. ¿Era posible que no la reconociese? No, eso sería sólo un deseo por su parte, probablemente. Nunca sería tan afortunada.

—Ya era hora de que tuviese algo de ayuda.

—Ahh, sí — murmuró ella distraída en sus pensamientos. Ella había estado borracha. Él es probable que hubiese bebido también. Quizá la sorpresa que había visto en su rostro hacía unos momentos no había sido más que la sorpresa de ver a alguien al lado de su abuelo trabajando en el M&S. El Señor sabía que el resto del pueblo se había quedado aturdido al verla.

—Ha venido a ayudarme en la tienda. — Stanley se movió hacia su lado y le palmeó el hombro. — Es tan buena chica.

Rob Sutter miró a su abuelo y lentamente se giró hacia ella. Ella esperaba que se riera o al menos esbozara una sonrisa. No lo hizo, y ella se relajó un poco. Quizá este tipo, Rob, era un completo alcohólico. ¿Podía ser tan afortunada? Algunos hombres golpeaban a sus esposas y se liaban a tiros en su casa. Cuando se despertaban en la cárcel no tenían ni idea de porqué estaban allí. Se sentaban con la cabeza entre las manos y no recordaban nada. Siendo una persona que lo recordaba todo, Kate nunca había creído en la amnesia por alcohol. Quizás había estado equivocada. Quizás el dueño de la tienda de deportes la tenía. Quizás era un total borracho.

Quizá ella debería sentirse un poco molesta por ser tan fácilmente olvidable. Pero en ese momento, todo lo que sentía era una chispa de esperanza. Ser tan afortunada de que él fuera un acérrimo alcohólico.

000

Buena chica, mi culo. Con su mano libre, Rob se bajó la cremallera de su abrigo y cambió su peso a su pierna izquierda. Las buenas chicas no se echaban a perder y recogían hombres en los bares.

—¿Cuánto tiempo planeas quedarte en Gospel? —preguntó. La última vez que la había visto, ella llevaba el cabello suelto. Suave y brillante, como fuego líquido. A él le gustaba más suelto.

El color retornó a sus pálidas mejillas y ella inclinó la cabeza a un lado. Él prácticamente le podía leer la mente. Ella se estaba preguntando si él la recordaba. —El tiempo que mi abuelo me necesite. —Ella volvió su atención hacia Stanley—. Voy a terminar de colocar los precios en las remolachas. Si necesitas algo grita.

Como si Rob *pudiese* olvidar su oferta de enseñarle el trasero desnudo. Mientras ella se alejaba, la mirada de Rob bajó por la coleta que le colgaba más allá de los hombros, pasando por la ajustada camiseta negra hasta llegar al redondo trasero enfundado en… pantalones negros. No, él no la había olvidado. La imagen de ella bajo la suave luz del Duchin Lounge había permanecido con él hasta mucho después de haber abandonado el bar. Esa noche había soñado con un cabello castaño rojizo y unos ojos del color de la tierra. Con largas piernas y brazos enredados con los suyos. Con sexo tan intenso y tan real que estuvo a punto de llegar al clímax durmiendo. Eso no le había ocurrido en mucho tiempo. Un hombre no tendía a olvidar una cosa como esa. Al menos no de inmediato.

—En realidad no necesito su ayuda — dijo Stanley, — pero es agradable tenerla por aquí, sólo eso.

Rob volvió la vista hacia el dueño de la tienda de alimentos. No estaba seguro pero creyó detectar un brillo en los ojos de Stanley cuando hablaba de su nieta. Una pequeña luz que él no había visto nunca antes. A él le gustaba Stanley Caldwell, y también lo respetaba. — ¿Está viviendo contigo?

—Sí. Ella me mima, pero intento no acostumbrarme a eso. No puede quedarse conmigo para siempre. Tendrá que regresar a su propia vida un día de estos.

Rob agarró una manzana y la colocó en el mostrador principal. —¿Dónde vive? — preguntó. Había vivido en Gospel el tiempo suficiente para saber que no llevaba mucho enterarse de la vida de la gente, estuvieses interesado en oírla o no. En este caso en particular él estaba ligeramente interesado.

—Katie es de Las Vegas —respondió Stanley mientras se colocaba detrás del mostrador y registraba la leche, la granola y la manzana.

Mientras Rob sacaba su cartera, se preguntó si Kate Hamilton era bailarina en alguno de los casinos. Ciertamente era lo suficientemente alta. Y también tenía los pechos para esos pequeños vestidos. Si volviese a sus tiempos de montar jaleos ella sería el tipo de mujer que habría buscado. Alta. Bien constituida. Fácil.

—Ella es investigador privado —facilitó Stanley mientras colocaba la caja de granola dentro de una bolsa de plástico.

Esa declaración sorprendió a Rob. Casi tanto como cuando se dio la vuelta y la vio parada a pocos pasos de él, al parecer tan sorprendida como él.

Le tendió a Stanley un billete de diez. —No luce como ningún investigador que alguna vez haya conocido —dijo, y había conocido a unos cuantos.

—Eso es lo que la hace tan buena —se jactó Stanley—, las mujeres hablan con ella porque es una de ellas, y los hombres porque no podemos resistirnos a una mujer hermosa.

Rob había estado haciendo un trabajo bastante bueno resistiéndose a las mujeres durante un buen tiempo. Hermosas o de otro tipo. No fue fácil, nunca eso, pero pensaba que ya había conseguido superar lo peor. El anhelo constante… hasta que cierta pelirroja se le había insinuado. Alejarse de Kate Hamilton había sido una de las cosas más difíciles que había hecho en su vida.

Colocó los billetes en la cartera y se la metió en el bolsillo de atrás.

—Aquí está la llave de tu local —dijo Stanley y cerró la caja—. Un par de cajas de UPS llegaron cuando no estabas. Y ayer te recogí el correo del suelo.

—No hacía falta que hicieras eso. —Rob tomó la llave de su tienda y la volvió a colocar en el llavero. Antes de marcharse a esquiar, Stanley se había ofrecido a recogerle las mercancías—. Aunque lo aprecio. Te hice algo por las molestias. —Se abrió el bolsillo del interior de la chaqueta y sacó un anzuelo de pesca—. Esto es una larva de mosca ninfa. La até justo antes de irme. Las truchas arcoíris no pueden resistirse a éstas.

Stanley lo tomó y lo levantó hacia la luz. Las puntas de su bigote daliniano se elevaron. —Es una belleza pero sabes que no pesco con mosca.

—No todavía —dijo y agarró su bolsa de comestibles—. Pero estoy planeando que lo hagas. —Se dirigió hacia la puerta—. Nos vemos, Stanley.

—Nos vemos. Saluda a tu madre de mi parte.

—Lo haré —dijo Rob y salió de la tienda.

El sol de media mañana rebotaba en los bancos de nieve y le cegaba con punzantes rayos blancos. Con su mano libre, escarbó dentro del bolsillo de su pesado abrigo en busca de sus gafas de sol. Empujó sus *Revo*[9] sobre el puente de su nariz, e instantáneamente las lentes de profundo azul polarizado eliminaron el deslumbramiento.

Había aparcado su Hummer negro en la primera plaza, y se deslizó fácilmente en el asiento delantero. No le importaba lo que pensaran de su Hummer. Ni su madre ni, ciertamente, los ecologistas. Le gustaba tener sitio para colocar las piernas y los hombros. Él no se sentía tan enorme dentro del Hummer. Ni encogido. Como si ocupara demasiado espacio. Le gustaba la capacidad de almacenaje y el hecho de que se abría paso en la nieve y trepaba las rocas con firmeza, limpiamente y con el suficiente músculo para regalar. Y sí, le gustaba el hecho de que podía trepar hasta el capó de otros coches de la carretera si tenía que hacerlo.

Puso en marcha el vehículo y buscó en la bolsa la manzana. Le dio un mordisco y puso el todoterreno en marcha atrás. Desde dentro del M&S vislumbró una coleta roja y una camisa negra.

Su nombre era Kate, y la noche que había salido del Duchin Lounge, no pensó que la vería otra vez. Ni en un millón de años, pero allí estaba ella, viviendo en Gospel. La nieta de Stanley Caldwell estaba trabajando justo al otro lado del estacionamiento desde donde estaba Rob, etiquetando latas y luciendo mejor de lo que él recordaba… y lo que él recordaba había sido malditamente bueno.

Rob puso el Hummer en marcha y condujo hasta la parte de atrás de su tienda. A ella no le había complacido verle. No es que pudiera culparla. Podía haberla rechazado más suavemente esa noche. Mucho más suavemente, pero que le hiciesen una proposición lo había cabreado. Le había recordado un tiempo en su vida en el que habría aceptado su oferta.

---

[9] **N. de T.**: **Revo** es una marca de lentes de sol que inició en 1985, que emplea en sus cristales la tecnología de capa de espejo la cual NASA utiliza en la protección de los orificios de sus satélites. Ahora es usada por estrellas del deporte en todo el mundo y amada por su rendimiento en vencer el resplandor.

En el que ni siquiera hubiese vacilado antes de besar su boca y enredar los dedos en su cabello. Un tiempo en el que podría haber contemplado sus líquidos ojos marrones mientras tenía sexo con ella toda la noche. Un tiempo en su vida en el que las mujeres habían sido de fácil acceso y él nunca se iba sin alguna.

En aquel entonces vivía la vida a todo gas. A toda velocidad. Viviendo al límite. Todo lo que siempre había esperado y podría desear. Sí, había sido tomado desprevenido y golpeado en las esquinas más veces de las que podía contar. Había cometido errores. Hecho cosas de las que no estaba orgulloso, pero había amado su vida. Cada maldito minuto.

Justo hasta el momento en el que todo se había ido al infierno.

Capítulo 3

Rob abrió la puerta trasera de Deportes Sutter y empujó sus gafas de sol en la parte superior de su cabeza. Subió las escaleras hasta su oficina y le dio una mordida a su manzana. El agudo crujido se unió al sonido de sus pasos, y se pasó el dorso de la mano por la boca. Encendió el interruptor de luz con el codo y se dirigió hacia el extremo abierto del loft, cuya vista daba a la oscura tienda de abajo.

Una canoa de tándem y un kayak de tres metros estaban suspendidos de las vigas del techo y proyectaban sombras a través de una hilera de bicicletas de montaña. Con Sun Valley a sesenta kilómetros de distancia y diversas tiendas de armas y aparejos de pescas en los límites de la ciudad de Gospel, Deportes Sutter no vendía productos deportivos de invierno. En su lugar se concentraba en equipamientos de recreación para el verano, y el verano pasado se había hecho una buena ganancia con la parte de su negocio que alquila equipos.

La temperatura en el edificio era de 18°C y se sentía tibio en comparación con el frío de afuera. Él había vivido en todos los husos horarios y climas en América del Norte. De Ottawa a la Florida, de Detroit a Seattle y varias paradas en el medio, Rob Sutter había estado allí y hecho eso.

Siempre había preferido las cuatro estaciones bien diferenciadas del Noroeste. Siempre disfrutaba el cambio radical en la temperatura y el paisaje. Siempre amaba el crudo y tosco frío que te daba en el rostro. Y no habían muchos lugares más crudos que las Montaña Sawtooth de Idaho. Su madre había vivido en Gospel desde hacía nueve años. Él había vivido aquí cerca de dos años. Se sentía como en casa, más que en cualquier otro lugar en el que había vivido.

Rob se dio la vuelta y se dirigió a su escritorio en el centro de la gran habitación. Una caja de cartón de cañas para pescar con moscas marca *DiamondBack* y una caja de camisetas con el nombre y logotipo de su tienda en la parte delantera estaban inclinadas en su banco de trabajo al

otro lado de la habitación. Su torno y lupa competían por el espacio con las complejas herramientas, carretes de hilo, oropel y cable.

En la parte superior del escritorio de Rob, Stanley Caldwell había apilado cuidadosamente su correo. A Rob le había gustado Stanley desde el momento que lo había conocido hace un año. El viejo era honesto y trabajador, dos de las cualidades que más respetaba Rob en un hombre. Cuando Stanley se había ofrecido a "cuidar" la tienda de artículos deportivos mientras que Rob estuviera fuera de la ciudad, Rob no lo había pensado dos veces antes de entregarle la llave.

Rob tomó un último bocado de la manzana y la lanzó el centro del cesto de basura. Se sentó en la esquina de su escritorio y mantuvo un pie en el suelo. Al lado del correo estaba el último número del *The Hockey News*. En la portada, Derian Hatcher y Tie Domi se enfrentaban. Rob no había visto el juego, pero se enteró de que el Dominator había obtenido lo mejor de Hatcher.

Tomó la revista y la hojeó, pasando los anuncios y artículos, hasta las estadísticas del juego en la parte trasera. Su mirada rozando las columnas escritas, luego se detuvo a mitad de la página. Un mes para los play-offs y los Chinooks de Seattle todavía se veían bien. El equipo estaba saludable. El portero, Luc Martineau, estaba en su zona y el veterano tirador Pierre Dion estaba en llamas, con cincuenta y dos goles y veintisiete asistencias.

El año pasado, Rob había jugado para los Chinooks, que habían llegado a la tercera ronda de los play-offs antes de que los Avalanche los hubieran derrotado estrechamente por un gol. Eso fue lo más cercano que Rob había estado de conseguir poner su nombre inscrito en la Copa Stanley. Él se había desanimado al respecto, pero había supuesto que siempre habría una próxima temporada. La vida había sido buena.

A principios de ese mismo año, su novia, Louisa, le había dado un hijo. Una hermosa niña de casi tres kilogramos y ojos verdes. Él había estado allí en su nacimiento, y la habían llamado Amelia. La bebé los había acercado a él y a Louisa y un mes después del nacimiento de Amelia, él y Lou se habían casado en Las Vegas en medio de los partidos fuera de casa.

Antes de la bebé, los dos habían estado juntos de vez en cuando durante tres años, pero nunca habían sido capaces de hacer que la relación funcionara por más de unos meses a la vez. Se habían peleado y reconciliado, terminado y logrado estar de nuevo juntos tantas veces que

Rob había perdido la cuenta. Casi siempre era por el mismo tema… los celos enfermizos de ella y las infidelidades de él. Ella lo acusaba de serle infiel cuando él no lo era. Entonces él la engañaba y una vez más habían vuelto a romper sólo para volver a estar juntos unos meses más tarde. Había sido un círculo vicioso, pero cada uno se había comprometido a dejar esto una vez que se casaron. Ahora que ya tenían un bebé y eran una familia, estaban decididos a hacer que funcionara.

Lo habían hecho por cinco meses hasta la primera gran explosión.

Fue la noche en que había salido con los muchachos y llegó tarde a casa, y Louisa había estado esperándolo. Había pasado casi toda la noche jugando mal al billar y decente en los dardos en el alero de la sala de juegos de Bruce Fish. Fishy era un jugador de hockey malditamente bueno, pero también era un mujeriego notable. Louisa se había enloquecido y se negó a creer que no había estado en un club de striptease consiguiendo un baile y cosas peores. Ella había acusado a Rob de estar engañándola con una stripper y que apestaba a cigarrillos. Eso lo sacó de quicio. Él no había tenido relaciones sexuales con ninguna otra stripper y no las había tenido durante unos años. Él había olido a cigarros, no a cigarrillos, y no la había engañado con nadie. Desde hace más de cinco meses que había sido un maldito santo y en vez de gritarle, debería habérselo llevado a la cama y recompensar su buen comportamiento. En su lugar, había vuelto a caer en su comportamiento pasado de peleas. Al final, ambos coincidieron en que Rob debía irse. Tampoco querían que Amelia estuviera expuesta a su relación conflictiva.

Al comienzo de la temporada de hockey en octubre, Rob estaba viviendo en Mercer Island. Louisa y la bebé seguían viviendo en su apartamento en la ciudad, pero ella y Rob se habían acercado nuevamente. Hablaban acerca de una reconciliación, porque no querían el divorcio. Aun así, no querían apresurar las cosas y decidieron tomarlas con calma.

Acababa de firmar un contrato de cuatro millones de dólares con los Chinooks. Estaba sano, más feliz de lo que había sido desde hacía tiempo y miraba hacia un futuro jodidamente asombroso.

Entonces él la caga a lo grande.

El primer mes en la temporada regular de hockey, los Chinooks estuvieron en carretera durante nueve días y cinco partidos demoledores. Su primera parada había sido en Colorado y el equipo había puesto fin a sus posibilidades a la copa en la temporada previa. Los Chinooks estaban

encendidos y listos para otra ronda. Listos para otra oportunidad en el Pepsi Center.

Pero esa noche en Denver, los Chinooks no fueron capaces de conseguir un juego en conjunto y en el tercer cuarto los Avalanche estaban arriba por uno con veinticinco tiros a puerta. De lo que nadie habló, lo que nadie incluso se atrevió a murmurar en voz alta, era que la pérdida de su partido fuera de casa por primera vez por un punto de los Avalanche una vez más, podría volverse mala suerte para el resto de la temporada. Algo tenía que cambiar rápido. Algo tenía que pasar, para dejarlos fuera del juego en Colorado. Para reducir la velocidad. Alguien tenía que arreglar la situación y crear un poco de caos.

Ese alguien era Rob.

El entrenador Nystrom le dio la señal desde el banco, y mientras el Avalanche Peter Forsberg patinaba a través del centro del hielo, Rob cargó contra él y lo derribó. Rob recibió una amonestación menor, y mientras cumplía sus tres minutos en el banquillo de los penalizados, el tirador de los Chinooks, Pierre Dion, disparó desde el punto y anotó.

De vuelta al juego.

Cinco minutos más tarde, Rob estaba de vuelta al trabajo. Miró a Teemu Selanne en la esquina y le dio un guantazo por si acaso. Adam Foote, el defensa de Denver, se unió a la acción a lo largo de la cancha y mientras los aficionados de Denver aplaudían a su hombre, Rob y Adam dejaron caer los guantes y se enfrentaron. Rob sobrepasaba al jugador de Denver por cinco centímetros y casi catorce kilogramos, pero Adam lo compensaba con un balance increíble y un gancho de derecha. Para el momento en que el árbitro interrumpió la pelea, Rob podía sentir su ojo izquierdo hinchándose, y vio sangre corriendo de un corte en la frente de Adam.

Rob se puso hielo en los nudillos y una vez más estaba de vuelta en el cajón de penalización. Esta vez por cinco minutos. La pelea había sido buena. Respetaba a Foote por defenderse a sí mismo y a su equipo. Lo que muchas personas fuera del hockey no entendían era que pelear era una parte integral del juego. Al igual que manejar el disco y anotar.

Pelear era además una parte de la descripción del trabajo de Rob. Con su metro noventa de estatura y sus casi ciento cinco kilogramos de peso, él era bueno en eso también. Pero era mucho más que un matón. Era más valioso para el equipo que sólo el sujeto que estallaba la burbuja del otro

equipo mientras acumulaba minutos de penalización. No era raro para él poner arriba los tantos a veinte goles y treinta asistencias en una temporada. Estadísticas impresionantes para un tipo que era conocido sobre todo por su sólido gancho de derecha y sus letales puñetazos contundentes.

Cuando sonó el pitido final esa noche en Denver, el partido terminó en un empate respetable. Después de que algunos de los muchachos celebraran en el bar del hotel y después de una llamada rápida a Louisa y Amelia, Rob celebró con sus compañeros de equipo. Unas cuantas cervezas más tarde, entabló una conversación con una mujer que se sentaba sola. Ella no era una *puck bunny*[10]. Después de veinte años en la NHL, podía identificar a una groupie del hockey a kilómetros de distancia. Tenía el cabello corto rubio y ojos azules. Hablaron sobre el clima, el lento servicio del hotel y el ojo negro que había recibido en la pelea con Foote.

Ella se veía lo suficientemente bien, pero a la manera de una tensa maestra de escuela. Ella realmente no despertaba su interés... hasta que se inclinó sobre la mesa y puso su mano sobre su brazo. —Pobre bebé —dijo—. ¿Debería besarte para hacerte sentir mejor?

Rob sabía exactamente lo que estaba pidiendo en realidad y él estaba a punto de reírse cuando ella añadió, —¿Debería comenzar en tu rostro y abrirme camino hacia abajo? —Entonces la mujer que se parecía a una tensa maestra de escuela procedió a decirle todas las cosas atrevidas que quería hacerle. Ella siguió diciéndole todo lo que quería que *él* hiciera con *ella*.

Lo invitó a su habitación, y mirando hacia atrás, estaba un poco avergonzado de que casi no había vacilado mucho con todo aquello. La siguió hasta su habitación y tuvo sexo con ella durante varias horas. Había tenido un buen momento, y ella había tenido tres buenos momentos. A la mañana siguiente tomó un vuelo a Dallas con el resto del equipo.

Al igual que los demás deportes, el hockey tenía su cuota de jugadores que se entregaban al sexo de carretera. Rob era uno de ellos. ¿Y por qué no? Las mujeres querían estar con él porque era un jugador de

---

[10] **N. de T.**: **Puck Bunny** hace referencia a una mujer que va a los partidos de hockey —o a los lugares donde los jugadores suelen reunirse— con el único propósito de tener relaciones sexuales con los jugadores.

hockey. Él quería estar con ellas porque le gustaba el sexo sin compromiso. Ambos conseguían lo que querían.

Cuando se trataba de sexo de carretera, la gerencia se hacía la vista gorda. Una gran cantidad de esposas y novias también se hacían la vista gorda. Louisa no era una de ellas, y por primera vez, sintió el peso de lo que había hecho.

Sí, siempre se había sentido mal cuando la había engañado antes, pero siempre se había dicho que no contaba porque él y Louisa habían roto o no estaban casados. No podía decir lo mismo ahora. Cuando había tomado sus votos matrimoniales, los había dicho en serio. No importaba el que él y su mujer no estuviesen viviendo juntos. Había traicionado a Louisa y se había fallado a sí mismo. Él lo había estropeado todo, arriesgándose a perder a su familia por un pedazo de culo que no había significado nada. Había estado casado nueve meses. Su vida no era perfecta, pero era mejor de lo que había sido en mucho tiempo. No sabía por qué lo había arriesgado. No era como si hubiera estado extremadamente excitado o incluso buscando engancharse con alguien. Entonces, ¿por qué?

No había una respuesta, y se dijo a sí mismo que lo olvidara. Se había terminado. Estaba hecho. Nunca sucedería de nuevo. Lo decía en serio, también.

Cuando el avión aterrizó en Dallas, había logrado poner a la rubia de ojos azules fuera de su mente. Ni siquiera habría recordado el nombre de la mujer si ella no hubiera conseguido de alguna manera el número de teléfono de su casa. En el momento en que regresó a Seattle, Stephanie Andrews había dejado más de doscientos mensajes en su contestador automático. Rob no sabía que era más preocupante, los mensajes volátiles en sí mismos o la gran cantidad de ellos.

A pesar de que no era ningún secreto, ella había descubierto que él estaba casado y lo acusó de usarla. “No puedes usarme y hacerme a un lado” comenzaba así cada mensaje. Gritaba con ira y luego lloraba histéricamente, mientras le decía lo mucho que lo amaba. Luego siempre le suplicaba que la llamara de vuelta.

Él nunca lo hizo. En su lugar, cambió el número. Destruyó las cintas y agradeció a Dios que Louisa no había escuchado los mensajes y nunca necesitaría saber acerca de ellos.

Nunca habría recordado la cara de Stephanie si ella no hubiese averiguado donde vivía y no hubiese estado esperándolo una noche después de regresar a casa luego de una subasta de caridad de Acción de Gracias en el Space Needle[11]. Como muchas noches en Seattle, una llovizna espesa obstruía el cielo negro y salpicaba su parabrisas. No vio a Stephanie mientras conducía su BMW dentro del garaje, pero cuando salió de su auto, ella entró y gritó su nombre.

—No voy a ser utilizada, Rob —dijo ella, levantando su voz por encima del ruido de la puerta cerrándose lentamente detrás de ella.

Rob se volvió y la miró bajo la luz del garaje. El suave pelo liso y rubio que recordaba, estaba colgando en trozos empapados sobre sus hombros, como si hubiera estado de pie al aire libre por un tiempo. Sus ojos estaban como muy amplios y la línea suave de su mandíbula era frágil, como si estuviera a punto de romperse en mil pedazos. Rob tomó su teléfono celular y marcó mientras se movía hacia atrás, hacia la puerta. —¿Qué estás haciendo aquí?

—Tú no puedes usarme y dejarme tirada, como si yo fuese nada. Los hombres no pueden utilizar a las mujeres y salirse con la suya. Tienes que ser detenido. Tienes que pagar.

En vez de hervir un conejo[12] o verter ácido en su auto, sacó una Beretta calibre 22 y vació el cargador. Una ronda golpeó su rodilla derecha, dos balas impactaron en su pecho y las otras se alojaron en la puerta cerca de su cabeza. Había estado a punto de morir de camino hacia el hospital por sus heridas y la pérdida de sangre. Pasó cuatro semanas en el Hospital del Noroeste y otros tres meses en terapia física.

Tenía una cicatriz que iba desde el ombligo hasta el esternón y una rodilla de titanio. Pero había sobrevivido. Ella no lo había matado. No había terminado su vida. Sólo con su carrera.

Louisa ni siquiera fue a verlo en el hospital, y se negó a dejar que Amelia lo visitara. En cambio, le envió los papeles del divorcio. No es que la culpara. Para el momento en que atravesaba por sus terapias, ellos habían negociado las visitas —después de mucho discutirlo— y se le

---

[11] **N. de T.**: El **Space Needle**, es uno de los edificios más emblemáticos y famosos de la Ciudad de Seattle.

[12] **N. de T.**: "Hervir un conejo" hace referencia a una escena de la película *Atracción Fatal* de 1987, protagonizada por Michael Douglas y Glenn Close.

permitió visitar a Amelia en el condominio. Veía a su bebé los fines de semana, pero después de un breve periodo de tiempo se hizo claro que lo que tenía que hacer era irse de la ciudad.

Él siempre había sido fuerte y sano, listo para tomar designaciones y patear traseros, pero encontrarse repentinamente débil y dependiente de otros le había pateado *su* trasero. Cayó en una depresión contra la que luchó y se negó. La depresión era para los débiles y las mujeres, no para Rob Sutter. Tal vez no podía ser capaz de caminar sin ayuda, pero él no era ningún un pequeñín.

Él se trasladó a Gospel para que su madre lo pudiera ayudar con su rehabilitación. Después de unos meses, se dio cuenta que se sentía como si le hubiesen quitado un gran peso. Uno que se había negado a reconocer. Vivir en Seattle había sido un constante recordatorio de todo lo que había perdido. En Gospel, sentía que podía respirar de nuevo.

Abrió la tienda de artículos deportivos para alejar su mente de su pasado turbulento y porque necesitaba algo que hacer. Siempre había amado acampar y pescar con mosca, y supuso que sería un buen negocio. Lo que descubrió fue que realmente disfrutaba vendiendo equipos de camping y pesca, bicicletas y equipo de hockey callejero. Tenía una buena cuenta bancaria que le permitía descansar en invierno. Él y Louisa se llevaban bien, una vez más. Después de que hubo vendido su casa en Mercer Island, se había comprado un loft en Seattle. Una vez al mes volaba a Washington y pasaba un tiempo allí con Amelia. Acababa de cumplir dos años y siempre estaba feliz de verlo.

El juicio de Stephanie Andrews había terminado en unas pocas semanas. Ella había recibido veinte años, o diez bajo palabra. Rob no había estado allí en la sentencia. Él había estado pescando en el río Wood, agitando su Ninfa de Gamuza[13] través de la superficie del agua. Sintiendo el empuje y la fuerza de la corriente.

Rob recogió el correo de su escritorio y caminó hacia la puerta. Apagó las luces y se dirigió escaleras abajo. Él nunca había sido del tipo de persona que analizaba excesivamente su vida. Si la respuesta no venía de manera fácil, se olvidaba de la pregunta y seguía adelante. Pero recibir un disparo, obligaba a un hombre a echarse un buen vistazo a sí mismo. Despertarse con tubos pegados en el pecho y con la pierna inmovilizada te

---

[13] **N. de T.**: La **Chamois Nymph** es un tipo de mosca para pescar.

da un montón de tiempo sin nada que hacer *salvo* pensar en cómo tu vida se había jodido. La respuesta fácil era que Rob había sido un estúpido y había tenido relaciones sexuales con una mujer loca. La respuesta más difícil era el *por qué.*

Con su correo en una mano, cerró la tienda detrás de él. Empujó sus gafas de sol sobre el puente de su nariz y se dirigió a la Hummer. Una vez dentro, lanzó su correo en el asiento del pasajero al lado de sus alimentos y puso en marcha el vehículo. Todavía no sabía la respuesta a la última pregunta, pero supuso que ahora ya no importaba. Cualquiera fuera la respuesta, había aprendido la lección de la manera más difícil. Él era un pobre juez de las mujeres y cuando se trataba de relaciones, era una mala apuesta. Su matrimonio había sido doloroso, el divorcio un inevitable golpe helado. Eso es todo lo que necesitaba saber para evitar repetir su pasado.

Sin embargo le gustaría tener una novia. Una novia en el sentido de que la chica fuera más una amiga. Una amiga que viniera a su casa y tuviera relaciones sexuales con él un par de veces a la semana. Alguien que sólo quisiera tener un buen momento y montarlo como un caballito de madera. Alguien que *no* estuviera loca. Pero ahí estaba el problema. Stephanie Andrews no había *parecido* una loca… no hasta que ella había aparecido en Seattle con rencor y una pistola.

Rob no había tenido relaciones sexuales desde que había recibido los disparos. No es que no fuera capaz o que hubiera perdido el deseo. Era sólo que cada vez que veía a una mujer que le interesaba y que parecía estar interesada en él, una pequeña voz dentro de su cabeza siempre ponía fin a esa situación incluso antes de que se iniciara. *¿Es que por ella vale la pena morir?* le preguntaba. *¿Ella vale más que tu vida?*

La respuesta era siempre que no.

A medida que se retiraba del estacionamiento, miraba por el espejo retrovisor hacia la tienda M&S. Ni siquiera por una hermosa pelirroja de piernas largas y bonito trasero.

Cruzando la calle, Rob se detuvo en la Estación de Autoservicio Chevron y le echó gasolina a su Hummer. Apoyó la cadera a un lado del coche y se preparó para una larga espera. Una vez más su mirada viajó a la parte frontal de la tienda de comestibles. Quienquiera que hubiese inventado la máxima de que cuanto más estuvieses sin tener relaciones sexuales, menos las desearías, era un imbécil. Él podía no pensar en el sexo todo el tiempo, pero cuando lo hacía, aún lo deseaba.

Una camioneta de carga marca Toyota se detuvo detrás de Rob y una rubia bajita salió y se dirigió hacia él. Se llamaba Rose Lake. Ella tenía veintiocho años y estaba constituida como una pequeña muñeca Barbie. En el verano le gustaba usar camisetas sin mangas sin sostén. Sí, él lo había notado. El hecho de que él no tuviera relaciones sexuales no quiere decir que no fuera un hombre. Hoy llevaba unos ajustados pantalones vaqueros y una chaqueta de mezclilla con piel sintética blanca en el interior. Sus mejillas estaban rosadas por el frío.

—Hola —le saludó ella, mientras se detenía frente a él.

—Hola, Rose. ¿Qué tal?

—Bueno. He oído que estabas de vuelta.

Rob empujó sus gafas de sol hacia la parte superior de su cabeza. —Sí, llegué ayer por la noche.

—¿A dónde fuiste?

—A esquiar con sus amigos.

Rose alzó la barbilla y lo miró por el rabillo de sus ojos azul claro. —¿Qué estás haciendo ahora?

Reconoció la invitación y metió los dedos en los bolsillos delanteros de sus pantalones vaqueros Levi's. —Poniéndole gasolina al Hummer.

Sí, ella era linda, y él había estado tentado más de una vez a tomar lo que le estaba ofreciendo.

—¿Qué hay de cuando salgas de aquí? —preguntó ella.

Estaba tentado incluso ahora. —Tengo mucho trabajo que hacer antes de abrir la tienda en un par de semanas.

Alargó la mano y tiró de la parte delantera de su chaqueta. —Yo podría ayudarte.

Pero no lo suficiente como para ahogar las advertencias en su cabeza. —Gracias, pero es el tipo de papeleo que tengo que hacer yo mismo. —Sin embargo, no había nada malo en conversar con una chica bonita mientras llenaba el tanque de su Hummer con combustible—. ¿Sucedió algo interesante durante mi ausencia?

—Emmett Barnes fue arrestado por ebriedad y escándalo público, pero eso no es nada nuevo o interesante. El Spuds & Suds[14] obtuvo una violación al código de salud, pero nada de eso es nuevo tampoco.

Sacó su mano del bolsillo y buscó sus gafas de sol.

—Oye, y escuché que eres homosexual.

La bomba terminó de cargar combustible, y su mano se detuvo en medio del aire. —¿Qué?

—Mi mamá estaba en el Curl Up & Dye[15] esta mañana tiñéndose las raíces del cabello y oyó a Eden Hansen decirle a Dixie Howe que eres homosexual.

Él dejó caer la mano. —¿La propietaria del Emporio Hansen dijo eso?

Rose asintió. —Sí. No sé dónde lo habrá escuchado.

¿Por qué diría Edén que él era homosexual? No tenía sentido. Él no se vestía como un tipo homosexual, y no había ninguna etiqueta de arco iris en su Hummer. No le gustaba decorar o escuchar a Cher. Le importaba una mierda si sus calcetines eran iguales; mientras estuvieran limpios, eso era todo lo que importaba. Y el único producto para el cuidado del cabello que tenía era una botella de champú. —Yo no soy homosexual.

—Tampoco creo eso. Por lo general soy bastante buena detectando cosas así, y nunca tuve ninguna vibra homosexual de ti.

Rob retiró la manguera de gasolina y la volvió a meter en la bomba. No es que le importara, se dijo. No había nada de malo en ser homosexual. Tenía algunos amigos en la NHL, que eran homosexuales. Sólo que resultaba que no era uno de ellos. Para él, era sólo una cuestión de preferencia sexual, y Rob amaba a las mujeres. Le encantaba todo acerca de ellas. Le encantaba el olor de su piel y sus bocas calientes y húmedas por debajo de la suya. Él amaba la mirada caliente en sus ojos cuando las seducía para sacarles sus bragas. Amaba a sus ansiosas y suaves manos sobre su cuerpo. Le encantaba el tira y afloja y el toma y dame del sexo caliente. Le encantaba rápido y también le gustaba tomarse su tiempo. Le encantaba todo lo relacionado con eso.

---

[14] **N. de T.**: **The Spuds & Suds** es una cadena norteamericana de restaurantes.

[15] **N. de T.**: **The Curl Up & Dye** es un salón de belleza.

Rob apretó la mandíbula y enroscó la tapa de la gasolina. —Nos vemos por ahí, Rose —dijo, y abrió la puerta de su vehículo.

Al principio había sido muy difícil estar sin sexo, pero se había mantenido a sí mismo activo y ocupado. Cuando un pensamiento sexual había aparecido en su cabeza, él había pensado en otra cosa. Si eso no funcionaba, ataba moscas, perdiéndose así mismo en las ninfas y los Tung Head Zug Bug[16]. Se había concentrado en el dominio del envoltorio perfecto, y eventualmente se había vuelto más fácil. A través de pura fuerza de voluntad, y más de mil moscas más tarde, él había ganado el dominio de su cuerpo.

Hasta hace poco tiempo. Hasta que una cierta pelirroja había rozado sus dedos a través de su brazo y le enviara un rayo de deseo directamente a la ingle, que le recordaba todo a lo que había renunciado.

No era como si ella hubiese sido la primera mujer en ofrecerle un buen momento. Él conocía mujeres en Seattle y aquí mismo en Gospel que estaban listas para algo de acción en la cama. Ella sólo lo tentó más de lo que había sido tentado en un tiempo, y él no sabía por qué. Pero como todas las preguntas en su cabeza para las que no había respuesta, no tenía que saber el por qué.

Lo único que sabía con certeza era que ese tipo de tentación no era bueno para su tranquilidad mental. Lo mejor era mantenerse alejado de Kate Hamilton. Mejor si permanecía en su lado del estacionamiento. Lo mejor era conseguir sacarla completamente de su cabeza.

Y la mejor manera de hacerlo era con una vara de bambú de dos metros y un carrete de doscientos cincuenta gramos, una caja de sus mosquitos y ninfas favoritas, y un río lleno de truchas hambrientas.

Regresó a casa y cogió su caña, carrete y botas, entonces se dirigió al río Big Wood y justo al punto debajo del Puente River Run, donde las grandes truchas se alimentaban sin temor en el invierno. Donde sólo el pescador más experimentado con mosca permanecía arrodillado en un agua tan fría que se abría camino a través del Gore-Tex[17], la lana y el

---

[16] **N. de T.**: El **Tung Head Zug Bug** es un tipo de mosca para pescar.

[17] **N. de T.**: **GORE-TEX** es el nombre comercial (marca registrada) con el que se conoce popularmente a un tipo de tejidos especiales de tipo membrana, ampliamente utilizados en la confección de ropa deportiva para actividades al aire libre. Su principal ventaja es el hecho de combinar una gran ligereza, una alta impermeabilidad, que protege de los efectos del agua, el viento y el frío, y una eficiente transpirabilidad que

neopreno[18]. Donde solamente el más extremo caminaba cautelosamente a través del hielo congelado, apilado como tarjetas azules contra los bancos escarpados del río. Donde sólo el obsesionado entraba al río y se congelaba las pelotas por una oportunidad de luchar contra una trucha arcoíris de treinta centímetros.

Sólo cuando él escuchaba el sonido del río chocar con las rocas, el silbido de la línea de su caña de pescar fustigando hacia atrás y adelante, y el constante chasquido de su carrete era cuando Rob podía comenzar a sentir como remitía la tensión entre sus hombros.

Sólo cuando la vista de su ninfa favorita besando el lugar perfecto justo en el borde de una profunda piscina hacía que su mente se aclara finalmente.

Sólo entonces encontraba la paz que necesitaba para calmar la lucha dentro de él. Sólo entonces la soledad remitía. Sólo entonces era que todo parecía correcto de nuevo en el mundo de Rob Sutter.

---

facilita la evacuación de la humedad corporal resultante del ejercicio físico. Estas condiciones lo convierten en un tejido ideal para ser utilizado en prendas destinadas a la práctica de deportes al aire libre y en especial a los de montaña.

[18] **N. de T.**: **Neopreno** es el tejido de lo que están hechos los trajes que usan los surfistas para practicar su deporte.

Capítulo 4

—Hay un grupo social esta noche en la *granja* —informó Regina Cladis a Stanley Caldwell mientras él registraba medio kilo de mortadela, un litro de leche y una lata de café.

Stanley gimió para sus adentros y siguió con la mirada clavada en las teclas. Él sabía que era mejor no mirar hacia las gruesas gafas de Regina. Ella podría tomarlo como una señal de aliento y él no tenía ningún interés en Regina o eventos sociales de ningún tipo.

—Todos estamos llevando muestras de nuestra poesía. Tú deberías venir.

Echó un vistazo a Hayden Dean, Rob Sutter y Paul Aberdeen, que estaban reunidos en torno a su máquina de café a unos metros. —Yo no escribo poesía —dijo lo suficientemente alto para que se enteraran, por si acaso ellos pensaban que él era el tipo de persona que se sentaba y holgazaneaba escribiendo poesía.

—Oh, no tienes que escribirla para disfrutarla. Sólo ven y escúchala.

Stanley podría ser viejo, pero no estaba ni cerca de ser lo suficientemente senil para encerrarse en una granja con un montón de mujeres leyendo y escribiendo poesías.

—Iona estará llevando sus famosas galletas "thumbprint"[19] de melocotón —añadió Regina como incentivo.

—Tengo que trabajar en mis libros de cuentas —mintió él.

—Haré los libros de cuentas por ti, abuelo —ofreció Katie mientras se movía hacia la parte delantera de la tienda con una pala de nieve en una mano y el abrigo en la otra—. Deberías salir con tus amigos.

---

[19] **N. de T.**: Las galletas **thumbprint** están hechas con una masa similar a las galletas de mantequilla, se forman bolitas que luego se ruedan ya sea sobre nueces picadas finamente o coco seco. El nombre *"Thungprint"* viene del hecho de usar el pulgar *(thumb)* para hacer una muesca en cada bola de masa y rellenarla con mermelada.

Él frunció el ceño. ¿Qué estaba mal con ella? Últimamente había estado empujándolo a "salir de la casa", incluso a pesar de que sabía que le gustaba estar en casa por la noche. —Oh, creo que…

—Puedo recogerte a las siete —interrumpió Regina.

Finalmente Stanley miró a las gruesas gafas de Regina y se quedó mirando lo único que temía más que una de esas reuniones sociales… andar en un auto con una mujer que estaba prácticamente ciega. —Está bien. Yo puedo manejar —dijo, con la absoluta intención de no conducir a ningún lugar.

Él miró más allá del cabello fuertemente crispado de Regina a su nieta, que estaba caminando hacia la puerta. Las cejas de Katie estaban unidas como si estuviera irritada. Se detuvo para inclinar la pala contra el aparador de las revistas.

—Voy a guardar una silla para ti —ofreció Regina.

—Yo palearé la nieve, Katie —dijo él. Puso la lata de café Fogers de Regina en una bolsa de papel—. Necesito que lleves una entrega a Ada en el Motel Sandman.

—Ada sólo quiere sacarme información acerca de ti. Dile que ella tiene que venir aquí y hacer sus compras como todos los demás —dijo Kate con el ceño fruncido. La última entrega que ella había hecho para el Sandman no había ido bien, y Stanley sospecha que nunca lograría hacerla volver. Aun así, tenía que intentarlo, porque la alternativa era tener que ir él mismo.

—Palear la nieve es el trabajo de un hombre —Echó un vistazo una vez más a los hombres que se encontraban alrededor de la máquina de café—. Déjame terminar aquí, y saldré y lo haré.

—Ya no hay tal cosa como "el trabajo de un hombre"—le dijo Katie metiendo los brazos en su chaqueta azul marino. Stanley tomó el cheque de Regina y miró a los hombres que estaban alrededor de la máquina de café. Oró que su nieta no diera más detalles. Él y Katie habían tenido varias disputas en lo concerniente a los roles de los hombres y las mujeres. Esto no era Las Vegas y ella no iba a ganar amigos con su mierda de la liberación femenina.

El buen Dios no tuvo a bien responder a la oración de Stanley. —Las mujeres pueden hacer cualquier cosa que los hombres pueden hacer —añadió Katie, provocando varias cejas levantadas y miradas mordaces de

los hombres. Su nieta era una hermosa mujer joven. Tenía un buen corazón y tenía buenas intenciones, pero era demasiado independiente, demasiado obstinada y muy bocaza. Y esas eran muchas cosas para que un hombre las dejara pasar por alto. Después de haber vivido con ella durante un mes, Stanley podía ver por qué no estaba casada.

—No puedes hacer un bebé por ti misma —señaló Hayden Dean, y le puso una tapa a su taza.

Ella miró hacia abajo, abotonándose su abrigo. —Es cierto, pero puedo ir a un banco de esperma y elegir al donante perfecto. Altura. Peso. IQ. —Sacó una boina negra de su bolsillo y se la puso en la cabeza—. Que, cuando se piensa en ello, parece una manera más lógica de concebir que en el asiento trasero de un Buick.

Stanley sabía que pretendía ser graciosa, pero su sentido del humor se perdía en los hombres de Gospel.

—No es tan divertido, sin embargo —agregó Hayden.

Ella echó un vistazo a Hayden, que se situaba entre los otros dos hombres. —Eso es discutible.

Envolvió una bufanda de lana negra alrededor de su cuello, y Stanley se preguntó si él debía envolvérsela alrededor de la boca. Rob era un chico joven y robusto. Era soltero, también. Él no había estado en la tienda por un par de semanas, y si Katie no se quedaba callada, podría engañarlo para una cita. Y Katie necesitaba una cita. Necesitaba hacer algo, aparte de quejarse de él acerca de sus hábitos *alimenticios*, *reorganizar los pasillos de higiene* y decirle cómo vivir su vida.

—No puedes hacer pis de pie —dijo Paul Aberdeen.

—Ninguna dama consideraría hacer eso —intercedió Stanley en nombre de Katie.

—Estoy segura de que si fuese absolutamente necesario hacerlo, podría arreglármelas de alguna manera.

Stanley hizo una mueca. Ese último anuncio ahuyentaría a cualquier hombre, pero Rob parecía más divertido que insultado. La risa brillaba en sus ojos verdes mientras miraba a través del pasillo de los dulces a Katie. —Pero no puedes escribir tu nombre en la nieve —dijo y levantó la taza a sus labios.

En la voz más llana que Stanley le había oído nunca usar, Katie preguntó, —¿Por qué querría hacer eso? —Su tono desconcertó a Stanley. La última vez que Rob había estado aquí, Katie había estado toda sonrojada y nerviosa. El tipo de nerviosismo que tenían las mujeres en torno a un tipo como Rob. El buen Dios sabía que Rob había puesto a las mujeres en Gospel nerviosas, desde el día en que había entrado en el pueblo conduciendo su Hummer, y su nieta no había sido una excepción.

Rob tomó un trago y luego bajó lentamente la taza. Una de las esquinas de su boca se deslizó hacia arriba. —Porque puedes.

Los otros dos hombres se rieron entre dientes, pero Katie parecía perpleja en vez de divertida. El tipo de perplejidad que tenían las mujeres cuando no entendían a los hombres. Y en todos sus años de vida, había una gran cantidad de cosas sobre el sexo opuesto que Katie no entendía. Por ejemplo que para un hombre es natural querer hacerse cargo de su mujer, incluso si esa mujer es perfectamente capaz de cuidar de sí misma.

Stanley le tendió la bolsa de compras a Regina, luego se trasladó desde detrás del mostrador, en un último intento de salvar a Katie de sí misma. —Ahora, déjame hacer eso. Tu abuela nunca levantó una pala de nieve en su vida.

—Yo he vivido por mi cuenta durante mucho tiempo —dijo mientras agarraba la pala de nieve antes de que Stanley pudiera llegar a ella—. He tenido que hacer un montón de cosas por mí misma. Todo, desde transportar mis propios botes de basura a la acera a cambiar la llanta de mi coche.

Aparte de luchar con ella, ¿qué podía hacer él? —Bueno, si llega a ser demasiado, yo puedo terminar.

—Palear la nieve mata a más de un millar de hombres al año mayores de cuarenta años —le informó—. Tengo treinta y cuatro, así que creo que voy a estar bien.

Sin otra alternativa, Stanley se dio por vencido. Kate abrió la puerta y salió a la calle, dejando un escalofrío tras de sí, que Stanley no estaba del todo seguro que tuviera mucho que ver con el clima.

La fría brisa de la mañana golpeó la mejilla izquierda de Kate cuando la puerta se cerró detrás de ella. Empujó el helado aire profundamente dentro en sus pulmones y lo dejó escapar lentamente. Un soplo de aire tibio flotó frente a su rostro. Aquello no había ido bien. Su intención era salir de la tienda lo más rápido que le fuera posible y no molestar a su abuelo o sonar como una criticona de hombres. Ni siquiera quería contemplar la idea de orinar de pie… jamás. En realidad nunca había cambiado un neumático, pero estaba segura de poder hacerlo. Afortunadamente, no tendría que hacerlo, porque como un montón de mujeres capaces e inteligentes, ella pertenecía a la AAA[20].

Kate apoyó el mango de la pala sobre su hombro y tomó los guantes de sus bolsillos. En la pasada hora y media, se había sentido como si hubiese estado conteniendo el aliento. Incluso desde que Rob Sutter había entrado en M&S luciendo mejor de lo que lo recordaba. Más grande y más malo. Un recordatorio de ojos verdes y un metro noventa de estatura de la noche en la que había querido vivir una fantasía. Una noche en la que sólo había querido un poco de sexo anónimo y en su lugar terminó con un humillante rechazo.

Ella sabía que la cosa más madura que podía hacer era superar esa noche en el Duchin, pero ¿cómo iba siquiera a olvidar si tenía que ver a Rob todo el tiempo?

Kate movió los dedos en los guantes. No había estado cerca de Rob desde hacía dos semanas, pero lo había visto unas cuantas veces por el estacionamiento o conduciendo su ridículo Hummer por el pueblo. Sin embargo no lo había visto de cerca, ni en persona, hasta esta mañana cuando él vino por una barra de granola y se quedó por una taza de café gratis.

Mientras que ella había puesto en un estante los productos de papel y escuchaba a Tom Jones gemir a su modo a través de "Black Betty" como si estuviera recibiendo una mamada, Rob había estado conversando con algunos de los hombres de la zona. Habían hablado acerca de la

---

[20] **N. de T.**: **AAA** son las siglas en inglés de la **American Automobile Association** *(Asociación Automovilística Estadounidense)* es una federación estadounidense de asociaciones automotrices. Proporciona varias utilidades a sus miembros como servicio de ayuda en carretera; información sobre viajes nacionales e internacionales por medio de mapas estatales, guías turísticas y recomendación de rutas; servicios financieros y de crédito; y seguros de diversa índole.

monstruosa tormenta de nieve que había azotado la zona la noche anterior y todo en lo que ella había sido capaz de pensar había sido en los detalles de la debacle de Sun Valley. Mientras ellos habían debatido si la nevada se debía medir en centímetros o en metros, ella se había preguntado si Rob Sutter realmente no podía recordar ninguno de los detalles… si era un total borracho que necesitaba asistir a Alcohólicos Anónimos. Esa era una pregunta que la estaba volviendo loca. No obstante, no lo suficiente como para preguntar.

La conversación había progresado a la cabra de montaña a la que Paul Aberdeen había conseguido dispararle en esa temporada de caza. Kate había querido preguntarle a Paul por qué alguien querría llenar su congelador con una vieja cabra cuando había carne de res perfectamente buena en el M&S. No lo hizo porque no había querido llamar la atención sobre sí misma y porque sabía que su abuelo estaba irritado porque había empaquetado el afiche de Tom Jones "The Lead And How To Swing", que había colgado sobre su cama.

Vivir y trabajar día a día con su abuelo le estaba tomando un tiempo para acostumbrarse. A él le gustaba la cena a las seis. A ella le gustaba cocinar y comer en algún momento entre los siete y antes de acostarse. Si ella no tenía algo preparado para las seis, él acaba sacando un "Hungry Man" y la arrojaba en el horno.

Si él no se detenía, ella iba a tener que esconder todos sus "Swansons", y si no dejaba de mandarla a hacer todas esas entregas a domicilio, iba a tener que matarlo. Antes de que se hubiera mudado a Gospel, Stanley cerraba la tienda entre las 3 y 4 de la tarde y hacía las entregas él mismo. Ahora él parecía creer que todo el trabajo recaía en sus hombros. Ayer había entregado una lata de ciruelas, una jarra de jugo de ciruela y un paquete de seis de papel higiénico Charmin a Ada Dover. Ella había tenido que escuchar a la mujer mayor seguir hablando de cómo había sido "sus días pasados". Aquella era justamente una conversación que uno no quería tener con ninguna persona, especialmente una mujer que se parecía a un pollo viejo.

Kate temía que ahora estuviera marcada de por vida. Tan pronto como consiguiera que su abuelo superara su depresión y lo ayudara a seguir adelante con su vida, ella necesitaba conseguir una vida *propia*. Una que no incluyera entregas a domicilio a viudas hambrientas de hombres. No tenía un plan ni sabía cuánto tiempo le podría tomar

cualquiera de esas cosas, pero si daba su mejor esfuerzo, le daba un suave empujón cariñoso, sucedería más pronto.

Kate agarró el mango y cogió una pala llena de nieve de la acera. Un gruñido escapó de sus pulmones mientras arrojaba la nieve en los arbustos. Nunca había experimentado un invierno en Idaho y no sabía que la nieve fuese tan pesada. Recordó un año en Las Vegas cuando casi había nevado un centímetro. Por supuesto se había derretido en una hora. No es de extrañar que más de mil personas al año tuvieran un ataque al corazón.

Puso el borde la pala en la acera y la empujó. El sonido del metal raspando a lo largo del concreto llenaba el aire de la mañana y competía con el sonido ocasional del tráfico. Un rizo blanco de nieve llenó la pala y en lugar de levantarla otra vez, empujó la pila en los arbustos del edificio de al lado. *Un método mucho mejor,* pensó mientras que deslizaba la hoja hacia abajo del camino. Mucho mejor que forzar su espalda y coquetear con el tipo de insuficiencia cardíaca que una aspirina al día no podía evitar.

La brisa fría levantó los extremos de la bufanda de Kate y ella hizo una pausa para tirar del gorro sobre la parte superior de sus orejas. Su cabeza estaba llena de falacias sin valor. Sabía que un cerebro adulto pesaba casi un kilo y medio, y que el corazón humano bombeaba más de siete mil quinientos litros de sangre al día. Había pasado mucho tiempo en vigilancia leyendo revistas y libros de referencia general porque no eran tan absorbentes y ella podía dejarlos fácilmente para seguir a un sospechoso. Algo de esto se le había grabado. Algunos otros no. Una vez había tratado de aprender español, pero todo lo que podía recordar era *Acabo de recibir un envío*, lo que sería muy útil si alguna vez tuviese que decirle a alguien que acababa de recibir un envío.

Una de las ventajas de tener una cabeza repleta de curiosidades era que ella podía utilizarla para romper el hielo, cambiar el tema o calmar las cosas.

Al final de la acera, giró y comenzó a ir de nuevo hacia el frente del M&S. Esta vez empujó la nieve fuera de la cuneta y dentro del estacionamiento. Los dedos de sus pies dentro de sus botas de cuero hasta el tobillo se estaban empezando a congelar. Era marzo, por el amor de Dios. No se suponía que fuese tan frío en marzo.

Justo cuando se acercaba al Hummer de Rob, él salió del M&S y se le acercó, vistiendo el mismo abrigo azul oscuro que había tenido hace dos

semanas atrás cuando lo había visto. Sus botas de montaña dejaban marcas como de waffles y sus talones levantaban nieve. Ella esperaba que diera un paso fuera de la acera y saltara en su Hummer.

Él no lo hizo.

—¿Cómo te va? —preguntó a medida que se paraba frente a ella.

Ella se enderezó, y apretó el agarre en el mango. La cremallera del abrigo de él estaba cerrada hasta la mitad de su pecho, y ella fijó su mirada en el sello negro cosido en la lengüeta. —Bien.

Él no dijo nada, y ella obligó a su mirada a ir más allá de su pequeña cicatriz blanca, su parche de barba y su bigote a lo Fu Manchú. Sus ojos verdes le devolvieron la mirada mientras sacaba un gorro de lana negro del bolsillo de su abrigo. Por primera vez se daba cuenta de sus pestañas. Eran más largas que las de ella. Pestañas como esas eran un total desperdicio en un hombre, especialmente un hombre como él.

Se colocó el gorro en la cabeza y *continuó* estudiándola como si estuviera tratando de averiguar algo.

—Avísame si vas a escribir tu nombre en la nieve —dijo ella para romper el silencio.

—En realidad, estoy aquí preguntándome si voy a tener que luchar para sacarte de las manos la pala de nieve. —Su tibio aliento flotó en el aire entre ellos cuando añadió—, Estoy esperando que seas agradable y me la entregues.

Su asimiento sobre el mango se apretó un poco más. —¿Por qué habría de entregártela?

—Porque tu abuelo está allí poniéndose todo ansioso por verte haciendo lo que él piensa que es el trabajo de un hombre.

—Bueno, eso es simplemente estúpido. Ciertamente soy capaz de palear la nieve.

Se encogió de hombros y metió las manos en los bolsillos de las caderas en sus pantalones cargo. —Supongo que ese no es el punto. Él piensa que es el trabajo de un hombre, y lo has avergonzado delante de sus amigos.

—¿Qué?

—En este momento está allá adentro tratando de convencer a todos de que eres… —Rob hizo una pausa y ladeó la cabeza a un lado—. Creo que

sus palabras exactas fueron que eres “por lo general una chica agradable y de carácter dulce”. Y luego dijo algo acerca de ti siendo irritable porque nunca sales con gente de tu propia edad.

Genial. Kate sospechaba que las tonterías de su abuelo estaban dirigidas a Rob y no a los otros hombres. Peor aún, estaba segura de que él también lo sospechaba. Lo último que necesitaba era que su abuelo interfiriera en su inexistente vida amorosa. Especialmente con Rob Sutter. —No soy irritable.

Él no hizo ningún comentario, pero el ascenso de su ceja lo decía todo.

—No lo soy —insistió—. Es sólo que mi abuelo es anticuado.

—Es un buen tipo.

—Es obstinado.

—Si tuviera que adivinar, diría que al parecer, tú estás mucho en el departamento de los obstinados.

—Bien. —Empujó la pala hacia él.

Una sonrisa apareció en las comisuras de su boca cuando él retiró su mano del bolsillo delantero de sus pantalones y tomó la pala de ella. Apretó la mano desnuda sobre la de ella. Ella tiró de su mano, pero su asimiento se apretó.

Ella no estaba como para meterse en un tira y afloja con un hombre construido como la Roca[21]. —¿Puedo tener mi mano de vuelta?

Él relajó su agarre dedo por dedo y ella se soltó.

—Maldita sea —dijo él—. Medio estaba esperando tener que luchar contigo por esto.

Ella sabía que no era cierto. Borracho o sobrio, no tenía ningún interés en “luchar” con Kate. No era nada personal. Se dijo a sí misma que él tenía algún tipo de disfunción que le impedía “luchar” con cualquier mujer. No había nada malo en ella. Era él. Debía sentir pena por él.

—Medio esperaba poder echar un vistazo a tu tatuaje mientras estaba en ello.

---

[21] **N. de T.**: **La Roca** (The Rock) es el apodo de **Dwayne Douglas Johnson.** Es un actor, comediante y luchador profesional estadounidense.

Tomó varios latidos del corazón que su significado penetrara en el cerebro de Kate. Cuando lo hizo, olvidó por completo que estaba tratando de sentir lástima por Rob Sutter. No es que estuviera trabajando en ello, de todos modos. Contuvo el aliento. —¡Lo recuerdas!

—¿Qué? ¿Tu oferta de mostrarme tu trasero desnudo? —Él se echó hacia atrás sobre los talones de sus botas y se echó a reír—. ¿Cómo podría olvidar eso?

—Pero… —Su aliento quedó atrapado en su pecho, y tuvo que dejarlo salir—. Pero tú dijiste que nunca me habías conocido. —Estaba empezando a ver puntos y volvió a respirar hondo—. Ese primer día tú no… ¡Oh Dios!

—¿Querías que le dijera a Stanley que ya te había conocido? —preguntó mientras se agachaba para palear la nieve—. Habría querido conocer los detalles.

¡Buen Dios! Ella puso su mano enguantada al lado de su rostro mientras los pensamientos se precipitaban y chocaban en medio de su cerebro. De toda la mala suerte, él no era un alcohólico. Lo recordaba. ¿A cuántas personas les habría contado sobre esa noche? En este pueblo, todo lo que se necesitaría era una persona, entonces la noticia se extendería como el Virus del Nilo Occidental. A pesar de que ella preferiría que nadie en el pueblo supiera de su humillación, en realidad lo que sólo le preocupaba era su abuelo. Él iba a la iglesia todos los domingos. Él no creía en el sexo fuera del matrimonio y mucho menos en las mujeres que les hacían proposiciones a los hombres en bares.

—No quiero ser el que rompa sus ilusiones de ti —Él recogió una pila de nieve entre ellos y lo arrojó fuera de la acera—. La verdad probablemente le daría el ataque al corazón por el que pareces tan preocupada.

Ella levantó la mirada hacia su gorra de esquí de punto. Su cabello se enroscaba como anzuelos pequeños a lo largo de la espalda. —Tú no me conoces y no sabes nada acerca de mi relación con mi abuelo.

—Sé que estás en lo cierto acerca de que Stanley es un tipo anticuado. Probablemente piense que te estás guardando para tu noche de bodas, y los dos sabemos que no lo estás haciendo.

Si Kate no le hubiera dado su pala, le habría dado con ella.

—También sé que no quieres escuchar ningún consejo de mi parte, pero voy a dártelo de todos modos —dijo mientras descansaba la hoja de la pala sobre el hormigón y colgó la muñeca sobre la parte superior del

mango—. Estar recogiendo hombres en los bares no es inteligente. Podrías encontrarte en un montón de problemas si sigues.

A ella no le importaba lo que él pensaba, y no sintió como si necesitara defenderse a sí misma. —Sé que no eres mi padre, así que ¿qué eres? ¿Un policía?

—No.

—¿Un sacerdote? —Él no se parecía a un sacerdote, pero eso explicaría muchas cosas.

—No.

—¿Un misionero mormón?

Él se rió entre dientes y varias bocanadas de aire flotaron delante de su nariz. —¿Me veo como un misionero mormón?

No. Él se parecía a un chico al que le gustaba pecar, pero no lo era. No sabía nada de él en absoluto. Aparte del hecho de que era un idiota y conducía un Hummer. ¿Qué tipo de persona manejaba un vehículo de asalto? Un imbécil con disfunción eréctil, de ese tipo era. —¿Por qué no conduces un vehículo de un tamaño para humanos?

Él se enderezó. —Me gusta mi Hummer.

Una brisa fría levantó lo extremos de la bufanda de lana de Kate, y ésta bailó en el aire entre ellos. —Hace que la gente se pregunte si estás sobre compensando algo —dijo ella.

Aparecieron líneas en las comisuras de sus ojos, y él se acercó para tirar de un extremo de su bufanda. —¿Estás ahí parada preguntándote por el tamaño de mi paquete?

Sintió el calor subir por sus mejillas ya calientes, y estaba agradecida de que ya estuvieran rojas por el frío. Sacó su bufanda de su agarre. —No te hagas ilusiones. No me pregunto nada acerca de ti en lo absoluto. —Ella caminó alrededor de él y agregó—, Mucho menos el tamaño de tu paquete.

Él inclinó la cabeza hacia atrás y se rió. Una profunda risa de satisfacción masculina que la persiguió todo el camino hacia el frente la tienda. Ella murmuró un "Que Tengan Un Buen Día" a Paul Aberdeen y Hayden Dean cuando los dejó pasar para que salieran de la M&S. En el interior, Regina todavía revoloteaba cerca de Stanley, y seguía hablado de la biblioteca en la que trabajaba, con sus gafas de gruesos cristales

balanceándose en la punta de su nariz cuando asentía con la cabeza. Stanley estaba entretenido con algunos artículos cerca de la caja.

Normalmente, Kate lo habría rescatado de la charla de Regina, pero Stanley había empujado a Rob hacia ella y por el momento no se estaba sintiendo muy caritativa.

—Voy a estar en la parte de atrás —le dijo Kate a su abuelo cuando le pasó por delante. Se quitó los guantes y el gorro y se desenrolló la bufanda. Los arrojó sobre la mesa de trabajo y colgó su abrigo en un gancho. Una rejilla de ventilación en lo alto soplaba aire caliente en la parte superior de su cabeza. Ella levantó el rostro y cerró los ojos.

Se acordó de todo lo relacionado con la noche en la que le había hecho una proposición a él. El conocimiento se estableció en su estómago como una bola de plomo. Su esperanza de que él fuese un total borracho había sido en vano. Ella se había mudado a Gospel para un pequeño descanso de su vida. Un poco de descanso, de relajación y de reevaluación.

Kate abrió los ojos y suspiró. ¿Podría su vida volverse mucho peor? Estaba sola y, fuera del M&S, la única conversación que había tenido con cualquiera de su misma edad era con el *gilipollas* de un metro noventa de estatura y ojos verdes que estaba al otro lado del estacionamiento. Y lo que acababa de tener lugar entre ellos no podía *realmente* pasar por una conversación.

Tenía que encontrar algo que hacer. Algo que no fuera trabajar en el M&S y ver repeticiones de *"Friends"* en la noche. El problema era que sólo había dos cosas que hacer en esta ciudad… unirse a las Mountain Mama Crafters y tejer cobertores para la tostadora o salir a los bares y brindar. Ninguno ofrecía el más mínimo atractivo.

La campana por encima de la puerta sonó y Stanley la llamó para que saliera al frente. Se preguntó si Rob estaba de vuelta y ya temía un nuevo intento transparente de emparejamiento por parte de su desacertado abuelo. Pero cuando fue hacia al frente de nuevo, afortunadamente Rob no estaba a la vista.

Stanley estaba en el extremo del mostrador hablando con una mujer que parecía estar a finales de sus cincuenta, principios de los sesenta años. Su cabello castaño estaba veteado de gris y cepillado en un perfecto moño. Estaba de pie, sólo unos cuantos centímetros más baja que el abuelo de Kate, lo que la hizo preguntarse por la altura de Kate. Entre la cremallera abierta de su gruesa capa colgaba un estetoscopio rojo. Regina

estaba de pie con ellos, y las dos mujeres le estaban diciendo a Stanley acerca de su poesía social.

—Espero que cambies de opinión —dijo la mujer más alta—. Nuestro grupo social mensual podría utilizar algunos hombres.

—¿Qué pasa con Rob? —Regina le preguntó.

Cuando Kate se acercó, la mujer más alta se encogió de hombros y miró a Stanley. —Vi que pusiste a Rob a trabajar paleando tu acera.

—Se ofreció como voluntario. —Stanley miró a Kate y las comisuras de su bigote daliniano se movieron—. Grace, creo que no has conocido a mi nieta, Katie Hamilton.

—Hola —Kate tendió la mano y la otra mujer se la estrechó.

—Es un placer conocerte, Katie. —Grace volvió la cabeza hacia un lado y miró a Kate durante un momento. La edad arrugaba sus ojos verdes y sus dedos estaban todavía un poco de frío—. ¿De dónde sacaste el cabello rojo? Es hermoso.

—Gracias. —Kate dejó caer la mano a su lado y sonrió—. La familia de mi padre tiene el cabello rojo.

—Grace es la madre de Rob —le dijo Stanley—. Ella trabaja abajo en la Clínica Sawtooth.

Kate sintió como caía su estómago y obligó a su sonrisa a permanecer en el lugar. ¿Rob le habría dicho a su madre acerca del Duchin Lounge? ¿La buena señora con el estetoscopio sabía que Kate le había hecho una proposición a su hijo? ¿Tendría Kate la necesidad de explicar que ella había estado un poco ebria esa noche? ¿Que aquella noche había sido la primera y única vez que se le había propuesto a un hombre en un bar? ¿Que en realidad ella no era una prostituta borracha? No es que a veces no tuviera pensamientos lujuriosos. Sólo que nunca había tenido el valor de actuar sobre ellos antes de esa noche.

¡Demonios! Estaba divagando dentro de su propia cabeza. —Es un placer conocerte, Grace. —Dio unos pasos para irse antes de que sus divagaciones pudieran de alguna manera salir de su boca—. Voy a terminar de poner en los estantes las toallas de papel —dijo y se fue al pasillo tres. ¿Por qué debería importarle lo que la madre de Rob Sutter pensara de ella? Grace había criado a un hijo grosero y desagradable. Era evidente que no era perfecta tampoco.

Justo cuando Kate cogió un rollo de Bounty[22] y lo ponía en el estante superior, Grace caminó por el pasillo dos, con Regina siguiéndole los talones.

—Necesito hablar contigo, Grace.

—Yo realmente no tengo tiempo para charlar. Sólo estoy aquí el tiempo suficiente para conseguir algunos terrones de azúcar para la clínica —dijo Grace.

—No tomará más de un minuto —insistió Regina cuando las dos mujeres se detuvieron al otro lado de la fila de las toallas de papel—. Yo estaba en el Cozy Corner ayer en la tarde, tomando el almuerzo especial, cuando Iona me dijo que tu hijo Rob es homosexual.

Kate movió la cabeza ligeramente hacia la izquierda, y entre las filas, vio como los ojos de Grace se ampliaban y los labios se separaban. —Bueno, yo no creo que…

—Ahora, la razón por la que lo menciono —interrumpió Regina—, es porque mi hijo Tiffer está viniendo para el fin de semana de Semana Santa. No sé si has oído hablar de ello, pero Tiffer es un imitador de mujeres en Boise. —Incluso Kate había oído hablar de eso, pero no podía recordar cuándo y dónde—. Tiffer no tiene un compañero en este momento y yo pensaba que tal vez como Rob es soltero, podríamos presentarlos a ellos dos.

Grace toqueteó el cuello de su abrigo. —Bueno, no creo que Robert sea homosexual.

Kate tampoco lo creía así, y se preguntó quién había iniciado el rumor y por qué alguien lo creería. No es que ella se sintiera mal por "Robert".

—A veces nosotras las madres somos los últimas en enterarnos —aseguró Regina a la otra mujer.

—Él tiene treinta y seis. —Un ceño fruncido unió las cejas de Grace—. Creo que para este momento ya lo sabría.

—Siendo un jugador de hockey, puedo entender su deseo de guardar silencio acerca de su sexualidad.

—El ya no juega más al hockey.

---

[22] **N. de T.**: **Bounty** es una marca de toallas de papel absorbente.

—A lo mejor está todavía en el armario. Algunos hombres no salen nunca.

¿Jugador de hockey? Kate había escuchado algunos chismes acerca de Rob, pero nadie había mencionado que había jugado al hockey. A pesar de que eso explicaba la lesión en la rodilla de la que se había quejado la primera noche que se conocieron. También explicaba su temperamento desagradable.

—Te lo aseguro, Regina, a mi hijo le gustan las mujeres.

La campana encima de la puerta sonó, y todas las miradas se volvieron hacia el hombre en cuestión, mientras caminaba hacia adentro y estampaba nieve de sus botas. Se quitó el gorro y lo metió en el bolsillo de su chaqueta. Tenía las mejillas rojas y sus ojos verdes brillaban. La luz del techo rebotó en su anillo de plata, mientras se peinaba con los dedos los lados de su cabello. De alguna manera, se las arregló para lucir grande, malo y juvenil, todo al mismo tiempo.

Regina se acercó más y dijo casi en un susurro, —Asegúrate y habla con él de eso. Dile que Tiffer es un buen partido.

Las comisuras de los labios de Grace se deslizaron hacia arriba. —Oh, puedes estar segura de que se lo diré.

Capítulo 5

—Regina Cladis quiere establecerte con su hijo Tiffer.

Rob alcanzó la manija de la puerta de la camioneta Bronco de su madre y la abrió. En una parte de su cerebro, sabía que su madre estaba hablando, pero no le estaba prestando atención. Sus pensamientos estaban en Kate Hamilton y su conversación. No sólo había creído erróneamente que él no recordaba la noche que ella le había hecho una proposición sino que además no parecía querer hablar de ello. No es que la culpara, pero de todos modos él había tratado de darle un buen consejo en cuanto a recoger hombres en los bares. También había intentado bromear con ella. Obviamente, no tenía sentido del humor.

—Regina piensa que estás en el armario.

Eso llamó su atención, y miró por encima del hombro a su madre. —¿Qué?

—Al parecer Tiffer está tomando un descanso de su carrera como imitador de mujeres el tiempo suficiente como para volver a casa para una visita de Semana Santa. Regina piensa que él es un buen partido.

Rob frunció el ceño. —¿Qué tiene que ver eso conmigo?

Grace se agachó por debajo del brazo de él y tiró la bolsa de la tienda de comestibles en el asiento del pasajero. —Regina acaba de decirme que Iona le está diciendo a todos en el Cozy Corner que eres homosexual.

No era la primera vez que había oído el rumor, pero no había pensado mucho en ello. Había esperado que su negativa hubiera apagado el fuego. Debería haberlo sabido.

Con un pie en el interior del auto, Grace hizo una pausa y miró al rostro de Rob. —Por supuesto que si es cierto, no hay nada malo en ello. Eres mi hijo, y te apoyo sin importar a quién ames.

Rob suspiró. —Por el amor de Dios, mamá, tú sabes que no soy homosexual.

Ella sonrió. —Lo sé. ¿Qué crees que debemos hacer sobre el rumor?

Rob levantó la vista hacia las nubes grises y dejó escapar un suspiro al pensar en las repercusiones. En una gran ciudad el rumor probablemente no tendría importancia. En un pueblo del tamaño de Gospel, esto podría perjudicar su negocio. Si eso ocurriera, tendría que cerrar Deportes Sutter y mudarse, lo cual no quería hacer. —No sé —dijo él y le devolvió la mirada a su madre. Se sentía un poco impotente, pero a menos que agarrara a una mujer y se lo hiciera en la calle principal, no había nada que pudiera hacer.

—¿Crees que tal vez Harvey Middleton comenzó el rumor para perjudicar tu negocio?

—No. —No creía que el dueño de Sawtooth Gun y Tackle esparciera el rumor. Harvey era un buen tipo y tenía más negocios de los que podía manejar.

—Entonces, ¿quién crees que lo empezó?

Él negó con la cabeza. —No sé la respuesta a eso. ¿Por qué alguien creería eso de todos modos?

La pregunta era retórica, pero Grace, no obstante, pensó en ello. —Tal vez porque ya no sales en citas.

Rob no quería hablar sobre las citas con su madre, no sólo porque había tenido la conversación antes, sino también porque hablar de citas, inevitablemente, le hacía pensar en sexo. La falta de sexo era su verdadero problema, y eso era definitivamente algo que un hombre no quería discutir con su madre.

—Tú tampoco sales en citas —puntualizó y miró hacia las puertas del M&S. No había ni rastro de una cierta pelirroja sabelotodo en el interior. *No te hagas ilusiones. No me pregunto nada acerca de ti en lo absoluto,* le había dicho ella. *Mucho menos el tamaño de tu paquete.* Lo cual no parecía muy justo, ya que últimamente había estado pensando un montón en ese tatuaje que supuestamente tenía en su trasero.

—He estado pensando que es el momento para ambos de empezar a salir de nuevo.

Se volvió hacia su madre. —¿Hay alguien que estés interesada en ver? —preguntó medio en broma. Desde la muerte de su padre en 1980, no tenía conocimiento de su madre saliendo mucho.

Ella sacudió la cabeza y se sentó en su coche. —No. En realidad no. Simplemente pensé que tal vez ambos necesitamos salir un poco más. Tal vez sacar más partido de la vida que del trabajo.

—Mi vida está bien.

Ella le dio esa mirada de "puedes mentirte a ti mismo, pero no puedes mentirle a tu madre" y tomó la manija de la puerta. —Estoy leyendo esta noche mi nuevo poema en la granja. Deberías pasar por allí.

Oh, infiernos no. —Me voy este fin de semana para visitar a Amelia. —Era lo mejor que pudo idear de improviso. Era poco convincente, pero también era la verdad.

Grace cerró la puerta y encendió el auto. —Eso no dura tres días —dijo ella mientras bajaba la ventanilla.

Había leído la poesía de su madre, y aunque no era un gran juez de la buena escritura, sabía que la de ella era mala.

Realmente mala.

—Abro la tienda en dos semanas, y tengo un montón que hacer para estar listo. —Lo cual era cierto, pero era tan poco convincente como su primera excusa.

—Está bien. Le compré a Amelia una cosita. Pasa por la casa antes de que dejes el pueblo.

Él había herido sus sentimientos, pero prefería conseguir el tiro de un disco en los cojones que ir a un recital de poesía. —Realmente no puedo hacerlo esta noche.

—Te escuché. —Ella puso el todoterreno en reversa y dijo mientras se retiraba—, Si cambias de opinión, comienza a las siete.

Rob se quedó en el estacionamiento vacío y vio a su madre alejarse conduciendo. Tenía treinta y seis. Un hombre adulto. Hubo un momento en su vida, en el que había estrellado a los jugadores de hockey contra la barrera y les daba lo suyo. Había sido el jugador más temido de la NHL y había liderado la liga en minutos de penalización. Lo habían apodado el Martillo, en homenaje al Martillo original, Dave Schultz.

Y esta noche iba a un grupo social que él sabía que estaba compuesto por ancianas para poder escuchar la poesía de su madre. Solamente rezaba para que este no fuese tan malo como su poema sobre las ardillas hambrientas de nueces.

La velada de poesía de Gospel comenzó correctamente a las siete con una discusión sobre cómo enlazar los poemas del grupo y venderlos en el Lanzamiento de Alimentación y Aseo de las Montañas Rocosas Oyster de este verano. La directora social de este año, Ada Dover, se situaba en un púlpito en la parte delantera de la granja presentando la empresa.

Las sillas habían sido colocadas dentro de la gran sala. Había cerca de veinticinco señoras... y Rob. Él había llegado a propósito con una media hora de retraso y se sentó en la última fila vacía junto a la puerta. Cuando llegara el momento, pensó que podía hacer una escapada rápida.

—No podemos permitirnos un puesto —señaló alguien.

Varias sillas por delante, vio a su madre levantar la mano. —Podemos venderlos en el puesto de las Mountain Momma Crafters. De todos modos la mayoría de nosotros pertenecemos a las Mountain Momma Crafters.

—Apuesto a que los poemas se venderán más rápido que los cobertores Kleenex del año pasado.

Rob subió las mangas de su jersey gris acanalado y se preguntó si un cobertor Kleenex era como esas cosas de punto que su abuela utilizaba para poner un rollo extra de papel higiénico. Si recordaba bien, el suyo tenía un montón de encaje y una cabeza de muñeca pegada en la parte superior.

La puerta posterior que estaba a su hombro derecho se abrió y echó una ojeada hacia arriba para ver a Stanley Caldwell, luciendo como si hubiera llegado para una endodoncia. Junto con el aire de la noche helada, su nieta entró detrás de él, pareciendo aún menos contenta que su abuelo. Stanley divisó a Rob y se movió hacia él. —¿Te importa si nos sentamos junto a ti? —preguntó Stanley.

Rob alzó la vista más allá de Stanley a Kate, a su cabello curvándose sobre el hombro de su chaqueta cruzada de lana gruesa y sus brillantes labios color rosa. Su atención estaba dirigida a Ada, y estaba haciendo un buen trabajo fingiendo que él no existía. —No, en absoluto —respondió él mientras se ponía de pie.

Stanley se trasladó al tercer asiento y se detuvo, dejando libre el asiento al lado de Rob. Kate le dio a su abuelo una severa mirada fija mientras pasaba junto a Rob. El hombro de su abrigo agitó el aire un centímetro por delante del suéter de Rob mientras se rozaba con él. Sus

mejillas blancas eran de color rosa por el frío y el olor de su piel fresca llenó su pecho.

Por un breve instante, su mirada se encontró con la suya, y la abundancia de su disgusto por él llenó sus vivos ojos castaños. Sus evidentes sentimientos hacia él deberían haber importado, pero no lo hicieron. Por alguna razón que no podía empezar a comprender, estaba atraído por Kate Hamilton más de lo que había estado por ninguna otra mujer en mucho tiempo. Él no se engañaba. Esto era sexual. Nada más y completamente comprensible, dada la forma en que se conocieron. No se sentía mal por su atracción puramente sexual. No es que la tendría de todos modos. Cada vez que la veía, imaginaba a la mujer que le había hecho una proposición. La mujer que había querido mostrarle su trasero desnudo.

Ellos tomaron sus asientos y Stanley se inclinó sobre su nieta para decir, —Nunca pensé que te vería aquí.

Rob cambió su atención de Kate a su abuelo. —Mi madre está leyendo esta noche su poema. Yo no tenía otra opción. ¿Cuál es tu excusa?

—Katie voló mi coartada y Regina ha estado llamando todo el día, amenazando con recogerme y traerme a aquí ella misma. —Señaló a Kate—. Hice venir a Katie porque es todo culpa de ella.

Kate cruzó los brazos por debajo de sus pechos y sus labios se apretaron un poco, pero no dijo nada.

Stanley se quitó la chaqueta de piel de oveja y la puso sobre su regazo. —¿Me he perdido algo?

Rob sacudió la cabeza. —No.

—Maldita sea.

Stanley se echó hacia atrás, y Rob tomó otro largo vistazo de Kate, comenzando en la parte superior de su cabello. Estaba claramente molesta, pero a él no le importaba. Siempre había sido un gran fan de las pelirrojas auténticas, y mirar el cabello de Kate era como estar contemplando un incendio. Una de las primeras cosas que había notado en ella la noche que se conocieron en el Duchin Lounge, además de su suave piel blanca y grandes ojos marrones había sido su cabello.

Esta noche apareció serena y tranquila, pero cuanto más la miraba, más llevaba sus labios carnosos en un gesto irritado. Sus brazos permanecieron cruzados sobre el abrigo de lana, y sus largas piernas

estaban cruzadas en las rodillas y parecían extenderse para siempre delante de ella. Llevaba pantalones negros y botas de tacón puntiagudas. De esas que probablemente venían con un látigo a juego y una paleta. Maldita sea tenía razón.

—Si puedo tener la atención de todos —dijo Ada Dover desde el púlpito, atrayendo la mirada de Rob a la parte delantera de la habitación—. Me gustaría darles la bienvenida a todos a la velada de este mes. Especialmente a los que vienen por primera vez que están en la última fila.

Stanley se estremeció mientras que Rob y Kate se hundieron un poco más en sus sillas, pero ambos eran demasiado altos para desaparecer por completo.

—Como todos saben, esta es noche de poesía. Varios de nosotros hemos traído algo para leer. Después de que todos tengan la oportunidad de compartir, comenzaremos con la parte social de la noche. —Ella echó un vistazo a sus notas, y luego continuó—. Yo seré la primera en compartir, seguida por Regina Cladis.

A medida que Ada se lanzaba en un largo poema que había escrito acerca de su perro, Snicker, la tranquila compostura de Kate mostró más signos de agrietamiento. Comenzó con un vaivén ligeramente irritado de su pie derecho, pero después de varios minutos de Snicker, el pequeño vaivén se incrementó gradualmente hasta una agitada patadita.

—*Sus ojos son de color marrón* —Ada se creció en la estrofa final.

¡Él es el único perro en la ciudad

en venir cuando lo llamo Snicker.

Su lengua es de color rosa,

su piel es como el visón,

y es una campana de lamedor!

El pie de Kate se detuvo, y Rob pensó que la oyó murmurar algo que sonó como: —Dios tenga misericordia.

Stanley tosió detrás de su puño, y Rob se alegró de que su madre no fuera la única poeta mala en la habitación.

Regina fue la siguiente y leyó un poema sobre la biblioteca donde trabajaba. Después de Regina, Iona Osborn enchufó un reproductor de cintas, y el sonido de un constante *boom bop-bop boom* llenó la granja. Durante el golpe de tambor Iona recitó un poema titulado "Si Yo Fuese Britney Spears". Era despreocupado y casi no era tan malo como el poema del perro de Ada. El pie de Kate estableció un tranquilo balanceo una vez más, luego se detuvo mientras sus largos dedos desabrochaban los grandes botones de su abrigo. Su hombro chocó con el de Rob mientras trataba de sacar los brazos por las mangas. Verla fue como ver a alguien tratar de salir de una camisa de fuerzas.

Él se inclinó y dijo cerca de su oído, —Levanta tu cabello.

Ella detuvo su movimiento inquieto y lo miró por el rabillo de sus ojos. Parecía que podría discutir. Como si pudiese lanzarse en otro discurso de "Puedo cuidar de mí misma". Abrió la boca, la cerró, y luego pasó una mano por la parte trasera de su cuello, torció la muñeca, y recogió su cabello. Ella lo levantó y Rob cogió su abrigo. Él empujó la parte posterior del cuello hacia abajo mientras ella se inclinaba hacia adelante. Ella sacó un brazo y se enderezó, soltando su cabello. Cayó en una ola suave y rozó la parte de atrás de la mano de Rob. Un millar de hebras de seda roja tocando su piel y rizándose alrededor de sus dedos. Si giraba la palma hacia arriba, podía reunirlos en su puño. Había pasado mucho tiempo desde que había sentido el peso y la textura del cabello de una mujer en sus manos o sobre su pecho y vientre. El deseo tanto inesperado como indeseado se arrastró en su regazo.

Ella lo miró y sonrió por primera vez desde la noche que se conocieron en Sun Valley.

—Gracias —dijo mientras sacaba su otro brazo libre.

—De nada. —Él puso su atención en el podio y cruzó los brazos sobre su pecho. Su vida se había vuelto patética. El cabello de ella había tocado su mano, gran cosa. Había habido un momento de su vida cuando probablemente ni siquiera lo habría notado. Cuando su atención se habría centrado en la manera de sacarla de su sostén, no en su cabello.

No sabía cómo se sentía acerca de Kate Hamilton. Aparte de su impresionante cuerpo y sus botas de dominatrix, no estaba seguro de que incluso le gustara algo de ella. Había unos cuantos hombres en la ciudad que estaban intimidados por Kate. Quienes pensaban que ella quería sus escrotos para un monedero. Rob no estaba tan seguro de que ellos

estuvieran equivocados. Así que ¿por qué estaba pensando en ella en formas que ponían *su* escroto en peligro?

Realmente no lo sabía, pero quizás era porque la Kate que todo el mundo conocía contrastaba fuertemente con la mujer en la barra de Sun Valley. Esa noche ella había sido suave, cálida y provocativa. Había sido la tentación todo envuelto en un mismo hermoso paquete, pero había sido una tentación que él había resistido. Una tentación que aún podía resistir.

¿Es que por ella vale la pena morir? preguntó la voz en su cabeza. *¿Ella vale más que tu vida?* Kate era hermosa. No había duda de eso, pero como siempre, la respuesta era no. No había forma de saber cuándo una mujer suave, cálida y provocativa se convertiría en una mantis religiosa.

La siguiente, Eden Hansen subió al podio. Estaba vestida de pies a cabeza —literalmente— en púrpura, y Rob se concentró en su cabello morado y su sombra de ojos. Si algo podría ahuyentar los pensamientos de sexo de su cabeza era Eden. Su poema se titulaba "Diez Formas De Matar A Una Rata Sarnosa" y era sobre su cuñado, Hayden Dean. No mencionó a Hayden por su nombre, pero cualquier persona que la conociera sabía que ella estaba hablando del marido de su hermana gemela, Edie. Cuando terminó, la gente no sabía si aplaudir o registrarla en busca de armas ocultas.

Unas cuantas filas por delante, Rob vio a su madre moverse hacia el frente. Ella puso su poema en el podio y comenzó,

"Envejecer es un estorbo

comienzas a arrugarte y a aflojarte

tu trasero cuelga realmente bajo

y comienzas a moverte tan lento

que temes que alguien pueda ponerte en una bolsa".

Rob puso sus brazos sobre sus rodillas y miró hacia abajo a sus botas. Su madre evidentemente le había dado a su diccionario de rimas una sesión de entrenamiento.

"Las personas de la mitad de tu edad

ganan un salario mejor

piensan que son dos veces más inteligentes

pero hay mucho que aprender corazón

resulta que me gusta esta etapa".

El poema se prolongó durante varios minutos más. Grace golpeó los puntos fuertes del envejecimiento y terminó con,

"Tu vida es tranquila y vacía de drama

casi tan extinta como el monte Fujiyama

pero a diferencia del pico de la montaña

no estoy muerta o incluso debilitada

¡Estoy viva y soy una mamá al rojo vivo!"

—Dulce María, madre de Jesús —gimió Rob y miró las puntas de sus botas.

Todavía podía sentir la pierna de Kate, y aparte del absoluto silencio Stanley Caldwell dijo en un susurro, —Eso fue maravilloso.

Rob volvió la cabeza para mirar a Stanley. El señor mayor parecía hablar en serio.

—El mejor hasta ahora —dijo.

Kate miró a su abuelo como si hubiese perdido la cabeza. —¿Mejor que el poema de Britney?

—Oh, sí. ¿No lo crees así?

Empujó un lado de su cabello detrás de la oreja y en vez de mentir, dijo, —No toda la poesía tiene que rimar.

Stanley frunció el ceño, y los extremos de su bigote se inclinaron. —Bueno, todo lo que sé es que el poema de Grace era sobre la vida y cómo es envejecer. Se trata de la sabiduría y encontrar la paz consigo mismo. Me habló.

Rob colocó sus manos sobre las rodillas y continuó mirando a Stanley. ¿El poema de su madre había sido de todo eso? Todo lo que había oído era que su madre tenía miedo de ser puesta en una bolsa y que era

“una mamá al rojo vivo”. Ninguno de los cuales un hijo deseaba contemplar.

Grace sonrió mientras tomaba asiento, y Rob tuvo que soportar tres lecturas de poesía más antes de que la parte “social” de la noche comenzara. Se excusó de Stanley y Kate y buscó a su madre, que estaba junto a la mesa de refrigerios. Él y Stanley eran los únicos hombres de la granja, y no había forma de que fuese a quedarse alrededor y socializar, lo que en Gospel significaba quedarse y cotillear.

—¿Qué te pareció mi poema? —preguntó su madre cuando ella le dio una galleta con una especie de gelatina en el medio.

—Pienso que fue incluso mejor que el poema de la ardilla que me leíste la semana pasada —respondió él y mordió la galleta. Él lo acompañó con el ponche de champán que ella le tendió. El afrutado líquido quemó un camino hacia el estómago—. ¿Qué hay en esto?

—Un poco de whisky, un chorrito de coñac y algo de champagne. Si bebes demasiado, se han designado conductores.

Él no planeaba estar el tiempo suficiente como para necesitar un conductor.

—¿No crees que la línea sobre el monte Fujiyama era demasiado rara?

Sí. —No. A Stanley Caldwell le gustó tu poema. Me dijo que era maravilloso. Le habló.

Las comisuras de sus labios se elevaron. —¿En serio?

—Sí. —Si su madre pensaba que empujándole galletas y ponche lo haría estar más tiempo, estaba equivocada. Tan pronto como pudiera conseguir hacer bajar la galleta seca, se iba—. Él piensa que fue el mejor de todos los demás poemas.

—Es un buen hombre —dijo a través de su sonrisa. Las patas de gallina en las comisuras de sus ojos se desplegaron en las sienes y le tocaron las raíces de su pelo canoso—. Y ha estado tan solo desde que Melba falleció. Tal vez lo invite a cenar una de estas noches.

Rob echó un vistazo a Stanley, que estaba a varios metros detrás de él, rodeado por mujeres solteras de cabellos grises. La luz brillaba de su

cabeza calva como si se hubiese pulido el cuero cabelludo con Pledge[23], y su mirada se precipitaba alrededor de la granja en busca de rescate. Aterrizó en Kate, de pie más abajo en la mesa de refrigerios, bajando el trago de ponche como un borracho que había caído cabeza abajo del vagón.

—¿Estás interesada en Stanley Caldwell? —preguntó, luego se metió lo último de su galleta en la boca.

—Sólo como un amigo. Es tan sólo seis años mayor que yo. —Ella tomó un sorbo de su propio ponche, y añadió—, Tenemos mucho en común.

Rob vació su vaso y lo puso sobre la mesa. —Me tengo que ir —dijo mientras se encogía en su abrigo, pero antes de que pudiera dar ni un solo paso hacia la puerta, Regina bloqueó su escape.

—¿Ha tenido tu madre oportunidad de hablar contigo sobre Tiffer? —le preguntó ella.

—Sí —respondió Grace en voz baja—. Hablé con él.

Rob frunció el ceño y miró hacia atrás para ver si alguien había oído hablar a Regina. —Yo no soy homosexual.

Por un largo momento se quedó mirándolo fijamente a través de esas gruesas gafas que agrandaban sus ojos azules. —¿Estás seguro?

Cruzó los brazos sobre el pecho. *¿Estaba seguro?* —Sí —respondió él—. Estoy muy seguro.

Los hombros de Regina se hundieron bajo el peso de su decepción. —Lamento escuchar eso. Habrías sido un buen partido para Tiffer.

¿Un buen partido para una drag queen? Esto estaba fuera de control, y estaba empezando a molestarle ahora.

—Regina, ¿sabes quién inició este rumor tan horrible? —preguntó Grace.

—No estoy segura. Iona me lo dijo, pero no sé dónde lo oyó. —Se giró hacia el grupo de gente de pie unos metros detrás de ellos—. Iona —dijo en voz alta—, ¿dónde escuchaste el rumor acerca de que el muchacho de Grace es homosexual?

---

[23] **N. de T.**: **Pledge** es una marca de un producto de limpieza que se utiliza para quitar el polvo y darle brillo a los muebles de madera.

Como uno, el grupo de gente que rodeaba a Stanley volteó y miró a Rob. Se sentía como si tuviera un foco sobre él, y por primera vez desde que escuchó el chisme, su temperamento se encendió. En este punto, no importaba mucho quien había iniciado el rumor. Él sólo quería que se detuviera antes de que se le fuera de las manos. Antes de que se lanzara fuera sobre un puñado de campurusos para demostrar algo… no es que no pudiera cuidar de sí mismo.

—Lo escuché el día en que me estaba peinando en el "Curl Up and Dye". Ada me lo dijo. Sin embargo no sé dónde lo oyó.

Ada puso un dedo huesudo en sus labios finos, y después de unos momentos de reflexión, anunció, —La nieta de Stanley dijo que eras homosexual.

Todas las miradas voltearon hacia Kate. Ella no pareció darse cuenta hasta que dejó su taza de ponche vacía y miró hacia arriba. —¿Qué?

—Fuiste tú.

Kate lamió el ponche de sus labios y vio a todos mirándola. La miraban fijamente como si hubiera hecho algo malo. Sí, se había tomado unas cuantas copas de ponche. ¿Y qué? Lo necesitaba después de soportar una noche de mala poesía y a Rob Sutter. Él la había engañado para que le sonriera, y era tan grande y ocupaba tanto espacio que había tenido que encorvar sus hombros para evitar frotarse contra él. Ahora su cuello dolía. Eso valía la pena una o dos copas de ponche.

—¿Qué? —preguntó de nuevo cuando todo el mundo siguió mirándola fijamente. ¿Cuál era el problema de todos? Había dejado un poco de ponche en el tazón—. ¿Qué hice?

—Eres la primera que dijo que el hijo de Grace era homosexual.

—¿Yo? —Contuvo el aliento—. ¡Yo no lo hice!

—Sí lo hiciste. Estabas registrando mis melocotones enteros y dijiste que no le gustan las mujeres.

Kate pensó en ello y apenas recordaba una conversación que había tenido con Ada sobre el propietario de la tienda de artículos deportivos al otro lado del estacionamiento del M&S. —Espera un minuto ahí. —Ella

levantó una mano—. No sabía de quién estabas hablando. Nunca había conocido al Sr. Sutter.

La elevación de su frente la llamaba mentirosa.

—Lo juro —juró ella—. Yo no sabía que ella estaba hablando de ti. —La mirada en sus ojos verdes le dijo que él no le creyó.

—No está bien comenzar un rumor acerca de alguien que no conoces —la amonestó Iona, como si Kate hubiera roto alguna regla de cotilleo. Lo cual era una locura. Todo el mundo sabía que sólo había una regla para cotillear, y esa era que si no estabas en la sla, eras presa fácil.

—Katie —dijo su abuelo mientras sacudía la cabeza—, no deberías iniciar rumores.

—¡Yo no lo hice! —Ella sabía que no había empezado nada, pero por la expresión en el rostro de todos, nadie le creyó—. Está bien. Piensen lo que quieran —dijo mientras metía los brazos en su abrigo. Ella era inocente. En todo caso, pensaba que Rob era impotente, no homosexual.

Esto era una locura. Estaba siendo reprendida por ser una chismosa en una ciudad que prosperaba en el cotilleo. No entendía a estas personas.

Su mirada se trasladó de Rob, que parecía como si quisiera estrangularla, al resto de los de la granja. Podrían parecer normales de alguna forma, pero no lo eran. Si no tenía cuidado, podría convertirse en uno de ellos.

Simplemente otro anacardo en un pueblo de frutos secos.

Capítulo 6

Kate miró alrededor la sala, entonces inclinó su cabeza hacia atrás en el sofá. El suave silbido de la mecedora de su abuelo y el sonido de una repetición de *Las Chicas de Oro* llenaba la pequeña casa. Era el día de San Patricio, y lo estaba pasando viendo la televisión con su abuelo. Era mitad irlandesa. Por lo general, en esta época del año, ella y sus amigos estaban bebiendo y cantando "Too Ra Loo Ra Loo Ral"[24] fuera de tono.

Su abuelo también tenía algo de sangre irlandesa, y debería haber estado afuera disfrutándolo. Tal vez debería sugerir que llamara a algunos de sus amigos y por lo menos les invitara una cerveza verde, aunque la última vez que lo empujó a hacer algo, *la* había obligado a ir con él a la lectura de poesía. Esa noche se había convertido en un desastre.

Al crecer, ella siempre había sabido que Gospel era un poco raro, pero después de esa noche, estaba convencida de que era algo más que raro. Ahora sabía que estaba viviendo en una dimensión alternativa, una que parecía bastante normal en la superficie, pero era infernalmente extraña por debajo. Cuatro noches atrás, había vislumbrado la locura que se escondía detrás de los rostros normales, y eso daba miedo. La única persona que no había actuado como un loco había sido Rob Sutter. Había parecido más enojado que loco.

—¿Por qué no sales, Katie?

Ella rodó su cabeza hacia la izquierda y miró a su abuelo. —¿Estás tratando de deshacerte de mí?

—Sí. Me estás agotando. —Regresó su atención al programa de televisión—. Te quiero, Katie, pero necesito un descanso de ti.

Ella se incorporó. Estaba en Gospel para echarle una mano en la tienda y para ayudarle en su dolor. Necesitaba un descanso de él, también,

---

[24] **N. de T.**: "**Too-Ra-Loo-Ra-Loo-Ral** ***(Esta es una Canción de Cuna Irlandesa)***" es una canción clásica irlandesa originalmente escrita en 1914.

pero no era tan grosera como para decírselo. Obviamente, él no sufría las mismas restricciones.

—Ve a tomar una cerveza verde, en alguna parte.

No quería beber en un bar sola. Había algo un poco triste al respecto, y además, no había funcionado para ella la última vez. Había bebido demasiado y aún seguía pagando el precio.

—Juega un poco al billar y conoce a los jóvenes de tu edad.

Billar. Podía jugar al billar. Eso no era triste y patético, y si no bebía demasiado, no haría nada estúpido. —¿Qué bares tienen mesas? —preguntó ella.

—El Buckhorn tiene unas pocas en la parte posterior. No creo que el Bar de Rocky tenga alguna, pero el Hitching Post todavía podría tener un par. —Mientras Kate trataba de recordar cual era el más cercano a la casa de su abuelo, él agregó—, Claro que probablemente deberías mantenerte al margen del Hitching Post debido a que los aseos son un poco peligrosos.

Kate se miró la sudadera y las zapatillas del Demonio de Tasmania. —¿El Buckhorn no es un poco peligroso? —preguntó ella. Había pasado por el bar varias veces y le pareció que estaba cerca de tener un centenar de años. No para caerse, sólo muy rústico.

—No en esta época del año. Sólo se suele agitar cuando los habitantes de las llanuras llegan en el verano.

—¿Por qué no vamos a jugar al billar juntos? Apuesto a que algunos de tus amigos están ahí.

Él negó con la cabeza. —No quiero ir a ninguna parte. —Antes de que ella pudiera argumentar, agregó—, Voy a llamar a Jerome y ver si quiere venir a tomar una cerveza.

Se puso de pie. Si su abuelo tenía un amigo, no necesitaría su compañía. —Está bien. Mejor voy a jugar al billar —dijo mientras se trasladaba a su dormitorio. Se puso un sujetador sin tirantes, y luego se puso un suéter de cuello barco de rayas negras y blancas y un par de pantalones vaqueros. Metió los pies en sus botas negras y roció perfume en el interior de sus muñecas. Después de que se cepillara los dientes, se peinó el cabello hasta que cayó en una línea lisa y contundente a través del centro de sus omóplatos. No desperdició mucho esfuerzo en el maquillaje, sólo un poco de rímel y un suave brillo de labios color rosa.

Entonces cogió su abrigo y su pequeña mochila Dooney & Bourke negra y se dirigió afuera.

—Dudo que vaya a llegar tarde —le dijo a su abuelo, mientras caminaba con ella más allá de la mesa de la cocina con manteles de Tom Jones.

—Te ves hermosa. —Stanley le ayudó a ponerse el abrigo—. Si bebes demasiado, promete que me llamarás.

—Gracias. Lo haré —dijo ella, pero no tenía ninguna intención de beber en absoluto. Sacó las llaves de su mochila y llegó a la puerta.

—Y Kate.

Ella miró a los ojos de su abuelo. —¿Qué?

—No le ganes a todos los muchachos al billar. —Él se echó a reír, pero Kate no estaba segura de que estuviera bromeando.

El exterior del bar Buckhorn se parecía un montón a los negocios en Gospel, hecho de troncos partidos, con un techo de chapa verde. Pero a diferencia de los otros establecimientos, no había toldos a rayas o maceteros para suavizar el aspecto rudo. Ningún indio de madera o letras de pan de oro en las ventanas de cristales oscurecidos. El pomo de la puerta estaba hecho de un cuerno, y un gran letrero de neón con un alce sobre él se cernía sobre el pórtico gastado. Cemento parcheaba los agujeros en los troncos viejos, pero los trozos de tenue luz y el ruido de la guitarra de acero se deslizaba a través de algunas grietas y en la oscuridad de afuera.

Entrar en el Buckhorn era como entrar en un centenar de otros bares de vaqueros de ciudades pequeñas. Era un segundo hogar para los clientes habituales y cualquier persona nueva era mirada con sospecha.

El dueño del bar, Burley Morton, pesaba alrededor de unos ciento treinta y seis kilos y medía un poco más de un metro noventa y cinco centímetros. Tenía un Louisville Slugger[25] y una escopeta de cañones recortados detrás de la larga barra. No había utilizado el Slugger desde el año 85, cuando un habitante de las llanuras había intentado robarle de

[25] **N. de T.**: **Louisville Slugger** es la marca de un bate de béisbol.

una caja de Coors Lite y un paquete de maní salado "Beer Nuts". Él no había tenido problemas de esa naturaleza en años, pero mantenía ambos artículos a mano por si acaso. De vez en cuando, uno de los lugareños se volvía irritable y desarrollaba músculos por la cerveza, pero no era nada que él no pudiera manejar con una llamada a la oficina del jefe de policía o por sus propios puños.

La puerta del Buckhorn se cerró detrás de Kate, y le recordó a muchos de los hoteles más antiguos y los casinos en Las Vegas. El bar olía a alcohol y a viejo humo de cigarrillo que se había filtrado en la madera como el barniz. El intento del dueño de cubrirlo con el desodorante de cereza no ayudaba.

En la máquina de discos, Kenny Chesney cantaba sobre una gran estrella, mientras que algunas parejas bailaban en el centro del gran salón. Kate no era una gran admiradora de la música country, pero Kenny era una gran mejora sobre Tom. Verdes guirnaldas de trébol decoraban la larga barra y varias de las cabinas rojas. Un tablón de anuncios lleno de folletos multicolores estaba clavado en la pared a la derecha de Kate.

Kate se colgó la mochila al hombro y se dirigió hacia el bar. Se movió a través de unas cuantas mesas y encontró un taburete cerca del aviso de neón de Coors Light[26].

—¿Qué puedo conseguirte? —preguntó el propietario del Buckhorn alrededor del cigarro metido en una esquina de su boca.

—¿Tiene una Winter Wheat[27]?

Las gruesas cejas negras de Burley se reunieron, y la miró como si le hubiera pedido un Shirley Temple[28] con cerezas adicionales.

—Tomare una Bud Lite —se corrigió.

---

[26] **N. de T.**: **Coors Light** es una cerveza ligera producida por la *Coors Brewing Company*. Se produjo por primera vez en 1978. La cerveza tiene una etiqueta de "Certificado de Frío" en la cual las montañas impresas pasan de blanco a azul cuando la temperatura de la cerveza se reduce a 4 grados centígrados.

[27] **N. de T.**: **Winter Wheat** es un tipo de cerveza de malta de trigo, aderezada con especias, chocolate, caramelo y/o sabores afrutados (según la compañía que la produzca). El resultado es una cerveza negra de sabores fuertes que disimulan su contenido alcohólico.

[28] **N. de T.**: Un **Shirley Temple** es un cóctel no alcohólico, bautizado en honor de la actriz infantil de cine y posteriormente diplomática estadounidense Shirley Temple. Está compuesto de cinco medidas de refresco de lima-limón o de ginger ale y un toque de granadina, decorado con una guinda al marrasquino y una rodaja de naranja.

—Buena elección —dijo, y una fina columna de humo le siguió mientras se alejaba hacia los grifos de cerveza.

—¿Tú no eres la nieta de Stanley?

Volvió la mirada hacia el hombre en el taburete junto a ella y al instante reconoció a Hayden Dean, la inspiración para el poema de la Rata Sarnosa.

—Sí. ¿Cómo está, señor Dean?

—Bien. —Alcanzó su cerveza, y su hombro rozó el de Kate. Ella no estaba tan segura de que fuese un accidente.

Burley regresó y colocó dos vasos de cerveza verde frente a ella. —Dos con cincuenta.

—Sólo pedí una —dijo ella cuando la canción en el tocadiscos cambió y Clint Black brotó de los altavoces.

Él tomó el cigarro de su boca y señaló un cartel detrás de él "El miércoles en la noche es noche de dos por uno".

Vaya, noche de dos por uno. Kate no había disfrutado de una noche de dos por el precio de uno desde la universidad. En estos días, el bombardeo de cerveza no tenía el atractivo que tenía al inicio de sus veinte años, cuando había sido la campeona del Keg Stand[29] y del Beer Bong[30].

—No he estado aquí antes —dijo a Hayden mientras rebuscaba en su bolso Dooney y le entregaba uno de cinco a Burley. Miró por encima de su hombro izquierdo hacia la parte posterior del bar. A través de una abertura podía ver las luces que se cernían sobre dos mesas de billar.

Levantó una cerveza a sus labios y sintió algo rozarle el muslo.

—Me encantan las pelirrojas —dijo Hayden.

Miró la mano sobre su pierna, y luego de nuevo su rostro lleno de arrugas. Era de esperar que el único hombre en prestarle atención en un

---

[29] **N. de T.**: El **Keg Stand** en un popular juego de beber usando un barril de cerveza. La persona es suspendida sobre el barril por los tobillos por dos personas más, mientras una tercera bombea cerveza del barril directamente en la boca de la que está suspendida. La idea es tomar la mayor cantidad posible de cerveza en el menor tiempo.

[30] **N. de T.**: Los **Beer Bong** son aparatos muy sencillos, hechos de un tubo de un metro de largo y un embudo, por el cual los estudiantes universitarios norteamericanos ingieren enormes cantidades de alcohol.

año fuese un tipo espeluznantemente viejo con aliento de cerveza y una reputación de bajo nivel. —Quite su mano de mi muslo, Sr. Dean.

Él sonrió y ella notó que algunos de sus molares posteriores estaban desaparecidos. —Tienes fuego. Me gusta eso en una mujer.

Kate entornó los ojos. Ella había continuado con las clases de defensa personal desde la primera vez que había recibido su licencia de investigador privado, y si quería, podía quitar la mano de Hayden y fijarle el pulgar a la muñeca en un solo movimiento. Pero no quería hacerle daño al Sr. Dean. Podría complicarle las cosas la próxima vez que entrara en el M&S para una taza de café gratis. Se levantó y colocó la correa de su mochila en el hombro. A pesar de que en realidad no quería dos cervezas verdes, las agarró de la barra y se dirigió hacia la parte trasera. Mientras se abría camino cuidadosamente a través de los lugareños, tomó un sorbo de cada vaso para evitar que se derramaran.

En la estrecha habitación de atrás, cuatro jugadores ocupan las dos mesas, mientras que varios espectadores bebían cerveza y deambulaban bajo el gran letrero de "Prohibido Escupir, Prohibido Pelear, Prohibido Apostar".

Dentro de las oscuras sombras de la sala, Rob Sutter se apartó de la pared y se trasladó para inclinarse sobre una de las mesas. —Tres en la tronera lateral —dijo sobre el crujido de bolas de billar desde la otra mesa y el sonido de George Jones cantando desde el tocadiscos en la habitación de al lado.

Kate estaba en la puerta y lo vio alinear el tiro. La luz que colgaba directamente sobre la mesa brillaba en su mano izquierda y el anillo de plata en su dedo medio. La franela azul estaba enrollada por sus largos brazos, dejando al descubierto la cola de su tatuaje de serpiente, y llevaba una gorra de color azul marino con un anzuelo de mosca y las palabras "Muérdeme" bordado en él. Deslizó el taco entre el pulgar y el dedo índice y disparó. Lo que le faltaba en sutileza, lo compensaba en puro músculo. La bola blanca golpeó la bola roja lisa con tanta fuerza que saltó antes de salir disparada a través de la mesa y caer en la tronera. La mirada de él siguió la bola hasta el borde de la mesa, se detuvo por varios latidos de corazón, y luego continuó subiendo por los botones del abrigo de Kate, pasando su mentón y boca hasta los ojos. Bajo la sombra de su gorra, su mirada se encontró con la suya, y él simplemente se quedó mirando. Entonces un ligero ceño fruncido tiró de las comisuras de sus labios. Kate no sabía si

estaba irritado por verla o molesto porque había golpeado tan fuerte el taco que casi había perdido el control del mismo. Probablemente ambas cosas.

Se levantó con un movimiento suave, y la sombra de la visera de su gorra se deslizó a la punta de su nariz, dejando sólo sus labios, el bigote y el parche de barba expuestos a la tenue luz de la habitación. Llevaba una camiseta blanca debajo de la camisa de franela azul desabotonada. Los faldones colgaban sueltos sobre las caderas y el botón de la bragueta de sus Levi's.

Mientras él permanecía allí luciendo como la fantasía de toda chica, ella supuso que parecía una idiota agarrando sus cervezas verdes en sus manos.

Kate pensó en marcharse de la habitación, pero si la dejaba ahora, pensaría que se había ido debido a él, lo que sería la verdad, pero no quería que él lo supiera. Él se inclinó sobre la mesa una vez más, todo largo y musculoso, su firme trasero rellenando sus Levi's. Sin lugar a dudas, Rob Sutter era ardiente. Del tipo que hacía que una chica sintiera hormigueos *en* lugares interesantes. No Kate, sin embargo. Él no la hacía sentir hormigueos. Ella era inmune. Él retrocedió el taco de billar y ella se dio la vuelta.

No había mesas o taburetes, y Kate colocó sus cervezas en uno de los estantes que sobresalían de la pared. Colgó su mochila y abrigo en un gancho detrás de ella. En la mesa al lado de Rob, dos de los tres hermanos Worsley estaban a punto de concluir su juego. Kate se deslizó tres cuartos de dólar debajo del tapiz de la mesa, luego eligió un taco de la casa de medio kilogramo del bastidor en una pared. Lo sostuvo como si estuviese examinando un rifle. El eje estaba un poco torcido, pero tenía una buena punta dura. Ella puso la culata en su pie derecho y esperó.

Rob perdió su siguiente golpe, lo que no era sorprendente, ya que prácticamente volvió a disparar la bola fuera de la mesa. Él se enderezó, y una rubia oxigenada con enormes pechos le entregó una botella de Heineken. Su nombre era Dixie Howe, y era dueña de la peluquería "Curl Up and Dye". Ella tenía largas uñas de color rojo y enganchó un dedo a través de la presilla del cinturón de Rob. Le dio un tirón y le dijo algo cerca de su oreja. Evidentemente, Dixie no sabía que Rob tenía un verdadero problema con las mujeres valientes que daban el primer paso y que él era un desperdicio total de la perfección masculina.

Durante las últimas semanas, había pensado en investigar al Sr. Rob Sutter. Además de ser grosero y desagradable, lo único que realmente sabía de él era que conducía un Hummer, que solía jugar al hockey y que tenía una lesión en la rodilla. Supuso que la lesión había terminado su carrera, pero no lo sabía con certeza. Podría preguntárselo a su abuelo, pero él pensaría que su interés por Rob era romántico. Si quería saber más, tendría que sacar su computadora portátil de la caja donde la había guardado en el armario de su habitación. Conocía el número de matrícula de su vehículo. Con unos pocos clics y un tecleo, podría echar un vistazo a su licencia de conducir y obtener su fecha de nacimiento y su número de la Seguridad Social. Después de eso, podría averiguar su historial de empleo y si alguna vez había estado casado. Averiguaría otros cotilleos acerca de él también, como por ejemplo si tenía un pasado criminal.

Pero ya no hacía ese tipo de cosas. No para trabajar. Ni siquiera para satisfacer su propia curiosidad.

Tomó un sorbo de su cerveza y lo miró por encima de la parte inferior de su vaso. Tenía la cabeza inclinada ligeramente sobre la de Dixie mientras ella hablaba, pero Kate pudo sentirlo mirándola. En realidad no podía ver sus ojos por la sombra de su gorra, pero podía sentir su mirada tocar su rostro y deslizarse por su cuerpo. Si no hubiera sido inmune a él, podría haber sentido su interior incendiarse.

El juego de los hermanos Worsley terminó y Kate dio un paso adelante para desafiar al ganador. Peirce Worsley medía un metro sesenta en sus botas vaqueras hechas a medida. Al igual que sus hermanos, tenía el cabello corto de color castaño y rizado. Los tres vivían y trabajaban en el rancho de su familia a unos treinta y dos kilómetros fuera de Gospel. Sus edades iban desde los treinta hasta los veinticinco años. Kate se había encontrado con ellos las pocas veces que habían entrado en el M&S. No parecían ser los cuchillos más agudos del cajón, pero Kate no había venido al Buckhorn por una conversación inteligente.

Peirce apiñó las bolas de billar, mientras que Kate lanzaba una moneda para determinar quién iba primero. Ella ganó y posicionó la bola blanca, cerca de la banda lateral detrás de la línea de pie. Se inclinó, deslizó el taco sobre el puente de su pulgar, dirigido a la segunda bola, y disparó. Todas las quince bolas se separaron, y la amarilla lisa rodó por el paño verde y cayó en una tronera lateral. A continuación disparó la tres en la tronera de la esquina izquierda y la siete en la derecha. Movió el taco para golpear la bola de modo que rebotara en un salto legal fuera de la

zona principal del tapete y dejó la azul lisa al lado de una tronera lateral para un disparo posterior. Cuatro buenos disparos, *y* casi había logrado olvidar que Rob estaba en la sala.

Peirce elevó el ala de su sombrero de vaquero y miró hacia atrás sobre la mesa a ella. Él tenía los ojos azul claro caóticos, lo que debería haber sido su primer indicio de que la noche iba a deteriorarse en locura. —¿De dónde eres? —preguntó.

—Las Vegas.

—¿Eres una estafadora?

Kate lo miró y trató de recordar que los hermanos no eran demasiado brillantes, incluso cuando estaban sobrios. Si ella estaba tratando de estafar a Peirce, ¿pensaba realmente que ella lo admitiría? —No, no soy una estafadora.

—¿Juegas en una liga o algo así?

—Mis padres tenían una mesa de billar cuando yo estaba creciendo —respondió ella y se trasladó a donde había dejado su cerveza. Llevó la verde Bud Lite a sus labios y vio como Dixie Howe se inclinaba en la otra mesa y daba a todos una visión clara de su profundo escote. Kate no tenía ningún problema con las mujeres que se exponían por ahí. Simplemente resultaba que no era una de ellas. Bueno, excepto aquella vez. Kate le echó un vistazo a Rob, quien, al igual que los demás hombres, tenía los ojos fijos sobre los impresionantes implantes de Dixie. Él dijo algo que hizo reír a Dixie, entonces llevó una botella de cerveza a sus labios.

Kate volvió su atención a Peirce cuando él hizo su disparo y alineaba otro. Kate recordaba lo suficiente acerca de la noche en que había conocido a Rob para recordar que él podría ser algo encantador. Había sido engañada y estafada por ello, pero en su propia defensa, había estado muy borracha.

—Si le ganas a Peirce, juegas conmigo la próxima.

Ella miró por encima del hombro a otro de los hermanos. —¿Qué Worsley eres tú? —preguntó ella.

—Tuttle. —Señaló a su izquierda—. Este es Víctor. Si me vences, juegas con Víctor —dijo como si ella no tuviera otra opción—. Pero dudo que me venzas.

—No creo que me quede tanto tiempo, Tuttle.

—¿Tienes miedo de que gane?

Peirce erró el tiro, y ella dejó su cerveza. —No.

—Adelante y apuesta con ella cinco dólares a que vas a ganar, Tut —dijo Víctor, y luego se bebió su cerveza.

—¡Vaya! Cinco dólares enteros.

Su sarcasmo se perdió en ambos hombres. —Si eso es demasiado costoso para tu sangre, podríamos jugar al strip billar.

Claro. Ella se acercó al extremo de la mesa, y su mirada abarcó la posición de las bolas. Tuvo que esperar a que Rob terminara su disparo antes de que pudiera seguir adelante entre las mesas. Él se enderezó, pero no se movió a un lado para dejarla pasar.

—Disculpa —dijo ella mientras miraba hacia arriba, pero la sombra de su gorra ocultaba la mayor parte de su rostro.

Aun así no se movió, y se vio obligada a pasar apretada contra él, tan cerca que podía ver la barba en su mandíbula. La manga enrollada de su camisa de franela rozó su brazo. Ella observó su sombría mirada mientras pasaba. Los ojos de él se entrecerraron y supuso que la estaba molestando como el infierno a propósito. Probablemente porque estaba furioso por el asunto del rumor de ser homosexual.

—Si sabes lo que es bueno para ti, darás por terminada la noche y volverás a casa.

Nada de probabilidades respecto a eso. Estaba furioso. —¿Me estás amenazando?

—No amenazo mujeres.

Bueno, había sonado como una amenaza para ella. —Sólo para que lo sepas, no empecé aquel rumor sobre ti.

Él la miró durante varios segundos y luego dijo, —Claro.

—Al menos no tuve la intención. —Él sólo siguió mirándola fijamente, y ella se encogió de hombros—. Si estás interesado en conocer la verdad acerca de cómo empezó, tal vez te lo diré en algún momento.

—Yo sé cómo empezó. —Bajó la voz y dijo—, Porque no tuve sexo contigo en una habitación de hotel, viniste al pueblo y les dijiste a todos que soy homosexual.

Kate miró a su alrededor para ver si alguien lo había oído. No lo habían hecho, pero sospechaba que a él no le habría importado. —¿Qué se siente estar equivocado? —preguntó ella. No esperó una respuesta y se inclinó sobre la mesa. Alineó el disparo y trató de ignorar completamente a Rob.

Ella se encargó rápidamente de vencer a Peirce mientras sus hermanos se complacían en burlarse de él porque había perdido con una chica. El rostro de Peirce se volvió rojo, y salió pisoteando hacia la barra. Antes de que ella realmente pudiera protestar, Tuttle apiñó las bolas, y Kate se resignó a jugar una partida más.

Nunca había sido el tipo de chica que perdía a propósito en nada… ni para cometer una estafa o siquiera para hacer que un hombre se sintiera mejor consigo mismo.

Tuttle tomó espacio y disparó contra la bola de la cúspide. Esta se movió lado a lado inestablemente sobre el tapiz, rebotó contra la dos, y cayó en la tronera lateral. Tuttle sonrió como si hubiera pretendido hacerlo a propósito. A continuación, disparó la anaranjada lisa en la tronera de la esquina. Desafortunadamente, la bola blanca la siguió.

—¿Vas a dejar que una chica que te venza? —le gritó Víctor a su hermano—. Ustedes dos están avergonzando a la familia.

—Cállate, Víctor —se quejó Tuttle mientras Kate colocaba la bola blanca tras la línea de cabeza.

—He estado en Las Vegas unas cuantas veces. ¿Eres una de esas bailarinas en topless? —le preguntó Tuttle, entonces se rió disimuladamente como si tuviera trece años.

Ella le dio un vistazo luego disparó, golpeando la bola nueve, luego la quince. Si pensaba que hablando con ella podría estropear su concentración, estaba equivocado. Ella había aprendido a jugar al billar en una casa llena de sus ruidosos hermanos y sus amigos. —Me temo que no.

—¿Alguna vez trabajaste en el Rancho del Pollo? —Él debió haber pensado que era muy gracioso, porque soltó una carcajada.

Kate lo dejó pasar y dejó caer la catorce en la tronera lateral, seguida por la diez.

—¿Quieres venir a nuestro rancho?

La once y la doce cayeron después. —No, gracias.

—Podría mostrarte los caballos. Un montón de chicas vienen a montar los caballos.

De alguna manera, Kate dudaba que "un montón de chicas" fueran a alguna parte cerca del rancho Worsley. Se trasladó al otro lado de la mesa y esperó a que Rob hiciera su disparo. Cuando hubo terminado, golpeó la quince, luego la ocho. Puso la mano sobre la baranda y alineó un tiro a banda que había hecho un millón de veces en el pasado. Esta noche lo erró por una fracción.

Ella se levantó, dio un paso atrás y tropezó con algo duro e inamovible. Miró por encima del hombro, pasando de la franela azul, a la barbilla y la boca de Rob. Lo miró a los ojos bajo la visera de su gorra. La habitación era apretada, pero no *tan* estrecha. Él la estaba estrujando y molestándola deliberadamente de nuevo.

—¿Podrías moverte? —preguntó ella.

—Sí, podría. —Pero no lo hizo. En cambio, sus grandes manos agarraron la parte superior de sus brazos como si quisiera *moverla*, pero tampoco lo hizo. Casi por un instante un sobrecogedor impulso de inclinarse hacia atrás en su pecho le vino a la cabeza. De sentir el calor de él recorriéndole la espalda. De girar y presionar su nariz en el cuello de franela y tomar una respiración profunda.

Consternada por sus pensamientos, se dijo que había pasado mucho tiempo. Mucho tiempo desde que había tenido relaciones sexuales. No era él. Aparte de los Worsley, podría haber sido cualquiera. Bueno, el Sr. Dean tampoco.

—Los muchachos Worsley son unos pequeños cabrones mezquinos. —Él se inclinó un poco hacia delante, y la visera de su gorra rozó el costado de su cabeza. El olor de su piel caliente llenó sus pulmones—. No son la clase de sujetos a los que una chica debería mostrarle su tatuaje.

Ella giró la cabeza y miró hacia arriba a la sombra bajo la visera de su gorra. —Cristo, gracias por la advertencia. Y yo estaba a punto de dejar caer mis pantalones, también.

Sus labios se mantuvieron en una línea recta mientras él deslizaba la mano hacia arriba por su brazo y el hombro. Sus dedos largos y cálidos apartaron el cabello a un lado de su cuello desnudo.

—¿Qué estás haciendo?

—Mostrándole a los campurusos de por aquí que quieren patearme el culo que no soy homosexual. —Su aliento calentó el exterior de su oreja, y cualquiera que estuviera mirándolos podría pensar que él le estaba susurrando cosas pícaras. — Puedo aguantar contra uno o dos a la vez, pero un bar lleno podría ser más de lo que puedo manejar. —Kate alzó la vista por la habitación, pero no parecía como que los campurusos le estuviesen prestando mucha atención a Rob. Se le ocurrió que él podría estar mintiendo, pero ella no había estado en el Buckhorn el tiempo suficiente para estar segura.

Ella regresó la mirada a la mesa de billar, mientras Tuttle hacía su disparo. —Podrías usar a Dixie. Estoy segura de que ella está más que dispuesta a ser utilizada en esa función. O cualquier otra.

Él deslizó su mano por su brazo y colocó la palma de su mano en la curva de su cintura. —Me lo debes.

Suponía que no le debía nada, pero tampoco quería que él consiguiera una paliza por algo que ella había hecho inadvertidamente. —No pienses ni por un segundo que voy a dejar que me metas mano —dijo, aliviada de que su voz tenía la convicción que ella no terminaba de sentir tan fuertemente como debería.

—Tal vez deberías definir meterte mano. —Su mano se deslizó a través de su estómago, calentando su abdomen y robándole el aliento antes de que regresara lentamente a su cintura. — ¿Eso es meterte mano?

Técnicamente, no. Pero sintió su toque en lugares donde no la estaba tocando en absoluto. —No, a menos que muevas la mano hacia arriba.

—¿Qué te parece si voy hacia abajo? —La profunda risa de él se extendió por todo el lado de su garganta. — ¿Quieres que vaya hacia abajo, Kate?

—Ni siquiera lo pienses. —Tuttle perdió su siguiente disparo, y Kate se apartó. Ella había tenido suficiente. Suficiente de Rob y suficiente de los Worsley. Se inclinó sobre la mesa y disparó la ocho en la tronera de la esquina.

—Mi turno con ella —anunció Víctor y se acercó al final de la mesa.

—Muchachos, he terminado.

—No puedes irte hasta que juegues contra Víctor.

—No estoy jugando Víctor —dijo ella mientras se trasladaba al estante de los tacos y colocaba el palo en el interior. Sus nervios estaban en carne viva y sólo quería irse a la cama—. Me voy a casa.

—Tienes que jugar —insistió Víctor—. Nadie nos gana a nosotros los Worsley.

—Sobre todo una chica —agregó Tuttle.

Uh-oh. Estaban borrachos, se dijo a sí misma. —Tal vez en otro momento.

—Todo el mundo sabe que no es correcto que una mujer venza a un hombre.

Supuso que debería dejar pasar esa, pero había estado mordiéndose la lengua toda la noche. Estaba cansada de tratar de ser agradable. —Víctor, si necesitas vencer a una mujer para que te sientas mejor contigo mismo, tienes algunos problemas reales que van más allá de tu juego de billar.

—¿Qué significa eso?

Ella realmente deseaba no tener que explicarlo. —Significa que un verdadero hombre no se ve amenazado por una mujer.

—Te voy a mostrar a un hombre real.

Señor, si él se agarraba la entrepierna, ella iba a vomitar. Sacudió la cabeza. —¿Estas drogado?

—No.

—¿Te has caído de cabeza?

—No. Fui coceado por un montón de caballos.

—Bueno, eso lo explica todo —dijo ella y trató de pasar más allá. Él dio un paso al frente y no la dejó pasar.

—No te irás hasta que juguemos.

Kate miró a los mezquinos ojos azules de Víctor, inyectados en sangre y sintió su corazón golpear contra las costillas.

—Oye, estúpido —interrumpió Rob por detrás de Víctor—. Ella dijo que ya no quiere jugar con ustedes.

La mirada de Kate se movió pasando de Tuttle a Rob que estaba de pie a pocos metros. Una sensación inmensa de alivio calmó su acelerado corazón a un palpitar constante.

—Esto no es asunto tuyo —dijo Tuttle.

—Lo estoy haciendo mi asunto.

—Supuse que te juntarías con ella. Es una marimacha, pero eso es probablemente lo que te gusta de ella.

—¿Exactamente qué estás tratando de decir Tuttle?

—Que eres un maricón. —Señaló con el dedo pulgar a Kate—. Y ella es tu tortillera.

Kate supuso que eso respondía la pregunta.

—Eso no fue agradable. —Rob suspiró mientras se quitaba su gorra y la arrojaba sobre la mesa de billar—. Le debes una disculpa a Kate.

—¿O qué?

—O te haré desear haberlo hecho. —Él pasó los dedos por los costados de su cabello—. Es posible que desees dar un paso atrás, Kate.

Ella no tenía que ser advertida dos veces. Se situó entre los estantes de los tacos de billar.

—Yo no te tengo miedo —anunció Tuttle mientras se balanceaba y agitaba los brazos como una especie de boxeador marginado. Rob estaba de pie con las manos a los lados, mirando con una aturdida torsión de sus labios. Luego Tuttle finalmente lanzó un golpe, y Kate apenas vio el borrón del puño de Rob antes de que se estrellara contra el rostro de Tuttle. Tuttle voló hacia atrás, y Kate saltó fuera de su camino un instante antes de que golpeara la pared donde ella había estado parada.

Tuttle se deslizó hasta el suelo, con la mirada desenfocada y los ojos vidriosos. —¡Hijo de puta! —gritó Víctor y se lanzó hacia a Rob. Golpeado por el peso del cuerpo compacto de Víctor, Rob se tambaleó unos pasos hacia atrás.

—Voy a patear tu culo por eso —advirtió Víctor mientras lanzaba un golpe violentamente y conectaba con la mandíbula de Rob. La cabeza de Rob rebotó hacia atrás, y luego él golpeó a Víctor con un gancho uno-dos que dejó al hombre más bajo aturdido pero aún en pie.

Peirce entró corriendo en la sala y se movió hacia Tuttle, quien estaba murmurando incoherentemente. Peirce ondeó la mano delante de la cara de su hermano, luego agarró un palo de billar de la pared. Antes que pudiera moverse, Kate se puso delante de él. —Parece que Rob está a punto de terminar con Víctor. ¿Por qué no esperas tu turno?

—¿Qué vas a hacer al respecto?

—Eso depende de ti.

—¡Fuera de mi camino, lesbiana!

¿Lesbiana? Kate no había oído esa palabra desde la escuela primaria. Obviamente los hermanos Worsley tenían que salir más. Mantuvo los ojos en el taco de billar mientras Peirce lo levantaba y se movía hecho una furia hacia ella, con su mirada fija en Rob. Rob le dio un último golpe a Víctor, enviándolo al suelo. A medida que Peirce pasaba, Kate metió el pie entre sus grandes botas. Su codo se estrelló contra su espalda y él cayó. En el camino, se golpeó la cabeza con la mesa de billar, y aterrizó en el suelo en un montón. Gimió y rodó sobre su espalda, con el taco de billar todavía sujeto en su mano. Dentro de la tenue luz colgando por encima, él miraba hacia arriba, con la mirada vidriosa y desenfocada, como la de Tuttle.

—Bueno, maldita sea —se quejó justo antes de que sus ojos se pusieran en blanco en su cabeza y se desmayara.

Rob miró a Kate, con sus ojos verdes animados y brillantes. —¿Estás bien?

Ella tragó el nudo en su garganta y asintió con la cabeza.

Fuera de la pequeña sala de billar, alguien desconectó la máquina de discos. Sobre el sonido del corazón de Kate golpeando en sus oídos, oyó gritos y maldiciones. A través de la entrada, pudo ver mesas rotas, y sillas y cuerpos volando por el aire.

—Infiernos, sí —dijo Rob y tocó la marca roja en la mandíbula. Sonrió como si estuviera teniendo el mejor momento de su vida.

—¿Me perdí algo? ¿Eso fue divertido?

Agarró su gorra y se echó a reír, un sonido de puro placer que se mezclaba con el ruido de cristales rotos y el lejano gemido de las sirenas de policía.

Él estaba demente. Loco. Un viejo enorme e increíblemente estúpido.

Capítulo 7

El frente del Buckhorn estaba iluminado como el cuatro de julio. Rayos de luz de color rojo, blanco y azul se deslizaban por la fachada y en los clientes que estaban en fila delante del bar. Las luces giratorias de tres coches de policía rebotaban en los coches aparcados y seguían más allá de las teñidas sombras de la espesura del bosque.

Desde el interior del Blazer[31] el sheriff, Rob miraba a todo el mundo que estaba parado delante del Buckhorn, manteniendo la mirada en los dos agentes que comprobaban el estado de embriaguez de la gente, antes de dejar que se marcharan.

En el asiento trasero del Blazer no tenía espacio para sus piernas y las esposas cortaban sus muñecas. Se sentía incómodo como el infierno, podía haberse estirado un poco si no fuera por el dolor en el culo esposada a su lado.

Siempre había sabido que Kate Hamilton suponía problemas. Él no tenía idea de cuántos. Cuando había llegado a Gospel, había empezado ese rumor de que era gay y ahora tenía a algunos de esos paletos de pueblo mirándolo divertido. No estaba asustado. Sólo molesto.

Y esta noche ella había ido tan campante al Buckhorn y se había enganchado a tres de los más grandes idiotas de los alrededores. Había sido sólo una cuestión de tiempo para que las cosas se pusieran feas entre ella y los Worsleys y alguien tuviera que intervenir y dar el paso y ese alguien había sido él, y ahora estaba enfriando los talones en la parte trasera de un vehículo de policía. Para colmo, ella no se veía muy agradecida.

Miró por encima del hombro a su oscuro perfil. —De nada —dijo él.

— ¿Por qué? —Las luces de otro coche patrulla iluminaron un lado de su rostro cuando se volvió para mirarlo.

---

[31] **N. de la T.** "Blazer" es uno de los modelos de autos 4x4 de la marca automotriz Chevrolet de la General Motors

—Por salvarte el culo.

—Me imagino que estamos en paz. —Ella sacudió la cabeza—. Peirce te habría arrancado la cabeza con ese taco de billar si yo no hubiera intervenido y salvado tu culo.

—Lo habría intentado, —Se burló Rob—. Me han golpeado en la cabeza unas cuantas veces con palos y discos de hockey, —Pero siempre había llevando su casco. Dudaba que aquel taco de billar lo hubiera noqueado, pero habría dolido como el infierno. —Sé qué crees que puedes hacer cualquier cosa igual que un hombre, que puedes cuidarte tú sola, pero hay una razón por la cual la gente ignora a los chicos Worsley. Todo el mundo sabe que ellos no se llevan bien con los demás.

Guardó silencio un momento y luego dijo: —Bueno, hubiera sido agradable que alguien me lo hubiera dicho.

—Lo hice. — En el asiento, Rob se apresuró a estirar sus largas piernas todo lo que pudo—. Dos veces. —Su chaqueta y la camisa de franela se abrieron en torno a él, y un escalofrío se deslizó por la parte delantera de su camiseta y el estómago.

No había nada que hacer ahora, sino relajarse y esperar a ser transportado junto con la ingrata a su lado. —Te dije, termina por esta noche y vete a casa. — Él sabía que podría haberle advertido sobre los Worsleys antes, pero había estado muy ocupado tratando de no hacerle caso. Kate no era exactamente su persona favorita, y para el momento en que la vio con los Worsleys, ya había metido tres bolas. En ese punto, lo mejor que podía hacer era quedarse mirando como jugaba y esperar que las cosas no se salieran de control.

Rob volvió su atención hacia la parte frontal de la barra. Tuttle había llamado a Kate marimacho, lo cual era simplemente estúpido. Ella era tan descaradamente femenina, con senos grandes, cintura delgada y piernas largas, que no había manera de que alguien la confundiera con un hombre. Claro que era alta, pero a Rob le gustaban las mujeres altas. A él le gustaban que largas piernas se ciñeran apretadamente alrededor de su cintura, sobre sus hombros o envueltas alrededor de su cabeza. Le gustaba la forma en que una mujer alta encajaba con él dentro y fuera de la cama.

Al verla estirar su largo cuerpo a través de la mesa de billar, se molestó consigo mismo por cómo habían cambiado las cosas. Entonces la había tocado, porque no había sido capaz de detenerse. Le había tocado

un lado de su cuello y su cabello. Había encajado su mano en la curva de su cintura, y deslizado la palma de su mano sobre su estómago. Por unos pocos segundos, le dio la bienvenida al ponche caliente de lujuria en su vientre en lugar de luchar contra él.

El murmullo en el otro lado del asiento llamó su atención.

— ¿Qué? —preguntó.

—Me pregunto cuánto tiempo se tarda en salir de la cárcel en libertad bajo fianza —dijo ella a través de un suspiro mientras apoyaba la cabeza contra la ventana—. No quiero que llamen a mi abuelo por esto.— Uno de los lados de su pelo cayó hacia adelante y le tapó la cara. —Es viejo y no debería tener que recibir una llamada del sheriff a mitad de la noche.

—Yo nos sacaré de este apuro. —Por alguna razón, estaba empezando a sentir lástima por ella, y estaba teniendo problemas para recordar por qué ella no le gustaba.

— ¿Cuánto?

—No lo sé. Depende de los cargos.

—Bueno, ¿cómo se hace? ¿Hay un cajero en algún lugar? O ¿puedo firmar un cheque?

—Sólo puedes utilizar dinero en efectivo. —Se enderezó y lo miró—. No me digas que nunca has sido arrestado.

—Nop.

Incluso a través de la oscuridad, él pudo ver que ella encontraba aquella pequeña noticia increíble. — ¿Estás bromeando?

¿Por qué encontraba aquello tan difícil de creer? —No.— Él frunció el ceño.

Acababa de ofrecerse para pagar su fianza y ella lo insultaba. Ahora recordó por qué ella no le gustaba. — ¿Cuántas veces has sido arrestada?

—Nunca. Soy una investigadora privada. Por lo menos lo solía ser. Sé cómo funciona el sistema. — Pensó un momento. —O por lo menos cómo funciona en Nevada. — Él dirigió su atención a la parte delantera del Buckhorn, una vez más.

Ya no le importaba lo que hiciera. Tal vez los hombres de la ciudad estaban en lo cierto acerca de ella. Era una rompe bolas[32] real.

La oyó respirar profundamente y dejar salir el aire lentamente. El asiento se sacudió un poco cuando ella se movió, tratando de obtener más comodidad.

— ¿Rob? —dijo su nombre en un susurro.

Él la miró. Ella se había dado media vuelta y había sacado su pierna para doblarla en el asiento. La luz del exterior iluminó su rostro, y su rodilla casi tocaba la parte exterior de su muslo. — ¿Sí?

Se lamió los labios y su voz fue baja y del tipo gutural.

—Gracias.

¡Infiernos! Justo cuando él estaba tratando de desarrollar una aversión verdadera hacia ella, tenía que arruinarlo, volviéndose toda agradable y femenina. Su cambio de estado de ánimo le estaba dando un latigazo. —No hay de qué.

Se inclinó hacia delante un poco y habló a la oscuridad justo por encima de su mejilla izquierda. — ¿Cómo está tu barbilla?

—Duele como una perra, pero viviré.

—Siento que te golpearan. Déjame saber si necesitas algo.

Bajó la mirada a su boca y se preguntaba si ella se ofrecería a darle un beso para que se sintiera mejor. No es que besar a Kate fuera una buena idea. — ¿Cómo qué? — Aunque sin duda eso la mantendría callada y también, con su boca demasiado ocupada para hablar.

—Una bolsa de hielo.

Una bolsa de hielo podía estar bien, podía evitar que estuviera pensando en todas las formas en que podía mantener su boca ocupada. — ¿Por qué no me dices cómo comenzó todo este rumor de que soy gay?— Le pidió para mantener su mente lejos de la imagen de su cabeza en su regazo.

Ella se echó hacia atrás. —Creo que sólo llevaba viviendo aquí un par de semanas, y tú todavía no habías regresado a la ciudad. Ada entró en

---

[32] **N. de la T.** en inglés es "Ballbuster" se puede traducir como Caza Pelotas o Rompe Bolas

la tienda una mañana y empezó a hablarme sobre el dueño de la tienda de deportes, que no estaba interesado en ninguna mujer de la ciudad, por lo que dije algo así como que tal vez a ti no te gustaban las mujeres. Yo estaba pensando en la misoginia. Realmente no sabía que ella estaba hablando de ti.

— ¡Correcto!

Ella se encogió de hombros. —Nunca pensé que fueras gay. Ni siquiera después de la primera noche que nos conocimos. Nunca se me pasó por la cabeza.

Bueno, eso es algo, pensó, mientras se sentaba y trataba de estar más cómodo.

—Disfunción Eréctil, sí. ...¿Gay? —Ella sacudió la cabeza—. No.

Él se quedó quieto. — ¿Crees que no se me levanta? ¡Se me levanta un montón! — Él no tenía la intención de gritar, pero Cristo Todopoderoso, solo porque no había estado usando su dura erección últimamente no quería decir que no fuera capaz.

—Si tú lo dices.

Dios, lo había vuelto a hacer en cuestión de minutos. Justo cuando estaba empezando a pensar que no era tan mala, ella lo molestaba. Justo cuando estaba pensando en besarla, le decía que tenía disfunción eréctil. Si no hubiera sido porque estaba esposado, le habría agarrado la mano y se la hubiera colocado en su polla, sólo para demostrarle que estaba equivocada. Ella misma sentiría que le funcionaba muy bien.

La puerta del coche se abrió y el sheriff Dillon Taber estaba en la entrada. —Vamos, fuera, ustedes dos.

Rob no dudó antes de deslizarse fuera del vehículo. Quería estar tan lejos de Kate como fuera posible. "Disfunción Eréctil" se burló.

— ¿Has dicho algo, Sutter? — Preguntó el sheriff.

Él frunció el ceño. —No. —

Kate salió de la Blazer y se puso al lado de Rob bajo la luz de los faros de la patrulla.

—Peirce jura que tú nunca lo tocaste — informó a Kate mientras Dillon se movía detrás de ella para quitarle las esposas. — Dijo que debió tropezarse por que de ninguna manera una chica lo dejaría noqueado.— Ella se giró y se frotó las muñecas—. Pero voy a darte un consejo, que

estoy seguro que vas a ignorar — continuo el sheriff, mientras colocaba las esposas en un estuche de cuero enganchado a su cinturón.

—Mantente alejada de cualquier persona con el apellido Worsley.— Pensó un momento y luego añadió: —Y mientras estás en ello, ve un paso más allá y mantente alejada de Emmett Barnes y Hayden Dean.

—Tengo la intención de mantenerme alejada de los bares de por aquí — dijo ella mientras agarraba su mochila de cuero de la capota de la Blazer.

—Eso es probablemente muy sabio. ¿Cuánto bebiste esta noche?

—Cerca de media cerveza.

—Entonces eres libre de irte. Conduzca con cuidado, Señorita Hamilton.

—Lo haré. Gracias —dijo y se alejó. Por un breve segundo, un destello de luz quedó atrapado en su pelo. Después ella se había ido.

Dillon se movió detrás de Rob y le quitó las esposas. —Varias personas han confirmado que Tuttle Worsley fue quien golpeó primero— dijo el alguacil cuando soltaba las esposas de las muñecas de Rob—. Eres libre de irte.

Rob se había encontrado por primera vez con Dillon el verano pasado cuando él y su hijo Adam se habían inscrito para las clases de pesca con mosca. Le había gustado el sheriff inmediatamente y contrató a Adam para que lo ayudara en la tienda. A la edad de once años, había hecho un buen trabajo barriendo y vaciando la basura. — ¿Qué hace Adam estos días? — preguntó, frotándose las muñecas.

—Nada bueno. No puede esperar para acabar con la población de truchas este verano.

—Dile que pase por la tienda y lo pongo a trabajar de nuevo.

—A él le gustará eso — Dillon hizo subir el ala de su sombrero de vaquero.

— ¿Cuánto has bebido, Rob?

—Iba por mi segunda cerveza.

La radio sobre el hombro de Dillon graznó, y él la alcanzó para bajarle el volumen.

— ¿Qué sabes acerca de la nieta de Stanley?— le preguntó, cuando el SUV de Kate pasó por el camino desde el aparcamiento.

¿Aparte del hecho de que no le gustaba, pero quería tener sexo con ella? —Sé que tiende a molestar a la gente de mala forma.

—Tengo una de ésas en casa, — Dillon se rió —. A veces, las mujeres molestas son las mejores.

—Tomare tu palabra en eso —dijo Rob, mientras sacaba sus llaves del coche del bolsillo de su chaqueta. —Mantente alejado de los problemas, Sheriff.

—Ojalá pudiera, pero es marzo, y el verano está a la vuelta de la esquina.— Dillon negó con la cabeza y se acercó a los borrachos que todavía estaban alineados delante de la barra.

Rob caminó hacia su Hummer y condujo las cinco millas hasta su casa. Giró en el camino de entrada, y tropezó con las luces de los sensores de movimiento a su paso. Cuando había construido la casa, había puesto las luces como medida de seguridad. Pero había descubierto rápidamente, que las luces de detección de movimiento y la vida silvestre no se mezclaban. Había habido un montón de noches en las que acababa apagando todo el sistema para poder conseguir dormir un poco.

Apretó el botón que abría la puerta del garaje sujeto a la visera del coche, luego condujo el HUMMER al interior. La puerta se cerró automáticamente detrás de él.

Había construido la casa de cuatro mil metros cuadrados el verano pasado.

Tenía cuatro dormitorios con sus respectivos baños y estaba construida de rocas de lago y grandes vigas de madera. A él le encantaba el techo tipo catedral y los enormes ventanales de cristal que daban al lago, pero no sabía en lo que había estado pensando, al construir una casa tan grande. Incluso cuando Amelia tuviera la edad suficiente para visitarlo en Gospel, no necesitaría tanto espacio.

La luz que había sobre el patio todavía estaba encendida. La apagó y arrojó las llaves en el mostrador de mármol. La alfombra en las escaleras amortiguó sus pasos mientras se dirigía escaleras arriba en la oscuridad.

Había pasado el fin de semana pasado en Seattle con su hija. Ella había aprendido tres palabras nuevas y había empezado a enlazarlas juntas en una oración.

Rob se quitó la chaqueta y la tiró en una silla junto al centro de entretenimiento hecho de Roble en donde se encontraba la gran pantalla del televisor.

La luz de la luna entraba por los grandes ventanales y brillaba a través de él mientras se sacaba sus ropas. Desnudo, se metió en la cama.

Las sabanas frescas tocaron su piel, y jaló de la pesada manta de lana de color rojo y del edredón azul a cuadros para cubrirse con ellos. Su viaje a Seattle había sido una mejora con respecto a la última vez. Louisa y él se llevaban mejor de lo que lo habían hecho desde que le habían disparado. Rob no estaba seguro de cómo se sentía al respecto, pero ella había insinuado una reconciliación.

Puso un brazo detrás de la cabeza y miró hacia la luz de la luna en su techo. Amaba a Amelia, y quería estar con ella. Y todavía tenía sentimientos por Louisa. Pero no sabía cuáles eran ni si eran lo suficientemente profundos. No podía permitirse cometer otro error. Tanto él como Louisa eran más viejos y más sabios.

Más asentados, o al menos sabía que él lo era. Tal vez no lo arruinarían en esta ocasión. Tal vez podrían hacer que funcionara.

Pero cuando cerró los ojos, no fueron pensamientos sobre Louisa los que lo mantuvieron despierto durante varias horas más. No fue la foto de ella, el cabello largo y rubio lo que estaba atascado en su cabeza. No fue el recuerdo de su voz la que le decía: "Déjame saber si necesitas algo" lo que se aferraba a su interior y se retorcía con fuerza. O la idea exactamente de cuántas maneras quería demostrarle que él era un hombre. Un hombre capaz de satisfacer a una mujer. No era pensar en su ex esposa, lo que hacía que su piel se calentara y las sábanas de pronto estuvieran demasiado calientes para soportarlas. No era el toque de las manos de Louisa lo que él anhelaba.

Eran los de Kate. Eran los recuerdos de su partida de billar, junto con la visión de ella tumbada sobre la mesa como una comida gourmet. Era la sugerencia del escote y el destello de piel. El momento en que congeló su mirada en su cara mientras la sostenía con su espalda contra su pecho.

Solo en la oscuridad de su habitación, era la mujer que pensaba que él era impotente la que protagonizó sus fantasías más obscenas.

En la ciudad, Stanley Caldwell se sentó en el borde de su cama y miró dentro de la caja que tenía en las manos. Media hora antes había oído el regreso a casa de Katie, y silenciosamente había cerrado la puerta de su habitación.

En la caja, había colocado la colección de discos de Tom Jones de Melba.

Algunos de ellos estaban autografiados. Había 25 en total. Lo sabía porque acababa de contarlos.

No se suponía que debiera haber sido así. Él tenía que haber sido el que muriera primero. Melba lo hubiera sobrevivido. Era demasiado duro de esta manera. Demasiado difícil para un anciano como él que su mejor amiga y amante ya no estuviera. Ellos habían criado a los niños y envejecido juntos. Habían engordado y reconfortado también. La echaba de menos, como echaría de menos la otra parte de su alma. Él no podía enviarla lejos.

Metió la mano dentro de la caja y agarró algunos de los álbumes. Después, lentamente, volvió a ponerlos. Grace Sutter había venido por una cerveza esa noche, cuando Katie había salido a jugar al billar. Se habían reído y hablado de cosas que tenían en común. Les gustaban John Wayne, las películas del Oeste y Tex Ritter. Glenn Miller y el Trío Kingston.

Ahora que Grace se había ido, él se sentía culpable de haber compartido recuerdos con alguien más que no fuera su esposa, Melba. Culpable de de haber empaquetado sus discos. Había pensado que podía empacar algunas de sus cosas, nada grande, nada como sus batas y zapatillas. Sólo las pequeñas cosas en las que Katie le había insistido. Había pensado que podía hacerlo.

Stanley dejó los discos y armó la caja en el suelo. Le había gustado Grace. Aparte de Melba, a él le gustaba más de lo que le había gustado cualquier mujer hacía mucho tiempo. No era agresiva y no era chismosa. Hablar con ella había sido tan fácil, y su sonrisa le hizo querer sonreír también.

Con el pie, empujó la caja debajo de su cama. Allí, él no se estaba librando de los álbumes de Melba. Tan sólo los estaba poniendo en otro

lugar por un tiempo. En algún lugar fuera de su vista, pero no fuera de la casa.

Apagó la luz y se metió en la cama. Cuando cerró los ojos, se imaginó la cara de Melba rodeada de su pelo gris, y se relajó. Grace Sutter era su amiga. A él le gustaba, pero nadie jamás tomaría el lugar de su esposa en su viejo y solitario corazón.

Capítulo 8

El lunes después de la pelea en el Buckhorn, un frío dolor en el pecho obligó a Kate a permanecer en casa sin acudir al trabajo.

Se sentó en el borde de su cama, mirando los diferentes canales de la televisión, sintiéndose extremadamente mal, le dolía todo el cuerpo. Estaba tan aburrida que tenía ganas de gritar, pero no podía hacerlo debido al dolor que sentía en el pecho.

En vez de ceder a su estado de ánimo, arrastró hacia fuera la conexión de Internet por cable que su abuela había instalado hace varios años y que su abuelo continuaba pagando pero nunca utilizaba.

Tomó su ordenador portátil del armario, y después de una hora navegando por Internet, investigando una materia realmente emocionante, consiguió los nombres de algunos consultores, mas información, o algunos folletos, así podría mostrar a su abuelo que su vida sería mucho más fácil si él entrara en el nuevo milenio.

Era una locura no utilizar la tecnología y obtener ganancias y el inventario en el punto de venta. Se negaba a pensar en ello, tenía varios sitios marcados para información, y como estaba enferma y aburrida, hizo algunas compras por Internet para alegrar su estado de ánimo. Compró lencería en Victoria´s Secret. Suéteres y jeans de Neiman Marcus y Banana Republic. También compró zapatos en Nordstrom, y derrochó en un brazalete de plata de Tiffany. Cuando hubo acabado, era mil dólares más pobre y no se sentía mejor.

Estaba todavía enferma y seguía aburrida, levantó las manos para cerrar su ordenador portátil pero una voz dentro de su cabeza se lo impidió. Sería tan fácil, ella sabía los números de la matrícula del coche de Rob Sutter y con unos pocos clicks del ratón, podría tener su dirección y su fecha de cumpleaños.

Entonces podría ver por si misma si le había dicho la verdad acerca de no haber sido nunca arrestado.

No, eso sería una invasión de su privacidad....pero podía hacer una búsqueda en Google. Rob había jugado al hockey profesional. Había sido una figura pública.

Mientras que lo que descubriera fuera público, entonces realmente no era una invasión de su privacidad. Antes de que pudiera darse cuenta de ello, había hecho clic en Internet y había escrito su nombre en el motor de búsqueda. Se sorprendió cuando se detuvo a más de cuarenta mil visitas.

La mayor parte de los éxitos fueron para sitios de deportes. En algunos de las fotos, tenía bigote. En otros casos no lo tenía. En las fotos sin el bigote, la mandíbula parecía más cuadrada. Más masculino, lo cual no hubiera creído posible. En todas las fotos de él, sus ojos verdes miraban a la cámara, como si no estuvieran haciendo absolutamente nada bueno.

En la hockeyfights.com, había una imagen de él con un tipo, con alguna clase de llave a la cabeza. Llevaba una camiseta azul marino, y un casco negro. En el artículo siguiente decía:

"Rob Sutter puede parecer como un matón, pero es muy especializado y tiene un papel importante para hacer que, en el otro equipo se lo piensen dos veces antes de hacer algo estúpido como marcar un gol, hacer un pase o ponerse en su camino."

Hizo clic sobre las fotos de el patinando sobre hielo o tirando en el punto de penalty o sentado en el banquillo poniéndose algodón en la nariz sangrante. Leyó un artículo que habían escrito sobre él en el 2003 para las noticias de hockey.¨ Soy algo más que una bolsa para golpear¨ comenzó, y continuó catalogando su trabajo y enumerando sus promedios.

Kate no sabía nada sobre hockey, pero ella asumió que si sus promedios hubieran sido malos, el no los habría mencionado. Leyó sobre sus éxitos y el artículo escrito sobre él en Sports illustrated. La fotografía brillante lo mostraba patinando sobre el hielo con un disco en el extremo de su palo de hockey.

El título decía: "Una Fan le pega un tiro a jugador de la NHL"

Kate se sentó más erguida como si la hubieran tirado de unas cuerdas imaginarias, sorprendida por el número de éxitos, lo siguiente que leyó fue impresionante, de acuerdo con el artículo, Stephanie

Andrews, de Denver, Colorado, le disparó tres veces después de que él pusiera fin a su romance.

Dos balas lo habían golpeado en el pecho, causando lesiones potencialmente mortales, mientras que una tercera le había destrozado la rodilla, poniendo efectivamente fin a su carrera.

Kate había sospechado que sus lesiones habían terminado con su carrera, pero ella nunca podía haber adivinado la realidad ni en un millón de años. Cavó un poco más profundo y leyó más sobre los disparos y el juicio. Encontró bastante información al respecto en los archivos del Seattle Times.

Su mirada fija exploró los informes diarios del juicio de dos semanas y leyó que Stephanie Andrews no había sido ni siquiera la novia de Rob. Había sido una groupie que él había recogido en un bar, a continuación, se había convertido en una acosadora.

Stephanie había sido declarada con locura temporal, pero al final, el jurado no había escuchado la súplica, y ella había recibido una sentencia de culpabilidad, y una condena de veinte años, con diez fijos.

Kate se preguntó qué había pensado Rob de eso. Si pensaba que era justo que la mujer que había tratado de matarlo pudiera salir de la cárcel en diez años, mientras que él tendría que vivir con sus lesiones el resto de su vida.

Kate estaba leyendo el último artículo, pero una cita cerca del final le llamó la atención: "... la señora Sutter no tiene ningún comentario”.— Ella desplegó el párrafo y leyó: "Louisa Sutter, y la hija de la pareja, no residen en la casa de la familia en la isla de Mercer". El Seattle Times trató de comunicarse con ella para saber su reacción al veredicto.”

Su abogado nos devolvió la llamada y afirmó que "la señora Sutter no tiene ningún comentario."

¡Casado! Había estado casado en el momento del disparo, y tenía un hijo. Todavía tenía un hijo. Kate se apartó el pelo detrás de las orejas. Estaba aturdida y horrorizada, sin duda, pero también sorprendida por la profunda decepción que sentía.

A pesar de sí misma, estaba empezando a gustarle. Sí, Rob había tenido un poco de diversión, pero si no hubiera sido por él, era seguro de que ella todavía estaría en Buckhorn jugando al billar.

Porque una cosa era segura, los Worsleys no habrían dado su permiso para dejarla salir hasta que ella hubiera perdido, y Kate nunca perdía a propósito en nada.

Kate cerró el portátil y lo colocó en el armario en la estantería junto a una caja de recuerdos de Tom Jones.

Rob había engañado a su esposa con una groupie del hockey. Kate había sido engañada antes, y odiaba a los tramposos. Sin embargo, nadie se merecía que le pegaran un tiro o perder su carrera por ello. Nadie merecía morir, y no había ninguna duda en el hecho de que Stephanie Andrews había tenido como objetivo matar a Rob.

Kate se metió bajo los cobertores de color rosa con volantes de la cama gemela. La ropa de cama que había traído con ella de Las Vegas era matrimonial, así que ahora estaba cubierta de encajes, volantes y, por supuesto, Tom.

Recibir un disparo de una groupie que había recogido en un bar podría explicar por qué Rob la había rechazado en el Duchin Lounge. También explicaba por qué, a pesar de sus mejores esfuerzos a Rob no le gustaba, y ella se sentía atraída por él.

Cogió un pañuelo y se sonó la nariz. Por alguna razón, si había un hombre en un radio de cien kilómetros que le rompería el corazón y la trataría mal, Kate se sentiría atraída por él.

Arrojó el pañuelo de papel en la papelera de Tom Jones y falló. Rob era un infiel. Tenía serios problemas con el compromiso y "mala apuesta" escrito por todo el cuerpo. Él era como todos los imbéciles con los que ella había salido envuelto en un paquete hermoso. Rompería su corazón más rápido de lo que solía aplastar cabezas.

Sí, eso podía ser cínico. Y sí, se suponía que ella iba a trabajar en su interior cínico, pero no por ello era menos cierto.

Kate se sentía atraída por Rob, pero no iba hacer nada al respecto. Había terminado con los hombres imposibles. Apoyó la cabeza en la almohada y cerró los ojos.

Cuando Kate se quedó dormida, pensó en su vida en Gospel. A veces era tan aburrida que pensaba que podía acabar tan loca como todos los demás en la ciudad. Pero había algo que decir sobre lo mundano. Algo reconfortante en las cosas que no cambiaban, como la monotonía en el orden de las estanterías de la tienda de comestibles.

Kate se acordó de aquel sentimiento dos días más tarde, cuando ella y su abuelo estaban teniendo una discusión acerca de cómo recortar un poco los gastos de la empresa. Ella pensó que deberían detener las entregas a domicilio o, al menos, cobrar por ellas.

Stanley no quería oír hablar de ello. Ella quería poner un tarro al lado de la cafetera para que ayudaran a financiar el café que la gente del lugar tomaba todas las mañanas. Stanley no consideraría eso tampoco. Ella aconsejó abastecer la tienda con quesos de gourmet y pastas. Aceitunas italianas rellenas y jalapeños mexicanos. Él la miró como si estuviera loca:

—Nadie de por aquí come esos lujos.

—Triangle Grocery las vende —le dijo, refiriéndose a la otra tienda en la ciudad.

—Exactamente. Si lo venden ellos, ¿por qué habría de hacerlo yo?

Finalmente, se pusieron de acuerdo en el tema de las etiquetas adhesivas, no más etiquetas sobre los productos que ya estaban marcados. Su abuelo, finalmente estuvo de acuerdo con ella en que no era sólo una pérdida de dinero, sino también una pérdida de tiempo.

Fue una pequeña pero importante victoria para Kate. Le demostró que su abuelo no era completamente inflexible. Él la escuchaba en algunas cosas. Cuando llegara el momento, podría ser receptivo a sus ideas para la actualización del inventario de la tienda y la contabilidad del sistema. Ella podría ayudar a que su vida fuera más fácil, después de todo. Las cosas estaban mejorando.

O por lo menos pensaba que lo estaban hasta que la puerta de el M & S se abrió y Rob pasó tranquilamente como si fuera arrastrado por el viento. A través de los altavoces del estéreo, Tom Jones cantó su versión de Otis Redding, "Prueba un poco de ternura".

Ella no había visto a Rob desde la noche de la pelea en Buckhorn, y a pesar de todo lo que había aprendido sobre él desde entonces, al verlo quiso comprobar su postura y mirarse la pintura de los labios.

Se paró detrás de un cajón de naranjas y toronjas, y como si hubiera percibido que le miraba, le devolvió la mirada desde el final del pasillo dos. Llevaba una sudadera verde oscuro con capucha del mismo color que sus ojos.

Tenía un moretón negro y azul en su mandíbula, un recordatorio de la noche que se había peleado con los Worsley en su nombre.

— ¿Cómo estás? —preguntó, con voz un poco áspera, como si la voz no la hubiera usando mucho últimamente.

—Estoy bien. —Sus labios entreabiertos, como si quisiera decir algo más.

En cambio, su mirada se deslizó a los dos niños que compraban unas barras de caramelo.

Eran las tres y media de la tarde y el negocio estaba vacío. Los únicos clientes de la tienda eran Adam Taber y Aberdeen Wally, y discutían sobre quién era más fuerte, el hombre araña o Wolverine. Rob tomó a Adam en torno al cuello y frotó los nudillos en el pelo del niño.

— ¿Vas a trabajar para mí este verano? —Le preguntó.

—Sí. —Adán se echó a reír y movió afirmativamente la cabeza.

— ¿Puede trabajar también Wally?

Mientras que Rob fingía que pensaba en ello, Kate pasó la mirada por su camiseta, sobre el nombre de la marca Rossignol impresa sobre el frente y el bajo de la mangas, a los vaqueros desteñidos ceñidos a sus caderas. Las costuras estaban gastadas, y había barro apelmazado en las rodillas.

—Si crees que puedes manejarlo… —dijo Rob.

—Puedo manejarlo, —Le aseguró Wally.

—Bueno. Puede ser que tenga algo para ustedes dos el mes que viene.— Los tres hicieron algún tipo de ritual masculino de aplasta-nudillos.

Rob se dirigió hacia el mostrador, donde el abuelo rellenaba los estantes de los cigarrillos.

— ¿Cómo está tu madre? —preguntó Stanley.

—Muy bien. Estaba en su casa ayudándole con algunos viejos rosales muertos.

—Bueno, dale saludos de mi parte.

—Lo haré. —Contestó Rob.

Rob apoyó la cadera en el mostrador y cruzó un pie sobre el otro.

— ¿Puedes conseguirme alguna semilla de lino? —le preguntó.

¿Lino? Kate tiró unas cuantas naranjas a la papelera, luego fingió un repentino interés en las manzanas, pero sus pensamientos no estaban en los productos. Estaba pensando en Rob y se preguntaba si él pensaba mucho en su pasado. Se preguntó si echaba de menos jugar hockey o si se preocupaba mucho por el día que Stephanie Andrews saldría de la cárcel. Ella sabía que había que preocuparse por eso. Se preguntó si él había aprendido la lección sobre el engaño, y se preguntó si su hijo era un niño o una niña.

Cogió la caja de naranjas vacía y la llevó detrás del mostrador hacia las puertas de la parte posterior del almacén. En su camino, miró a Rob por el rabillo del ojo. Se fijó en la contusión de la mandíbula y el bigote que enmarcaba sus labios.

—Y necesito pasas de Corinto— le dijo a Stanley, con su mirada siguió a Kate hasta que desapareció en el cuarto de atrás.

La puerta del callejón estaba a la izquierda de Kate, y ella tomó varias cajas más antes de salir. También se preguntó si Rob creería que ella no inició ese rumor acerca de él. Nunca había dicho ni una cosa ni otra. La conversación prácticamente había terminado cuando había mencionado una posible disfunción eréctil.

Echó las cajas en el contenedor y cerró la tapa. Ella había estado medio bromeando, pero él había actuado tan horrorizado que tuvo que preguntarse si no había llegado a la conclusión correcta. Desde la primera noche que se conocieron, había estado diciéndose que él era impotente, pero si era sincera, en realidad no lo había creído. No hasta que se había asustado y protestado en voz tan alta.

Ahora había que preguntarse si el disparo no había conseguido dañar a Rob mentalmente o físicamente en ese departamento. El sonido de la risa de su abuelo llegó a Kate mientras entraba en el cuarto de atrás y cerraba la puerta detrás de ella. Si Rob tenía un problema allá abajo, ella se sentiría realmente mal por las bromas que le había gastado al respecto. No era por lo general una persona mala. A veces era algo insensible, pero no hacía daño intencionadamente a la gente.

Espera. Se detuvo en seco al lado de la brillante picadora de carne de su abuelo. ¿Se sentía mal por Rob? ¿Cómo había sucedido? Apoyó el trasero contra la mesa de trabajo y se puso la palma de la mano en la frente. Ella no quería sentirse mal por Rob. Sentirse mal podría dar lugar

a caer en la realidad de que le gustaba…gustarle la llevaría directamente a la humillación y al rechazo. Se suponía que tenía que evitar a los hombres que la usarían y tratarían mal.

Rob Sutter era un chico malo de póster.

—Katie —dijo su abuelo cuando entró en el cuarto de atrás—. Tengo una entrega para ti.

— ¿Quién?

—Hazel Avery. Tiene un fuerte resfriado que continua igual desde hace unos días.

— ¿Por qué no lo pide en Farmacia Crum? Ellos también hacen pedidos para llevar.

Levantó una mano antes de que pudiera responder. —Olvídalo. Yo sé por qué. Tú eres más mono que Fred Crum.

Las mejillas del abuelo se volvieron de color rosa, y él le entregó una bolsa que contenía una botella de NyQuil y una caja de Theraflu.

—Gracias —dijo.

— ¿Todavía esta Rob ahí fuera?

—Se marchó, pero creo que acaba de cruzar el aparcamiento. Puedes cogerlo si te das prisa.

Kate metió los brazos en su abrigo y cogió el bolso. Desde la noche de la pelea en el Buckhorn, su abuelo estaba tratando de empujarla en dirección a Rob.

—Lo alcanzaré en otro momento. —Colgó el bolso sobre su hombro y se sacó el pelo de la parte de atrás de su abrigo.

—Esto no debería tardar mucho —dijo, al tomar la bolsa de su abuelo.

Por lo menos eso esperaba. La última vez que había hecho una entrega había sido a las Fernwoods en Tamarack. Le habían invitado a entrar, a continuación, abrieron un libro del bebé y le había mostrado un centenar de fotografías de su nuevo nieto. Habían intentado que comiera su pastel, y la habían obligado a escuchar historias acerca de su hija, París, y su marido, Myron, mejor conocido en el mundo de la lucha libre profesional como Myron “la trituradora”.

Al parecer, Myron se estaba haciendo un buen nombre en México con su última marca comercial, El Turbulento.

Lo cual, Kate pensó mientras salía de M & S al brillante sol de la tarde, era la manera más fácil de saber acerca del yerno de los Fernwoods. Ella bajó la acera hacia su Honda CRV y miró por el aparcamiento. Rob estaba al frente de deportes Sutter, todavía con la misma sudadera verde y los pantalones vaqueros que vestía antes. La única diferencia era que se había puesto un par de gafas de sol negras con lentes azules.

Antes de pensarlo, dio un paso fuera de la acera y cruzó el parking de asfalto. Sí, él era el presidente del club," apuesta por una mala relación", pero también había sido el único hombre en el Buckhorn que se había acercado a ayudarla.

No estaba segura de si él sabía lo realmente agradecida que estaba.

A medida que se acercaba, ella lo vio meter un hacha bajo el brazo y ponerse un par de guantes de trabajo de cuero marrón. Entonces, antes sus ojos, se volvió y blandió el hacha en uno de los árboles de hoja perenne de cuatro pies que crecían en macetas individuales al lado de las puertas delanteras. Dos hachazos y el árbol estaba en el suelo a sus pies.

—Hola —dijo, en voz alta cuando salió a su encuentro en la acera.

El echó un vistazo por encima del hombro y se enderezó.

— ¿Qué? ¿Tienes necesidad desesperada de leña? —le preguntó, mientras ella se detenía en frente del árbol muerto.

—Apártate un poco —dijo y cortó el otro árbol, que cayó al suelo junto a su gemelo.

—Siempre he odiado esas cosas —dijo él, cuando se volvió hacia ella. Levantó el hacha, y el mango de madera se deslizó a través de su mano enguantada.

—Parecen que pertenecen al Four Seasons y no a una tienda de artículos de deporte en Idaho.

— ¿Vas a reemplazarlos?

—Estaba pensando en conseguir algunos de hojas más altas. —Él se mordió un dedo de sus guantes y logró quitárselo.

— ¿Quieres decir como hierba de la pampa o cabello de doncella?

Se metió el guante en el bolsillo delantero de su sudadera y respondió. —Sí, probablemente… Tengo algo de eso en mi jardín, y me gusta. —Sacó sus gafas de sol y las metió en el bolsillo.

El sol brillaba, y unas líneas aparecieron en las esquinas de los ojos verdes que la miraban. Le dio una patada a uno de los árboles con la punta de su bota.

—Ésos tenían que morir —dijo él.

—Es probablemente una buena cosa que no vendas armas —contestó Kate.

Él sonrió y, por alguna terrible razón, un hormigueo se instaló en su estómago. Ella apartó la mirada de su boca hacía sus pies.

—No —dijo—. No hay armas de fuego.

Ella sin duda entendía por qué él no vendía armas de fuego.

—Wow, me sorprende que te permitan vivir por aquí.

—No soy anti-armas. Simplemente no tengo necesidad de ellas.

Ella miró por encima del toldo a rayas —¿Cuándo abres?

—El primero de abril. Una semana a partir de mañana.

El no explicó más y un silencio incomodo se instaló entre ellos. No podía por menos que preguntarse si él recordaría la noche que se había puesto en ridículo a sí misma. O la noche en que había tenido que rescatarla en el Buckhorn. Cruzó los brazos sobre su pecho, y la bolsa de Ada de remedios para el resfriado golpeó su muslo.

— ¿Cómo está tu mandíbula? —preguntó, mientras echaba un vistazo a su cara. — ¿Te duele?

—No.

—Bueno. Si no hubieras intervenido cuando lo hiciste, estoy segura de que todavía estaría jugando al billar en el Buckhorn.

—Los Worsley son idiotas.

—Creo que los llamaste tuercas entumecidas.

Él se rió entre dientes. —Eso es lo mismo.

—Bueno, gracias de nuevo por ayudarme.

—No hay de qué. —Tocó el mango del hacha contra su pierna como si estuviera impaciente por deshacerse de ella.

Ella dio un paso atrás. —Nos vemos pronto.

Se agachó y recogió un tronco del árbol de hoja perenne. —Sí.

Aunque ella sentía un hormigueo, él claramente no sentía nada. Era embarazoso. Se volvió y comenzó a andar hacia su coche. Pero su falta de interés no era exactamente nada nuevo.

No estaba en la ciudad para tener citas con nadie, especialmente con hombres como Rob. Estaba allí para ayudar a su abuelo. El viernes siguiente ella le echó una mano en una forma que cambió su vida. Sin darse cuenta, su abuelo había cogido frío, y se vio obligado a quedarse en casa en la cama.

Antes de que Kate se fuera a trabajar, habló con Grace Sutter sobre la idea de llevarlo a la clínica. No creyó que fuera necesario, pero prometió ir a verlo en su hora del almuerzo y después de acabar su jornada en la clínica.

La primera cosa que Kate hizo cuando llegó a M & S esa mañana fue sacar a Tom Jones de la unidad de CD y conectar a Alicia Keys. Siguió con Sarah McLachlan y Dido.

Era la una de la tarde, cuando llamó a un mayorista de alimentos de gourmet en Boise y ordenó.

Aceitunas, jalapeño, jalea, y obleas que eran unas galletas finas como una hoja. Pensó que era mejor empezar con cosas pequeñas, y si los artículos se vendían, su abuelo estaría de acuerdo con algunas de sus otras ideas.

Los gemelos Aberdeen llegaron a trabajar, y Kate sacó el cambio de la caja registradora. Contó el dinero, las cantidades registradas en los libros de contabilidad de su abuelo, y puso el dinero en la caja fuerte hasta la mañana siguiente. El teléfono sonó justo cuando estaba a punto de salir de la oficina a las seis. Era su abuelo, y quería que hiciera dos cosas por él.

—Coger los libros, —Que ya lo había hecho. Y hacer una entrega de camino a casa.

— El pedido especial de Rob llegó ayer — le dijo, entre ataques de tos- — Llévaselo a su casa.

Kate echó un vistazo a su blusa color beige que se cerraba con tres hebillas de cuero a un lado, y se cepilló el polvo que tenía sobre el pecho izquierdo.

—Le llamaré, puede venir por el pedido mañana. —Ella no quería ver a Rob.

Había sido un día largo y agotador, y sólo quería volver a casa, salir de sus pantalones de sarga negra y de sus botas de cuero.

—Estoy segura de que no necesita lo que sea esta noche.

—Katie, —su abuelo suspiró.

—El M & S se ha mantenido en el negocio todos estos años, porque nuestro clientes dependen de nosotros.

Lo había escuchado cientos de veces antes, por lo que agarró un bolígrafo. —Dame la dirección.

Cinco minutos más tarde iba conduciendo alrededor del lado izquierdo del Lago Fish Hook. El sol estaba a punto de ponerse detrás de los afilados picos de granito, lanzando irregulares sombras en el paisaje y en el frío verde azulado del lago. Kate echó un vistazo a las instrucciones apoyada detrás de su palanca de cambios y tomó a la izquierda, a lo largo de una valla de separación. No podía ver la azotea de ninguna casa, pero sí los sensores de movimiento conectados como una pista de aterrizaje, por lo que se imaginaba que iba por el camino correcto. A continuación, la casa apareció elevándose delante de ella, enorme e imponente dentro de la oscuridad gris de la puesta del sol.

La casa estaba hecha de piedras del lago y troncos, y las enormes ventanas reflejaban los pinos imponentes y montoncitos de nieve a la sombra, protegidos del sol —Pa ron pum pum pum — susurró ella. Se parecía más a un hotel que a una casa privada. Aparcó su Honda delante del garaje para cuatro coches y agarró la bolsa de comida de Rob del asiento del pasajero. Nunca se había puesto a pensar dónde podría vivir, pero incluso si lo hubiera hecho, esto no lo habría imaginado.

Revisó la dirección que su abuelo le había dado mirando los números de la casa.

El Hockey profesional se le debe de haber dado muy bien. Se bajó de su coche y colgó su mochila de cuero sobre un hombro. Los talones de sus botas se hicieron eco a través del hormigón y la piedra, cuando se trasladó al amplio porche en la parte delantera de dobles puertas.

Con la bolsa de la compra colgando de un brazo, levantó la mano y llamó.

La luz por encima de su cabeza no estaba conectada, y no parecía haber ninguna luz encendida en la casa. Después de varios momentos, Kate dejó la bolsa junto a la puerta y abrió su bolso. Buscó dentro un pedazo de papel y encontró una lista de la compra, un comprobante del depósito bancario, y un envoltorio de chicle que olía a menta.

Ella sacó un lápiz y se apoyó contra la puerta para escribir una nota.

Hacia la mitad de la nota, la luz de encima de su cabeza se encendió y se abrió una de las puertas. Kate tropezó y casi lo hizo sobre el pecho de Rob.

— ¿Qué estás haciendo? —preguntó.

Ella se aferró a la otra puerta para evitar caerse. —Te estoy trayendo tu pedido.

Ella alzó la vista pasando por sus pies descalzos y sus vaqueros hasta una vieja camiseta gastada que parecía azul y estaba dada de sí.

—No era necesario que lo hicieras.

Tenía una toalla blanca alrededor de su cuello, y levantó un extremo para secarse el pelo mojado. La ancha manga de su camiseta se deslizó por los montículos duros de sus músculos dejando ver el pelo oscuro ubicado en su axila. Su tatuaje de serpiente rodeando en círculos sus gruesos bíceps, y algo cálido y delicioso se deslizó por su estómago.

—Mi abuelo dijo…— Ella frunció el ceño y empujó a la bolsa hacia él. —No importa.

El dio media vuelta y entró en la casa sin coger la bolsa. Una lámpara de araña hecha de cuernos de alce brillaba en lo alto y prismas de cristal se deslizaron por sus anchos hombros, la espalda y por el trasero de sus pantalones vaqueros. Él la miró por encima del hombro.

—Vamos y cerró la puerta.

Capítulo 9

— ¿Vives aquí solo?

Rob tiro la toalla en la parte trasera de su sofá de cuero y paso los dedos por su pelo para peinarlo.

—Sí.

Acababa de salir de la ducha. No la habría visto en la puerta si no hubiera caminado por la parte superior de las escaleras y reparado en ella a través de las ventanas.

Kate dejó la bolsa de los alimentos sobre una mesita de café, y pasó a su lado cruzando el gran salón.

—Que hermoso, nunca he visto realmente el lago desde este lado— dijo ella, mientras miraba las ventanas que iban desde el suelo hasta el techo.

Rob echó un vistazo hacia fuera a los parches de nieve alrededor del lago claro. En el verano, el agua reflejaba los densos pinos y tomaba un color verde esmeralda. Esta noche la luna en cuarto creciente comenzaba a elevarse sobre los dientes de sierra de las Sawtooths, pintando las montañas y el lago en un color gris claro.

— ¿Te gusta esto? —le preguntó, mientras recorría con la mirada la espalda del abrigo y los pantalones de Kate hasta los talones de aquellas botas de dominatrix. Ninguna mujer, a excepción de su madre, había estado alguna vez en su casa. Que Kate estuviera aquí le parecía un poco desconcertante… como mirar a la estrella de tu película porno favorita salir de la pantalla y entrar en tu sala de estar. Había estado pensando en ella tanto que era embarazoso. Casi como si tuviera dieciséis años en vez de treinta y seis.

—Es magnífico.— Ella se colocó el pelo detrás de la oreja. — Cuando visitaba Gospel de joven, mi abuela me llevaba a la playa pública.— Señalo a su derecha hacia el pueblo.

Ella se inclinó y puso la palma de la mano contra el vidrio, sus largos dedos extendidos presionando el cristal, sus uñas cortas y brillantes señalando hacia el techo.

—Puedo ver el puerto deportivo desde aquí.— Ella dejó caer la mano y lo miró. —Lo siento, lo siento de verdad.— Se volvió hacia él frunciendo el ceño.

—He manchado el cristal con mis dedos.

—Está bien, le dará algo que hacer a Mabel cuando venga la semana que viene a limpiar la casa.

Él cruzó los brazos sobre el pecho y apoyó su peso sobre un solo pie.

Su mirada se posó en el pelo liso, de color rojo en reposo contra la delgada columna de su garganta. Sabía que la piel de su hombro y cuello era tan suave como parecía.

—Tu casa es hermosa, Rob — dijo ella.

Era la primera vez, que él pudiera recordar, que ella usaba su nombre. Por supuesto, la había imaginado usándolo. Pero, en un contexto en el que probablemente conseguiría que lo abofeteara. Invitarla había sido una mala idea. Muy mala. Debería mostrarle la puerta de salida. En cambio, se oyó a sí mismo decir: — ¿Quieres ver el resto?

—Claro, me encantaría.

Ahora era demasiado tarde.

—Puedes dejar tu abrigo aquí, si lo deseas. — Él no se ofreció a ayudarla.

Había aprendido bastante bien la lección la última vez. Ella se quitó la chaqueta y la puso al lado de la bolsa de comestibles. Caminó hacia él, y su mirada se posó en su suéter, que se cruzaba alrededor del pecho y terminaba en unas hebillas que lo cerraban a un lado.

Hebillas de cuero negro. Del tipo que no sería difícil de abrir. ¡¡ No pienses en las hebillas!! Se regaño a sí mismo.

Se volvió, y ella lo siguió escaleras arriba, la primera habitación en la que entró estaba llena de libros, pesas y equipos de ejercicio. Frente a una pared llena de espejos había una cinta de correr y una pista nórdica.

— ¿Estás seguro que usas esto?— Ella se subió las mangas, dejando al descubierto las delicadas venas azules en el interior de sus muñecas.

—Casi todos los días. — En primer lugar se había fijado en su cuello y ahora en las muñecas. Se sentía como un vampiro.

—Me inscribí en un gimnasio, una vez. — Entró en la sala y pasó la mano por las pesas.

—En El Golds, en Flamingo Road. Pagué por un año y acabé yendo sólo tres meses. Me temo que no estoy hecha para el ejercicio físico

—Tal vez necesitas a alguien que te motive. — Él miro sus largos dedos y las manos deslizarse a través de una fila de mancuernas cromadas. En su vida anterior, se hubiera ofrecido para motivarla.

—No, ese no es mi problema. Fui con mi amiga Marilyn, y ella es un demonio, trató de motivarme. — Ella sacudió la cabeza.

—Pero una vez que mis muslos empiezan a arder, acabo por rendirme. Soy un algo cobarde cuando se trata de dolor.

Se echó a reír a pesar de que deseó no haber hecho mención a sus muslos ardientes.

—Vamos. — Él la llevó hacia atrás, al pasillo abierto desde donde se veía la entrada y una gran sala.

—Esa es la habitación de mi hija — dijo y señaló a una puerta cerrada.

— ¿Con qué frecuencia te visita?

—Amelia nunca me ha visitado aquí. Vive en Seattle con su madre, pero cuando la casa se estaba construyendo, tenía un cuarto acabado para ella.

—¿Qué edad tiene?

—Dos años.

El indicó otra puerta cerrada.

—Ese es un cuarto de baño, pero creo que nunca lo he utilizado.

Pasaron por una especie de alcoba con un sofá en el que nunca se había sentado y una gran planta que nunca habían regado.

— ¿Has estado casada?

—No.

— ¿Alguna vez estuviste cerca?

—Un par de veces. — Ella se rió sin humor. — O al menos así lo creía yo. Sin embargo, ellos no.

—Eso es un problema.

Fueron hacia la puerta abierta de su dormitorio. El lugar donde se la había imaginado desnuda. Atada a su cama o sobre sus rodillas a la luz de la luna. Se preguntó si debería sentirse como un cerdo por pensar en ella desnuda, contando con que ella no lo sabía y que nunca iba a hacer nada al respecto. Apoyó un hombro en el marco de la puerta y metió las manos en los bolsillos delanteros de sus Levi´s.

Mientras la veía moverse en silencio por su habitación, se preguntó si alguna vez sería capaz de separar a la Kate mirando por la ventana del dormitorio, de la Kate que había querido tener sexo con él la primera noche que se conocieron. Lo dudaba. Las dos estaban tan entrelazadas en su cerebro, que cuando él la miraba, siempre estaban allí.

— ¿Es ésta tu niña? — le preguntó mientras, se detuvo frente a su centro de entretenimiento, lleno de fotos de su hija.

—Sí. Es Amelia.

Ella se inclinó para ver mejor. —Es bonita. Se parece a ti.

—Mi madre también lo cree.

Kate dio un paso atrás, y miró a la gran pantalla de televisión.

—El hockey tiene que estar bien pagado.

No era ningún secreto. Todo el mundo lo sabía. —Lo está, sí.

— ¿Qué equipo?

— Ottawa Senators. New York Rangers. Florida Panthers. Detroit Red Wings. Los Ángeles Kings, y los Chinooks de Seattle.

Ella le miró. —Te gusta moverte mucho.

—Sí. — A él realmente no le gustaba hablar del pasado.

Conllevaba muchas preguntas que no quería contestar. Demasiados recuerdos en los que no le gustaba pensar. La alfombra amortiguaba el ruido de sus botas cuando ella caminó hacia él y se detuvo a unos centímetros.

— ¿Eras bueno? — Su mirada se deslizó a su boca — ¿Tú qué crees?

Ella inclinó la cabeza hacia un lado como si lo estuviera estudiando.- Creo que probablemente eras aterrador.

— ¿Ves el hockey?

—Lo suficiente para saber que si patinases hacia mí, saldría de tu camino. — Ella se mordió el labio, que se deslizó entre sus dientes—. Y te vi quitar de en medio a los Worsleys

Él se rió entre dientes. —Vamos abajo — dijo, antes de ceder a la tentación de morderle él también el labio.

Señaló a dos puertas más cerradas. Una de las habitaciones estaba llena de aparejos de pesca con mosca. La otra de cajas con sus cosas de hockey, luego bajaron las escaleras y cruzaron la casa por el comedor hacia la cocina. Sobre la encimera de granito y la cocina de gas de acero se encontraban sus cereales crujientes con miel.

Era adicto a esas cosas, las había estado haciendo a su manera durante varios años. Casi había perfeccionado los garrapiñados.

Cuando jugaba al hockey, los chicos le habían dado mucha lata con según ellos, su mierda de dulces, pero todos ellos en secreto lo probaban, cuando no había nadie más alrededor.

Se puso de pie al lado de la isla de trabajo en el medio de la estancia y miró las ollas y sartenes que colgaban de un soporte encima de su cabeza.

Las luces suspendidas daban un resplandor brillante y cálido a su cabello rojo.

— ¿Quién utiliza todas estas ollas y sartenes?

—Yo.

Vivía solo y había aprendido hacía mucho tiempo a cocinar para sí mismo. La vida en la carretera y comer en los restaurantes podría llegar a ser frustrante a su edad.

—Cuando estoy aquí.

Él recogió un poco de miel y almendras y se acercó a ella.

—Abre — dijo, mientras sostenía sus dedos en frente de su boca.

Ella le miró con escepticismo, como si fuera a discutir.

— ¿De qué está hecho?

—De avena, linaza, miel. — Tal vez solo eran nervios. Le gustaba pensar que la ponía nerviosa.

— ¿Sabías que una abeja produce solamente una cucharadita y media de miel durante su vida?

—Eso es fascinante. Ahora abre la boca.

Su mirada se fijó en como ella movía su cabeza hacia atrás y abría la boca. Las puntas de sus dedos tocaron sus labios. Dejó caer el garrapiñado en su boca como si fuera un pájaro, entonces dio un paso atrás. Ella masticó, y luego se pasó la lengua por la comisura de la boca.

—Esto está bastante bueno.

—Soy adicto a ellas. — Agarró unos garrapiñados y se sentó en la isla a su lado.

—Sírvete tú misma.

— ¿Estás seguro que las hiciste tú?

—Por supuesto. ¿Quién más? —preguntó con asombro.

—No sé, pero no me parece que seas el tipo de hombre que hace sus propios garrapiñados.

Tenía en la punta de la lengua preguntarle lo que pensaba de él, pero suponía que ya lo sabía. Ella pensaba que conducía un Hummer para compensar que era impotente y tenía la polla pequeña.

—Eso es porque no me conoces.

—Eso es verdad. — Ella ladeó la cabeza hacia un lado y lo estudió. — ¿Te puedo preguntar algo?

—Sí, pero no prometo responder

—Eso es justo —dijo ella, y se cruzó los brazos debajo de sus pechos.

— ¿Por qué vives en una casa enorme cuando no estás la mayor parte del tiempo?

—Estoy aquí desde marzo hasta septiembre. Bueno, cuando no estoy en la tienda, de todos modos. — Lo que no había respondido a su pregunta. — ¿Por qué has construido una casa tan grande? — Él la empujó la cadera desde el mostrador al lado de ella. — Supongo que porque he vivido en casas grandes con piscinas, jacuzzis y salas de juego durante la mayor parte de mi vida adulta. Por lo tanto, cuando llegó el

momento de construir esta, acabé haciéndola como estaba acostumbrado.

— ¿También tienes una sala de juegos?

—Sí. No está en el salón —dijo, mientras cogía otro garrapiñado con los dedos y se lo comía. — Tal vez podamos jugar al billar en algún momento.— Se sacudió las manos cuando termino de tragar.

—Tal vez, pero tengo que advertirte, que no pierdo a propósito con a nadie.

— ¿Qué diversión hay en eso?

—Te vi jugar la otra noche. Podría ganarte con los ojos vendados y un brazo atado a mi espalda.

—Bobadas —, dijo con una sonrisa. —Me gustaría verte intentar patearme el culo.

-Oh, no sé si te patearía el culo. —No eres tan malo. — Ella se echó a reír. —Aunque te zurraría bastante bien.

Era un infierno tener a la mujer con la que fantaseabas de pie enfrente tuyo hablando de zurrarte en el trasero.

Ella le dio otro mordisco a su garrapiñado y tragó. —Los que tienden a meterse en problemas conmigo son los que tienen el ego frágil. — Lo miró a través de sus graves ojos marrones y dijo: —Quería decirte que siento lo que te dije en el coche del sheriff la otra noche.

Él pensó un momento. — ¿Qué piensas que debía haber sido arrestado antes?

—No. La disfunción eréctil.

— ¡Ahh… eso!

—Yo estaba un poco de broma, pero tú no le viste la gracia, así que… —Hizo una pausa, bajó la barbilla y lo miró a los ojos. — Lo siento por eso. Fue insensible.

Él la miró fijamente por unos momentos, luego arqueó las cejas de repente. —Por el amor de Cristo. — Ella realmente creía que no se le podía levantar. Si se molestara en mirar hacia abajo, al botón de la bragueta, se daría cuenta de que estaba equivocada.

—A veces creo que soy divertida y no lo soy, metí la pata.

La agarró por los hombros y la apretó contra su pecho. El aliento abandonó sus pulmones, y vio su mirada sorprendida. Bajó la boca a la suya. Quería darle una lección. Para demostrarle que era un hombre en pleno funcionamiento. Trató de ir despacio. Dios le ayudará a hacerlo, pero había pasado tanto tiempo. En el instante en que sus labios tocaron los suyos, se acabó. Al igual que un fósforo en gasolina, corrió a través de su piel y fue consumido por su ardiente deseo por ella.

Aprovechó su grito ahogado e introdujo la lengua dentro de su boca cálida y húmeda. Un escalofrío le recorrió la espalda y sus músculos temblaron. Mientras él quería absorberla dentro de su carne, comérsela de un bocado, ella permanecía completamente inmóvil, sin protestar ni participar. Tenía que dejarla ir, pero justo cuando estaba a punto de ponerle fin, la lengua de ella tocó la suya, y no hubo nada que lo detuviera.

Su boca húmeda, cálida sabía tan bien. Igual que miel, sexo y todo lo que faltaba en su vida. Las manos de ella fueron a sus hombros y sus dedos apretaron los músculos a través del fino algodón de su camisa. Olía a flores, a mujer cálida y a todas las cosas que se había estado negando a sí mismo. Se empapó de todo ello. El sabor de su boca y el cálido tacto de sus manos. El olor de su piel. El deseo de recorrer su piel se le extendió por la espalda y entre las piernas, apretándole los testículos y quemándolo vivo. Y él quería. Quería sentir de nuevo. Todo ello.

Por primera vez en mucho tiempo, no trató de controlarlo o alejarlo. Dejó que la lujuria se alojara en su interior incluso cuando golpeó el aire a su alrededor. Metió los dedos en su pelo y le tomó la cara. Le temblaban las manos, ya que apenas controlaba la necesidad de desabrochar su suéter y llenar sus manos con sus pesados pechos.

Su hábil lengua se enlazó con la suya y él pudo sentir su pulso latiendo bajo su pulgar. Sus bocas se abrían y cerraban mientras él la alimentaba a besos. La mujer que sostenía en sus manos era tan activa como él.

Pero tenía que detenerse. No la conocía lo suficiente como para saber a ciencia cierta que no se volvería una psicópata por él. No pensaba que estuviera loca, pero no valía la pena correr el riesgo. Ninguna mujer lo valía. Había una cosa que tenía que hacer antes dejarla ir.

Quitó su mano de su hombro y la colocó en la parte delantera de su pecho. La calidez del tacto de su piel le calentaba a través de la camiseta. Su mano presionaba con fuerza el dorso de la de ella, aplastándola contra sus músculos duros. Luego deslizó su mano hacia abajo. Lentamente por el esternón y el abdomen. Y fue una tortura. Una tortura lenta y que era tan dulce que le dolía. Él bajó su mano por todo el estómago duro hasta la cintura de sus vaqueros.

Un áspero gemido se escapó de su garganta, y él se echó hacia atrás lo suficiente para mirarla a la cara. Su mirada quedó fija en la de ella, contemplando esos líquidos ojos marrones mientras deslizaba la mano por su bragueta y le apretaba la mano contra su erección. Apretó las rodillas para evitar caerse. Fue extremadamente duro, y un latido sordo tiró de sus testículos y de sus intestinos.

—Creo que esto debería responder a cualquier pregunta — dijo, con la voz llena de lujuria.

Kate se pasó la lengua por los labios. — ¿Qué?

—Se me levanta. —Luego hizo una de las cosas más difíciles que había hecho en mucho tiempo. Con su cuerpo instándole a tirarla al suelo y hacerse el medieval, dejó caer la mano y dio un paso atrás—. ¿Algo más que quieras saber?

Ella sacudió la cabeza y sus ojos se comenzaron a despejar. —No, yo no…yo… — Sus mejillas se tornaron de un rojo brillante, y apretó los dedos en su labio inferior, como si estuviera entumecido. —Será mejor que… me vaya. Ella señaló hacia el otro cuarto. Luego se volvió y salió de la cocina. Sus botas de tacones golpearon con un rápido tap-tap el piso de dura madera cuando se fue.

La ira, la frustración y el arrepentimiento tiraron de él en tres direcciones diferentes. Uno le decía que se lo merecía. El otro le instaba a saltar sobre ella, mientras que el otro le decía que había sido un cerdo y que debía seguirla y pedirla disculpas. Oyó cerrarse la puerta, y cerró los ojos, apretó la palma de su mano contra su dura erección.

—Maldita sea.

El sonido de su SUV llegó al interior de la casa, y él miró por la ventana de la cocina cuando ella se precipitaba por el camino de entrada, con las luces de seguridad detrás suyo. Estaba tan excitado que se sentía como si fuera a estallar. O a destrozar algo con los puños. Tenía que

haber más en su vida que esto. Más que vivir aquí solo, en una casa grande y vacía, soñar y fantasear con una mujer de pelo rojo y marrones ojos profundos. Esta no era forma de vivir.

Respiró hondo y soltó el aire lentamente. Él tenía treinta y seis años y quería más. Sonó el teléfono, respiró profundamente.

Echó un vistazo al número de Seattle en el identificador de llamadas y levantó el auricular inalámbrico al cuarto tono.

—Ey, Louisa — dijo, y salió de la cocina

— Pensé que ibas a llamarnos esta noche.

—Todavía es temprano.

La madera estaba fresca bajo sus pies mientras cruzaba la casa, pasaba la gran chimenea de piedra, y llegaba hasta las ventanas que daban al lago.

— ¿Dónde está Amelia? —pregunto.

—Aquí mismo.

—Dile que se ponga, quiero hablar con ella. — Hubo una pausa, y su hija de dos años de edad, se puso en la línea.

—Hola — dijo, con su vocecita, que hizo que algo en su pecho se pusiera tenso. Era una de las cosas que más quería de su vida.

—Hola nenita. ¿Qué estás haciendo?

—Ver a los Wiggles[33].

— ¿Estás viendo tu programa favorito?

Un montón de suspiros después, ella dijo, —Sí.

— ¿Ya cenaste?

—Sí.

— ¿Qué comiste?

—Comí fideos.

---

[33] **N. de la T.** The Wiggles es una banda de Sídney, Australia, que está especializada en música destinada a niños en edad preescolar. El grupo es conocido internacionalmente por sus discos, vídeos y programas de televisión para niños. The Wiggles también han hecho giras por Australia, Nueva Zelanda, Reino Unido y Estados Unidos.

Él sonrió. Los fideos eran sus favoritos y podían significar cualquier cosa, desde espagueti a sopa de pollo. Señor, la echaba tanto de menos, y era en momentos como éste, en los que él, por un breve instante, pensaba en vender la tienda y regresar a Seattle. Pero en última instancia, sabía que no podía. Él ya no pertenecía a ese lugar.

—Te quiero — le dijo a su hija.

—Te quiero — Le repitió ella.

Louisa volvió al teléfono. — ¿Todavía planeas venir a Seattle para Pascua? — le preguntó.

—Volaré el miércoles, pero tengo que estar de vuelta aquí el sábado —. ¿Por qué?

—Pensé que podíamos comprarle a Amelia una canasta y dársela la mañana de Pascua. Que podríamos pasar las vacaciones juntos como una familia.

Allí estaba. La primera guedeja de tentativa. Llegaba a través de la distancia para envolverse alrededor de él. El mismo dibujo de siempre. Ella quería reconciliarse. El todavía no estaba seguro de lo que quería. Él no podía vivir en Seattle. Ella no quería vivir en Gospel.

E incluso aunque lo hiciera, ni siquiera estaba seguro de que Louisa fuera "lo que más" él quería para su vida.

—No, tengo compromisos aquí el sábado, y no tiene sentido volverme otra vez y regresar a Seattle.

El sábado antes de Pascua, iba a haber un desfile en la ciudad, y él había acordado llevar la carroza de la escuela primaria con su Hummer.

— A Amelia no le importa si estoy allí tres días antes de Pascua, o tres días después. Es todo lo mismo para ella.

Hubo una larga pausa, y luego dijo: — ¡Oh! Está bien, supongo.— Lo que significaba que no estaba bien en absoluto.

— ¿Cuánto tiempo dices que estarás esta vez?

—Tres días.

Otra larga pausa. —Viaje cortó.

Él miró hacia el lago y a las luces de Gospel.- Daré algunas clases de pesca con mosca y empiezan el lunes después de Pascua, — explicó, a pesar de que sabía que ella no lo entendería.

—Pero estaré allí mi fin de semana normal.

—Tal vez te puedes quedar aquí con nosotras esta vez.

Apoyó la frente contra la ventana y cerró los ojos. Sería tan fácil. Tan fácil aceptar lo que ella ofrecía. La conocía. Sabía cómo eran su mente y su cuerpo. Sabía cómo le gustaba ser tocada, y sabía exactamente cómo tocarla. Sabía que no le iba a dejar 200 mensajes en su contestador automático y que no viajaría cientos de kilómetros para enfrentarse a él con una pistola. Era la madre de su hija, y sería fácil perderse en ella, por sólo una noche. Pero habría un precio. Ya fuera pagado en emoción o en carne, el sexo nunca era gratis.

—No creo que eso sea una buena idea, Lou.

— ¿Por qué? —preguntó ella.

Debido a que quieres más de lo que puedo dar, pensaba. A que el sexo era bueno entre nosotros, pero todo lo demás era pésimo. A que hay cosas peores que la soledad. —Vamos a dejarlo así.

No era bueno en las relaciones. Ni con ella ni con nadie. Las cicatrices en su cuerpo se lo recordaban todos los días.

—Me tengo que ir — dijo él. —Te llamaré la semana que viene.

—Te amo, Rob.

—Yo también te quiero — dijo, a pesar de que él sabía que no era ese tipo de amor. Tal vez nunca lo fue.

Apretó desconectar y se enderezó. La mancha en el cristal le llamó la atención, levantó la mano y la puso contra la palma de la mano de Kate. La impresión era fría al tacto, a diferencia de la mujer que la había dejado allí.

Kate Hamilton era todo menos fría. Todo en ella era caliente. La mirada en sus ojos después de que él la besara. La respuesta de ella a él. Su temperamento.

La forma en que había arrancado de su casa como si fuera montada en fuego. La próxima vez que viera a Kate, esperaba que ella le golpeara plenamente con su ira. Probablemente se lo merecía. Tal vez debiera pedir disculpas. Lástima que no lo lamentara.

Kate metió su CRV en el garaje de su abuelo y apagó el motor. La puerta chirrío mientras rodaba por el riel cerrado de metal viejo.

Ella contempló justo delante varias cajas colocadas sobre la mesa de trabajo de su abuelo.

Rob Sutter la había besado, y ella todavía estaba en shock. Sus manos cayeron del volante a su regazo. Beso parecía una palabra demasiado suave. Consumido. Él la había consumido. Dominado su resistencia.

Se tocó con los dedos el labio inferior, donde estaba un poco sensible por el roce de su perilla. Tenía treinta y cuatro años, y no creía haber sido besada así en toda su vida. Un segundo estaban allí de pie, comiendo y hablando de garrapiñados, y al siguiente, con la boca de él en la de ella. Un segundo el aire a su alrededor parecía normal, y al siguiente, se había convertido en denso, debido a la pasión, a la necesidad y a la lujuria. Había empujado sobre ella en cálidas y palpitantes olas, y todo lo que había sido capaz de hacer era agarrarse a Rob para salvar su vida.

Se había abrazado a sus grandes hombros, y cuando había tomado su mano bajándola por su pecho, ella no había tenido otro pensamiento en su cabeza que no fuera la sensación de sus músculos duros, definidos y vientre plano. Había revuelto su cerebro y aspirado su voluntad de decir no.

Entonces él le apretó la mano en contra de su erección. Debería haber estado horrorizada, indignada de que un hombre a quien apenas conocía le hubiera hecho eso. En este momento, sentada en el garaje de su abuelo estaba indignada, pero al mismo tiempo, el único pensamiento que se había deslizado a través de su cerebro era," supongo que se le levanta". Seguido muy de cerca por, —"Mmm, es grande por todas partes".—

Kate cogió las llaves y el bolso. Mientras que ella se había estado derritiendo por él, él sólo la había besado para demostrar algo. Mientras que ella había estado casi inconsciente y con el cerebro en coma, él había demostrado una segunda cosa. Seguía sin desearla. No sólo se sentía ultrajada, también se sentía rechazada. Una vez más. No había aprendido la lección la primera vez.

Kate salió del garaje, cruzó el jardín y entró en casa. Había un bol y una cuchara en el fregadero, y Kate dejó caer su mochila al lado de dos

cajas vacías sobre la mesa de la cocina. Cruzó la sala y echó un vistazo a la habitación de su abuelo. Estaba muy quieto debajo de una colcha de retazos que su abuela había hecho años atrás con los deshechos de la ropa de sus hijos.

Por encima de la cama, los hombros, el cuello y la cabeza de un antílope a quien su abuelo había disparado en 1979, salían de la pared como si estuvieran saltando a través de las placas de yeso. El abuelo tenía las manos cruzadas sobre su pecho y miraba hacia el techo. Parecía muerto.

Kate corrió al lado de su cama. — ¡Abuelo!

Volvió la cabeza y la miró con pesar en los ojos llorosos, inyectados en sangre. — ¿Le llevaste a Rob las semillas?

—Sí. — Se detuvo junto a la mesita de noche y colocó una de sus manos sobre su corazón, que latía muy rápido. —Me asustaste de muerte. ¿Cómo te encuentras?

—Ahora, bastante bien. Grace pasó por aquí.

—Lo sé, dijo que lo haría.— Advirtió la aspirina y el Nyquil sobre la mesita al lado de la gatita despertador. Sus pequeños y lindos ojos parpadeaban cada medio minuto.

— ¿Has cenado? — le pregunto, preocupada por su abuelo.

—Grace me hizo una sopa.— Él volvió a mirar al techo — Estaba bastante buena. De pollo con fideos casera. Se reconoce a una buena mujer por su sopa.

Kate pensó que probablemente hacía falta algo más que una sopa. — ¿Necesitas algo? — preguntó, mientras se quitaba la chaqueta.

—Sí, necesito que hagas algo por mí.

— ¿Qué?

—Tengo algunas cajas vacías fuera para que puedas meter algunas de las cosas de la abuela.

Una horrible tos sacudió su pecho, y luego agregó: —Pensé que deberías llevarte lo que quisieras.

Esto eran novedades. Grandes novedades. Kate se preguntó qué había ocurrido para que por fin se decidiera hacerlo, pero no se atrevió a preguntar, no fuera a cambiar de opinión.

—Está bien. ¿Alguna otra cosa?

—Apaga la luz.

Ella accionó el interruptor y volvió a la cocina. Tomó la taza y la cuchara del fregadero y las colocó en el lavavajillas. A medida que añadía jabón, se preguntó cómo una mujer tan agradable como Grace podía haber criado a un hombre como Rob. Cómo una "buena mujer" que hacía sopa para un anciano enfermo podía dar a luz a un hombre que agarraba y besaba a las mujeres desprevenidas. Un hombre que podía besar así, excitarla así, y no tratar de que las cosas fueran a más. Eso no era natural.

Encendió el lavavajillas y echó una mirada por toda la cocina. No sabía por dónde empezar. ¿Qué iba a hacer con una casa llena de cosas de Tom Jones? ¿Alquilar un cobertizo y almacenarlas el resto de su vida?

Su mirada se posó sobre el juego de platos decorativos de Tom colocado en un estante junto a la mesa, y sus pensamientos volvieron al beso que Rob le había dado. ¿Qué tipo de hombre agarra la mano de una mujer y la coloca sobre su erección? Ella tomó un montón de periódicos que estaban al lado de la puerta trasera y los puso sobre la mesa.

Lamentablemente, ella sabía la respuesta a su última pregunta. El tipo de hombre que quería demostrar que no tenía problemas para conseguir seducirla. En cierto modo, entendía por qué lo había hecho. Pero lo que no entendía, era ¿qué clase de hombre se ponía duro y echaba a una mujer? Nunca había conocido a un hombre que excitado sexualmente no pensara que ella debía ponerse de rodillas y hacer algo con su erección.

Cual fuera su razón, no importaba. Debería haber sido ella la que parara las cosas antes de que llegaran a ese punto. La que diera un paso atrás. La que mantuviese el control. Él debería de haber sido el que se quedara aturdido y mortificado.

Se dijo que en algún momento lo habría detenido. Que antes de caer la ropa al suelo, habría agarrado su bolso y se hubiera ido de la casa. Eso es lo que se dijo. El problema era que no sonaba muy convincente. Ni siquiera para sí misma.

Kate envolvió en papel un plato y lo puso en la caja. Rob Sutter era un tramposo, una mala influencia y un riesgo emocional. Rara vez era

agradable, y más que a menudo un imbécil, lo que explicaba su inexplicable atracción por él.

Él la había humillado dos veces. Dos veces la había dejado avergonzada por su propia conducta y sorprendida por su rechazo. Dos veces eran demasiadas veces. No podía ni debía permitir una tercera.

Capítulo 10

Stanley releyó su poema una última vez. Le había llevado tres días escribirlo, tachando una palabra, sustituyendo otra, y todavía no estaba seguro de que se hubiese expresado correctamente. El poema terminaba con la palabra reembolsar, la cual era, hay que reconocerlo, estúpida.

Sabía que a Grace le gustaba la poesía, y quería decirle lo mucho que apreciaba que hubiese cuidado de él. Quería decirle que pensaba que era una buena enfermera, pero no había sido capaz de encontrar una buena palabra que rimara con enfermera... coche fúnebre y bolso simplemente no encajaban[34].

Dobló el poema y lo colocó en un sobre. Había estado fuera de servicio con una fuerte congestión en el pecho durante cuatro días, y Grace había pasado a verlo cada mañana antes de ir a trabajar y cada noche al salir, para revisarlo. Le había tomado el pulso y escuchado sus pulmones. Ella hablaba sobre Rob y él hablaba sobre Katie. Siempre le dejaba sopa. Era una buena mujer.

Colocó una estampilla en la esquina, luego echó un vistazo hacia la oficina. Katie estaba en la parte del frente con el vendedor de Frito-Lay, probablemente consiguiendo ser engañada para tener existencias de productos "orgánicos y naturales", lo cual era un montón de tonterías en cuanto a lo que Stanley concernía.

Se apresuró a escribir la dirección de Grace e introdujo el sobre bajo el montón de correo saliente. Una pila de panfletos ocupaba su escritorio, y abrió un cajón y los arrojó dentro. Sabía que su nieta quería que considerara el actualizar su caja registradora y el sistema de contabilidad. No estaba interesado. Tenía setenta y un años y estaba demasiado viejo para cambiar la manera en que había estado haciendo sus negocios durante más de cuarenta años. Si su esposa no hubiese

---

[34] **N. de T.:** En el original "enfermera" (nurse) rima con "coche fúnebre" (hearse) y con "bolso" (purse). Por eso el poema finaliza con la palabra "reembolsar" (reimburse).

muerto, en este momento ya estaría retirado, gastando su fondo de jubilación en viajar o algún otro tipo de entretenimiento, no en algún sistema de contabilidad integrado.

Stanley colocó una mano en la parte superior de su escritorio y se puso de pie. Había regresado al trabajo para descubrir que Katie había reordenado algunas cosas. Nada notorio, sólo reorganizado algunas de las mercancías. No estaba seguro de por qué los medicamentos que se venden sin prescripción tenían que estar por debajo de los profilácticos en el pasillo cinco. Y ella había quitado la carnada viva que él había mantenido cerca de la leche en la vitrina refrigerada. Por alguna razón, la había puesto cerca de las carnes en descuento. Sabía que ella había ordenado algunas jaleas gourmet y aceitunas. Supuso que no le importaba, ya que eso significaba que estaba más involucrada con la tienda, pero no creía que artículos gourmet se vendieran en Gospel.

Colocó una banda elástica alrededor del correo saliente, y cuando Orville Tucker viniera en su camión de correos, Stanley se lo entregaría antes de que pudiera cambiar de opinión. Se preguntaba qué pensaría Grace de su poema. Tosió un par de veces y se dijo que no importaba. Lo hizo lo mejor que pudo, pero Grace en realidad era una poeta muy buena, y él era simplemente un aficionado. Él cortaba carne para vivir. ¿Qué le hizo pensar que podía escribir un poema?

Pasó el resto del día preocupándose por lo que Grace pensaría. Al llegar la noche, estaba en tal agonía que deseaba como el infierno poder irrumpir en la oficina postal en la Calle Blaine y robar el poema de regreso. Pero la oficina postal era uno de los pocos negocios en el pueblo que tenía un sistema de alarma. Deseaba nunca haberla enviado. Sabía que si no escuchaba de Grace, eso significaba que probablemente lo había detestado.

Al día siguiente Grace lo llamó y le dijo que le encantó el poema. Le dijo que estaba halagada y que el poema le había llegado al corazón. Su elogio llegó al corazón de Stanley en una forma que él nunca había esperado. Le recordó que su corazón era bueno para algo más que bombear sangre, y cuando ella los invitó a él y a Katie a cenar en su casa la noche siguiente, él aceptó por ambos. Katie estaba siempre regañándolo sobre salir más seguido de la casa. Estaba seguro de que a ella no le importaría.

— ¿Que tú qué?

—Acepté una invitación a cenar en la casa de Grace Sutter para nosotros dos.

— ¿Cuándo? —La última cosa que Kate quería era quedar atascada en una mesa de comedor con Rob Sutter. No lo había visto desde la noche que él la había besado. Eso no era del todo cierto. Lo había visto. Él trabajaba al otro lado del estacionamiento, pero no había ido a la tienda en cinco días. Y cada vez que lo había visto, había tenido una pequeña burbuja extraña en su pecho. Algo parecido a los nervios, pero no del tipo bueno.

—Ella llamó hace media hora aproximadamente.

—Eso no fue lo que quise decir —Kate hizo una pausa mientras Iona Osborn se movía penosamente hacia el mostrador, su bastón de cuatro patas haciendo un ruido ka-chink a lo largo de los suelos de madera dura.

— ¿Cuánto cuestan éstos? —Iona preguntó y puso una bolsa de Doritos al lado de la caja registradora.

Kate apuntó al precio claramente marcado en la bolsa. —Cuatro dólares con diecinueve centavos.

—Antes siempre tenían una etiqueta.

Kate reparó en los ojos azules de Iona, la papada regordeta, su cabello gris encopetado y forzó una sonrisa en su lugar. Iona no era la primera persona en quejarse del asunto de las etiquetas. Se preguntaba si había una conspiración para volverla loca. Respiró profundamente y explicó una vez más, —Los artículos claramente marcados por el fabricante no necesitan una etiqueta.

—Me gusta que tengan una etiqueta.

Kate sostuvo las palmas en alto, luego las dejó caer a sus costados. —Sin embargo las etiquetas eran siempre iguales al precio claramente marcado.

—Siempre ha habido etiquetas en las cosas.

Kate estaba considerando seriamente pegar de un manotazo una etiqueta en la frente de Iona cuando su abuelo intercedió. — ¿Cómo está esa cadera? —preguntó él.

—Estoy un poco renqueante. Gracias por preguntar —El bolso de cuero de Iona golpeó el mostrador con un fuerte sonido hueco.

— ¿Has pensado en conseguir una de esas sillas de ruedas eléctricas como las que anuncian en la TV? —le preguntó Stanley mientras registraba sus Doritos.

Iona sacudió la cabeza y escarbó en su bolso. —No tengo esa cantidad de dinero, y mi aseguradora no pagará por eso —Sacó una billetera tan llena de dinero en efectivo y cupones que tenía que mantenerla cerrada con una banda elástica—. Además, no puedo sentarme en una de esas mientras trabajo todo el día en la cafetería —Ella buscó a través de todos sus cupones, luego sacó cinco billetes de un dólar y los colocó en el mostrador—. Sin embargo sería agradable, si tú brindaras una silla para personas mayores como lo hacen en ese tal ShopKo abajo en Boise.

—Eso ciertamente es algo para considerar —dijo Stanley mientras tomaba el dinero y calculaba el cambio—. ¿Cuánto cuesta una cosa de esas?

Kate echó un vistazo a su abuelo mientras él colocaba los Doritos en una bolsa plástica. No podía estar hablando en serio.

—Como mil quinientos dólares.

—No es tanto entonces.

Estaba hablando en serio. Él no gastaría ni una moneda de diez centavos en actualizar su sistema de contabilidad a fin de hacer su vida más fácil, pero tiraría mil quinientos dólares en una silla de ruedas eléctricas en la que los niños del pueblo saltarían y corretearían alrededor de la tienda. —No te entiendo —le dijo ella tan pronto como Iona se fue—. No facilitarás tu vida, pero comprarás una silla de ruedas eléctrica para clientes ocasionales. Eso no tiene sentido para mí.

—Eso es porque eres joven y no te duelen los huesos cuando sales de la cama en la mañana. No tienes problemas en andar por los alrededores. Si lo hicieras, pensarías diferente.

Eso probablemente era cierto, así que lo dejó pasar. Por ahora. — ¿Cuándo es la cena a que Grace?

—Mañana en la noche.

Ahora la pregunta engorrosa. — ¿Rob va a estar ahí? —preguntó Kate como si no le importara que fuese de una u otra manera. Pero la realidad era que si la respuesta era sí, ella tendría que derrumbarse con calambres o algo así.

—Grace no dijo nada. Podría preguntarle.

—No. Yo sólo estaba preguntándomelo. No es importante —dijo mientras agarraba el plumero y se dirigía hacia el pasillo de vegetales y frutas enlatadas. Si Rob iba a estar ahí, ella iba a tener que comportarse y pretender que él no le molestaba. Que el beso que él le había dado no la había afectado en absoluto, lo cual por supuesto no era así. Seguro, ella había sentido pequeños estremecimientos cálidos, pero eso no había significado nada. Un montón de cosas le causaban estremecimientos cálidos. No podía pensar en ninguna en este momento, pero lo haría.

Los frascos de aceitunas y jalea de jalapeño que había ordenado habían llegado el día anterior, y los colocó al nivel de los ojos en los estantes. Nadie había comprado alguno de sus artículos gourmet, pero sólo había pasado un día. Quizá ella debería llevar una bandeja de aperitivos a la cena de Grace. Si a Grace le gustaban los aperitivos, quizá les haría propaganda. El boca a boca era importante para las ventas.

Se preguntaba acerca de lo que Grace serviría, y si su casa era tan enorme como la de su hijo. No lo era.

Al segundo en que Kate entró al hogar de Grace Sutter, podía decir por sí misma que ahí vivía una mujer. Los muebles eran cómodos, acogedores y suaves. Montones de colores pasteles y mimbre blanco. Encaje belga, cristal cortado y flores frescas. Muy diferente a la casa de su abuelo, y completamente opuesta a la de su hijo. La residencia estaba llena por el olor de carne de res asada y patatas horneadas.

Grace los recibió en la puerta usando un conjunto de pantalones negros y suéter rojo. Kate se sintió mal vestida con su falda de mezclilla y su camiseta de seda de manga larga Banana Republic. Le entregó a Grace la bandeja de aperitivos que había preparado, y su mirada examinó la sala de estar.

Nada de Rob. Sintió que sus hombros se relajaban y la tensión en su espalda se aflojaba. Deseaba que no le importara si estaba o no, pero por alguna razón él la ponía tensa y nerviosa. Y de nuevo, no de una buena manera.

—Gracias, Kate —dijo Grace mientras le recibía la bandeja—. Esto fue muy considerado de tu parte.

Kate señaló cada sección de la bandeja. —Esas son aceitunas italianas, y rellené esos champiñones —Grace colocó la bandeja en la

mesa de centro—. Eso es jalea de jalapeños —continuó Kate—, sobre queso crema. Lo untas sobre las obleas. Es maravilloso.

—Te voy a tomar la palabra sobre lo de la jalea —dijo su abuelo mientras mordía una aceituna.

Grace tomó el cuchillo de queso Dalila y untó algo de queso crema y jalea de jalapeños en una galleta. Tomó un bocado y masticó a conciencia. —Está bastante bueno —anunció ella.

Kate sonrió y miró a su abuelo. —Gracias.

—Sigo pensando que no es correcto que la gente haga jaleas de vegetales —Stanley se mantenía y se negaba incluso a intentarlo. Se había vestido para la cena con sus pantalones grises de planchado permanente, una camisa azul de vestir, y un suéter gris. Lo cual era demasiado ataviarse para él. Kate no estaba segura, pero pensaba que su abuelo estaba actuando algo nervioso. Seguía doblando y desdoblando sus brazos y retorciendo la punta de su bigote daliniano. Y estaba usando tanto Brutt[35] que ella prácticamente había tenido que viajar todo el camino con la cabeza saliendo por la ventana del auto como un Setter Irlandés.

Grace les mostró su colección de cristal Swarovski, y le dio a Stanley tres pingüinos de cristal en un trozo de hielo de cristal para sostenerlo a la luz. Ambos miraron el prisma de colores derramándose a través de la vieja y nudosa palma de Stanley, y luego se miraron el uno al otro. Por un breve instante se sostuvieron la mirada antes de que él bajara la mano, al igual que su mirada. Sus mejillas se pusieron ligeramente rosadas, y se aclaró la garganta.

A su abuelo le gustaba Grace. Más que sólo como amiga. Más de lo que le gustaban las otras viudas en el pueblo. ¿Cuándo había pasado eso?

Kate enganchó algunas aceitunas, luego se movió hacia los estantes llenos de fotos. ¿Qué pensaba ella de su abuelo saliendo con la madre de Rob? Siempre había pensado que estaría feliz de que su abuelo continuara con su vida. Viviendo de nuevo. ¿Lo estaba? Honestamente no lo sabía.

---

[35] **N. de T.:** Hace referencia a una colonia para caballeros.

Las fotografías en los estantes estaban en filas de tres y cuatro, y al frente había una imagen de un bebé desnudo sobre una piel de cordero blanca. Otra estaba desvanecida y amarilla, del mismo bebé sentado sobre el regazo de un hombre, el cual Kate asumió era el padre de Rob. Masticó una aceituna y vio a Rob en una foto en la escuela primaria, con el cabello cortado al ras, con un brillo travieso en sus ojos verdes. Una imagen del baile de graduación de él en un esmoquin azul claro y su acompañante en lamé plateado con enormes hombreras que le llegaban hasta las orejas. Esta vez su cabello estaba con una especie de pinchos tipo Duran Duran con flequillos largos. Pero la mayoría de las fotos de Rob fueron tomadas con él en diferentes uniformes de hockey.

En una buena cantidad de las fotos, era tan joven que su uniforme de hockey le colgaba sobre las manos. En todas ellas sus grandes ojos verdes estaban brillantes de emoción. Había fotos de acción de él haciendo un disparo o patinando con el disco en el extremo del stick. Otras con el casco bajo en su frente, esta vez con sus ojos amenazantes mientras repartía golpes a jugadores rivales. La portada de una revista de él con sus brazos en el aire, sosteniendo un stick sobre su cabeza, con una enorme sonrisa. La testosterona prácticamente rezumaba del papel Kodak, un sorprendente contraste con las cortinas de encajes y el sofá de mimbre rosado.

Kate alcanzó las fotografías más recientes de Rob. Sostenía una bebita desnuda contra su pecho, con sus labios presionados contra la parte superior de su oscura cabeza. Las delicadas facciones de su hija contra su cruda masculinidad.

La puerta del frente se abrió y Kate puso la foto en su lugar. Se dio la vuelta mientras Rob entraba y cerraba la puerta detrás de él. Usaba una camisa de vestir de manga larga, blanca, metida en un par de pantalones caquis con un pliegue afilado. Llevaba una botella de vino en una mano. La última vez había estado con él en la misma habitación, la había besado y había puesto la mano de ella en su ingle. Sintió un pequeño salto cauteloso en sus nervios, lo cual la perturbaba ya que había pensado que debería sentir un montón más de rabia e indignación de lo que en realidad sentía.

Grace caminó a través de la habitación hacia él. —Llegas tarde.

—La tienda cerró tarde —Rob le dio un abrazo a su madre—. Hola Stanley —dijo él, luego miró por encima de la parte superior de la cabeza de su madre, y su mirada verde se encontró con la de Kate—. Hola, Kate.

—Hola —dijo ella, y estuvo complacida de que su voz no reflejara lo punzante de sus nervios.

—La cena pronto estará lista —Grace tomó la botella de vino y la miró—. Te dije que consiguieras Merlot. Este es Chardonnay.

Él se encogió de hombros. —Sabes que soy bebedor de cerveza. No sé nada sobre vinos. Sólo compré el más caro, suponiendo que tenía que ser el mejor.

Grace le empujó la botella de regreso. —Llévala a la cocina y ábrela. Quizá Kate pueda mostrarte cómo se usa un sacacorchos.

Ella podía, pero no quería. —Seguro —Siguió a Rob a través del comedor, con su mirada dando una ojeada al plisado en la parte trasera de su camisa blanca bajando hasta donde se metía en sus pantalones hechos a medida. La tela de sus pantalones caqui abrazaba su trasero, y dos botones marrones cerraban los bolsillos traseros. Las piernas del pantalón caían en perfectas líneas rectas hasta el dobladillo, quebrándose en los talones de sus mocasines de cuero suave. Él podría no saber de vinos, pero sabía una cosa o dos sobre ropa costosa.

Puso la botella de vino sobre la encimera blanca y abrió un cajón. —Las copas están en la alacena sobre la nevera —dijo él y apuntó con el sacacorchos.

La cocina era tan femenina como el resto de la casa. Las paredes eran color durazno, con una cinta decorativa de papel pintado con tulipanes y rosas blancas. Con sus anchos hombros y estatura, Rob parecía un poco fuera de lugar en los alrededores ultra femeninos. Un montón como un elefante en una cristalería.

Kate abrió las puertas de la alacena y se estiró hacia adentro para alcanzar cuatro copas. Un elefante extremadamente bien parecido, bien acicalado, que parecía perfectamente a gusto. —Creo que a mi abuelo le gusta tu madre —dijo ella mientras colocaba las copas en la encimera al lado de la cadera de Rob—. Creo que se están volviendo amigos.

—Bien, a mi madre le gusta tu abuelo — Él sostenía la botella en su gran mano y retorcía el sacacorchos con la otra—. No puedo recordarla nunca invitando a un hombre a cenar — Con poco esfuerzo, sacó el

corcho con un pop y vertió Chardonnay dentro de la primera copa. —Por supuesto, mi madre y yo no hemos vivido en el mismo pueblo hasta hace poco. Así que pudo haber tenido montones de hombres en su vida y simplemente nunca me lo dijo — Llenó una segunda copa, luego se la tendió a Kate.

— ¿Cuándo dejaste tu hogar? —preguntó ella y le recibió la copa. Sus dedos tocaron los suyos, cálidos contra el frío cristal.

—Conseguí que me ficharan para la NHL cuando tenía diecinueve años — Él alejó su mano y alcanzó su propia copa. —Entre tú y yo — dijo y levantó la copa a su boca, — sé lo que es un Merlot, pero me gusta más el vino blanco.

—Le mentiste a tu madre.

—No sería la primera vez — Sonrió como un pecador impenitente, y ella se sintió un poco más relajada. —O incluso la segunda. Supongo que los viejo hábitos tardan en morir — Tomó un trago y la observó por encima de la copa.

Ella sintió las esquinas de su boca elevarse ligeramente a pesar de su mejor esfuerzo por no sonreírle. —Deberías estar avergonzado de ti mismo — dijo ella y tomó un sorbo de su vino.

Él bajó su copa. —Apuesto que has dicho una embuste o dos.

—Seguro — Ella cruzó los brazos bajo sus pechos y arremolinó el vino en su copa. —Solía decir enormes mentiras todo el tiempo. Mi papá estaba en la milicia, y nos mudábamos mucho. Cuando vas a una nueva escuela cada pocos años, puedes inventar tu pasado. Puedes ser quien quieras.

— ¿Quién decías que eras?

—Más que nada capitana de animadoras y presidenta de la clase. Una vez dije que era primera bailarina.

Él empujó la cadera hacia la encimera y metió la mano libre dentro de un bolsillo delantero. — ¿Cómo te funcionaba eso?

—No lo hacía. Nadie se lo creía nunca. Tengo tres hermanos mayores, y era una chica poco femenina. Además, era completamente torpe.

—Apuesto a que eras una torpe preciosa — Su mirada se deslizó de sus ojos a su boca, luego se movió hacia la parte superior de su cabeza. — Apuesto a que con ese cabello rojo, los chicos te adoraban.

Él tenía que estar bromeando. —Créeme, a nadie le gustaba mi cabello rojo. Además, yo era más alta que la mayoría de los chicos de mi edad. Tenía aparato en los dientes y les ganaba a la mayoría de ellos al baloncesto. Podría haberlos dejado ganar, pero soy bastante competitiva y no me gusta perder.

Él se rió entre dientes. —Sí, sé eso sobre ti.

—No sólo derrotaba a los chicos, si tenía que doblegar a uno, los aporreaba realmente fuerte. Créeme, nadie me pidió una cita nunca.

—Apuesto a que ahora se están pateando a sí mismos el trasero.

Ella le miró a la cara. Pequeñas líneas de sonrisa plagaban las esquinas de sus ojos verdes, pero no parecía que estuviese bromeando. Por alguna razón, eso hizo que la parte de su corazón que pertenecía a la antigua chica desgarbada y poco atractiva se apretara sólo un poco. Era una sensación incómoda y confusa, levantó su vino hacia sus labios. No quería sentir nada por Rob. Nada excepto un enorme vacío en blanco. —No sabría decirte — dijo antes de tomar un trago.

Grace y su abuelo entraron a la cocina, y Kate se puso a trabajar ayudando a Grace con el asado de costillas y las patatas horneadas. Rob aderezó una ensalada con una vinagreta italiana y la colocó en cuatro tazones.

— ¿Qué puedo hacer para ayudar? —preguntó su abuelo.

—Puedes colocar la bandeja con los aperitivos de Kate en la mesa —respondió Grace—. Odiaría ver que se desperdician.

Cinco minutos después, la comida estaba en sus platos y estaban todos sentados en un conjunto de mesa de pedestal con damasco blanco y porcelana china. Kate se sentó entre Grace y Rob, con su abuelo frente a ella.

—Todo esto es bastante lujoso, Grace —dijo Stanley mientras recogía su servilleta de lino y la colocaba en su regazo. Sus hombros parecían tiesos, como si tuviera miedo de respirar.

Grace sonrió. —Nunca consigo usar mis cosas buenas. Simplemente permanecen en el aparador año tras año. Vamos a ensuciarlas — Ella sacudió su servilleta.

Rob agarró su tenedor y pinchó un champiñón relleno de la bandeja de aperitivos en el centro de la mesa.

—Rob —dijo su madre—, ¿podrías decir la bendición, por favor?

Él miró hacia arriba y se quedó mirándola, como si acabara de pedirle que se separara la cabeza y hablara en francés. — ¿Quieres que yo rece? — Bajó su tendedor. — ¿Justo ahora?

La sonrisa de Grace se mantuvo en su lugar mientras le daba una dura mirada. —Por supuesto, querido.

Rob inclinó su cabeza, y sus cejas se unieron formando una gruesa línea. Kate medio esperaba que él dijera algo como "Buena comida, buena carne, buen Dios, vamos a comer".

No lo hizo. —Dios, por favor bendice esta comida que estamos por comer —Hizo una pausa por un momento luego agregó—, de modo que no nos enfermemos o… nos ahoguemos o algo. Amén.

—Amén —Kate presionó sus labios con fuerza para evitar echarse a reír.

—Amén.

—Amén. Gracias, Rob.

—De nada, Madre — Él agarró su tenedor y se comió el champiñón en dos mordidas. Pinchó algunos más y los puso en su plato al lado de sus patatas, las cuales estaban amontonadas en una gran pila con mantequilla y crema agria encima—. ¿Trajiste éstos tú?

—Sí.

—Están buenos — dijo él y alcanzó un panecillo.

—Gracias — Ella tomó un bocado de su patata al natural, sin nada excepto sal y pimienta.

— ¿Cómo te está yendo en la tienda, Kate? —preguntó Grace.

Antes de que pudiera proferir una palabra, su abuelo respondió por ella, —Kate no es una persona sociable.

Rob hizo un sonido al lado de ella como si estuviera ahogándose con su vino. Kate lo ignoró y miró a su abuelo al otro lado de la mesa. ¿Qué?, ella era una persona sociable.

—Tal vez tus talentos yacen en otra parte — Grace volvió a doblar la servilleta en su regazo. —Stanley me dijo que solías trabajar en Las Vegas como investigador privado.

Ella siempre había sido buena tratando a las personas. Sus habilidades sociales eran lo que la había convertido en una buena investigadora privada. —Sí, lo hacía —Volteó la mirada hacia Rob, quien estaba tratando de no reírse. Obviamente él tampoco pensaba que ella fuese una persona sociable.

—Bueno, creo que es admirable que hayas dejado todo de lado para ayudar a tu abuelo.

Kate volvió su atención a su abuelo. ¿No soy una persona sociable? ¿Cuándo pasó eso? Probablemente en el momento en que había sido botada por su último novio y un psicópata la había contratado para cazar a su familia. —En realidad, mi abuelo está ayudándome a mí. Cuando decidí eso no quería hacer más trabajos de investigación, renuncié a mi trabajo, y él me permitió mudarme con él hasta que decidiera que quiero hacer.

—Y me alegra tenerla —dijo su abuelo con una sonrisa, pero ella no estaba tan segura de que lo dijera en serio.

Ella realmente no había pensado en nada. Había estado en Gospel cerca de dos meses, y estaba tan sin rumbo como el día que había llegado. Mientras cortaba sus costillas de primera y tomaba un bocado, la conversación continuó sin ella. Más tarde, comenzó a sentir como si la cosa que estaba buscando estuviera justo frente a sus ojos, pero no podía verla. Quizá, si salía de su propio camino, ella podría divisar el bosque en lugar de los árboles.

—Entonces, eso suena como que conseguiste esquiar algo antes de que la estación cerrara. Eso es bueno — dijo Stanley, atrayendo la atención de Kate de sus pensamientos. Dio un vistazo a su abuelo, cuya mirada estaba dirigida a Rob. ¿Cómo había cambiado la conversación del M&S al esquí en Sun Valley? El tema que a Kate menos le gustaba.

—Sí. El viaje que hice en febrero fue genial. Montones de nieve. Clima perfecto. Lindas huéspedes conejitas — Bajo la mesa, su rodilla tocó la de Kate. Ella lo miró por el rabillo del ojo, pero él estaba mirando a su abuelo. —Una de ellas tenía un tatuaje muy interesante.

—Robert —Grace se inclinó hacia adelante y miró fijamente a su hijo—. Sabes que tienes que mantenerte alejado de conejitas de cualquier tipo. Son problemáticas.

Él se echó a reír. —En más de una manera — dijo él, luego hundió el tenedor en sus patatas cocidas.

Grace le dio a su hijo una última mirada devastadora y volvió su atención a Kate. — ¿Esquías, Kate?

—No. Nunca aprendí.

—Si estás aquí el próximo invierno, Rob puede enseñarte.

Ella dudaba seriamente que estuviera en Gospel el próximo otoño, mucho menos en el próximo invierno. —Oh, no creo…

—Me encantaría —interrumpió Rob, y su muslo se presionó al suyo de nuevo.

La calidez de su toque se filtró a través de su falda y calentó la parte externa de su muslo. Ella giró la cabeza y lo miró mientras él masticaba una aceituna. —No, en serio. Me rompería el cuello.

Él le dio un vistazo a sus labios y tragó. —Cuidaría muy bien de ti, Kate. Empezaríamos con calma — Un pequeño brillo travieso brilló a través de sus ojos y él levantó la mirada a la suya. —Realmente lento, luego trabajaríamos en algo más difícil.

Kate esperaba que su madre lo llamara "Robert" y lo regañara por su obvia insinuación sexual. Ella no lo hizo. —Comenzar despacio es importante — dijo Grace en lugar de eso. Luego la condujo directa a sus manos. — Y un buen equipo.

—No puedes pasar un buen rato sin un buen equipo —Rob alcanzó su vino, pero mantuvo su mirada en Kate—. Quizá te muestre el mío alguna vez.

—Un buen equipo es importante sin importar qué haces en la vida — se unió su abuelo, tan ajeno a todo como Grace. —Compré las mejores sierras y cuchillos que el dinero puede pagar. Y tienes que asegurarte de que mantienes tu equipo siempre en buen estado de funcionamiento.

Un lado de la boca de Rob se elevó, levantando una esquina de su bigote Fu-Manchú. —Amén.

Kate cruzó las piernas y apartó su rodilla para no tocarle. — ¿Saben que los americanos consumen treinta y cuatro billones y medio de kilogramos de carne roja y aves de corral al año? —preguntó ella, cambiando el tema a propósito.

—Bueno, ¿no es eso interesante? —dijo Grace.

Rob levantó su vino a sus labios. —Fascinante.

—No sé nada respecto a eso, pero sí sé que esta es la mejor carne que he comido en mucho tiempo — Stanley felicitó a la cocinera.

¡Qué! Kate cocinaba para él todo el tiempo. Era una buena cocinera y una persona sociable.

—Gracias, Stanley. Conozco un buen carnicero — Grace tomó un bocado, luego dijo las palabras que sembraron terror en el corazón de Kate. —Pienso que después de la cena, les leeré a todos mis poemas más recientes.

—Me encantaría escucharlos —dijo su abuelo. Y Kate se sentía como si quisiera patearlo por debajo de la mesa. Le echó un vistazo a Rob, cuyo tenedor había quedado suspendido en medio del aire. Parecía un ciervo atrapado por un faro.

—Desearía poder quedarme — dijo al final y colocó su tenedor en su plato. —Pero tengo demasiado trabajo por hacer.

Grace sonrió. —Lo entiendo.

Puesto que le había funcionado a Rob, Kate lo intentaría. —Sep, yo también tengo trabajo que hacer.

— ¿Como qué? —quiso saber su abuelo.

¡Mierda! —Como… hacer cosas.

— ¿Qué cosas?

—Cosas… de la tienda —Echó un vistazo alrededor de la habitación, y su mirada aterrizó en una cesta de panecillos. —Pan —Su respuesta sonaba tan patética que ella dudaba que alguien le creyera.

—Oh —Stanley asintió—. Tu abuela solía hornear pan y venderlo en la tienda.

—Recuerdo eso —dijo Grace a través de una sonrisa genuina—. Melba siempre hacía el mejor pan.

—Bueno, supongo que Katie y yo no podremos quedarnos y escuchar tu poesía esta noche.

La sonrisa de Grace cayó. —Oh, eso es tan malo.

La vergüenza pesaba en los hombros de Kate, y estaba a punto de decir que se quedarían cuando Rob tomó el asunto en sus manos.

—Yo llevaré a Kate a su casa — se ofreció, y Kate no sabía que era peor: quedarse para una lectura de poesía o viajar sola en un coche con Rob Sutter.

Capítulo 11

Viajar sola en el Hummer de Rob era peor. El vehículo era enorme, y sin embargo él parecía ocupar tanto espacio… y no físicamente, a pesar de que era un tipo grande. Era la profunda textura de su voz llenando las sombras mientras le respondía sus preguntas acerca del vehículo. Era el olor de su piel y el almidón en su camisa mezclados con el aroma de los asientos de cuero. Las luces del tablero iluminaban el oscuro interior con tantas pantallas digitales que ni siquiera podría imaginar para que se usaban ni la mitad de ellas. Según Rob, el Hummer tenía asientos climatizados, un estéreo Bose, y sistema de navegación. Si eso no era suficiente, también tenía OnStar[36].

— ¿Sabes cómo usar esa cosa? —preguntó ella y apuntó la pantalla azul de navegación.

—Seguro —Quitó una mano del volante, pulsó algunos botones y la presentación de la ciudad de Gospel saltó a la vista. Como si una persona pudiera perderse en Gospel.

— ¿Lo necesitas para encontrar tu camino a casa?

Él se rió entre dientes y le dio un vistazo a través del vehículo, con un lado de su rostro bañado en una luz azul. —No, pero resulta útil cuando viajo a lugares en los que no he estado antes. Lo usé un montón el pasado Febrero cuando estuve esquiando con mis amigos — Volvió la mirada a la carretera. —He estado queriendo preguntarte algo.

— ¿Qué?

— ¿En serio tienes un tatuaje en tu trasero?

Sus dedos sobre la bandeja de aperitivos en su regazo se apretaron. —Necesitas olvidar que esa noche existió.

Su risa tranquila llenó el espacio entre ellos. —Claro.

---

[36] **N. de T.:** OnStar en un sistema de seguridad, comunicaciones y diagnóstico integrado en el vehículo, proporcionado por la compañía americana del mismo nombre.

—Sé que probablemente no creerás esto, y que es una pérdida de aliento, pero esa fue la primera y única vez que le he hecho una proposición a un hombre jamás. Siempre he querido recoger un chico para jugar en un bar, pero soy demasiado cohibida. Soy sexualmente reprimida.

—No estabas reprimida o cohibida esa noche.

—Estaba borracha.

Él hizo un sonido de burla que hizo que Kate quisiera golpearlo. —No estabas tan borracha. Tenías un agradable mareo pero sabías exactamente lo que estabas haciendo.

Cierto, pero no había manera de que admitiera eso. —Solamente quería vivir una fantasía por una noche. Una noche, eso es todo. ¿Eso es tan horrible? — El cuello de su chaquetón le rozó la barbilla mientras miraba por la ventana del copiloto hacia la oscura silueta de los pinos. —Todo lo que quería era escoger a un hombre y usarlo malamente. Retorcerlo como un pretzel[37] sexual, y luego sacarlo a patadas por la puerta cuando ya tuviera suficiente y nunca más volverlo a ver. Pero mira lo que pasó — Había sido rechazada de plano, luego le habían dado una charla moral unas pocas semanas después. — ¿Por qué las mujeres son consideradas promiscuas cuando nos hacemos cargo de nuestra propia sexualidad? ¿Por qué la sociedad trata tan duramente a las mujeres que van tras lo que quieren? Los hombres hacen proposiciones en los bares todo el tiempo, y ellos simplemente están siendo hombres cuando lo hacen.

Volvió la mirada al frente. Las luces colgantes iluminaban la carretera, y ella se detuvo un momento a pensar sobre la injusticia de todo. — ¿Por qué es diferente para las mujeres? Tenemos control sobre nuestra fertilidad, pero todavía tenemos que conformarnos con un arcaico código moral. Incluso en el siglo veintiuno, las mujeres no pueden ser sexualmente agresivas como los hombres. Si lo somos, somos rameras. ¿Por qué está tan mal que las mujeres admitamos que pensamos en el sexo como lo hacen los hombres?

---

[37] **N. de T.:** Un pretzel es un tipo de galleta o bocadillo horneado, y retorcido en forma de lazo.

Habiendo despotricado, Kate suspiró y recostó la cabeza contra el asiento. El silencio llenó el vehículo por varios largos momentos, y comenzó a pensar que él no había estado escuchando.

Lo había hecho. — ¿Planeabas retorcerme como un pretzel sexual?

—Sí —dijo ella a través de un suspiro. —Pero ambos sabemos cómo resultó. Te alejaste corriendo tan rápido como pudiste.

—No corrí.

—Prácticamente.

Él alcanzó de nuevo el sistema de navegación, pulsó algunos botones, manipuló el estéreo, y luego lo apagó. La miró, y sus cejas estaban juntas como si le estuviera costando trabajo pensar en algo importante. Volvió su atención a la carretera, y cuando habló, su voz era un poco más baja que antes. — ¿Cómo ibas a retorcerme en un pretzel sexual?

—Olvídalo.

— ¿Me lo dirías si te lo ruego?

—No.

—Te pagaré.

—No. Tú ya crees que soy una ramera.

La miró y luego miró la carretera. —No creo que seas una ramera.

—Sí, lo haces. Agarraste mi mano y la frotaste en tu ingle. Eso me dice demasiado bien que piensas que soy una ramera.

Las luces del tablero acentuaban la silueta de su bigote y el ceño fruncido bajando las esquinas de su boca. —No debí haber agarrado tu mano.

—No —dijo ella. —No debiste.

—Fui provocado.

Quizá.

De nuevo, él se quedó callado durante algunos minutos. — ¿Realmente piensas que las mujeres pueden pensar igual que los hombres en cuanto al sexo?

—Sí — respondió ella, a pesar de que nunca había tenido la oportunidad de intentarlo. El tipo al otro lado del Hummer había matado su única oportunidad.

— ¿Crees que las mujeres pueden pasar un buen rato y que eso será suficiente?

—Sí — Al menos en teoría. — ¿Tú no lo crees?

—Solía hacerlo, pero ya no estoy tan seguro.

Entraron al pueblo y pasaron la gran señal roja de Texaco. — ¿Por qué no? —preguntó ella, a pesar de que ya se imaginaba la respuesta.

—El sexo puede convertir a las mujeres en psicópatas — dijo él.

—Eso es ridículo — Sip, esa era bastante cercana a la respuesta que ella pensaba que él le daría. — El sexo no convierte a una persona en psicópata. Ya era un psicópata antes del sexo.

—Sí, pero no puedes saberlo sólo con verla. Una mujer puede parecer perfectamente normal hasta que se presenta en tu casa con los ojos enloquecidos y una Beretta calibre 22.

—Los hombres psicópatas pueden parecer perfectamente normales también — dijo ella, pensando en cuán normal le había parecido Randy Meyers el día que había entrado en su oficina.

—Sí, pero un hombre es menos propenso a enloquecer después de una noche de sexo sin compromiso cuando no obtiene corazones, flores y propuestas de matrimonio — Pasaron el Palacio de Justicia y el Emporio Hansen. — Pero le das a una mujer algo de buen sexo, y es más probable que se vuelva completamente violenta y vengativa.

Lo cual era evidentemente absurdo. — ¿Estás diciendo que si el sexo es malo, una mujer no se pondrá violenta y vengativa?

Él la miró como si hubiese preguntado lo obvio. — ¿Por qué alguien acecharía a un compañero sexual extremadamente malo? — Él giró en la calle de su abuelo—. ¿Te gusta pescar con mosca?

— ¿Qué? — ¿Cómo había cambiado la conversación de mujeres psicópatas a la pesca?

—Pescar con mosca. ¿Te gusta?

—Ah… No lo sé. Nunca he pescado con mosca.

Él metió el Hummer en la entrada de acceso de Stanley y aparcó detrás del Honda de Kate. —Te llevaré alguna vez. Será bueno para tus nervios.

—Mis nervios están muy bien — dijo ella y agarró la manija de la puerta- — Gracias por el viaje.

Él se estiró a través del espacio entre ellos y le agarró el brazo. —Espera —Cuando lo miró, él agregó, —te acompañaré hasta la puerta.

—Puedo llegar por mí misma.

—Sé que puedes — dijo él y estaba a medio camino fuera del Hummer. Las luces de la parrilla eran tan grandes y odiosas como el resto del vehículo, y por unos breves instantes lo iluminaron como si él estuviese en un escenario. Él abrió la puerta y tomó la bandeja de aperitivos de ella. Su mano de nuevo agarró su brazo mientras la ayudaba a salir, lo cual era ridículo, porque ella era perfectamente capaz de salir de un auto por sí misma.

—Deberíamos comenzar de nuevo — Su palma se deslizó hasta el codo de ella y luego cayó a su costado.

Sin embargo, tenía que admitirlo, había una parte de ella a la que le gustaba la atención de los hombres a la antigua. — ¿Comenzar de nuevo? ¿Te refieres a olvidar la noche en que nos conocimos?

—Eso no va a suceder —Él la siguió de cerca mientras ella se trasladaba por la oscura acera, el sonido de las suelas de sus mocasines ahogado por el de los tacones de sus botas. —Tal vez podemos ser amigos.

Vaya, eso es original, pensó ella mientras se detenía bajo la luz del porche y le quitaba la bandeja. Usualmente escuchaba esas palabras justo después de ser desechada, y Rob ni siquiera era su novio. — ¿Alguna vez has tenido una amiga? — preguntó ella y se encogió de hombros cuando el aire frío de la noche se filtró por el frente de su abrigo.

—No. ¿Alguna vez has tenido a un tipo por amigo?

—No — La luz del porche hacía que el blanco de su camisa se viese casi fluorescente, mientras que los bordes de la noche lo perfilaban en negro. Él se alzaba sobre ella y se las arreglaba para hacer que ella, una mujer de un metro ochenta y talla diez de zapatos, se sintiese pequeña—. ¿Honestamente crees que podemos ser amigos?

—Tengo mis dudas, pero si mi madre y tu abuelo van a ser amigos, probablemente vamos a estar viéndonos más el uno al otro.

Ella se estaba congelando más allá de lo posible, mientras que el frío parecía no afectarlo. — Probablemente — Tal vez el frío no lo afectaba porque comía demasiado. Nunca había visto a nadie comer tanto como Rob lo había hecho esta noche. El hombre debería estar gordo, pero no lo estaba. La noche que la había besado ella había sentido los músculos de su pecho y su duro estómago plano. Tenía que hacer un par de cientos de abdominales al día.

—Sería agradable si no estuvieses siempre molesta conmigo — dijo él.

Ella alcanzó su bolsillo con una mano en busca de las llaves. —No siempre estoy molesta contigo — Su bolsillo estaba vacío y recordó que nadie en Gospel cerraba con llave las puertas de sus autos o casas. —Pero sigues sacando a colación esa noche en Sun Valley. Obviamente no representa los mismos recuerdos agradables para mí que los que parecen representar para ti.

Él se meció hacia atrás en sus talones y bajó la mirada hacia ella. —Qué tal si yo no menciono esa noche, y tú no andas por ahí molesta.

Ella abrió la puerta detrás de sí. Tenía sus dudas respecto a si él podía controlarse. — Ambos podemos intentarlo.

— ¿Deberíamos sellarlo con un apretón de manos?

Ella sostuvo la bandeja con una mano y ofreció la otra. La palma de él se presionó con la suya, callosa y tan cálida que su muñeca hormigueó. Ella trató de retirar la mano, pero su agarre se apretó.

—Supongo que esto significa que nunca llegaré a escuchar sobre lo del pretzel sexual.

Ella trató de no reírse. —No.

—Maldición —Su pulgar acarició la parte interna de su muñeca, arriba y abajo, esparciendo el hormigueo caliente en su muñeca.

—Buenas noches — Esta vez cuando apartó la mano, él la dejó ir.

—Buenas noches, Kate.

Se metió en la casa y cerró la puerta detrás de ella. Se sentía un poco sonrojada mientras colocaba la bandeja en el mostrador y colgaba su abrigo. Un ceño fruncido tiró de sus cejas cuando el hormigueo caliente se instaló en su estómago.

En realidad no creía que ella y Rob pudieran ser nada ni siquiera parecido a amigos. Por alguna razón que desafiaba la lógica pero que probablemente tenía un montón que ver con la antropología y absolutamente nada que ver con el sentido común, su cuerpo reaccionaba a él. Era natural. Estaba en su ADN. Programado en las mujeres desde tiempos prehistóricos, y resultaba que Rob Sutter era el Neanderthal más grande y más malo de la cueva.

Kate había colocado la bandeja de aperitivos en el mostrador y colgado su abrigo detrás de la puerta. No quería conseguir un porrazo en la cabeza. Había estado ahí y hecho eso con otros hombres que no podían comprometerse con una mujer. No había dudas en su mente de que si fuese lo suficientemente tonta como para involucrarse con Rob, él la dejaría maltratada como a una foca bebé.

Retiró el envoltorio de plástico de la bandeja y lo tiró en la basura bajo el lavaplatos. Él no sólo era una mala apuesta, sino que creía que "el sexo convertía a una mujer en psicópata", lo cual era ridículo en tantos niveles diferentes. Uno de los cuales era el hecho de que los hombres eran mucho más propensos a matar a sus compañeros de trabajo, con francotiradores en autos en las autopistas, y aniquilar a todas sus familias. La única cosa en la que estaba de acuerdo con Rob era que no podías saber quién era un psicópata sólo con verlo.

Alcanzando un gabinete, sacó algunos contenedores de plástico con tapas a presión. Casi un año después, todavía podía recordar la apariencia de hombre común y corriente de Randy Meyers el día que él había entrado en su oficina en Intel Inc. Recordaba el retrato familiar que habría llevado con él. El apagado fondo azul claro, contrastando con suéteres rojos a juego. Doreen quedó congelada en el tiempo con una agradable sonrisa en sus labios. Sus niños a cada lado de ella... Brandon con su corto cabello rubio cortado al ras y Emily con su rubia cola de caballo y sin un diente frontal. Randy estaba parado detrás de su familia, con las manos en los hombros de su esposa mientras una sonrisa normal curvaba sus labios.

En la superficie, eran la familia perfecta. Pero si Kate se hubiese molestado en indagar, habría encontrado que la normalidad era una fachada cuidadosamente construida. Habría descubierto que Randy había ejercido un control sistemático sobre cada faceta en la vida de su familia.

No había abusado físicamente de su esposa, pero había gobernado su vida misma. No la había aislado de sus amigos y familia, pero la había alejado de ellos. Se había asegurado de que estaba invitado e incluido en cada aspecto de la vida de Doreen. No le había permitido trabajar fuera de casa, pero le había permitido asistir a clases universitarias. El truco es que él las tomaba con ella. Él había sido el entrenador de fútbol de su hija. El líder de la Manada Scout de su hijo. Él siempre estaba ahí. Siempre dirigiendo. Siempre observando.

Cuando Doreen lo dejó, él no pudo aceptar el hecho de que ya no era el centro de sus vidas. Había conducido durante dos días directo a encontrarla. Luego había perpetrado su último acto de control. Se había asegurado de que todos estarían juntos. Bajo la misma lápida mortuoria en un cementerio de Tennessee.

No importaba cuantas veces Kate se dijera a sí misma que no era la responsable por lo que un loco chiflado le había hecho a su familia, no podía separarse de su participación en eso. Sentía el peso de sus muertes en su alma, y no podía lavar completamente la sangre de sus manos.

No sabía si alguna vez superaría lo que había pasado en esa pequeña casa en Tennessee, pero lo iba a intentar. Iba a continuar con su vida. E iba a ayudar a su abuelo a continuar con la suya también.

Colocó las aceitunas en un contenedor y lo tapó a presión. Por el bien de su abuelo, ella trataría de ser amiga de Rob. Si él en realidad tenía sentimientos por Grace, Kate no quería causar desavenencias. Porque a pesar de lo que su abuelo pensaba, ella era una "persona sociable".

Maldita sea.

Kate fue a trabajar temprano por la mañana y buscó entre las recetas de pan que su abuela había guardado en un recetario en el M&S. Kate habría adorado hornear pan foccacia, pero la tienda no tenía levadura fresca para torta. Se decidió por pan de trigo quebrado y se puso a trabajar. Cuando su abuelo llegó para abrir la tienda a las seis treinta, ella acababa de sacar los panes de los grandes hornos.

—Eso huele maravilloso, Katie — Él colgó su abrigo y su gorro de lana cerca de la puerta trasera. Se pasó una mano por su cabeza calva.

—Llegaste tarde a casa anoche — dijo ella mientras cortaba un trozo para él y lo untaba con mantequilla.

—Grace me leyó algunos de sus poemas y luego tuvo la amabilidad de darme algunos consejos — Le recibió el trozo de pan y lo mordió. Ella no sabía si era el frío aferrándose a sus mejillas, pero estaban definitivamente rosadas.

Se trasladó hacia un gabinete y alcanzó bolsas para pan del estante superior. — ¿Ahora estás escribiendo poesía?

—La poesía alimenta el alma de la humanidad.

Ella cayó sobre sus talones y lentamente se giró hacia él. El hombre frente a ella lucía como Stanley Caldwell. Estaba parado ahí comiéndose su pan, llenándose el bigote de mantequilla, y tenía los mismos pantalones y camisa blancos que su abuelo siempre usaba. El mismo delantal que se ataba todas las mañanas antes de salir de la casa. Pero él no sonaba como su abuelo. — ¿Grace dijo eso?

Él asintió y se llevó su pan dentro de la tienda. Unos momentos después, lo escuchó encendiendo las máquinas de café. Él no lo tiene mal, pensó ella mientras metía el pan en bolsas transparentes y las cerraba con precintos. Él estaba siguiendo adelante. Comenzando a vivir de nuevo. Estaba contenta. En serio.

Sacó la pistola de etiquetas y marcó cada barra de pan. Sep, estaba feliz por él. Pero al mismo tiempo, una pequeña parte de sí misma se preguntaba si ella iba a conseguir recoger su vida lo suficiente como para seguir adelante. Él tenía setenta y un años. Si él podía hacerlo, ella ciertamente también podía.

Arrastró una mesa de juegos afuera y la colocó en una esquina en el pasillo de panes. La vistió con un mantel de rayas blancas y verdes y luego colocó sus diez barras de pan en ella.

Eden Hansen, dueña del Emporio Hansen, fue la primera en morder el anzuelo.

—Un dólar con setenta y cinco centavos es demasiado dinero para pagar por una barra de pan — se quejó ella. —Melba solía vender sus barras de pan a un dólar.

—Eso fue hace varios años atrás — explico Kate, manteniendo su mirada trabada a propósito con la de Eden de modo que no pudiese distraerse por el montón de cabello color lavanda. —Con la inflación, el costo de los servicios, y mi mano de obra, usted está consiguiendo una ganga, Sra. Hansen.

Ella arrugó sus labios púrpuras. — ¿Cómo sé que sabe tan bien como el de Melba?

—Usé la receta de mi abuela — dijo ella, decidida a ser agradable en vez de asesinarla.

—No sé.

—Espere un minuto — Kate sostuvo un dedo en alto, luego fue a la habitación de atrás y trinchó una rebanada de la barra de pan que había cortado más temprano. La dividió en cuatro partes, luego las llevó en un pequeño plato desechable para Eden. — Pruébelo.

Eden masticó. — ¿Aceptarías un dólar con cincuenta?

—Seguro, pero sólo si puedo entrar a su tienda y regatear el precio de camisetas y caramelos Cow Pie.

Eden echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír, o lo que debería haber sido una risa si no se hubiese convertido en una tos de fumador.

Ves, se dijo a sí misma y sonrió. Soy una persona sociable.

—Todo el mundo dice que eres tiesa como un perro muerto en enero — dijo ella cuando dejó de toser. —Pero yo creo que estás bien. Me llevaré tu barra de pan por un dólar con setenta y cinco centavos, y le diré a mi hermana que baje aquí también.

¿Tiesa como un perro muerto en Enero? Eso no era muy halagador, pero Kate estaba demasiado feliz con respecto a su primera venta como para dejar que la molestara. Después de que Eden se fue, ella fue a la habitación de atrás y cortó una rebanada adicional de pan en trozos pequeños. Los colocó en la mesa de juego, y al final del día, vendió cada barra de pan y tenía pedidos para más.

Más tarde esa noche encontró unos mayoristas que vendían los ingredientes perfectos para la foccacia. Los rastreó por Internet, y para el momento en que lo había contactado, ya había ordenado espárragos en escabeche y queso cheddar ahumado.

Revisó la casa en busca de su abuelo para contarle sobre los pedidos, y lo encontró en la mesa de la cocina trabajando en un poema. Su mano sostenía el tocón de un lápiz contra una hoja de un cuaderno, y su mirada estaba fija en algún lugar cerca del techo.

— ¿Qué rima con cambio? —preguntó él.

— ¿Extraño?[38]

Él la miró, luego escribió en su papel. —Gracias. Es la palabra perfecta.

Esa ciertamente era la palabra perfecta para describir su comportamiento últimamente. —Ordené algunas cosas para la tienda — le dijo y esperaba que él armara un escándalo.

—Eso es bueno —Estaba tan absorto en su poema que no le importó.

La mañana siguiente, hizo quince barras de pan de trigo y para el mediodía había vendido diez de ellas. También al mediodía, una llamada de reparto llegó de Sutter Sports. Como siempre, su abuelo le entregó la bolsa de comestibles que ya había llenado. Kate no había hablado con Rob desde la noche que habían decidido ser amigos, o al menos habían decidido intentarlo.

— ¿Por qué no puede caminar hasta aquí y cogerlo él mismo? Estamos justo al otro lado del maldito aparcamiento.

—Katie, nosotros no nos quejamos acerca de los negocios.

—Deberíamos si el negocio está justo al otro lado del aparcamiento—refunfuñó mientras salía de M&S.

---

[38] **N. de T.:** En el original "cambio" (change) rima con "extraño" (strange).

Capítulo 12

El sol había salido y Kate no se molestó en ponerse el abrigo encima de su suéter verde limón y sus pantalones vaqueros negros. En su camino a través del aparcamiento echó una mirada dentro de la bolsa de comestibles y descubrió un lápiz mecánico Paper Mate, algunos frascos de Pega Loca[39] y tres barras de granola. Nunca había estado dentro de la tienda de deportes, y un grupo de cascabeles colgando a un lado de las puertas dobles anunció su llegada.

Su primera impresión fue de madera oscura barnizada y revestimientos de madera verde bosque. Canoas y kayaks estaban suspendidos del techo, y una hilera de bicicletas de montaña estaba alineada en frente de varios pasillos de cañas de pescar y equipo de campamento. Miró alrededor en busca del dueño de la tienda, pero ella parecía ser la única persona en los alrededores.

—Kate.

Ella levantó la vista pasando por una pared con equipo de senderismo hacia el desván. Rob estaba de pie mirando abajo hacia ella, con sus manos agarrando la media pared que se extendía a lo largo del desván y bajaba por las escaleras.

— ¿Podrías traer eso acá arriba, por favor?

El sonido de sus zapatos en la dura madera hacía eco en las paredes. Él observó su progreso mientras subía las escaleras y entraba al desván. Un escritorio de roble estaba en el centro con un monitor de pantalla plana y un teclado sobre éste. Montones de papeles, carpetas y revistas atestaban la parte superior del escritorio.

—Finalmente. Bocadillos —dijo él mientras caminaba hacia ella usando un par de pantalones vaqueros y una camisa de gamuza color

---

[39] **N. de T.:** En inglés original "Krazy Glue" (Pega Loca), es un pegamento instantáneo súper fuerte, que seca rápidamente.

beige oscuro con las mangas enrolladas en sus brazos. Se estiró para alcanzar la bolsa, y las mangas se deslizaron hacia arriba por sus antebrazos, el color de su camisa casi hacía juego con las tonalidades más oscuras de su tatuaje.

—No vi ninguna serpiente cuando estuve en tu casa — dijo ella mientras le tendía la bolsa de comestibles.

Él miró dentro de la bolsa, luego volvió su mirada hacia ella. —Tuve que venderle de nuevo a Chloe al criador una vez que Amelia llegó del hospital. No podía tener a un bebé de casi tres kilogramos en el mismo apartamento con una pitón.

—No. Supongo que no —Y porque se estaba muriendo por saber, preguntó—, ¿Durante cuánto tiempo estuviste casado?

Él se trasladó a la esquina más alejada de la habitación y, por primera vez desde que lo conocía, observó la forma en que caminaba. —De principio a fin, poco más de un año — Su zancadas largas y elegantes no mostraban ningún indicio de lesión permanente. Se movía con tanta facilidad que parecía que nunca había sido herido con una calibre 22, y su rodilla hubiese sido destrozada. Colocó la bolsa en un maltratado banco de trabajo lleno de plumas e hilo.

—Matrimonio corto.

—Habíamos estado juntos de vez en cuando durante cuatro años. Nunca debimos habernos casado, pero Louisa se quedó embarazada así que lo intentamos — Sacó de la bolsa el lápiz mecánico y la cola y luego los colocó en el banco de trabajo. —Ven aquí. Quiero enseñarte algo.

Kate no creía que engañar fuese esforzarse por un matrimonio, pero en realidad no quería emitir un juicio cuando no sabía nada respecto a la relación. O quizá ella estaba racionalizando su comportamiento porque él lucía increíblemente ardiente hoy.

Se desplazó a través de la habitación y se paró al lado de él. Estaba doblado por la cintura, inspeccionando algo a través de una lupa fija a la parte frontal de un pequeño tornillo aproximadamente del tamaño de una jeringa mediana sin aguja. —Acabo de terminar esta caddis[40] de alas de

---

[40] **N. de T.:** Caddis. Insectos de cuatro alas (usualmente cubiertas de pelos diminutos) del orden de las Trichopteras, que se encuentran cerca de lagos y arroyos.

ciervo canadiense. Las truchas en el Río Big Wood no serán capaces de resistirla. ¿No es hermosa?

Ella sabía que era una mosca. Del tipo con la que se pescaba, ¿pero hermosa? No. La gargantilla de plata de Tiffany que acababa de recibir por correo era hermosa. — ¿De qué está hecha?

Él se estiró para ajustar la lámpara de cuello cisne y apuntar su luz directamente sobre la mosca. —El cuerpo está hecho con pelaje atado y las alas son de pelo de ciervo canadiense.

Ella no tenía idea de lo que era pelaje atado. — ¿Pelo real de ciervo canadiense?

—Sip.

¿Por qué? — ¿Dónde obtienes pelo real de ciervo canadiense? — Ella puso sus manos en las rodillas y se inclinó hacia adelante para un vistazo más cercano.

—Por lo general lo compro, pero este pelo de ciervo canadiense en particular se desprendió de un ciervo de Lewis Plummer con cornamenta de seis puntas el otoño pasado.

Ella giró la cabeza y lo miró. Su rostro estaba a escasos centímetros del suyo, lo suficientemente cerca como para distinguir las diferentes tonalidades de verde en sus ojos. — ¡Asco! — dijo ella, pero la palabra salió un poco baja y carente de convicción. — ¿No puedes conseguir pelo falso?

Él sacudió la cabeza. —Sólo uso materiales orgánicos — La mirada de él continuó fija en la de ella mientras preguntaba—, ¿quieres ver mi humpy[41] amarilla? Es una belleza.

Su hábito de insertar insinuaciones sexuales era realmente juvenil. —Cristo, Rob, no lo sé. ¿Eso no requiere que te bajes los pantalones?[42]

Rob frunció el ceño, luego se rió entre dientes, un suave sonido que tocó su mejilla como una caricia. —Tienes una mente sucia, Kate — Dejó que su mirada vagara por su rostro. —Pero resulta que me gusta eso en una mujer —El hombro de su camisa de gamuza le rozó el hombro

---

[41] **N. de T.:** Yellow Humpy es un tipo de mosca que se utiliza para pescar, cuyo cuerpo está hecho de hilo amarillo y las alas de pelo de venado.

[42]**N. de T.:** Kate hace referencia al otro significado de la palabra "Humpy" (excitación sexual, erección masculina).

mientras él colocaba una palma sobre su mesa de trabajo y se inclinaba más allá de ella.

Kate se enderezó y lo observó abrir una de cuatro cajas de madera del tamaño de un estuche de maquillaje. Varios niveles se desplegaron como una escalera de mano, revelando cientos de moscas. —Debería estar justo aquí — dijo él mientras sutilmente las examinaba con cuidado con la punta de los dedos. Cerró el estuche, luego abrió un cajón de la mesa. —Ahh, aquí está — Se enderezó, tomó la mano de Kate en la suya, y colocó una velluda mosca marrón y beige en su palma. Pelo áspero sobresalía alrededor del ojo del anzuelo como las ramas de un arbusto. El pelo continuaba hacia abajo por el cuerpo envuelto en hilo de color amarillo, y salía disparado en el extremo como una pequeña cola.

—La humpy está de moda — explicó él mientras tocaba la mosca. La punta de su dedo rozó la línea de la vida en la mano de ella y dispersó sus nervios.

— ¿Ésta es tu humpy?

—Sí. El pelo oscuro es de oso pardo y el pelo más claro de color amarillo es de ciervo canadiense primal[43]. Me pasé casi la mayor parte del invierno consiguiendo ésta para que fuese absolutamente exacta.

Está bien, tal vez ella había estado equivocada respecto a las insinuaciones sexuales esta vez, pero no pensó en eso porque el interior de sus codos comenzó a hacer ese extraño hormigueo que el toque de él siempre parecía inspirarle. Y esta vez su estómago se sentía un poco vacío también. Tragó con fuerza y se dijo a sí misma que no fuese ridícula. Éste no era el hombre por que el debería ablandarse. Tenía escrito "dolor de cabeza" por todo su ser. Y sip, se suponía que ella debería estar trabajando en su pesimismo, pero eso no significaba que Rob no fuese un rompecorazones.

Mientras su sensible cabeza luchaba por controlar su idiotizado cuerpo, Rob parecía ajeno al caos que causaba. También parecía tan satisfecho con la mosca que ella no tuvo corazón para decirle que el pelo de oso pardo y de ciervo canadiense era asqueroso. — ¿Has estado haciendo moscas desde hace mucho tiempo?

---

[43] **N. de T.:** Primal hace referencia a un animal en su segundo año de vida.

—Oh sí —La mirada de él viajó desde su brazo hacia sus labios, luego finalmente hasta sus ojos. —Mi papá me enseñó cuando yo era un niño —Le quitó la humpy amarilla y la reemplazó con una mosca que parecía un pequeño ratón. —Esta es una rata almizclera. Las truchas en el Big Wood no son atraídas por esta, es más para el róbalo y el lucio.

Con su mano aún ahuecada en la de él, miró hacia abajo al roedor de aspecto increíblemente real. —No me digas que esas son orejas reales.

Él se rió entre dientes. —No. Es cuero.

Gracias a Dios. Dio un vistazo de regreso hacia arriba pasando la pequeña cicatriz blanca en su barbilla, por encima de su nariz con el ligero bulto que había notado la primera noche que lo había visto, y a sus ojos. — ¿También hiciste éste?

—Sí. Me tomó un rato afeitar el pelo perfectamente.

Ella no sabía qué la sorprendía más, que un antiguo jugador de hockey con grandes manos pudiera atar algo tan intrincado, o que él estuviera del todo interesado en hacer moscas. O quizá era el hecho de que ellos en realidad estaban teniendo una conversación de verdad. Como auténticos adultos. —Ésta es linda, Rob.

—Tengo más de mil.

—Vaya, eso es un montón.

La mirada de él cayó a sus labios. —Hacerlas me ayuda a alejar mi mente de cosas.

— ¿Qué cosas?

Sin apartar los ojos de su boca, él sacudió la cabeza. —No preguntes.

— ¿Por qué?

—Es una de esas cosas que tendría que mostrarte — Su mirada regresó a la suya y su voz se hizo más baja. —¿Quieres que te lo muestre, Kate?

La manera en que dijo su nombre, suave y áspera al mismo tiempo, como si le estuviese haciendo el amor, hizo que su garganta se secara. Ella tragó con fuerza, pero él no esperó por una respuesta. Le deslizó la mano hacia arriba por su brazo hasta el hombro y a un lado del cuello. Sus dedos peinaron a través de su cabello hasta la parte de abajo, y sostuvo la parte trasera de su cabeza en su mano. Lentamente tiró de ella

hacia él, y ella no se resistió, cautivada por la promesa sexual en sus ojos verdes.

—Pensé que sólo íbamos a ser amigos — consiguió decir ella antes de perder por completo la cabeza.

—Ambos sabíamos que eso no iba a durar mucho — Él bajó su boca a la suya, y ella volteó el rostro en el último instante. Los labios de él tocaron su mejilla, y la besó en su camino hacia un lado de su garganta.

—Pero fue tu idea.

—Tengo una mejor — Sintió su boca abierta justo bajo su oreja. —¿Quieres escuchar cuál es?

Ella colocó una mano en su hombro y sacudió la cabeza.

Él se lo dijo de todas formas. —Creo que deberíamos besuquearnos y manosearnos como adolescentes. Simplemente frotarnos el uno al otro y ver qué pasa a continuación.

Kate sabía lo que pasaría a continuación, y un traicionero lado de ella lo deseaba también. El lado traidor que quería olvidar. Olvidar que era mejor que él no le gustara. Olvidar que él era un mal riesgo y continuar besándolo y frotándose y otras cosas. Un lado de ella que no se había sentido así de bien en mucho tiempo, pero ella era más fuerte que su lado traidor. —Esto es una mala idea.

Él soltó una risa contenida contra su mandíbula, y una calidez escalofriante se deslizó hacia abajo por su cuello. —Hay una parte de mí que cree que esto es una muy buena idea.

Temía que sabía de qué parte estaba hablando él. La parte de él que había sentido hace unos días atrás.

—Quiero sentirte excitada como si tuviéramos dieciséis años en el asiento trasero de un coche. Por encima de tu ropa — dijo él justo por encima de un susurro. —Tocarte por todas partes, luego deslizar mis manos hacia arriba por debajo de tu blusa — Pero no la tocó con las manos. En vez de eso le echó la cabeza hacia atrás y deslizó su boca abierta hacia el hueco de su garganta. — Mmm, sabes bien justo aquí. Tu piel es como el postre.

Kate cerró los ojos mientras él poco a poco succionaba su carne en su ardiente y húmeda boca. A ella le gustaba el postre. El postre era una buena cosa, y este hombre era muy bueno haciéndola desear ser su

postre. Muy bueno en despertar el deseo en cada una de las células de su cuerpo. Sólo su aliento contra su piel le murmuraba su hambre y su necesidad, y el cuerpo de ella respondía. Sus pechos se apretaron y sus pezones se endurecieron. Trabó sus rodillas para evitar deslizarse al piso. Él era muy bueno haciéndola quererlo de regreso, olvidando que tenía que detenerlo. —Tienes que parar ahora — dijo ella y abrió los ojos. La mosca ratón cayó de su mano libre, y ella colocó ambas manos contra su pecho. No podía obligarse a alejarse de su abrazo. No todavía.

—Lo haré. Eventualmente — Su mano libre se deslizó por la parte baja de su espalda, y la jaló hacia él. Apretando. Él estaba duro contra la parte baja de su abdomen, y el deseo se juntó entre sus piernas. Él presionó su frente contra la suya. —Dime que no estás loca.

— ¿Qué?

—No estás loca, ¿verdad, Kate?

En ese momento, se sentía un poco loca. Confundida. El deseo guerreando contra el sentido común. —No.

— ¿Has acosado, hostigado o le has disparado a alguien?

Él quería saber si ella no era otra Stephanie Andrews. Una psicópata que lo había acosado con una calibre 22 después de "buen sexo". El deseo que nublaba su mente se despejó lo suficiente para que ella se apartara de su abrazo. —Te busqué en Google la otra noche.

Sus cejas bajaron, y él sacudió la cabeza tratando de aclarar su mente. — ¿Tú me qué?

—Averigüé de ti en Internet.

—Ahh —Se alejó como si ella acabara de lanzarle agua fría—. ¿Leíste todos los detalles jugosos de mi pasado?

—No sé si los leí todos, pero ahora entiendo por qué me rechazaste esa primera noche en Sun Valley.

Él se trasladó hasta el banco de trabajo y volcó la bolsa de comestibles. Con su ancha espalda hacia ella, tomó el lápiz y abrió el paquete. —Conseguir que te disparen tiende a desalentar a un tipo de tener una función de una noche —Sacó el lápiz y lanzó el paquete al escritorio. —También consigue que un tipo se divorcie. Sin embargo

pienso que eso estaba destinado a fracasar incluso antes de haber comenzado.

Kate caminó hacia él. — ¿La amabas?

— ¿A Stephanie Andrews? — Él la miró por encima del hombro. — ¡Demonios no!

Kate nunca había entendido cómo un hombre podía amar a su esposa y sin embargo serle infiel. —Me refería a tu esposa.

Él asintió mientras analizaba el lápiz. —Sí, la amaba. El problema era que, no me gustaba la mayoría del tiempo. Yo tampoco le gustaba. En realidad sólo nos llevábamos bien cuando estábamos en la cama, y eso no era muy a menudo. Ya sea porque yo estaba de viaje o porque estábamos peleando.

Kate nunca había amado a alguien sin que le gustara. No, su problema era que ella amaba a hombres que no la amaban lo suficiente.

—Sin embargo, habría preferido un final diferente para mi matrimonio — Él quitó el resorte y la mina del lápiz, y los puso a un lado. —También para mi carrera.

— ¿Más digno?

— ¿Digno? Sí, esa es una buena palabra. Ser baleado te quita la dignidad. Despiertas en una cama de hospital con tubos clavados en tu estómago y… en otras partes. Estás débil e indefenso y todo respecto a eso apesta.

Kate imaginaba que para cualquier hombre, estar débil e indefenso sería duro. Pero para un tipo como Rob, que solía golpear a sus oponentes hasta la sumisión, debió haber sido extremadamente difícil.

—Luego cuando por fin consigues ponerte de pie de nuevo, toda tu vida es diferente. Sin trabajo. Sin esposa. Sin nada, excepto los sórdidos detalles en Internet para que todo el mundo los lea — Sacó una aguja de coser de un paquete y le recortó el ojal. —Sin vida amorosa tampoco.

No creía que él estuviese hablando del tipo de vida amorosa de quedar-enamorado. Ella sabía de primera mano, por así decirlo, que él era físicamente capaz de tener relaciones sexuales. No estaba casado, sin embargo eso no se lo había impedido en el pasado. — ¿Cuánto hace que tuviste una vida amorosa?

La miró. — ¿Estás preguntando cuanto tiempo ha pasado desde que tuve relaciones sexuales?

Ambos sabían que sí lo estaba haciendo, entonces ¿por qué negarlo? —Sí.

Una esquina de su boca bajó en una mueca de desaprobación. —No importa.

— ¿Seis meses?

Él se alejó.

— ¿Un año? —Sabía por entrevistar a un montón de personas a lo largo de los años que más a menudo la respuesta se encontraba en lo que no era dicho.

—Déjalo, Kate.

— ¿Dos años?

Él dejó caer la aguja y giró para mirarla. —Pareces terriblemente interesada en mi vida sexual.

—Tú lo trajiste a colación —Ella se encogió de hombros. —Y no sé si estoy "terriblemente interesada". Yo lo llamaría una leve curiosidad.

— ¿Exactamente sobre qué tienes curiosidad? — Él dio un paso hacia ella. — ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿O cuán bueno sería entre nosotros? — Sus párpados bajaron una fracción por encima de sus ojos. —Tengo que admitir que yo también tengo curiosidad respecto a eso.

Ella dio un paso hacia atrás. —Tú y yo juntos teniendo relaciones sexuales es una idea muy mala.

—Ya has dicho eso — Él dio un paso hacia adelante.

Ella sacó la mano como un guardia de tráfico. —Detente. No podemos tener relaciones sexuales.

—Seguro que podemos. Ambos tenemos más de veintiún años y ninguno de nosotros está loco. Te deseo y sé que tú me deseas. Me deseaste la primera noche que nos conocimos, y estoy pensando que fui un idiota por no arrastrarte hasta mi habitación.

Había varias razones muy buenas que nada tenían que ver con la edad. Una de las cuales le dio ella. —Por eso es por lo que no puedo tener relaciones sexuales contigo.

Él dio un decidido paso hacia ella, y la palma de ella se aplanó contra la parte frontal de su camisa. — ¿Todavía estás molesta porque no te arrastré hasta mi habitación?

Ella sacudió la cabeza y su cabello rozó sus hombros. —No puedo tener relaciones sexuales contigo porque ahora te conozco.

— ¿Pero podías tener relaciones sexuales conmigo cuando no me conocías? —Él le agarró la muñeca. —Eso no tiene sentido.

—Sí lo tiene — Lo miró a los ojos y trató de explicarlo. —Esa noche en Sun Valley, se suponía que tú serías parte de mi fantasía. Mi fantasía de escoger a un extraño en un bar. Se suponía que yo iba a usarte y a abusar de ti y luego echarte de una patada.

—Todavía puedes.

—No. Ahora eres real — Trató de liberarse, pero él no la dejó ir. —Has matado todas mis fantasías.

—Te daré una nueva fantasía. Dios sabe que tengo miles — Llevó la mano de ella a su boca. — ¿Quieres oír una? — dijo contra su palma, pero no esperó su respuesta. —Mi favorita involucra que estés usando tus botas negras de dominatrix.

Ella dejó de tratar de desasirse. ¿Él fantaseaba con ella? Ningún hombre había admitido nunca que fantaseara con ella. Ella. Kate Hamilton y sus botas del número cuarenta y tres. Sintió que se debilitaba. Casi cedió. Debía irse. Huir. Rápido. Y lo haría. Pero hacía bastante tiempo que no había sido capaz de elaborar una buena fantasía por sí misma. Simplemente parecía correcto que él debiera compartir la suya. — ¿Qué más estoy usando?

—Nada.

— ¿Qué estás usando tú?

—Una erección y una sonrisa.

No sabía si echarse a reír o pretender indignación. Él parecía serio excepto por las burlonas líneas de risa en las esquinas de sus ojos. — ¿Dónde tiene lugar la fantasía?

—En mi cama — Él colocó la palma de la mano de ella a un lado de su cuello y deslizó su mano en su cintura. —En mi mesa de billar — Tiró de ella tan cerca que sus pechos tocaban el frente de su camisa. —Mi coche — Las burlonas líneas en las esquinas de sus ojos desaparecieron

para el momento en que añadió, —aquí mismo. En cualquier lugar donde me encuentre — Bajó su boca y dijo justo sobre sus labios. —Protagonizas cada una de mis fantasías — La besó, una suave caricia de labios y lengua en marcado contraste con el rápido y fuerte latido de su corazón.

Kate deslizó la mano hasta la parte posterior de su cuello y se reclinó sobre él, el peso de sus pechos presionando su pecho. Sus pezones se endurecieron. Ella deseaba esto. Este calor líquido bombeando a través de sus venas y juntándose entre sus piernas. Haciéndola sentirse deseada y necesitada, su piel zumbando con necesidad sexual. Era un error. Él era malo para ella. Pero… había pasado mucho tiempo desde que un hombre la había deseado en cualquier lugar donde estuviese. Mucho tiempo desde que había sentido el fuerte tirón del deseo dominándola y dejando fuera de su cabeza a la pesimista.

Lo provocó con un profundo beso ardiente que lo hizo gemir en su boca. Él sabía un poco a granola, a necesidad y a sexo. Él ahuecó un pecho en su mano a través del suéter, y ella se arqueó contra su miembro rígido como una piedra, sintiendo la dura longitud de él presionada contra la parte baja de su abdomen.

La mano libre de él la agarró por detrás, y la levantó sobre la punta de sus pies. Se empujó a sí mismo contra el ápice de los muslos de ella y su pulgar rozó sus duros pezones. Arriba y abajo, un ritmo sin prisas en sincronía perfecta para que su miembro se frotara contra su entrepierna. Un gemido desesperante y frustrado escapó de la garganta de ella mientras enredaba sus dedos en la parte trasera de su cabello.

El repiqueteo de las campanas de la puerta apenas penetraron los sonidos de respiraciones pesadas en el desván.

— ¿Señor Sutter?

Rob se enderezó, y su mano cayó de su trasero. Miró hacia el frente de la tienda mientras el sonido de dos jóvenes voces se elevaban desde abajo.

— ¿Está usted aquí?

—Mierda —Rob quitó la otra mano del pecho de Kate y miró su reloj. —Olvidé que le dije a esos dos chicos que pasaran por aquí — Regresó su atención a Kate. Con la mirada llena de lujuria y hambre—. Dadme unos minutos, ya estaré abajo —gritó, con la voz ronca.

—Está bien.

—Quédate aquí y espérame, Kate. No tardaré mucho.

Ella respiró hondo, y su cordura regresó parcialmente. Al menos lo suficiente para permitirle dar un paso hacia atrás. —No.

Él trató de alcanzarla, pero ella se movió, y su mano cogió aire vacío. Siguió moviéndose antes de que él pudiera tocarla y hacerla cambiar de opinión. Antes de que pudiera hacerla olvidar que él simplemente era el dolor de cabeza número veintiséis. El último en una larga lista de hombres que eran malos para ella. Esa tampoco no era su pesimista interior hablando. Era la verdad.

Justo antes de que alcanzara la puerta de entrada él gritó, —No puedes decir que no para siempre, Kate Hamilton. Algún día voy a hacerte decir que sí.

No se atrevió a detenerse. Bajó las escaleras y atravesó la tienda. Con la mano en la perilla de la puerta frontal, se detuvo y miró hacia atrás por encima del hombro. Él estaba de pie en el desván, con las manos aferradas a la baranda.

—Algún día realmente pronto —dijo él.

Rob silbaba al ritmo de "Sex Type Thing"[44] mientras retorcía un dubbing[45] de máscara de liebre[46] e hilo de color café claro en una hebra larga y delgada. Sujetó la bobina a uno de los extremos, luego enrolló el dubbing alrededor del cuerpo de un anzuelo de casi ocho centímetros sujeto a una prensa[47]. Varias hebras llenas de pelusa del dubbing

---

[44] **N. de T.:** Sex Type Thing es el primer single del primer disco (Core) del grupo de rock alternativo/grunge/hard rock/metal alternativo Stone Temple Pilots.

[45] **N. de T.:** El Dubbing es una pelusa del bajo pelo de muchos animales. Fibra artificial sin hilar que se utiliza para fabricar cuerpos de moscas artificiales. Los materiales más usados son el antrón y el polipropileno.

[46] **N. de T.:** En el atado de moscas para la pesca se emplean diferentes materiales, uno de los cuales es el pelo de la liebre, de la cual se pueden obtener tres tipos de pelos: de la oreja (hare's ear) se obtiene un pelo fino y corto, de la cara o "máscara" (hare's mask) se obtienen pelos más largos (guards) acompañado de una lanilla que permite una excelente mezcla para el dubbing y del cuerpo (espalda) se obtiene el pelo más largo que también se emplea para la confección de ninfas.

[47] **N. de T.:** Una prensa es un dispositivo de sujeción unido a un banco de trabajo; tiene dos mordazas para sujetar la pieza de trabajo firmemente en su lugar.

aterrizaron en las rodillas de sus pantalones vaqueros, luego flotaron a la deriva hasta la punta de su calcetín blanco.

Mientras Scott Weiland[48] cantaba acerca de ser un hombre que podía darle a una mujer algo que no podría olvidar, una sonrisa elevó las esquinas de la boca de Rob. Kate no pensaba que las relaciones sexuales fuesen una buena idea, pero estaba simplemente equivocada. Esa tarde, él le había dado una advertencia justa de que la iba a hacer cambiar de opinión. Había hablado en serio. Iba a darle algo que ella no olvidaría.

Enrolló el hilo y el dubbing en el ojal del anzuelo, luego giró la bobina y aflojó el soporte. Durante una pausa en la música, el reloj en la repisa de la chimenea en su sala de estar en el piso de abajo repicó diez veces. Él deseaba a Kate. Ella lo deseaba. No estaba loca. Era inevitable.

Las dos veces que él la había besado, ella le había devuelto el beso como si nunca fuese a detenerse. Más temprano, se había derretido contra él, tan ardiente que su cabello casi se había prendido en llamas. Él había tocado su pecho e hincado su erección en ella, y si esos chicos no hubiesen venido a la tienda, la habría tenido desnuda y sujeta contra la pared antes de que ella hubiese sabido lo que le había golpeado.

La bobina se balanceaba mientras él removía el exceso de dubbing del hilo. Se giró en su silla y tomó un pluma jaquel[49] de su cajón de surtido de plumas y pelajes. Removió las barbas, luego aseguró el cañón al cuerpo del anzuelo con tres vueltas apretadas de su hilo.

Aparte de desear a Kate de espaldas y en su cama, no sabía cómo se sentía respecto a ella. Era obstinada y competitiva y tenía una boca de listilla, pero a él no le molestaban esas cualidades en una mujer.

Sujetó firmemente un par de pinzas hackler[50] en la punta de la pluma y la enrolló hacia la curva del gancho del anzuelo. De memoria, sus manos pasaban las pinzas hacia adelante y hacia atrás mientras él enrollaba la pluma por encima y por debajo del cuerpo.

---

[48] **N. de T.:** Scott Weiland es el vocalista del grupo Stone Temple Pilots.

[49] **N. de T.:** En inglés en el original Hackle hace referencia a una pluma, normalmente del cuello de un gallo o gallina, de cualquier color (natural o teñido), usado para el atado de moscas.

[50] **N. de T.:** Las pinzas hackler son pequeñas pinzas de resorte con las que se agarra el material de atar.

Kate era competente y creía que podía cuidar condenadamente bien de ella misma. A algunos hombres no les gustaba eso de ella, pero a él no le importaban esas cualidades tampoco. De hecho, no estaba interesado en mujeres pegajosas y necesitadas.

Al llegar a la curva del gancho del anzuelo, ató la pluma jaquel con alambre, luego la enrolló hacia arriba por el cuerpo hacia el ojal. Kate era inteligente, hermosa y sexy. Y lo más importante, no era una psicópata.

El teléfono inalámbrico yaciendo al lado de su codo repicó. Dio un vistazo al identificador de llamadas y presionó la tecla de "mudo" en su estéreo. Presionó el botón de conectado del teléfono y dijo, —Hola, Lou. ¿Qué pasa?

—Bueno, estuve pensando —comenzó su ex-esposa.

— ¿Acerca?

—Sobre nuestra conversación de la otra noche, y no quiero que pienses que estaba enfadada por lo de Pascua — Él liberó las pinzas y las colocó en el banco de trabajo. —Amelia es lo suficientemente joven como para no recordarlo, y además, no es tu fin de semana de todas formas.

Una repentinamente razonable Louisa lo preocupó. — ¿Estás saliendo con alguien? — La última vez que había estado tan agradable había sido el tiempo en que había estado enamorada de un ejecutivo de Boeing. Había querido que Rob se quedara con la bebé mientras ella salía de viaje a Cancún con su nuevo hombre, lo cual él había estado encantado de hacer. Su relación con el ejecutivo había terminado el otoño pasado, antes de que hubiese comenzado a dejar caer indirectas de una reconciliación.

—No — respondió ella—. Ya no voy a salir más con nadie.

Rob se levantó y movió la cabeza de un lado a otro. — ¿Por qué no?

—Porque creo que tú y yo deberíamos darle otra oportunidad a nuestra relación. Ahora somos más viejos y más sabios. Tenemos que pensar en el futuro de Amelia.

Ahí estaba. Justo a la vista pública ahora, y él ya no podía ignorarlo. — ¿Por qué sacas esto a colación ahora, por teléfono? Estaré allí en pocos días.

—No quiero impactarte con eso cuando entres por la puerta. Quiero que lo pienses antes de que llegues aquí — Ella aspiró profundamente y lo dejó salir. —Esta vez podemos hacer que funcione, Rob.

Caminó hacia la puerta de la habitación y apagó la luz detrás de él. —Hablamos de esto cuando me mudé a Gospel. Tú no serías feliz viviendo aquí, y yo no soy feliz viviendo en Seattle.

—Podemos arreglarlo de alguna forma.

Él entró en su dormitorio, pasó el centro de entretenimiento hasta llegar a la gran ventana. —Odiarías este lugar. Sin Nordstrom, o clubs de jazz, o cenas en El Four Seasons — Miró hacia afuera a las oscuras orillas del Lago Fish Hook y añadió, — el cine más cercano está a una hora .

El silencio se extendió a través de la distancia y él pensaba que no había nada que ella pudiera decir que lo hiciera considerar una reconciliación. Habían metido la pata demasiadas veces en el pasado.

—Amelia te extraña.

Excepto eso. Cerró los ojos y reclinó la frente contra el frío vidrio. — ¿Qué está haciendo?

—Está dormida.

Él no había estado ahí para acostarla. Adoraba cuando se quedaba dormida en sus brazos y la llevaba a la cuna que él había convertido en una pequeña cama. La culpa lo carcomía por dentro, pero se recordó que echaría de menos acostarla a dormir cada noche incluso si viviera a tiempo completo en su loft en Seattle.

—Creo que podemos resolverlo y ser una familia. ¿Pensarás en eso?

Una familia. Ellos nunca habían sido realmente una familia. Él amaba a su hija, y una vez, había amado a Louisa. La idea de una vida familiar feliz tenía un gran atractivo para él. Estaba solo la mayor parte del tiempo, pero la palabra clave era feliz. ¿Podían él y Louisa ser felices juntos? No lo sabía. —Lo pensaré —dijo él.

Luego de pulsar desconectar, lanzó el teléfono en una silla a su izquierda. Se frotó el rostro con las manos y miró hacia afuera al lago. El viento se había levantado en las últimas horas y soplaba olas negras sobre la superficie.

Pensó en su ex-esposa, imaginó su hermoso rostro y su cuerpo de muerte. En un tiempo le había parecido la mujer ideal. El balance

perfecto entre belleza natural y acicalamiento caro. Y ella quería intentarlo y vivir juntos de nuevo. El problema era, que cuando estaba cerca de su hermoso rostro y de su cuerpo de muerte, no tenía esa urgencia de agarrarla y enterrar la nariz en su cuello. No había ningún vuelco ni ningún tirón de deseo que le hiciera querer recorrerla con las manos por todas partes.

Kate le hacía sentir esas cosas. La deseaba como un hombre debería desear a una mujer. Le hacía sentir el angustioso impulso animal de levantarla, tirarla al suelo y montarla. El tipo de impulso que un hombre debería sentir por una ex-esposa que estaba pensando en querer volver a estar juntos. Pero, ¿era el deseo, o la falta de él, una razón para rechazar la noción de antemano? ¿Había más para una buena relación que el sexo? Cuando él y Louisa habían estado casados, el sexo había sido bueno pero todo lo demás había apestado demasiado. Así que si nada salvo el sexo era bueno en una relación, ¿podía funcionar?

Cuánto más pensaba Rob en eso, más se confundía. Sus sienes comenzaron a palpitar, y cuánto más tiempo dejaba que todo se agitara en su mente, mayor se hacía su dolor de cabeza hasta que casi no pudo pensar en absoluto.

Había sólo una cosa de la que estaba realmente seguro. Hasta que hubiese resuelto todo en su propia mente, tenía que resistirse a Kate Hamilton.

Había aprendido su lección sobre hablar de reconciliación con una mujer mientras tenía relaciones sexuales con otra. Había estado ahí y hecho eso, y no necesitaba esa clase de problemas.

Capítulo 13

En vez de pan, Kate hizo algo diferente a la mañana siguiente. Faltaban cinco días para Semana Santa, así que horneó pastelitos y los cubrió con una gruesa capa blanca de azúcar glaseada. Tiñó de verde coco rallado para hacer la hierba y colocó diminutos huevos de colibrí de caramelo en la hierba de coco. Mientras pegaba alambres de chenille[51] en los pastelitos para que parecieran como pequeñas asas, sus pensamientos regresaron a Rob, donde habían estado estancados desde ayer.

No puedes decir que no para siempre, Kate Hamilton. Algún día voy a hacerte decir que sí, dijo él. Algún día realmente pronto.

Su amenaza la preocupaba. No a un nivel físico. No creía ni por un segundo que Rob la obligara a hacer nada. Estaba preocupada por su atracción hacia él... preocupada de que si él le susurraba que su piel era como el postre, y que fantaseaba con ella, se volvería toda debilucha y estúpida... de nuevo.

Conocía a Rob. Había salido con hombres como él. No quería otra mala relación, sin embargo había una parte de ella que tendía a olvidar todo eso cuando estaba a solas con él. La próxima vez que él llamara para una entrega a domicilio, su abuelo tendría que hacerla.

---

[51] **N. de T.**: Los **Pipe Cleaners** *(limpiadores de pipa)* o **Chenille Stem** *(varillas de chenille)* son alambres forrados de tela chenille originalmente empleados para la limpieza de los restos de tabaco en las pipas de fumar, o la limpieza de cualquier equipo con orificios pequeños o lugares estrechos. En las manualidades se emplean en variados colores y estilos para la creación de distintos trabajos artísticos.

Kate ubicó el último huevo diminuto en el último pastelito y dio un paso hacia atrás para observar su trabajo. — Martha Stewart[52], donde quiera que estés, *cómete tu corazón*[53] —Al mediodía, ya había vendido las cinco docenas y tenía pedidos por cinco docenas más.

A las dos, cuando Stanley se sentó en la oficina de la parte de atrás trabajando en un poema, Regina Cladis pasó por unos medallones de punta trasera[54], una bolsa de zanahorias bebés, y algo de papas rojas. —Tiffer está en casa de visita, y adora mi asado.

—¿Por cuánto tiempo se va a quedar? —preguntó Kate mientras registraba la carne y la colocaba en la bolsa.

—Hasta el lunes después de Semana Santa —respondió ella y escarbó dentro de su gran bolso.

—Tal vez usted y Tiffer puedan disfrutar un poco de jalea de jalapeño.

Regina levantó la vista y empujó sus pesados anteojos hacia arriba del puente de su corta nariz. —¿Jalapeño qué?

—Jalea de jalapeño. Es muy buena servida con queso crema y untada en galletas. O puede untarla en rosquillas.

—No gracias. No como rosquillas, y esa jalea suena horrible.

—No entiendo por qué nadie en este pueblo la probará —Kate suspiró y registró las zanahorias.

---

[52] **N. de T.**: **Martha Stewart** es una exitosa empresaria que construyó una vasta fortuna gracias a revistas y programas de televisión dedicados a estilos de vida y al buen vivir, en los que se encargaba de dar consejos para las amas de casa. En el mundo de la decoración, organización de bodas o lo que se ha dado por llamar "estilo de vida", su nombre es una referencia recurrente y hasta obligatoria, heredada del imperio americano. En la actualidad dentro de la sociedad norteamericana, "el buen gusto" tiene como sinónimo su nombre.

[53] **N. de T.**: La expresión **Eat your heart out** (*cómete tu corazón*) se emplea para dar a entender que se es mejor que otra persona, en este caso Kate estaría literalmente diciéndole a Martha Stewart: *"¡Jódete, perra! Soy mejor que tú."*

[54] **N. de T.**: Los **Rump Roast** son cortes de carne de la parte carnosa de los cuartos traseros de la vaca, deshuesados y enrollados, cortados en filetes redondos que se conocen generalmente como "medallones".

—Nos gusta nuestra jalea hecha con frutas —explicó Regina—. Al principio cuando me mudé de las afueras del pueblo para acá, también tuve momentos difíciles para ajustarme. Era tratada como una forastera, al igual que tú.

Kate no era consciente de que fuese tratada como una forastera. —¿En serio?

—Sí. Myrtle Lake y yo aplicamos para el mismo trabajo en la biblioteca, y cuando lo obtuve en vez de ella, hubo un gran alboroto porque yo no era una lugareña. La gente estaba toda agitada y molesta y no iban a la biblioteca.

—¿Dónde vivías?

—Nací y me crié en Challis.

Challis le sonaba familiar. —¿Dónde queda eso?

—Aproximadamente a sesenta y cinco kilómetros al norte.

Kate señaló lo que pensaba que era obvio. —Pero eso está en las cercanías.

Regina sacudió la cabeza y dijo con el rostro absolutamente serio. —No. Está en el siguiente condado.

Kate estaba a punto de preguntar por qué una ciudad que estaba a sesenta y cinco kilómetros al norte no era considerada local, pero se detuvo. Era mejor no hacer demasiadas preguntas. Especialmente desde que obtendrías las respuestas. Y las respuestas usualmente iban seguidas por una contracción de la frente de Kate y un tic en su ojo izquierdo. La contracción podía generar arrugas, el tic un tumor, y Kate no necesitaba apropiarse de esa clase de problemas.

—Sin embargo la gente eventualmente fue más acogedora conmigo, y lo serán contigo. Demonios, el Alguacil Taber se casó con una muchachita de California. Si el pueblo puede sobreponerse a esa grotesca falsedad, aceptarán a la nieta de Stanley que viene de Las Vegas. Por supuesto que todos vamos a la Ciudad del Pecado en ocasiones a apostar y ver los espectáculos. De modo que esa es una píldora más fácil de tragar.

—¿Qué hay de malo con California? —preguntó Kate antes de pensárselo mejor.

—Está llena de hippies, marihuaneros y vegetarianos —respondió Regina con igual desdén—. Por supuesto que ahora que Arnold es gobernador, tendrá ese estado completamente cambiado más rápido de lo que puedas decir "Volveré"[55]. Como sabes, él tiene una casa en Sun Valley.

—Sí, lo sé —La frente de Kate se contrajo mientras pulsaba la tecla de Total. Sabiamente, no hizo ninguna otra pregunta.

Rob se metió una carpeta atiborrada de facturas y cotizaciones de precios bajo el brazo y se dirigió a casa por la noche. Una luna llena y un bombillo de ochenta vatios iluminaba el pequeño desván en la parte de atrás de Deportes Sutter. Eran las once y cuarto, y él se había pasado cinco horas después de cerrar poniendo en orden un paquete especial de alquiler para un grupo de Chicos Exploradores planeando un viaje de campamento la primera semana de Junio. Salía en la mañana para Seattle, y quería los paquetes listos antes de irse de modo que pudiera dedicar toda su atención a su hija.

Todavía no había decidido que iba a decirle a Louisa acerca de la reconciliación. Lo había empujado a la parte trasera de su cerebro, concentrándose en terminar su trabajo en vez de eso. Su trabajo estaba listo ahora, pero él todavía no quería pensar en eso. Quizá era mejor esperar y ver cómo se sentía una vez que estuviera en Seattle.

Cerró con seguro la tienda al salir y saltó a su Hummer. La tienda había estado abierta para la temporada a menos de una semana, y la parte de alquiler del negocio ya estaba manteniéndolo extremadamente ocupado.

Mientras conducía alrededor de un lado del edificio, notó que había una luz en lo profundo del M&S. Más que sólo la luz que Stanley siempre dejaba encendida en una esquina de los productos agrícolas. Rob frenó en la parte de atrás de la tienda de comestibles y apagó el vehículo. Salió del Hummer y golpeó tres veces la sólida puerta de madera.

---

[55] **N. de T.**: "**Volveré**" (*I'll be back* en la versión original en inglés) es una frase asociada al actor **Arnold Schwarzenegger** que utilizó en 1984 en la película de ciencia ficción *The Terminator*.

Se balanceó hacia atrás en sus talones y se preguntó qué estaba haciendo. Era tarde, y él todavía tenía toneladas de cosas por hacer antes de irse en la mañana.

Unos momentos pasaron antes que Kate gritara desde detrás de la puerta cerrada. —¿Quién es?

—Rob. ¿Qué estás haciendo aquí tan tarde?

El cerrojo hizo clic, y ella asomó la cabeza. La luz de adentro la iluminaba desde atrás, desplazándose entre su hermoso cabello rojo y rodeándola con un suave resplandor. Repentinamente él supo por qué había venido. —Estoy trabajando —respondió ella—. ¿Qué estás haciendo aquí afuera tan tarde?

No importa cuán duro lo intentara o qué estaba sucediendo en su vida, parecía no poder mantenerse alejado de ella. Ella lo atraía como un barco a un brillante faro resplandeciente. —Sólo estoy saliendo del trabajo —El aroma de torta caliente escapaba del edificio, y él no supo que lo puso más hambriento... la visión de Kate o el olor a torta—. ¿Estás horneando algo?

—Sí —Abrió más la puerta y se paró frente a él en una camiseta blanca con un par de dados rojos en sus pechos y las palabras "¿Te sientes con suerte?" en la parte superior en negro. Un cinturón marrón estaba ensartado a través de las trabillas de unos ajustados pantalones vaqueros—. Estoy horneando siete docenas de pastelitos para mañana.

Sin duda alguna, Kate era definitivamente mejor que la torta. No lo invitó a entrar, pero tampoco protestó cuando él se movió más allá de ella hacia la parte trasera de la tienda. Caminó entre una rebanadora y una picadora de carne hacia la panadería escondida en la esquina de la gran habitación. Unas cuantas docenas de pastelitos blancos yacían en una mesa de acero inoxidable a unos pocos metros de un par de hornos comerciales. Se dijo a sí mismo que no se quedaría por mucho tiempo.

En vez del usual Tom Jones saliendo a través de los altavoces, una voz femenina cantaba sobre no perder a alguien una vez que llegara a Jackson. Rob no reconoció la canción, pero realmente no le interesaba la música de chicas. Especialmente las angustiosas cosas folklóricas que eran siempre sobre los mismos tres asuntos: amor, corazones rotos, y hombres gilipollas.

—Escuché que estarás remolcando la carroza de la escuela primaria en la parada de Semana Santa este sábado —dijo ella mientras cerraba y aseguraba la puerta tras ella—. ¿Cómo quedaste amarrado en eso?

Rob giró y la vio caminando hacia él. A propósito mantuvo su mirada alejada de esos dados en sus pechos y centrada en la relativa seguridad de su cabello. Éste colgaba suelto alrededor de sus hombros y brillaba rojo profundo y dorado bajo las largas lámparas de iluminación fluorescente. Apenas ayer había sujetado su cabello en sus manos mientras le besaba la garganta, y sabía que su cabello era tan suave como parecía. —El director me lo pidió.

Ella abrió un gabinete y se estiró para alcanzar algo en el estante superior. La mirada de Rob se deslizó a lo largo de su esbelto cuerpo hasta sus pies metidos en un par de pantuflas del Demonio de Tasmania.

—Eres fácil —dijo ella y sacó una caja de bolsas Ziploc[56]. para refrigerar.

—¿Dónde están tus zapatos?

Ella miró hacia abajo, luego de regreso hacia arriba. —En casa. Éstas son más cómodas —Colocó la caja cerca de una batidora industrial—. Creo que mi abuelo se está enseriando con respecto a tu mamá.

Él sabía que a su mamá le gustaba Stanley, pero ella nunca había mencionado que se interesara por él más que como un amigo. —¿Qué te hace pensar que se está enseriando?

Sus labios rosados se elevaron en las esquinas. —Ahora escribe poesía, y ellos han comenzado a criticar sus poemas mutuamente.

—¿Cuándo hacen eso?

Ella metió las manos en dos guantes de cocina de Tom Jones. —Cada noche después de que él sale del trabajo.

—¿Cada noche? —Su madre no había dicho nada. Él recostó su trasero contra el inmaculado mostrador y plegó los brazos a través del frente de su camisa de vestir con el nombre de su tienda y el logotipo de un pez en el bolsillo. -¿Hace cuánto tiempo ha estado sucediendo esto?

---

[56] **N. de T.**: La bolsas Ziploc son aquellas con cierre hermético que conservan los alimentos frescos por más tiempo.

—Desde que cenamos en su casa la semana pasada —Ella sacó dos bandejas de pastelitos y las colocó en el mostrador al lado de él—. Él ha estado llegando tarde a casa todas las noches.

Rob la observó doblarse por la cintura y sacar dos bandejas más del segundo horno. —¿Qué tan tarde?

—A las diez. Lo cual es tarde para él. Usualmente está acostado justo después de las noticias de las nueve treinta en Fox. A veces ni siquiera espera a que termine el reporte deportivo.

—En realidad mi mamá no ha dicho nada, pero me alegra que tenga a alguien con quien compartir su interés en la poesía —Alguien que no resultara ser él.

Kate volcó los pastelitos en el mostrador y comenzó a ponerlos boca arriba.

Se dijo a sí mismo que se fuera. Que si se quedaba, la tocaría. Si la tocaba estaría condenado, pero simplemente no pudo obligarse a salir por la puerta. Aún no. —¿Necesitas ayuda? —preguntó él.

Ella lo miró por el rabillo de sus ojos marrones y sonrió. —¿Te ofreces voluntariamente a ayudarme a hornear?

Excepto por la granola, la cual hacía porque era adicto a esa cosa, a Rob no le gustaba hornear. Se iría en un minuto. —Seguro.

—Eso es dulce de tu parte, pero estás de suerte. Éstas son las últimas —Le tendió la caja de bolsas para refrigerar—. Si quieres ayudar, puedes poner seis pastelitos en cada una. Sin embargo, no los que están calientes. Se ponen demasiado blandos si no esperas hasta que se enfríen.

—¿Cuántos hiciste de nuevo? —preguntó él mientras sacaba una bolsa plástica.

—Tengo encargos por cinco docenas, e hice dos docenas adicionales para vender en la tienda —Ella se alejó algunos metros y colocó un gran recipiente para mezclar en un fregadero lleno de agua jabonosa.

Su lado doméstico sorprendió a Rob, pero de nuevo, no sabía por qué debería estar sorprendido. En realidad no sabía todo lo que había que saber respecto a Kate. Lo que sí lo sorprendía es que quería saber

más. Le dio un vistazo mientras abría el cierre de la bolsa y metía algunos pastelitos dentro. —¿Crees que vas a vender los veinticuatro?

—Sí, sé que lo haré —Lo miró—. He descubierto la clave para venderles cualquier cosa a las personas en este pueblo.

Él cerró la bolsa y comenzó con otra. —¿Cuál es la clave?

—Regalar muestras —respondió ella, luego regresó su atención a lavar los platos—. Ellos compraran siempre y cuando consigan una muestra gratis —Sacudió la cabeza, y las puntas de su romo cabello rojo rozaron su espalda—. Solía pensar que mi abuelo malgastaba el dinero regalando café gratis, pero he llegado a aprender que él atrae a las personas al interior de la tienda con café gratis. Una vez que están aquí dentro, conversando y bebiendo, compran otras cosas —Ella colocó el recipiente enjabonado en el lado vacío del lavaplatos—. Voy a dar muestras gratis de queso cheddar ahumado la próxima vez.

Él terminó con la tercera bolsa y comenzó la última. —¿Piensas engañarlos para que lo compren?

Ella se echó a reír, y el suave sonido femenino de sus labios pareció deslizarse entre sus costillas y abrirse espacio en su pecho. —Voy a cambiar su manera de pensar sin que ellos siquiera lo sepan —Ella lo volvió a mirar, con los ojos encendidos y brillando—. Pronto, los tendré a todos comiendo atún a medio dorar y puré de papas con wasabi.

—Claro —Esta noche ella le recordaba a la chica que había conocido en el Duchin Lounge hace varios meses. Relajada y afectuosa.

—¿No crees que pueda? —preguntó ella, con un borde de férrea determinación en su voz.

Se preguntó si debería advertirles a los del pueblo que mejor se acostumbraran al rábano picante japonés. —Creo que tienes el trabajo que se ajusta perfectamente a ti.

—Eso es cierto —Se estiró para alcanzar dos moldes de pastelitos y los metió en el agua—. Pero amo un desafío. Supongo que todo lo que tengo que hacer es unirme a las *Mountain Momma Crafters*[57], y entonces estoy dentro.

---

[57] **N. de T.**: Es el grupo de mujeres de Gospel que escriben poesía, donde participa la madre de Rob. Se podría traducir como *"Mamás Artesanas de la Montaña"* o algo así.

Rob colocó la última bolsa cerca de los pastelitos enfriándose, luego empujó la cadera contra el mostrador y la escuchó mientras conversaba de convertir a Gospel en la capital de la comida gourmet del Noreste. Observó las manos de ella mientras deslizaba el estropajo húmedo sobre los moldes. En las puntas de sus largos dedos, sus cortas uñas estaban pintadas de rosa claro. Ella colocó el molde en el lavaplatos vacío y abrió el agua.

—Voy a iniciarlos lentamente —continuó ella mientras abría un gabinete y se paraba en la punta de sus pies—. Engancharlos con pan focaccia luego introducirlos a los aceites de oliva de sabores.

Rob se alejó del mostrador y se arrimó más cerca de ella. Levantó el tazón de sus manos y lo ubicó en el estante. Ella levantó la vista y lo miró por encima del hombro. Su cabello rozaba el frente de su camisa, pero él lo sintió en su ingle. Sus manos aferraron el borde del tazón para evitar bajarlas hasta el estómago de ella y empujar su espalda contra su pecho. Su mirada se trabó con la él, y habría sido tan fácil bajar su boca a la de ella.

—Gracias —dijo ella y se agachó por debajo de su brazo antes de que él pudiera ceder ante la urgencia de besarla. Ella se desplazó hasta donde estaban los pastelitos en el mostrador y probó la temperatura con sus dedos.

Él bajó sus brazos. —¿Vas a darme uno de esos?

—¿Qué? —Ella giró y lo miró—. ¿Quieres un pastelito?

Él asintió. —¿Por qué crees que estoy aquí?

—Mi ingeniosa conversación.

—Eso también.

—Eres un mal mentiroso —dijo ella a través de una carcajada. El cálido placer de ésta se instaló en su pecho y le recordó que había estado solo por mucho tiempo. Hambriento por suaves risas y conversaciones femeninas. Hambriento por algo más que sexo—. No tengo nada de azúcar glaseada.

—No me importa.

—Espera —Ella sostuvo un dedo en alto, luego desapareció en el cuarto de refrigeración. Regresó sacudiendo una lata de crema batida, y Rob no pudo evitar notar que sus pechos hacían cosas interesantes a

esos dados en su camiseta—. Usé ésta en mi chocolate caliente esta mañana —Ella recogió un pastelito y lo roció con crema batida—. Lo bueno de trabajar en una tienda de comestibles es que nunca te quedas sin nada —Se lo tendió—. Lo malo es que puedes engordar.

—Tú no estás gorda —Rob quitó el papel y tomó un gran bocado.

—Todavía no —Ella inclinó la cabeza hacia atrás y disparó crema batida directamente en su boca. Era la cosa más erótica que había visto en mucho tiempo, lo cual le decía cuán largo había sido.

Él tomó otro bocado, y recordó las pocas ocasiones en que había tenido el privilegio de comerse un bikini de crema batida. No se opondría a comerse uno de Kate alguna vez. Se terminó su pastelito en cuatro bocados más, luego extendió la mano. —Dame un poco de eso —En vez de tenderle la lata, ella le colocó una mano en el hombro. Se elevó sobre la planta de los pies, y sus pechos rozaron su brazo.

—Abre.

No confiaba en ella. Ni por un segundo. La miró fijamente a los ojos a unos pocos centímetros de los suyos y lentamente abrió la boca.

Ella disparó crema entre sus labios y a lo largo de su mejilla.

—Oops, lo siento —Se dejó caer sobre sus talones.

Rob tragó. —Lo hiciste a propósito.

—No, juro que fue un accidente —Ella sacudió la cabeza y trató de parecer arrepentida, pero lo arruinó cuando estalló en carcajadas.Se frotó la mejilla con los dedos, y luego se los lamió para limpiarlos.

—Accidente mi culo —Tendió la mano—. Dámela.

Ella sacudió la cabeza y mantuvo la lata detrás de su espalda.

—¿No crees que puedo quitártela de las manos?

—No.

Por supuesto que ella no lo creía. Era terca y competitiva, y la idea de luchar con ella lo excitaba más que un bikini de crema batida. —¿Quieres apostar?

—¿Qué obtengo si gano?

—No lo harás.

Los ojos de ella se estrecharon. —No estés tan seguro de eso.

Él le siguió la corriente. —¿Qué quieres?

—Tienes que decirle a todo el mundo cuanto te encanta la jalea de jalapeño.

¿Jalea de jalapeño? ¿Qué demonios?

—¿Qué quieres si ganas? —preguntó ella.

Él sonrió. Una curvatura lasciva y deliberada de sus labios. Sabía exactamente lo que quería. —Consigo lamer crema batida de tus pezones —Crema batida no era sexo. Era el postre.

La boca de ella cayó abierta y sus ojos se hicieron enormes. Luego las esquinas de su boca se curvaron hacia arriba, y giró sobre sus talones y echó a correr a través de la habitación trasera hacia afuera para entrar en la tienda. Rob la siguió de cerca y casi tropezó con una pantufla del Demonio de Tasmania en la entrada. Su vista escudriñó la oscura tienda, y captó el destello de una camiseta blanca justo mientras ella se precipitaba entre los pasillos tres y cuatro.

—Tu camiseta blanca te está delatando —Dio un paso hacia el pasillo. Ella estaba de pie en el final, una silueta apenas discernible en la oscuridad. Si no hubiese sido por su camiseta y la lata blanca en su mano, él no habría podido distinguirla en absoluto—. Tal vez deberías quitártela ahora mismo.

Ella se echó a reír, una profunda caricia gutural dentro de las intricadas sombras. —Sí, claro.

Él caminó hacia ella, y ella retrocedió algunos pasos. —Eso me ahorraría la molestia de quitártela.

—No quiero ahorrarte la molestia —Ella se movió detrás de un cajón de frutas. La débil luz en la esquina de los productos agrícolas caía en diagonal a través de su boca y su hombro e iluminaba los dados en su camiseta. Él observó sus labios moverse cuando agregó—, quiero causarte tantas molestias como sean posibles.

—Oh, lo haces —La manos de él aferraron el borde del cajón, y pensó coger una naranja y atacarla con ésta. Aturdirla por unos fortuitos segundos mientras él hacía su movimiento—. Me has causado toda clase de molestias desde la noche en que nos conocimos —Agarró una naranja,

pero en vez de golpearla en la cabeza con ésta, la lanzó al mostrador de cartón de Keebler Elf y tiró las bolsas de galletas.

—¿Qué fue eso? —preguntó ella y cambió su atención hacia el sonido. Entonces antes de que supiera qué la había golpeado, Rob estaba sobre ella, envolviendo sus brazos alrededor de su cintura, justo bajo sus pechos y golpeando su espalda contra su pecho—. ¡Rob! —chilló ella y reía al mismo tiempo. Él agarró la lata y la lanzó en un montón de fruta—. No es justo. Me engañaste.

—A la mierda lo justo —Respiró en profundidad el aroma de su cabello y le dijo en la parte superior de su cabeza—, nunca juego limpio. Jugar limpio es para los llorones y los maricones —Deslizó una mano hacia su vientre y amontonó la camiseta en su puño. El sonido de las respiraciones de ambos llenaba sus oídos. Estando de pie en una oscura esquina de la tienda con Kate en sus brazos, el resto del mundo y sus problemas desaparecieron—. Te he imaginado aquí —dijo él y deslizó su otra mano hacia arriba y llenó su palma con su suave pecho—. En una de mis fantasías. Me dejas comer fresas de tu cuerpo —A través de su camiseta, él sintió su duro pezón contra su palma. Sus pulmones se oprimieron, y la boca de su estómago se apretó. Su miembro se puso tan duro que tuvo que trabar las rodillas—. Luego me cabalgas como una reina del rodeo.

Ella giró la cabeza y lo miró. —¿Dónde?

—En el mostrador de la caja de pago.

—Pervertido —Sus labios besaron suavemente su mandíbula—. Ahí es donde empaco los comestibles para las pequeñas ancianas. Me gusta.

—Luego tenemos relaciones sexuales una segunda vez en la parte de atrás en la mesa donde tu abuelo corta la carne.

—¿Estoy arriba de nuevo? —Lo besó debajo de la barbilla.

—No. Estoy al mando esta vez.

—El acero inoxidable es frío.

—No cuando estamos encima de él —Bajó la cabeza, y en el momento en que sus labios tocaron los de ella, el crudo filo desnudo del deseo lo golpeó justo a través del lugar primitivo de su ser que le gritaba que fuera

por ello y que se jodiera todo lo demás. Que le arrancara la ropa y la tocara por todas partes a la vez. Que la lanzara al piso y la montara.

Ella inhaló, robándole el aliento, y él estuvo perdido. La lujuria golpeó a través de su cuerpo y agarró sus testículos en un feroz apretón. La boca de ella se abrió y lo besó. Un dulce calor líquido que sabía a crema batida y sexo. Sus resbaladizas lenguas se tocaron, y él cedió al sobrecogedor impulso de tocarla en todas partes a la vez. Deslizó sus palmas sobre sus pechos, su vientre y sus muslos. Deslizó las manos entre sus piernas, sintiéndola por la parte externa de su ropa. El calor de su cuerpo calentaba la costura de sus pantalones vaqueros, y él presionó con fuerza su dedo contra ella. Empujó su erección en su trasero y sintió la profunda respuesta primitiva a la que se había resistido por demasiado tiempo. Ésta se elevó y lo urgió a devorarla. A comérsela y arrancarle la garganta a cualquiera que tratara de detenerlo.

Amontonó la camiseta en sus puños y rompió el beso para sacársela por la cabeza. La camiseta cayó de sus dedos y ella se quedó de pie frente a él usando un sujetador blanco de satén que empujaba sus pechos hasta juntarlos. Había pasado tanto tiempo desde que había visto unos pechos que tenía miedo de moverse. Temeroso de que todo se desvaneciera… como una fantasía.

Kate se apartó justo lo suficiente para mirarlo a la cara. Su corazón palpitaba en su pecho y luchaba por respirar. La luz de la esquina iluminaba la pequeña cicatriz en la barbilla de Rob. Ella no necesitaba ver sus ojos claramente para saber que ardían con deseo. No necesitaba sentir la larga y dura longitud de su erección presionada contra ella para saber la profundidad de su necesidad por ella. Ésta los rodeaba a ambos en ardientes olas. Presionando y haciéndose cargo. Volviéndola dolorida por su toque. Nunca había sentido nada como el peso de eso. Era como el mismo Rob. Grande. Vigoroso. Dominante. Y ésta era una de esas veces en las que no le importaba ser dominada por algo más fuerte que ella misma.

Deslizó las manos hacia arriba por su pecho, y sintió un estremecimiento profundo dentro de él. Presionó su boca abierta en el hueco de su garganta justo debajo de la manzana de Adán. Él gimió y ella probó el almizcle caliente de él en su lengua. Desabotonó su camisa y la sacó de la cinturilla de sus pantalones. Una vez que la hubo abierto, tocó su duro pecho y deslizó sus dedos a través de los vellos que encontró allí. El vello grueso y áspero de un hombre con sobrecarga de testosterona.

La pequeña bombilla iluminaba porciones de ella y trozos de él. Inconexos. Fragmentos y sombras, y ninguno parecía enteramente real.

En la oscuridad, él la miraba fijamente. Tan intenso que ella podía sentir su ardiente mirada, y levantó las manos para cubrirse.

Él le agarró las muñecas y la detuvo. —No. No lo hagas. Déjame verte

—Finalmente la tocó, deslizando sus dedos a lo largo de uno de los bordes de su sujetador, entre su escote y hacia el otro lado. Él desenganchó el centro, y las copas se separaron. Empujó los tirantes hacia abajo por sus brazos, luego sus grandes manos masculinas la cubrieron. Sus cálidas palmas se presionaban contra sus apretados pezones y el dolor entre sus piernas se apretó en un doloroso nudo que sólo él podía satisfacer.

—Kate —dijo él, con la voz profunda y grave—. Eres mejor que cualquier cosa que pudiera soñar.

En ese momento supo que no habría marcha atrás. Se inclinó hacia adelante y lo besó en el cuello. Sus manos se deslizaron hacia su espalda y él presionó sus pechos contra su ardiente pecho desnudo. La agarró por la cintura y la levantó para sentarla en el cajón de productos agrícolas detrás de ella. Las naranjas se volcaron y cayeron al suelo, y él se estiró para alcanzar la lata de crema batida. La luz de la débil bombilla en la esquina brilló en sus pechos mientras él cubría cada uno de sus pezones con perfectos triángulos blancos. Era un poco demasiado experimentado, y ella se preguntó cuántas veces había hecho esto antes, luego su boca estaba sobre ella y ya no le importó. Sus manos agarraron las naranjas al lado de ella y arqueó la espalda. Él chupó y lamió para limpiarla, luego agarró la lata y comenzó todo de nuevo.

Antes de que ella perdiera toda la razón y dejara de importarle todo lo demás, Kate dijo, —No tengo un condón. ¿Tienes uno?

Él levantó la cabeza y la miró. —Mierda —Luego dijo unas cuantas maldiciones más que ella no entendió bien—. Espera. Esta es una tienda. ¿Dónde está el maldito pasillo de los condones?

—Cinco.

Él la agarró por la cintura y la puso sobre sus pies en el piso. Luego tomó su mano en la suya y tiró de ella justo detrás de él. Varias cajas de condones golpearon el piso y repentinamente todo se volvió más ardiente, más intenso. Un borrón. Un ataque. Una urgencia palpitante. Ella le

arrancó la ropa, y él le bajó los pantalones y las bragas por las piernas. Salió de ellos y se estiró hacia él. En el oscuro pasillo, él estaba desnudo, y ella tomó su miembro en su mano, enorme y caliente, su pulso palpitando contra su palma.

Él gimió largamente, como si estuviera adolorido, y luego se hundió en el piso, llevándola con él. La besó y la tocó y de alguna manera ella acabó sobre sus manos y rodillas. Él se arrodilló tras ella y deslizó su mano a lo largo de su trasero desnudo y entre sus piernas. La separó y la tocó.

Ella se mordió el labio para evitar gemir y recostó la frente en su antebrazo. —Estás húmeda —La ardiente cabeza de su miembro reemplazó sus dedos, tocándola donde más lo ansiaba.

—Kate —dijo por encima del sonido de la ruptura del envoltorio del condón y el chasquido del látex—. Te deseo más de lo que deseo cualquier cosa —Luego se empujó dentro de ella, enorme y grueso. Un oscuro gemido primitivo fue arrancado de su pecho cuando se empujó más profundo, la cabeza de su miembro presionada contra el cuello de su útero, estirándola y llenándola.

Había sabido que él era grande, y gritó. Él envolvió su brazo derecho alrededor de su cintura. —Lo siento, Kate —Su cuerpo cubrió el de ella y se sostuvo a sí mismo sobre su antebrazo y su codo izquierdo. Le habló cerca de la oreja, con la respiración rápida y caliente a través de su cabello—. Nunca te lastimaría. Nunca —Su agarre se apretó y su brazo tembló—. ¿Quieres que me detenga?

Un gemido se escapó de sus labios. Un gemido que la habría avergonzado a la luz del día. Ella presionó su trasero contra su ingle. —No —respondió en una voz que sonó desesperada incluso a sus oídos—. Hazme el amor, Rob —dijo en la oscuridad, donde nada importaba y nada era enteramente real—. Por favor, no te detengas.

Ella sintió su boca caliente en su hombro y los afilados bordes de sus dientes. Él se salió y luego se hundió incluso más profundamente. —Eres buena, Kate. Tan buena —Comenzó lentamente, bombeando sus caderas en un suave ritmo—. ¿Más?

—Sí.

Y le dio más, golpeando el lugar correcto profundamente dentro de ella.

—Kate —le susurró al oído—. Voy a follarte con fuerza ahora.

—Sí.

Él se elevó, y sus manos le agarraron la cintura. Si él no la hubiese estado sujetando, la primera zambullida profunda la habría dejado plana contra el piso. Él se impulsaba más rápido, más duro y más profundo.

Golpeando su punto G con la gruesa cabeza de su miembro y su duro eje. Una y otra vez hasta que ella sintió el primer tirón fuerte de un orgasmo.

Comenzó profundamente en su interior y se irradió hacia afuera. Gritó de nuevo, esta vez ante el intenso placer que recorría su carne, desde la planta de sus pies desnudos hasta la parte superior de su cabeza. Sus oídos zumbaron y su cuerpo se sacudió cuando las paredes de su vagina convulsionaron alrededor de él. Oyó el profundo gemido de él, seguido por una sarta de maldiciones que no pudo escuchar claramente. Algo acerca de María y Jesús y la sagrada mierda.

Entonces se terminó y todo lo que quedaba era el sonido de respiraciones pesadas y la comprensión de que estaba desnuda con el trasero al aire.

Capítulo 14

La montaña estaba fuera cuando el vuelo de Rob aterrizó en el SEA-TAC[58]. Alquiló un Lexus y llamó a Louisa desde su celular para hacerle saber que iba en camino a recoger a Amelia. Sintonizó una estación de radio y se dirigió hacia la Interestatal 5.

Deslizó sus Maui Jims sobre el puente de su nariz y ajustó el parasol. Los lentes polarizados redujeron el resplandor del sol matutino, y Rob se incorporó a la interestatal, sólo para quedar atascado en el tráfico intermitente[59] que se dirigía a Seattle. No había dormido mucho la noche anterior, y se había devorado una barcaza de café en el vuelo. Su cerebro estaba confuso, pero podía recordar con absoluta claridad cómo la luz en la tienda de comestibles había cortado a través de los pechos desnudos de Kate. Sus pechos eran firmes y blancos con pequeños pezones rosados perfectamente balanceados en el centro, como apretadas frambuesas. Recordaba cuán duros habían estado contra su palma y su lengua, y habían sabido tan bien cubiertos de crema batida que él había vuelto por una segunda ración.

Recordaba cada detalle de la noche anterior. El toque de su suave piel bajo sus manos y la lucha de él por mantener el control. Había querido ir lento, alargar el placer, mientras al mismo tiempo, había librado una batalla consigo mismo para simplemente lanzarla al suelo y seguir adelante.

Al final, había perdido la batalla. La había agarrado, empujado al suelo, y siguió adelante. Se había venido con tanta fuerza que había pensado que perdería el conocimiento, pero a pesar de que había sentido

---

[58] **N. de T.**: *SEA-TAC* son las siglas con las que se identifica más comúnmente al *Aeropuerto Internacional de Seattle-Tacoma*, ubicado en SeaTac (un barrio periférico de la ciudad de Seattle, Washington, USA).

[59] **N. de T.**: En el original *stop-and-go traffic* hace referencia a un congestionamiento vehicular que genera numerosas paradas y avances, mejor conocidas como "retenciones de tráfico".

cada ondular y vibración del orgasmo de ella, había sabido que ella merecía más de él. Más que un rapidito en el piso.

Rob encendió su luz intermitente y aligeró la marcha del Lexus entre una furgoneta de reparto y un Canary plateado. Empujar a Kate al piso no había sido uno de sus mejores movimientos, pero habría podido ser perdonable si no lo hubiese seguido por un error más grande. Uno que lo había mantenido despierto la pasada noche alimentándose de su propio almuerzo. Uno que habría deseado no recordar con la misma claridad con la cual recordaba todo lo demás acerca de la noche previa.

Sin decir mucho más que un murmurado "enseguida regreso", él había reunido su ropa y se había encaminado hacia el baño. Se había vestido, y mientras estaba de pie frente al inodoro, observando el condón arremolinarse alrededor y ser succionado por la taza, se había asustado. No por los usuales asuntos del pasado, como qué mentira iba a tener que decir o cómo salir de la habitación sin un escándalo. No, se había asustado porque había habido un punto durante la noche cuando no le había importado una mierda nada excepto tener a Kate desnuda. No era que hubiese olvidado sus errores del pasado o el problema que le habían causado. Era más que Kate hacía que no le importaran. Mientras había estado con ella, comiendo crema batida de sus pechos y enterrándose profundamente dentro de ella donde estaba resbalosa y apretada alrededor de su miembro, nada le había importado una mierda. Había deseado a Kate, y nada más había importado. Pero después de que la fiebre había pasado, su indiferencia por las consecuencias lo había asustado y había corrido como el demonio. Pero no antes de besarla en la frente y cometer la cagada más espectacular de la noche.

La había mirado a sus ojos marrones y le había dicho "gracias" como si ella simplemente acabara de pasarle la sal. Luego salió disparado por la puerta trasera.

Rob echó un vistazo a su reloj y se desvió de la autopista hacia la salida de Denny. Eran las diez en punto en Gospel. Si llamaba al M&S, podría atrapar a Kate y tratar de explicarse o disculparse o algo. Se estiró para alcanzar el teléfono celular enganchado en su cinturón pero regresó la mano al volante. Lidiaría con ese problema cuando regresara a casa... en persona. Demonios, tal vez ni siquiera lo había arruinado. Quizá ella

no estaba del todo molesta. Tal vez él había imaginado la mirada en su rostro cuando le había dado las gracias y besado su cabeza.

Justo ahora, tenía otro problema que enfrentar. Uno que era muy real.

Encontró un lugar para estacionar a unas cuantas cuadras del condominio de Louisa, y para el momento en que estaba tocando en su puerta, había puesto a Kate en la parte de atrás de su cabeza. Un problema con el que lidiaría después.

El cabello rubio de Louisa estaba recogido hacia atrás en una cola de caballo, y ella estaba vestida como si estuviera a punto de salir a correr en spandex negro apretado. Ella estaba en forma y tonificada y probablemente podría partir una nuez con su trasero. Lo abrazó y lo besó en la mandíbula, y él no sintió nada. Ningún despertar de interés en la boca de su estómago. Ningún deseo de voltear el rostro y besarla en los labios. Ninguna punzada en su pecho o tirón en su corazón. Nada.

Encontró a Amelia sentada en su silla alta para niños en la cocina comiendo Cheerios[60] secos de su bandeja. Ella levantó los brazos para él y dijo a través de una brillante sonrisa, —Papi está aquí.

Al ver a su hija su corazón se levantó en su pecho. —Oye, nenita —Le mordisqueó un Cheerios atascado en su dedito, y luego le mordisqueó el cuello. Ella se echó a reír y gritó y le haló el cabello—. ¿Lista para irte?

—¿Qué van a hacer hoy ustedes dos? —preguntó Louisa desde la puerta del frente.

—No estoy seguro —Sacó a Amelia de la silla—. Tal vez vayamos a ver si los chicos están en la ciudad —dijo él, refiriéndose a sus antiguos compañeros de equipo de los Chinook—. Quizá vayamos a patinar, o si el sol se mantiene afuera, conseguir una cometa e ir al parque.

—Creo que podríamos ir todos al zoológico mañana. A ella realmente le gustan los titíes pigmeos.

Rob miró por encima de la oscura cabeza de Amelia a su ex-esposa. No la amaba y sabía que nunca la amaría de nuevo. Tendría que

---

[60] **N. de T.**: *Cheerios* es la marca de un cereal para desayunar de la empresa Nestlé, hecho de avena integral en forma de "O" (aros).

decírselo, pero no ahora. No mientras sostenía a su hija en brazos. —Suena bien.

Louisa sonrió. —Entonces los recogeré a ti y a Amelia mañana cerca del mediodía.

Antes de salir del pueblo él había sabido que ella quería hablar de volver juntos, y él no tenía ganas de tener esa conversación. Quizá la invitaría dentro de algunos días a su loft, luego de que hubiera averiguado exactamente lo que quería decir. Mientras Amelia durmiera la siesta, él le haría ver que una reconciliación no funcionaría. Había imaginado algunas formas de decirle que no la amaba sin molestarla o herir sus sentimientos. Demonios, no estaba convencido de que ella todavía lo amara. Lo más probable es que ella estuviera volviendo a caer en el mismo viejo patrón del pasado.

Al día siguiente Louisa se presentó en el loft justo a tiempo. El clima se mantuvo bueno mientras ellos caminaban alrededor del zoológico Woodland, viendo un búfalo de agua y ranas tomate. Cuando Amelia cayó dormida en su coche en la exhibición del desierto costero, ella trajo a colación el tema de volver juntos. —¿Has vuelto a pensar en lo que hablamos por teléfono la otra noche?

Él realmente no quería hablar de eso en público.

—Creo que éste no es el lugar para hablar de eso.

—Yo sí —Lo miró y empujó su cabello detrás de sus orejas, revelando los pendientes de diamante de tres quilates que él le había regalado el día que había dado a luz a Amelia—. La respuesta es sencilla, Rob. O has pensado en eso o no lo has hecho. O quieres formar una familia conmigo y con Amelia, o no lo quieres.

Era tan típico de Louisa presionar hasta irritarlo. Dejándolo sin otra opción, él dijo —Sí, he pensado acerca de eso. Amelia es lo más importante en mi vida. La amo y haría cualquier cosa por ella —Podía decirle a Louisa una especie de mentira, pero el problema era, que él no sabía ningún tipo de mentiras—. La cosa es, que yo no te amo de la forma en que un hombre debería amar a una mujer con la que está pensando vivir. Si volvemos juntos, terminará tan malamente como terminó la última vez.

Las cejas de ella se juntaron y él vio el dolor en sus ojos antes de que ella volteara la vista hacia los pingüinos buceando en las rocas en el agua. Ella comenzó a llorar, y él se sintió como un gilipollas. La gente que caminaba por ahí también lo miraba como si él fuese un gilipollas, pero él no había sabido que más decir. Y ahora ella estaba llorando justo frente a él y a todos los demás en la exhibición del desierto costero. —Lo siento.

—Supongo que es mejor que me hayas dicho la verdad —Pasó la punta de sus dedos por debajo de sus ojos, y sus hombros se sacudieron. Rob no sabía si debía sostenerla o retroceder. Nunca supo qué hacer con una mujer llorando. La culpa se agitó en su estómago, y él apretó su agarre en el manubrio del coche.

—¿Podrías pasarme un pañuelo de papel? —preguntó ella entre sollozos.

—¿Dónde están?

Ella ondeó una mano hacia el coche. —En el bolso de la bebé.

Rob se puso de cuclillas y hurgó dentro del enorme bolso rosado en el fondo del coche. Encontró una caja de Kleenex y le tendió a Louisa unos cuantos.

—Gracias —Ella se enjuagó los ojos y la nariz, pero mantuvo la cabeza gacha y no lo miró—. ¿Estás enamorado de alguien más?

Rob pensó en Kate. Pensó en su risa y en su suave cabello rojo. En la manera cómo lo hacía sentirse, como si quisiera agarrarla y rodar con ella alrededor. —No, no estoy enamorado de nadie más —Era la verdad. No estaba enamorado de Kate, pero le gustaban un montón de cosas de ella.

De alguna manera pasaron a través del resto del zoológico con sólo unas pocas crisis de llanto más. Una en el edificio de la selva tropical, la otra por el lugar de los canguros. Louisa no mencionó de nuevo lo de la reconciliación hasta que él le dejó a Amelia en su camino hacia el aeropuerto para su vuelo de regreso a Idaho.

—Puesto que ninguno de los dos está enamorado de alguien más —dijo ella—, quizá podamos ser amigos. Comenzaremos ahí y veremos a dónde nos lleva —Ella le tendió la mano—. ¿Amigos?

Él tomó la mano de Louisa mientras Amelia comenzaba a llorar y a aferrarse a su cuello. —No te vayas, papi —gimoteaba ella.

—Podemos ser amigos, Lou. Eso sería genial —dijo por encima del llanto de Amelia. No agregó que no estaba interesado en ver a dónde los llevaría eso. Justo ahora, un llanto femenino era suficiente, y pensaba que no sería capaz de manejar otra escena como la del zoológico. Beso la mejilla de su hija y le desprendió los brazos de su cuello. Se la tendió a Louisa, y ella dio un grito espeluznante como si él acabara de cortarle su pequeño brazo o algo.

—Vete, Rob —dijo Louisa por encima del pataleo—. Ella está cansada. Estará bien.

Con el corazón latiéndole dolorosamente en el pecho, salió del condominio, escuchando el llanto lastimero de Amelia a medio camino hacia el ascensor.

—Cristo —murmuró él y tragó con fuerza. Él era Rob Sutter. Por más de una década, había sido uno de los jugadores más temidos de la NHL. Había sido abaleado y había vivido para contarlo. Respiró hondo y dio un puñetazo al botón del ascensor. Si no se controlaba, iba a empezar a llorar como una niñita.

Apenas una hora después de que Rob regresara a casa de Seattle, él enganchó la carroza de la escuela primaria y la remolcó detrás de su Hummer en la parada de Semana Santa. Buscó a Kate cuando pasaba por el M&S, y la vio parada con un vaquero del rancho Rocking T. Su nombre era Buddy algo. A través de las ventanas del Hummer, la mirada de ella encontró la suya. Luego sus ojos cambiaron a esa mirada recelosa que él reconocía, y ella volvió el rostro. Ninguna sonrisa. Ningún saludo. Él obtuvo su respuesta. Sip, ella estaba molesta como el infierno.

Después de la parada, él fue a Deportes Sutter y trató de ponerse al día con el trabajo. Tenía más de mil correos electrónicos para leer o borrar. De esos mil, cerca de treinta estaban relacionados con el trabajo, y tenía que responderlos. Cuarenta cajas de inventario habían llegado mientras había estado de viaje y necesitaban ser procesadas. A las ocho de la noche, había conseguido ponerse al día con la mitad de lo que necesitaba ser hecho.

Estaba hecho polvo, pero había una cosa más que tenía que hacer que no podía esperar. Alcanzó el teléfono de su escritorio y marcó el número de la casa de Stanley Caldwell. Nadie respondió. Kate no estaba en casa, pero suponía que sabía dónde podía encontrarla.

Se levantó y desabrochó los puños de su camisa de franela negra con verde. Enrolló las mangas y se dirigió a la granja.

El paseo le tomó cerca de cinco minutos, y pudo escuchar el ruido sordo de pesados bajos y el tañido de guitarras eléctricas mientras aparcaba en el estacionamiento de tierra. La puerta de la granja vibró cuando la abrió y dio un paso hacia adentro.

Excepto por las resplandecientes luces brillando en el escenario y en la barra al otro extremo, el interior estaba sumido en la oscuridad. Rob ordenó una cerveza en la barra y luego encontró un lugar frente a una pared donde no estaba tan oscuro. No estaba seguro, pero parecía como si huevos de Pascua de papel aluminio estuviesen colgando de las vigas del techo. Alguien en un disfraz de conejo blanco saltaba de un lado a otro y repartía algo de una cesta. Rob puso un pie en la pared detrás de él. Mientras su mirada examinaba la multitud, buscando a cierta pelirroja, un hombre con la cabeza como una bola de billar se apretó a su lado.

—Hola —dijo él por encima de la música. Rob le dio un vistazo a él, y a las palabras "Liza Minnelli" escritas en escarcha plateada en el frente de su sudadera—. Soy Tiffer Cladis. Mi madre tal vez me haya mencionado ante ti.

—Sí, y no soy homosexual —Volvió su mirada a la multitud y divisó a su madre y a Stanley saliendo de la pista de baile.

—Eso es una pena. Nunca he estado con un jugador de hockey.

Rob se llevó su Budweiser a los labios. —Ya somos dos.

—¿Te gustan las mujeres exclusivamente?

—Sip, sólo mujeres —Rob tomó un trago y divisó a Kate por encima del fondo de la botella. Uno de los gemelos Aberdeen la había sacado a la pista de baile, bailando un doble paso country de una asquerosa interpretación de una banda de "Bajos Lugares" de Garth Brooks. Ella tenía una blusa blanca y una clase de falda plisada. Roja y realmente corta. Desde la mitad de la habitación, él la veía ondular dentro y fuera de la multitud de bailarines. Obtuvo un destello de su pierna, y el deseo

onduló en su estómago. —Me gustan las mujeres con falda —dijo mientras bajaba la botella.

—Yo podría usar una falda —Tiffer levantó su cerveza—. Me gusta usar faldas.

Rob se rió entre dientes. —Pero todavía tendrías una polla y una sombra de barba.

—Eso es cierto.

Rob imaginaba que Tiffer no había tenido una vida fácil. Especialmente viviendo en un pueblo pequeño de Idaho. —Tu mamá me dijo que eres un imitador de mujeres.

—Sí. Imito muy bien a Barbra.

—¿Hay mucha demanda de eso en Boise? —La música terminó y él observó a Kate desplazarse desde la pista de baile hacia un pequeño grupo de personas que incluían a la esposa del alguacil. La luz del escenario iluminaba la mitad inferior de ella, y Rob pudo ver que su falda era como un pequeño kilt.

—No. Es por eso que trabajo en una tienda de antigüedades con mi amante.

Rob había oído que los hombres escoceses no llevaban ropa interior bajo su kilt, y se preguntaba si Kate estaba siguiendo la tradición. Su mirada bajó por sus largas piernas hasta esas botas que lo mantenían despierto en la noche. Literalmente. Ella colocó la punta de una bota detrás del talón de la otra. Sacudió el talón de lado a lado, seduciéndolo. —¿No crees que tu amante pondría reparos a que te le propongas a otros hombres?

—No. Está casado y tiene tres hijos. Él se entremezcla mejor que yo.

Incluso cuando lo intento. Como esta noche.

Rob miró la sudadera de Liza de Tiffer y supuso que Tiffer bien podría haber tenido una señal de neón con una flecha apuntando a su cabeza. Si realmente quería "entremezclarse", debería armarse de suficiente valor para hacer frente a la adversidad. Arañar sus zapatillas blancas, eructar su cerveza y dejar a Liza en casa.

—También salgo con otras personas.

Rob regresó su mirada a Kate. —¿Consigues con quién salir en Boise?

—En realidad, la población homosexual en Boise es más grande de lo que crees. Hay varios bares homosexuales justo en el corazón de la ciudad.

Mientras Tiffer seguía parloteando sobre el ambiente de citas en Boise, Rob observaba a Kate. Había venido aquí a hablar con ella sobre la otra noche, pero eso no era todo lo que él quería. Kate le dio algo que había estado faltando en su vida. Algo que la hacía ocupar sus pensamientos y pedir barras de granola sólo para ver su rostro. Algo más que sexo, a pesar de que él quería más de eso también. Y cuando fuera por más, estaba seguro que querría más de lo mismo.

Tomó un trago de su cerveza y la vio reír por algo que Shelly Aberdeen estaba diciendo. Lo que él debería haber hecho era llamarla mientras había estado en Seattle, pero cada vez que alcanzaba el teléfono, se detenía a sí mismo. La conversación que quería tener debería ocurrir en persona, y para ser completamente honesto, no había sabido qué decir. Todavía no lo sabía. Lamento haberte empujado al suelo y haberte montado, podría ser un buen comienzo, pero no si ella había disfrutado tanto como lo había hecho él. O tanto como él pensaba que ella había disfrutado. Si se disculpaba, ella podía creer que él pensaba que el sexo había sido malo, cuando en realidad había sido ardiente. Ella ya estaba molesta con él, y si él… —Cristo —murmuró… estaba comenzando a pensar como una chica.

—¿A quién sigues mirando fijamente?

Volvió su atención a Tiffer. —Ven, voy a presentarte —Él definitivamente debería disculparse por salir corriendo como lo hizo. Comenzaría con eso y vería a dónde lo llevaba.

Se movió a través de la multitud con Tiffer en los talones. Pasaron a los hermanos Worsley, los cuales le dieron feroces miradas malignas hasta que divisaron a Tiffer. Luego pusieron sus cabezas juntas y apuntaron. No se necesitaba un genio para saber lo que estaban diciendo. Rob esperaba que ellos no cometieran el error de decírselo a la cara. Su madre y Stanley estaban en la atestada granja en algún lugar, y no quería que su madre lo viera trapear el piso con los idiotas de los Worsley.

Por suerte Taber levantó la vista primero y lo vio. —Oye, Rob —dijo ella y se movió para incluirlos a él y a Tiffer en su círculo—. ¿Cómo le va a Adam en la tienda de artículos deportivos? —preguntó ella mientras la banda afinaba para otra canción.

—Realmente bien. Tanto él como Wally —Se paró al lado de Kate dentro de una piscina oblonga de luz azul que se derramaba desde la pista de baile. La manga de su camisa de franela rozó el brazo de ella—. Damas, ¿han conocido a Tiffer, el hijo de Regina?

—Por supuesto —dijo Shelly y le tendió la mano a Tiffer—. Tu madre me dijo que vendrías a casa para Semana Santa. Ha estado emocionada por semanas.

—Es bueno estar de vuelta para una visita —dijo él, pero no sonó muy convincente. Miró a través de Rob a Kate y la miró de arriba a abajo.

—Adoro el aspecto de highlander traviesa.

—Gracias —Ella sometió a Tiffer al mismo escrutinio de arriba a abajo. —Adoro tu sudadera de Liza.

La banda comenzó a tocar la canción "Hombre Verdaderamente Bueno" de Tim McGraw, y Rob se inclinó más cerca de Kate. —Necesito hablar contigo.

—Habla.

—En la pista de baile.

Ella esbozó una sonrisa falsa y volteó a verlo. Su voz era un poco demasiado alegre cuando dijo, —Cualquier cosa que tengas que decirme, puedes decirla justo aquí.

Él no estaba comprando la mierda alegre ni por un segundo. Se inclinó y le habló al oído. —¿Estás segura de eso? Porque iba a comentar lo mucho que disfruté comiendo crema batida de tus pezones.

Su boca cayó abierta, luego la cerró de golpe. —No dirías eso.

—Sí, lo haría. Especialmente desde que los hermanos Worsley se están preparando para decirles a todos que Tiffer aquí es mi novio. Llámalo un ataque preventivo sólo para probar que me gustan las chicas —Su cabello olía como lo había hecho la otra noche. Parecido a una especie de flores primaverales. —Si no crees que lo haré, siempre podemos apostar de nuevo.

Me gusta apostar contigo.

—No juegas limpio —Ella cruzó los brazos a través de su pecho. —Haces trampa.

—Culpable —Se inclinó hacia atrás y la miró al rostro. —¿Lo haremos? —No esperó por su respuesta antes de tomarla del codo—. Discúlpennos —Colocó su cerveza en una mesa cercana y se desplazó con ella hacia la mitad de la pista de baile. Colocó su palma en la mitad de su espalda y envolvió la de ella en la suya. Ambos dieron un paso al frente al mismo tiempo, y su pecho chocó con el suyo. No es que le importara—. Cariño, voy a dirigir esta —Comenzaron de nuevo. Ella lo dejó dirigir, pero bailar con ella era como sostener un recorte de madera—. Relájate —dijo él cerca de su sien.

—Lo estoy.

—No. Estás moviéndote como si tuvieras un palo metido en el culo.

—Encantador —La mano de él se deslizó un poco más abajo de su cintura por su falda de lana—. Di lo que tengas que decir, pero hazlo rápido —dijo ella.

—¿Estás usando bragas bajo esa falda?

—¿Eso es lo que quieres saber?

Bueno, esa era una de las cosas que él quería saber. —No si no quieres decírmelo —Él se movió con ella cerca del escenario, y las luces brillantes se deslizaron a través de los profundos rojos de su cabello. La música era demasiado ruidosa, así que él esperó hasta que se alejaron del escenario y dentro de las sombras más profundas de la pista de baile—. Creo que necesito disculparme, pero no estoy seguro exactamente de por qué debo disculparme —Se echó hacia atrás y la miró buscando alguna pista de cómo proceder. Las mujeres podían retorcer las cosas hasta que un tipo no sabía con cuál final acabaría. La giró alrededor y la atrajo tan cerca que su pecho y sus pechos se rozaban en el frente de su camisa.

—¿Estás esperando que te diga por qué deberías disculparte?

Eso podría ayudar. Él sacudió la cabeza. —No —Pero no pensaba admitir en absoluto que ella lo había asustado como el demonio—. Sé que estás molesta por lo de la otra noche —Bajó la mirada hacia su rostro, y

ella bajó la mirada hacia su hombro—. Sé que yo pasé un gran momento, pero simplemente no estoy seguro de que tú lo hayas hecho. Dijiste que querías que te hiciera el amor, y yo me dejé llevar en cierto modo. Me temo que pude haber sido demasiado rudo y te lastimé.

Sus cejas se juntaron. —No me lastimaste.

—Oh, eso es bueno —Ella no estaba molesta por hacerlo en el piso. Él estaba aliviado y tiró de ella más cerca de su pecho. De nuevo se preguntaba si ella estaba usando bragas bajo ese kilt, pero sabía que era mejor no preguntar—. Lamento haber salido corriendo como lo hice.

Ella se alejó y puso unos cuantos centímetros de distancia entre ellos.

—Solamente estás diciendo que lo lamentas porque piensas que voy a tener relaciones sexuales contigo de nuevo.

Esa no era la única razón. Sin embargo en cierto modo había estado esperando que ella estuviera abierta a más que sólo bailar en la granja. Él había estado pensando en algo como un tango de colchón. —Lamenté eso la noche que salí de la tienda de comestibles.

—Si eso es cierto, no habrías esperado tanto tiempo para hablarme de eso. No, ahora que hemos tenido relaciones sexuales, piensas que yo simplemente debería tener sexo contigo siempre que lo desees.

Él podría haber recibido unos cuantos golpes en la cabeza durante su carrera, pero no era lo suficientemente idiota como para confesar que el sexo todas las veces que él lo deseara sonaba como una maldita buena idea.

—He estado fuera del pueblo. Cierto, pude haber llamado, pero quería hablar contigo cara a cara.

Capítulo 15

El domingo de pascua, Stanley Caldwell se quedo en la casa, en vez de ir a la iglesia, cosa que nunca hacia a menos que estuviese enfermo. Tenía algunas cosas importantes que hacer, y quería hacerlas en privado.

Kate dormía en su habitación con la puerta cerrada, y se imaginaba que cuando se despertara, sentiría los efectos de estar fiestando hasta tarde con Tiffer Cladis. Verla bailar toda la noche con un imitador de mujeres en lugar de Rob había sido una gran decepción. Ella nunca se casaría si bailaba con hombres que estaban más interesados en compartir consejos de maquillaje que hacer otra cosa. Cosa que los dos habían estado discutiendo cuando él y Grace se habían acercado durante un intermedio de la música. Mientras que Kate había pasado su noche con Tiffer hablando de delineador para ojos y barras de cobertura, Rob estaba dentro de un círculo de mujeres jóvenes. Lo tenían halagado y coqueteado con él, algo que Stanley deseaba que Kate hiciese. Rob se había ido finalmente con Rose.

Stanley se coloco sus zapatillas Minnetonka[61] que Melba le había comprado para Navidad el mismo año que había muerto. Había mucho confort en saber que una gran mujer formó parte de tu vida y que ella te conociera. Él había amado a Melba con todo su corazón. Sabía que sonaba a cliché. El tipo de cosas que la gente decía, sin prensárselo mucho, pero lo había hecho. Él la había amado. Había amado a su esposa, pero ella se había ido. El día que la había enterrado, había pensado que justamente acababa de morir también. Había reflexionado que él solamente debía apresurarse y seguirla a la tumba porque no deseaba seguir viviendo sin ella. Él no sabía vivir sin ella.

---

[61] **N. de la T.** Minnetonka son zapatos estilo mocasines de estilo indio aquí un link de referencia para que puedan ver la imaen de cómo son http://www.minnetonka.co.uk/men

Últimamente, sin embargo, él había estado pensando que después de todo seguirla a la tumba no era tal vez el mejor plan. Al parecer, él era demasiado sano, y esto estaba tomando demasiado tiempo.

Él abrió el armario que había compartido con su esposa durante casi cincuenta años. Su bata seguía en el mismo lugar donde ella la había dejado. Sus pantalones y blusas y su chaqueta de cuero de Tom Jones estaban allí también. Stanley alcanzó sus perchas y coloco la ropa sobre la cama. Volvió tres veces más, y cuando termino había una verdadera pila.

La vez pasada él le había pedido a Katie que recogiese algunas de las cosas de Melba, pero esto era su trabajo. Ella lo habría querido así, y quizá ya estaba listo. Melba vivía en su corazón, no en su ropa colgada en el armario y mucho menos en su colección de objetos de Tom Jones. No importaba lo que le sucediera a él, o por cuánto tiempo más viviera, jamás la olvidaría. Él nunca dejaría de amarla.

Pero quizás, solamente quizás, él no tuviese que vivir el resto de su vida solo, esperando la muerte. Tal vez era hora de avanzar. Tiempo para vivir su vida otra vez. Tal vez había espacio en su viejo corazón para dos mujeres.

Grace Sutter no era en absoluto como Melba. Melba había amado divertirse, y ella había tenido un gran sentido del humor y una risa ruidosa. Grace era un poco más refinada. Le gustaba escribir poesía y mirar a los pájaros fuera de su ventana de la cocina. Ambas mujeres eran maravillosas de formas diferentes.

Stanley fue al garaje y trajo algunas cajas que había llevado a la casa de la tienda. La parte de su corazón que había amado a su esposa durante cincuenta años se rompió una vez más cuando coloco sus cosas en las cajas. Él abrió los cajones y los vació en las cajas de cartón. Hizo una pausa para tocar el camisón de noche color rosa que se ponía cuando ella deseaba algún tiempo a solas con él en el dormitorio.

Él la amó. Aún lo hacía. Siempre lo haría. Cogió la cinta de embalaje y cerró las solapas de la caja. Sus ojos se humedecieron y una lágrima rodó por su mejilla arrugada.—Adiós, Melba. Voy a regalar tus cosas, pero jamás te olvidaré. Fuiste mi esposa, mi amante y mi amiga. Fuiste mi vida durante mucho tiempo, pero te has ido. Cuando te marchaste, me sentía tan solo, pero no tanto como ahora. Tengo a Katie y Grace—. Se

trasladó a la cómoda y sacó un pañuelo de su cajón. Se limpió la cara y se sonó la nariz, un fuerte graznido sonó llenando la sala. —Siempre te gustó Grace. Ahora a mi también.— Más que gustarle Grace. Él la amaba. Se guardo el pañuelo en el bolsillo. —No tienes que preocuparte por Ada Dover o Iona Osborn conseguí sacar sus manos de mí.— Algunas veces en la noche, cuando ambos habían estado despiertos en la cama hablaban de lo que pasaría si uno de ellos moría antes que el otro, Melba le había hecho prometer que de todas las mujeres que había en la ciudad, no permitiese que fuese Ada o Iona quienes lo atraparan. Había sido una promesa fácil de cumplir.

Una por una, llevo las cajas fuera y los colocó en la parte trasera de su camioneta Ford '85. Mientras que la ropa de Melba estuviese colgada en el armario, y sus proyectos de arte inacabados colocados en la repisa, él no se sentiría bien persiguiendo a otra mujer.

Llenó la parte trasera de su camioneta con cajas, y en la mañana siguiente dejaría a Katie encargada de la M & S y se dirigiría a Boise y al Ejército de Salvación. Se desprendería de las cosas de Melba, luego se dirigiría a casa nuevamente. Él sabía que había buzones de beneficencia más cercanos, pero la idea de encontrarse a alguien más llevando la chaqueta de Tom Jones de Melba habría sido demasiado difícil de soportar.

Cuando regresó a Gospel, se fue por Grace y observaron la puesta de sol sobre los pinos en el patio trasero. Ella le hizo un emparedado, y él le platico lo que había hecho ese día. Ella le regalo una de sus cálidas sonrisas y coloco su mano sobre la suya. —Siempre echaré de menos a Melba—, ella dijo. —Ustedes dos tuvieron la suerte de haberse encontrado el uno al otro. Mi marido falleció hace veinticinco años. Nunca he pensado sustituirlo en mi corazón, pero he llegado a aprender que hay sitio en el corazón humano para más de un amor—.

Entonces él la besó. Por primera vez en más de cincuenta años, besaba a una mujer que no era Melba. Durante unos segundos, se sintió torpe. A causa de ambos. Entonces se sintió bien, y maldita sea, si su corazón no empezó a galopar como si él tuviese cuarenta años nuevamente. Interrumpió el beso y le hablo de su profundo afecto y amor por ella.

Ella lo miró directamente a los ojos y le dijo: —Ya era tiempo. Te he amado desde hace casi un año.—

Él no había tenido ni idea. Ninguna, y lo único que parecía capaz de hacer era quedarse parado allí maravillado de que alguien como Grace pudiese amar a alguien como él. Él era casi diez años mayor que ella, y delataba cada uno de esos años. Ella no aparentaba más de cincuenta y cinco.

Envolvió sus brazos alrededor de su cuello. —Quédate en la noche—, ella le susurró.

—Grace, te respeto y…—

—Detente—, lo interrumpió-. —Desde luego que me respetas. Esa es una de las cosas que amo de ti, Stanley Caldwell. Eres un hombre bueno y decente, pero los hombres, incluso los buenos y decentes tienen necesidades que sólo pueden ser satisfechas en la cama. Las buenas y decentes mujeres también lo hacen.—

Dios todopoderoso. Su interior empezó a temblar con tanta fuerza que sentía como si fuese a salirse de si. Él deseaba tener sexo con Grace. Estaba bastante seguro de que su equipo todavía era capaz, pero había una parte de él que estaba aterrorizada. —Las cosas son diferentes hoy en día. Una persona tiene que tener sexo seguro.

—No creo que tengamos que preocuparnos por eso. No he tenido sexo desde que vote por el primer George Bush y estuviste casado con la misma mujer durante casi cinco décadas—. Ella lo miró, y las patas de gallo en las esquinas de sus ojos se hicieron más profundas. —En caso de que estés preocupado, no puedo quedar embarazada—.

—Dios Todopoderoso—.

Pasada la medianoche, Kate cogió el teléfono y marcó siete números. La preocupación anudaba su estómago y ella temía que pudiese enfermar. Ella medio esperaba que él no contestase. La noche en la que él había salido corriendo de M & S la había humillado, y ella realmente no deseaba hablar con él nunca más. Esa noche, él la había hecho sentir tan bien, y luego el se había vuelto y la había hecho sentir tan mal.

El teléfono sonó cinco veces antes de que fuera contestado. —Más vale que sea importante—. Su voz era soñolienta, sexy como el infierno, y muy irritada.

—Rob, soy Kate. ¿Lamento despertarte, pero has visto a mi abuelo hoy?

—¿Kate?— Se aclaró la garganta, y ella casi podía verlo sentarse encima de la cama. —No, no he visto a Stanley. Él no está en casa, supongo—.

Su nudo en el estómago se apretó. —No, él fue a Boise esta mañana y no lo he visto ni oído hablar de él desde entonces. ¿Has hablado con tu madre hoy?

—Sí. La vi alrededor del mediodía. ¿Por qué?

—Llamé a su casa hace dos horas para preguntarle si había visto a Stanley, y nadie contesto. Llame nuevamente quince minutos después, y todavía sin respuesta.

—Nadie contestó en donde mi mamá?— El sonido del abrir y cerrar de los cajones de la cómoda lleno el ambiente. —¿Marcaste el número correcto?— Ella le repitió el número al que había llamado. —Mierda—.

—No sé qué hacer. Estoy asustad de que mi abuelo esté en una zanja en algún sitio. Creo que voy al llamar al sheriff.

—Espera para llamarlo todavía.— Kate escucho un golpe suave y algunas maldiciones ahogadas, y luego una más clara: —Lo siento, se me cayó el teléfono mientras me abotonaba la bragueta. Te recogeré camino a casa de mi madre.

—¿Crees que ellos están juntos?

—Dado que los dos están desaparecidos, sí lo hago.

Kate colgó el teléfono y cogió su abrigo. Deseaba que hubiese habido alguien más a quien pudiese haber llamado, además de Rob. Antes de que pudiese detenerlo, un recuerdo de la noche pasada, cruzó por su cerebro, y un gemido mortificante escapó de sus labios. Ella no podía creer que hubiese hecho aquella posición sexual en particular. Era difícil para una chica mantener su dignidad con su culo en el aire, pero por alguna razón mantener su dignidad, no había entrado en su cabeza esa noche. Entonces, mientras ella había estado dejándose acariciar por el resplandor crepuscular, él había estado en el cuarto de baño planeando su fuga. Ya que cuando el segundo condón se había ido, él había marchado hacia la puerta lo más rápido que sus botas se lo permitieron.

En la fiesta de la granja, le había pedido disculpas. Tal vez él lo sentía, pero Kate pensaba que él lo lamentaba principalmente porque ella no iba a volver a tener relaciones sexuales con él. Sí, sabía que sonaba cínica. Pues demándenla. Ella no permitiría nunca que la volviese a lastimar.

Ella esperaba a Rob por la ventana. Una luna creciente proporcionaba escasa luz sobre el área desértica, y sus pensamientos se dirigieron de la pasada noche a la crisis actual. Si su abuelo estaba varado en algún sitio, él no sería capaz de ver más de un pie delante de él.

A los quince minutos Rob detuvo su Hummer en el camino de entrada. Kate empujó sus brazos en las mangas del abrigo y estaba en la puerta del pasajero antes de que pudiese poner el vehículo en el estacionamiento.

—Después de colgar de hablar contigo, llame por teléfono a mi madre—, él dijo mientras ella saltaba en el interior y cerraba la puerta. —Nadie contesto.— Miró hacia atrás mientras se echaba de reversa. Las luces azules del tablero brillaron sobre el lado de su rostro y se filtraron a través de su cabello, descuidado, rebelde e increíblemente vivo.

Que ella aún lo notara en este momento de crisis era muy molesto. Y especialmente porque ella pensaba que él era un arcaico gran idiota. —¿Alguna vez tu madre desconecta su teléfono?- preguntó ella.

El Hummer se detuvo en medio de la calle. Él la miró mientras conducía el vehículo en el paseo. —No. Al menos, ella nunca lo había hecho antes.— Le dirigió una sonrisa tranquilizadora que hizo poco para apaciguarla. —Ellos probablemente decidieron marcharse y escribir poemas a la luz de la luna en algún lugar y perdieron la noción del tiempo.

—¿De verdad crees eso?

Volvió su atención a la carretera mientras pisaba el acelerador. —¿Honestamente?, no, pero imagine que podrías creerlo y así no preocuparte tanto.

En absoluto no iba a permitirle su encanto. —¿No estás preocupado?

—Si no estuviese preocupado, no estaría conduciendo,— hizo una pausa y leyó el reloj digital en el sistema de navegación, —las doce

cincuenta y dos. Solamente había dormido una media hora cuando marcaste—.

Se volvió y miró por la ventana del pasajero, cuando ellos pasaron la Texaco y el palacio de justicia. Se preguntó qué había mantenido a Rob hasta tan tarde. Un recuerdo no deseado de él dejando la fiesta en la granja con Rose forzó su camino en su cabeza. Ayer, ella lo había visto fuera de su tienda charlando con Dixie Howe. La mujer le había dado un abrazo antes de marcharse, y Kate se preguntó si había estado hasta la medianoche con una o la otra. Teniendo en cuenta su pasado, probablemente ambas cosas.

—Fui a la iglesia con mi madre el domingo, y después finalmente confeso que ella tenía sentimientos por Stanley. Estoy seguro de que en cualquier lugar que ellos esten, están probablemente bien.

Kate no estaba convencida. Giro la cabeza y lo miró. —Fuiste a la iglesia?

—Por supuesto—. Él la miró. —Fue el domingo de Pascua.

—Y un rayo no te golpeó?

—Ja, ja. Eres un tumulto verdadero de risas—. Volvió su atención a la carretera. —Note que no estabas allí.

Ella trató de no poner ninguna importancia en su última frase. Así que él había notado que ella no había estado en la iglesia. Por supuesto que lo había notado. Era una pequeña congregación. —Yo había cometido algunos pocos pecados la noche anterior con Tiffer Cladis?

—No pudieron haber sido del buen tipo de pecados, ya que él es gay.

No, ella había reservado ese tipo de pecados para el hombre al otro lado del Hummer, y observar la forma en que había resultado. Lo que probablemente le estaba indicando que debería de dejar totalmente de pecar. —Terminé en casa de su madre, girando de un lado a otro con una hairy sluts[62] toda la noche y escuchando la colección de Tiffer de Stephen Sondheim. Regina tuvo que llevarme a casa alrededor tres.

—¿Qué hay en un hairy sluts?

---

[62] **N. de la T.** Hairy Sluts es un coctel hecho de una mezcla de diferentes bebidas alcohólicas (se podría traducir como Zorra o Puta Peluda)

—Ron, triple sec, jugo de piña. Es la bebida favorita Tiffer.

—Yo podría haber imaginado eso.— Rob dirigió el vehículo en el camino de entrada de Grace. No había ninguna luz encendida y ningún rastro de la camioneta de Stanley. Los viejos árboles de roble y pino casi bloqueaban la débil luz de la luna.

—Él no está aquí—, dijo ella.

Rob apagó el Hummer, y ambos se dirigieron hacia el lado del garaje. —No puedo ver nada—, se quejó Kate. Rob se detuvo, y ella se estampo contra su espalda. —Lo lamento—. Él le tomó la mano y empujó sus dedos a la parte trasera de sus vaqueros.

—¿Qué estás haciendo?—, ella gritó y tiró de su mano libre. —Pervertido—.

—Te doy algo a que sostenerte.

—Tu trasero?

—No, mi cinturón.— Él tomó su mano otra vez y los sostuvo en lugar de empujar los dedos hacia la parte trasera de sus pantalones nuevamente. —Trata de mantener tu mente fuera de la situación, Kate. No soy tan pervertido como para meter tu mano en mis pantalones.— Jaló de ella a lo largo de unos pocos pasos antes de añadir: —No, mientras que tu abuelo ha desaparecido, y no a menos que tú lo pidas realmente bien.

La presión tibia de la palma de su mano contra la suya hizo que se calentara más su mano. Ella lo sentía en el pecho y estómago. —No te preocupes. No lo voy a pedir.

—Es posible.

—¿Quieres apostarlo? No. Olvida lo que he dicho.

Su risa suave fue ahogada por el chirrido de la puerta del garaje cuando él la abrió. Él encendió la luz y miró hacia adentro. —Su camioneta está aparcada junto con su chaqueta—, dijo y se volvió hacia Kate. La luz del garaje lo ilumino por detrás, como una especie de santo.

Ella movió su mano libre y la metió en el bolsillo del abrigo. Rob Sutter no era un santo. Él era demasiado bueno para pecar. —¿Piensas que ellos están en la casa?

—Sí—.

—¿Qué pueden estar haciendo? Las luces están apagadas.

Él se balanceo sobre sus talones, y la luz del garaje se dispersó sobre los hombros de su chaqueta azul oscuro e ilumino un lado de su rostro. Arqueando una ceja.

Tardó varios segundos en comprender el significado de su ceja levantada. —¡Qué asco! El tiene setenta años. Él tendrá un ataque al corazón.

—Mi mamá es enfermera, ella lo aporreara de regreso a la vida—.

Kate aspiró un aliento. —¿No estás ni siquiera un poco asustado de lo que ellos están haciendo—, señalando la puerta de atrás —eso, allí?

—En primer lugar, mi mente no va a dirigirse por ese camino. Y en segundo lugar, me alegro de que mi madre haya encontrado a alguien.

—Bueno, yo también me alegro. Que mi abuelo haya encontrado a alguien, quiero decir.— ¿Pero será ella? "¿Tienes una llave, o deberíamos llamar a la puerta?

—Ninguna—.

—¿Qué? ¿Ninguna?

Rob apagó la luz y cerró la puerta del garaje. —Yo no voy a caer sobre mi madre.— Tomó la mano de Kate y se dirigió de nuevo al Hummer. —Dudo que hubieras apreciado que Stanley cayera sobre nosotros la otra noche, mientras estábamos actuando salvajemente en el conservador pasillo.

—No quiero hablar de eso. Fue un error. No debería haber pasado—. Sobre todo porque ella estaba bastante segura de que él se estaba viendo con otras mujeres actualmente.

—Estoy realmente cansado de lo que podemos y no podemos hablar. No podemos hablar de la noche en que nos conocimos. No podemos hablar de la primera noche que te besé. No podemos hablar de la noche en que nosotros tuvimos sexo. Esas son gilipolleces, Kate—. Se detuvieron en el lado del pasajero del Hummer, y Kate tomó la manija de la puerta. —Algunos errores se cometieron la otra noche. Te voy a conceder eso—. Planto la mano sobre la ventana y mantuvo la puerta cerrada.

—Tal vez no debería haber pasado de la forma como sucedió, pero eso iba a pasar. ¿Y sabes qué? Realmente no lamento la forma en cómo

sucedió. Yo tuve un infierno de un buen momento. Tarde o temprano, nosotros íbamos a tener sexo. Era inevitable.

—No sé si era inevitable, pero lo que sí sé es que cada vez que me haces sentir bien, te das la vuelta y me haces sentir como la mierda.

—Tal vez tú estás buscando algo que te molesto al respecto—.

¿Fue ella? No.

Él abrió la puerta. —Te dije que lo sentía por besarte en cabeza y decir gracias. ¿No crees que es el momento de superarlo?

—¿Superarlo?— Ella se metió en el coche y miró su contorno oscurecido como la tinta. "Sólo ha pasado una semana—.

—Una semana es mucho tiempo para seguir irritado—, dijo él y cerró la puerta.

De camino a casa, ninguno hablo. Kate se quedó mirando fijamente por la ventana y se preguntó si Rob estaba en lo cierto. ¿Buscaba razones o motivos para estar enojada? No, no ella no lo creía.

Rob detuvo el Hummer en el camino de entrada de Stanley y la acompañó hasta la puerta. —Gracias por venir aquí y ayudarme a buscar a mi abuelo—, ella dijo mientras permanecía de pie en el escalón superior, y se volvió hacia él.

—En cualquier momento.— La luz de la casa brillaba sobre él, y ella vio su rostro con claridad por primera vez esa noche. Un mechón de pelo castaño caía sobre su frente y tocaba su ceja. Ella miró a los ojos verdes que la miraban de regreso. Entonces su mirada se dirigió hacia su boca. —Buenas noches, Kate.

—Buenas noches—.

Se pasó los dedos por la mandíbula, y ella pensó que podría besarla. En su lugar, se volvió y caminó por la acera. Mientras ella lo veía alejarse de la luz de la casa, sintió un pequeño tirón de molesta de desilusión.

Caminó delante de la Hummer y se giro para mirarla. Él levantó su mano en señal de saludo, y ella tuvo esa sensación nuevamente. Lo peligroso que él dijo que era, quizás no fuese un tipo tan malo. Se había disculpado dos veces por correr lejos de ella la otra noche con nada más que un agradecimiento apresurado. Él se había levantado de la cama en medio de la noche para ayudarla en su búsqueda de Stanley.

Kate lo vio salir del camino de entrada antes de que entrara en la casa. Incluso si él no fuese tan malo, él no era el hombre para ella. Ella estaba cansada de las relaciones que terminaban con un corazón roto. Y Rob Sutter era hablando tranquilamente una angustia, a la espera de suceder.

Ella colgó su abrigo detrás de la puerta y acababa de terminar de ponerse su pijama de franela color rosa y blanco a rayas y cepillarse los dientes cuando escucho la camioneta de su abuelo. Ella se trasladó a la entrada oscura de la cocina y esperó. Su abuelo entró lo más silenciosamente posible, entonces se volvió y cerró lentamente la puerta de atrás.

Kate encendió la luz, y su abuelo giró sobre el exterior de las puntas de sus talones. Él se quedó inmóvil como un niño que regresa a casa después del toque de queda.

—Yo no pensé que estuviese todavía levantada—, él dijo mientras que el color se elevaba desde el cuello hasta sus mejillas.

Ella cruzó los brazos debajo de sus pechos. —Estaba preocupada de que estuvieses descarrilado en una zanja—.

—Yo estaba con Grace.

Ella no se molestó en mencionar que ya sabía dónde había estado. —Pudiste haber llamado. La última vez que hablé contigo fue esta mañana cuando te fuiste de Boise.

—Siento que estuvieses preocupada, Katie.— Se quitó el abrigo y lo colgó detrás de la puerta. —Le he pedido a Grace que se case conmigo.

Kate dejó caer sus manos a los costados. —¿Qué?

—Le he pedido a Grace que se casara conmigo. Ella contesto que sí.

—Pero...— Kate lo miró fijamente, seguro que ella había entendido mal. ¿Casarse? La gente no se casaba después de una noche en la cama. Eso era el resplandor del placer. No era amor verdadero. —Pero abuelo... sólo porque tienes sexo con alguien no significa que tengas que casarte. Es el siglo XXI, por el amor de Dios. No seas tan pasado de moda.

Despacio se dio la vuelta y la miró. —Tal vez esté pasado de moda para ti, pero yo soy un hombre honorable. Nunca le faltaría el respeto a una mujer. Yo esperaría que la mujer que me importara esperase que

fuese honorable. Eso es lo que le pasa a tu generación, Katherine. Ustedes reducen el sexo a la fornicación.

¿Katherine? Se acercó a él. —Lo siento. Sólo me agarro de imprevisto.

—Mis sentimientos por Grace comenzaron la noche que escuché su poesía en la granja y se han vuelto más profundos desde entonces.

—¿No crees que deberían salir un tiempo primero?— Nunca había tenido una propuesta de matrimonio, y ella había salido con hombres durante no más de tres años.

—Katie, estoy en mis setenta. Precisamente no tengo mucho tiempo para perder el tiempo con citas.— Él le dio una palmada en el hombro mientras pasaba por delante. —Cuando dos personas están enamoradas, ¿por qué esperar?

Kate podría pensar en muchas razones. Ella las guardo para sí misma. Si Grace hacia a su abuelo feliz, entonces ¿qué tipo de nieta sería si ella llovía sobre su felicidad? Ella solamente esperaba que él supiera lo que estaba haciendo. —Y estás seguro que es esto lo que quieres? Y no tan sólo los sentimientos, - ya sabes,- por el placer?

—Esto es lo que quiero. Quiero una mujer que sea más valiosa para mí.— Él hizo una pausa y sus mejillas se sonrojaron otra vez. —Por placer— Él negó con la cabeza. —Tú vales más que eso también, Katie. Tú mereces todo lo que un hombre pueda dar.

Ahora fue su turno para ponerse sonrojarse. —Lo sé.— Pero el saberlo en su mente y no obtener el "Placer" hasta que le llegase una propuesta de matrimonio eran dos cosas diferentes. Aquel pony ya estaba listo antes de la Carreta. ¿O era que el pony ya estaba fuera del corral? ¿O era que el pony estaba dando la leche gratis? Ella no estaba segura.

Había algunas cosas que sabía a ciencia cierta, sin embargo. No había forma en que el pony volviese al corral. No cuando el pony tenía treinta y cuatro años y realmente le gustaba tirar del carro de leche. Pero su abuelo tenía razón. Se merecía más que las relaciones que no iban a ninguna parte. Que la dejaban con el mismo dilema que había tenido el día en que había llegado a Gospel.

Capítulo 16

—¿Qué tipo de pan vendes hoy?

—Focaccia[63].

Ada Dover frunció la nariz y se acercó para mirarlo más de cerca. Su pelo estaba perfectamente esculpido y el aroma a Emeraude la envolvía como una nube tóxica.

—Es raro.

—Está muy bueno.

—Todavía parece raro.

—Lleva tomillo fresco, cebolletas, aceitunas y queso parmesano.¿te gustaría probar un poco?

—Creo que sería lo mejor.

Kate se mordió el labio para no reírse mientras cortaba un pedacito de pan y se lo tendía a Ada.

Las cejas de Ada se estrecharon mientras masticaba. —Sí, ponme una barra de éste.

—¿Te gustaría algo de mermelada de jalapeño para acompañar el pan?

—No, igual que ayer cuando preguntaste.

Kate salió del pasillo del pan y se encaminó al mostrador. —Seguiré preguntando hasta que digas que sí.

—Bien, pero no pongas el corazón en ello, me ha gustado tu pan y algo de ese queso lujoso pero yo no me veo con ánimo para una

---

[63] **N. de la T.** Focaccia - La focaccia (/focacha/, 'hogaza' en italiano) es una especie de pan plano cubierto con hierbas y otros productos alimenticios.

mermelada de jalapeños. —Ada colocó su bolso en el mostrador y sacó la cartera.

—¿Cómo está tu abuelo?

"Has malgastado tu Emeraude" pensó Kate mientras registraba el pan. "Está fuera del mercado".

—Está en casa hoy, descansando.

—¿Le pasa algo? ¿Le están dando guerra las articulaciones? Debería tomar glucosa. Eso le curaría.

—No, sólo se ha tomado la mañana libre. "para recobrarse de su noche salvaje". —Dijo que estaría aquí para el mediodía.

Ada le dió a Kate cinco dólares y Kate le devolvió el cambio. —¿Vas a venir a la lectura de poesía mañana por la noche?

—No lo sé. —la mente de Kate a la carrera para pensar una excusa—, creo que estaré muy ocupada preparando el pan para el día siguiente. —fue la mejor excusa que encontró.

—Qué pena. Te perderás la nueva revisión que le hice al poema de Snickers[64].

Kate sonrió. —Sí, es una pena.

Ada se guardó el cambio y recogió el pan. —Bien ,ya te contaré que tal sale y te traeré una copia mañana por la tarde, especial para ti, así podrás leerlo y disfrutarlo.

—¿De verdad? —Kate se obligó a mantener la sonrisa en su sitio—. Eso estaría genial.

Después de que Ada se marchase, Kate recolocó el pasillo de "la comida étnica", que consistía en frijoles fritos, salsa y latas de chili. Al mediodía llegó Stanley como había dicho. Su sonrisa curvaba hacia arriba las esquinas de su bigote, y canturreaba algo que sonaba como la obertura de "Guillermo Tell" todo el rato. Nada de "Delilah" o "What´s new Pussicat", sino música clásica como la que escuchaba Grace.

Él lo tenía mal.

---

[64] **N. de la T.** Snickers puede ser traducido como Risitas, pero en este caso es el nombre de la mascota de Ada

A las tres, Rob llamó para un pedido para el otro lado del parking. Kate resistió su vagancia esta vez, porque se figuraba que él probablemente querría hablar de las últimas novedades con ella.

Cuando Kate dejaba la tienda, pesadas nubes grises colgaban sobre las montañas, amenazando con llover. Una fuerte brisa jugaba con los lazos que cerraban y aseguraban los bordes frontales de su blusa color crema. Vestía una falda color melocotón con algo de vuelo y unos zapatos de plataforma color crema que se ataban al tobillo con una correa .El viento azotaba su pelo mientras ella echaba una mirada dentro de la bolsa. Cuatro barritas de granola y una botella de zumo de fruta de la pasión.

Algunas personas eran tan predecibles.

Dentro de Sutter Sports, un hombre y su hijo miraban la hilera de bicicletas montañeras mientras una mujer apoyaba los codos en el mostrador de la caja. Enfundada en un estrecho par de vaqueros Wranglers apuntaba con su trasero a Kate. Rob estaba de pie al otro lado del mostrador, charlando y dando golpecitos con un boli sobre la caja registradora. Llevaba un polo verde oscuro con el pez del logo de la tienda sobre el bolsillo del pecho, y cuando la miró, una sonrisa curvó sus labios.

—Nena —dijo—. Estoy tan contento de que finalmente estés aquí.

"¿Nena?" O estaba de verdad realmente hambriento o estaba hablado con otra persona. Kate miró sobre su hombro mientras se dirigía hacia él. No había nadie detrás de ella, y se giró mientras Rob salía de detrás del mostrador e iba hacia ella. Estaba a punto de preguntarle si había estado comiendo virutas de pintura cuando él la sorprendió aún más.

La envolvió en un gran abrazo que levantó sus pies del suelo y el aroma de su jabón de sándalo llenó sus pulmones. Su estómago se aligeró un poco, como si hubiese tragado aire.

—Hazte pasar por mi novia —le dijo él al oído.

Kate miró por detrás de él cuando Dixie Howe se enderezaba y se giraba. Ella, de alguna manera se las había arreglado para embutir sus pechos en un pequeño top que dejaba al descubierto el ombligo y que era más adecuado para la playa que para un nublado día de abril. Y también más adecuado para alguien de la mitad de su edad.

—¿A cambio de qué?

—Te daré diez pavos.

—Olvídalo.

—Le diré a todo el mundo que tu mermelada de jalapeño es genial y que se acerquen al M&S y cojan un tarro antes de que se acabe.

Ella sonrió y se apartó lo suficiente para mirar esos ojos rodeados por gruesas y oscuras pestañas. Colocó su mano libre en un lado de su cara bien afeitada y plantó un sonoro beso en su boca.

Su perilla le rascó la barbilla y ella se separó y sonrió. —¿Estás contento de verme a mí o a mis barritas de granola?

Él se rió y la colocó de nuevo en el suelo. —Ambas cosas. —Una de sus manos bajó por su espalda y descansó en la curva de su trasero. Ella le regaló una dura mirada, y él a cambio le echó una sonrisa de las que paran el corazón—. Estoy seguro de que conoces a Dixie —dijo. Y se giró hacia la otra mujer, sin embargo, no quitó la mano.

—Sí —respondió Kate—. Dixie viene al M&S ¿Cómo estás?

—Estoy bien. —Dixie miró a kate y encogió los hombros, como si no viese el atractivo—. Bien, me marcho, Rob, si cambias de idea házmelo saber.

—Nos vemos.

—¿Cambiar de idea acerca de qué? —preguntó Kate en voz baja mientras las puertas se cerraban detrás de Dixie.

Él echó una ojeada al hombre con su hijo que miraban las bicis y subió la mano de su trasero a su cintura. Una vez más la acercó a él. Su bigote de Fu Manchú le hizo cosquillas en la sien cuando le dijo al oído. —Su versión del pretzel sexual.

—¿Y no estás interesado?

—No! Ella… también está disponible para todos en el pueblo.

—Y tiene esos espeluznantes pechos falsos.

Hubo una larga y silenciosa pausa antes de que él dijera, —sí, eso también.

—Apartó la mano y le cogió la bolsa de comestibles—. Fruta de la pasión. Pensé que le había dicho a Stanley de kiwi. —Encogió los hombros—. ¿Quieres un poco?

—No, es demasiado dulce. Tengo que estar del ánimo correcto para la fruta de la pasión.

—Ésa es la diferencia entre los hombres y las mujeres. Las mujeres tienen que estar de ánimo y a los hombres siempre les apetece un poco de fruta de la pasión.

—¿Las mujeres necesitan una razón y los hombres sólo un lugar?

Él le quitó la tapa. —Ya lo sabes, nena.

—Dixie se ha ido. Puedes dejar de llamarme nena. —ÉL le sonrío burlonamente y se giró hacia el hombre y su hijo—. Esa Heckler es una buena bici —dijo, y fue hacia ellos. Tomó un trago de su fruta de la pasión—. Es ligera y soporta buenas palizas.

—Mil dólares es un poco excesivo —dijo el padre agitando la cabeza.

—¿Cuánto se quiere gastar?

—No puedo permitirme nada de más de trescientos.

—Tengo una Mongoose[65] de doscientos cincuenta y nueve. —Rob apuntó hacia la parte de atrás con la botella—. Se la enseñaré. —Los tres pasaron por delante de los cascos, y él giró la cabeza para mirar a Kate—. ¿Puedes quedarte? .Necesito hablar contigo.

Como era curiosa y quería saber lo que él pensaba de la inminente boda de su madre, decidió que podía quedarse unos minutos. —Claro. —Mientras esperaba, circuló por la tienda, mirándolo todo, desde las tiendas de campaña para una sola persona hasta el equipamiento de los anzuelos de mosca. En un pasillo, ella se probó unos guantes sin dedos y miró los pañuelos y cintas del pelo de la marca ROAD DOG. Se quitó los guantes y se acercó al mostrador de caja donde se probó unas gafas de sol Oakley. Cuando se probaba el tercer par, Rob salió de la parte de atrás junto con el niño y su padre.

—Creo que se la tendré preparada para mañana —dijo.

En la puerta los dos hombres se dieron la mano y Kate volvió su atención al pequeño espejo en la vitrina de las gafas. Giró la cabeza de un lado a otro y no pudo determinar si le quedaban bien o parecía un bicho raro.

---

[65] **N. de la T**. Mongoose es una de las marcas de bicicletas montañeras y urbanas más populares en USA

—¿Quieres aprender a pescar con mosca? —preguntó Rob, mientras cruzaba el suelo de madera hacia ella.

Ella le miró a través de unos cristales de iridio azules y rojos, y la etiqueta que marcaba los ciento cincuenta dólares, el precio que colgaba del puente de las gafas de sol le golpeó en la nariz. Su madre iba a casarse con su abuelo, ¿y eso era de lo que él quería hablar? ¿Hoy? Se quitó las gafas y las volvió a colocar en la vitrina.

Seguramente a estas alturas él ya habría oído la noticia. Si no lo había hecho, no era cosa de ella contárselo, sino de su madre.

—El domingo. —Colocó la botella vacía al lado de ella—. Ambas tiendas cierran los domingos y apuesto a que estás sexy con las botas hasta las caderas.

Ella elevó una ceja. —¿Sexy?

Él eligió un par de Brinkos de montura de carey de la vitrina, y las puntas de sus dedos acariciaron su cara mientras lentamente se las colocaba sobre el puente de la nariz.

—Sexy.

Kate le miró a través de los cristales dorados y su voz tomó ese embarazoso tono entrecortado que la cercanía de él le provocaba algunas veces.

—Estaría ridícula.

—¿Vendrás conmigo?

Ella negó con la cabeza. —Si quiero pescado, sólo tengo que ir a la nevera del M&S.

—Es atrapar y soltar. —Él le quitó las gafas y apartó la mirada el tiempo suficiente para volver a colocarlas en la vitrina—. Te recogeré a las seis.

—¿De la tarde?

—De la mañana.

—Es mi único día para dormir hasta tarde.

—Haré que valga la pena tu tiempo. —Deslizó otro par de gafas en su cara y acarició con el dorso de sus dedos su mejilla y su cuello. Su contacto era mágico, enviando su increíble energía sexual y haciendo que bailara a través de su piel.

Ella le miró a través de sus lentes oscuros, y su respiración se le atascó en el pecho alrededor del corazón. —¿Cómo?

—Te dejaré usar mi segunda caña de pescar favorita.

—¿Por qué no puedo usar la primera?

Él se rió y colocó las gafas de sol encima de la caja registradora. Su cabeza oscura ocultándolo todo excepto a él. —En cualquier momento, nena —susurró, justo encima de sus labios.

Las manos de ella agarraron el frente de su camisa. —Rob, pienso que…

—No pienses. —ÉL presionó una de las manos de ella sobre su corazón, y ella pudo sentir los fuertes latidos contra su palma—. Sólo siente. Siente lo que me haces. Siente lo que ocurre cuando estoy cerca de ti. —Su boca cubrió la suya e hizo desaparecer todo excepto el cálido aroma masculino llenando sus pulmones, el impecable enredar y deslizar de sus lenguas, y el sabor de él. Sabía bien, a fruta de la pasión y a lujuria.

ÉL inclinó la cabeza a un lado y subió la temperatura. El beso se volvió más caliente, más mojado, y ella arrancó los dedos de su camisa para colocar sus manos alrededor de su cuello.

Él gentilmente succionó su lengua dentro de su boca, y ella se tambaleó contra él. Él presionó con una mano la parte baja de su espalda y empujó sus pechos contra su sólido pecho. Sus pezones se tensaron y el deseo puso un nudo en su estómago, una reacción visceral al sabor de su boca, al toque de sus manos ,y al pesado bulto rozando su bajo vientre. Su cuerpo le recordaba y quería más del placer que él podía darle.

Su beso era como el ron-miel caliente que ella había bebido la primera noche, cuando se conocieron. Sabía muy bien en su boca y se extendía como el fuego a través de su cuerpo, calentándole la boca del estómago y haciéndola perder la cabeza. El beso se volvió urgente, necesitado, como si él quisiera succionar el aire de sus pulmones. Era tan bueno haciendo que su cuerpo reaccionase al suyo, y que olvidara exactamente porqué debería evitar cualquier tipo de relación. Ella apartó su boca de la suya.

—No puedo hacer esto —dijo, mientras tomaba aire profundamente—. Vine aquí a hablar de Stanley y de tu madre. No deberíamos hacer esto otra vez.

—Claro que deberíamos.

No, no deberían. Él era malo para ella. Aplastaría su corazón y ella no creía que pudiera aguantar otro corazón roto. Apartó la cara. —Creo que deberíamos ser sólo amigos.

—En este momento no puedo ser sólo tu amigo.— Él tocó su barbilla e hizo que lo mirara. —La otra noche cuando fui al M&S, no planeaba hacerte el amor. Ni siquiera sabía porque estaba llamando a la puerta hasta que contestaste. Entonces te vi allí de pie y lo supe. —Él presionó su frente contra la suya—. Me siento atraído por ti, Kate. Solía pensar que era sólo sexo. Que sólo quería tenerte desnuda, pero ahora es más que eso. Me gusta hablar contigo y estar contigo. Te busco entre la gente en el momento en que entro en la tienda de comestibles, y la mayoría del tiempo ni siquiera sé que lo estoy haciendo.— Se movió hacia delante y su nariz rozó la de ella. —Después de hacer el amor contigo la primera vez, debería haberte llevado a casa y hacerte el amor en mi cama. Durante toda la noche.— ÉL hizo una pausa y su tono de voz se hizo más bajo, más brusco, cuando habló de nuevo. —Eso es lo que quería hacer entonces. Y lo que quiero hacer ahora.— ÉL echó la cabeza hacia atrás. —Pienso en ti cuando no estás alrededor y lo realmente patético es que ni siquiera estoy seguro de que yo te guste mucho.

—Me gustas. —susurró ella mientras recorría con los dedos la parte de atrás de su fino pelo. Él parecía saber que decir exactamente para despojarla de su resistencia—. Incluso cuando intento con todas mis fuerzas que no me gustes.

Él la cogió de la cintura, la levantó y la tumbó de espaldas en el mostrador—. Sólo piensa en toda la diversión que podríamos tener si no lo intentaras tanto. —Se colocó de pie entre sus piernas y presionó sus manos bajo su falda. Él deslizó las palmas hacia la parte de arriba de sus muslos. La calidez de su toque se extendió hasta su entrepierna.

Ella le asió de las muñecas, y con su último jirón de cordura dijo. —No podemos hacer esto aquí. Tengo que volver al trabajo.

Él la beso en un lado del cuello. —¿Qué llevas puesto?

Ella inclinó la cabeza a un lado. Ok, un minuto más. —Una falda.

—No. —Sus dedos acariciaron el borde de sus bragas—. Aquí. Parece encaje.

—Lo es.

—¿De qué color?

—¿De qué color? En ese momento ella no podía recordarlo.

—Blancas ¿Quizás?

ÉL soltó un profundo gemido desde su garganta y se alejó lo suficiente para poder mirarla a la cara. —Enseñámelas.

—¿Ahora mismo?

—Sí.

—Podría entrar alguien.

—Nadie va a entrar.

—La última vez que estuve aquí entraron dos niños.

Él movió las manos por la parte exterior de sus muslos y presionó los pulgares en el encaje que cubría su entrepierna.

—Tus bragas están mojadas.

—Tengo que ir a ayudar a Stanley —dijo ella en un suspiro—. La tienda se llena para las cinco.

Él sonrió. —Entonces tenemos una hora.

—Alguien podría entrar aquí. —protestó una vez más pero no apartó su mano.

Él deslizó un pulgar bajo su ropa interior y la tocó allí. —¿Te importa?

¿Le importaba? Él golpeaba suavemente su resbaladiza carne y ella no podía recordar la pregunta. Oh sí.

—Alguien podría entrar.

—Levántate la falda para que pueda comerte las bragas.

¿Podía ella permitir que un hombre con el que sólo había tenido sexo una vez y en una tienda oscura le comiera la ropa interior? ¿Ahora mismo? Ella miró dentro de sus profundos ojos, repletos de lujuria y de promesas de sexo genial.

Ella deslizó las manos por sus hombros y sus brazos, alcanzó su falda y se la subió hasta la cintura.

Él sonrió y bajó la mirada de su camisa hasta sus muslos. —He querido hacer esto desde hace mucho tiempo. —La besó en la boca y en el cuello y luego se arrodilló en frente de ella .Levantó su mirada hacia la suya, y su sonrisa se llenó de oscuro, delicioso pecado—. Pon tus pies sobre mis hombros —dijo. Mientras empujaba su trasero hasta el borde del mostrador.

Kate plantó sus manos detrás de ella mientras él besaba el interior de su rodilla e iba descendiendo.

Él no malgastó el tiempo en preliminares .Se puso a trabajar. Apartó sus bragas a un lado y la condujo hasta su boca. La inmediata, ardiente succión de su cálida boca le robó la respiración, y su cabeza cayó hacia atrás. La besó entre los muslos del mismo modo que cuando la besaba en la boca, con una pasión irresistible, extrayendo sonidos inconexos de placer de su garganta y de la suya. Ella cerró los ojos mientras el deseo pulsaba y palpitaba justo bajo su piel, la pérdida de control hizo que curvara los dedos dentro de sus zapatos. La acarició con la lengua, presionando dentro de su superficie resbaladiza y conduciéndola dentro de su boca para un lujurioso beso que casi la envía al borde del abismo. Repetidamente, él la empujó hasta el punto del orgasmo, únicamente para dar marcha atrás y mordisquear el interior de su muslo y tocarla con los dedos. Cada vez la llevaba más alto, más lejos hasta que un profundo orgasmo la rompió en pedazos. Empezó en la boca de su abdomen y trabajó a toda prisa extendiéndose por su piel como fuego líquido. Sus dedos y la parte de atrás de sus rodillas se estremecieron, y se oyó a sí misma gritar su nombre. Parecía durar eternamente y entonces él estuvo sobre ella, besándola y tocándole los pechos a través de la ropa.

Como siempre, el deseo le rodeaba, ardiente y vital. Kate sintió su implacable fuerza al tiempo que envolvía sus brazos alrededor de su cuello. Ella le besó en la garganta y él alcanzó su cartera, Sacó un condón del interior y ella se lo cogió.

Él se desabrochó los pantalones y se los bajó por los muslos junto con los calzoncillos blancos.

Kate tomó en su mano su grueso pene, e hizo rodar el delgado látex desde la cabeza de su eje hasta la base. Rob la miraba, fuego, necesidad y codicia ardían en sus ojos mientras ella se lo colocaba. Su boca descendió hacia la suya y su lengua penetró en su boca al mismo tiempo que él entraba en ella, zambulléndose tan completamente, tan profundo, que si ella no hubiese estado preparada, le habría hecho daño.

Ella envolvió sus piernas alrededor de su cintura mientras él se conducía dentro de ella, una y otra vez, duro y profundo. Ella se pegó a él, dando la bienvenida a cada penetración de sus caderas y sintiendo que cada golpe la empujaba una vez más al orgasmo.

Rob arrancó su boca de la suya y la aplastó contra su pecho. Sus dedos se enredaron en su pelo y él se zambulló dentro de ella una última vez. La tuvo abrazada así, pegada contra su pecho, hasta que sus respiraciones volvieron a la normalidad. —Eso fue… —él hablaba sobre su coronilla—, no estoy seguro, pero creo que fue el mejor… creo que nunca me he corrido así.— Él bajó las manos y frotó la parte superior de sus muslos. —Gracias, Kate.

Ella se echó hacia atrás y le miró a la cara. —De nada, pero tú hiciste todo el trabajo.

—Sí. —Una sonrisa torcida curvó sus labios—. Pero es la clase de trabajo que no me importa hacer.— ÉL se retiró de ella en busca de sus calzoncillos. Se subió la cremallera de los pantalones y después la ayudó a bajar del mostrador. Su ropa interior estaba enrollada a un lado y ella se dirigió rápidamente al baño que estaba en la parte trasera de la tienda y se deslizó dentro.

Ella se "ocupó de sus asuntos", y después abrió el grifo para lavarse las manos. Se miró en el espejo sobre el lavabo y el reflejo le devolvió la mirada. Su pelo estaba hecho un desastre, sus mejillas sonrojadas y su labio inferior parecía agrietado a causa de la perilla de Rob. Parecía una mujer que acababa de tener sexo.

El agua corría por sus manos mientras ella se contemplaba a sí misma. Acababa de tener sexo encima del mostrador frontal y cualquiera del pueblo podría haber entrado. —Oh Dios Mío. —susurró. Su cara ardió y sus oídos comenzaron a zumbar. No podía creer que hubiese hecho eso.

—Kate, —Rob dio un golpecito en la puerta. —Si has terminado, necesito entrar ahí.

Ella cerró el grifo y se secó las manos. Abrió la puerta, pero no pudo mirarle a la cara. Trató de pasar por delante y él le sujetó el brazo.

—Quédate justo aquí.— Él la soltó y se bajó la cremallera de los pantalones. Se bajó los calzoncillos, y ella se volvió hacia él.

—Tío, cierra la puerta. ¿Eso no es personal?

—Cielo, acabamos de superar lo personal. —Echó el condón al váter y tiró de la cadena. Ella le oyó subirse la cremallera y después abrir el grifo—. No creo que haya nada más personal que hacer sexo oral encima del mostrador —dijo él, mientras se secaba las manos con las toallas de papel.

—No puedo creer que hiciera eso. —Kate se colocó las manos en las mejillas—. Alguien podría haber entrado por la puerta y haber visto tu cara...

Él se giró hacia ella y tiró la toalla de papel. —La puerta estaba cerrada.

—¿Qué?

Él la cogió de las muñecas y la miró a la cara. —Nadie podía entrar. Cerré la puerta cuando salió el tipo de las bicicletas montañeras.— Le dio un rápido beso, tomó su mano en la suya y la condujo fuera de la habitación trasera. —Dos fantasías cumplidas. Faltan ciento noventa y ocho.

—¿Cerraste la puerta?

—Sí. No podía dejar que alguien nos pillara.

Sus pies se pararon. —¿Estabas tan seguro de que tendría sexo contigo?

—Diablos, no. —Él se giró y la miró—. En lo que a ti concierne, nunca sé que esperar. Sólo quería estar preparado. Soy como un Boy scout.

Ella se rió, y continuaron hasta la puerta.

—Ven a casa conmigo.

—Tengo que trabajar hasta las seis.

—Te recogeré después. Podemos cenar algo y luego puedes enseñarme tu tatuaje. —ÉL alzó su mano y la besó en los nudillos—. Sólo cruzaré el parking a las seis.

—No, yo conduciré hasta tu casa. —Ella quería ir en su coche, por si acaso había algún problema. No es que fuera a buscar uno. Iba a ser optimista aunque eso la matara.

Él deslizó los labios por el interior de su muñeca, y luego soltó su mano. —Si no estás en mi casa a las seis y media— dijo, mientras abría con llave las grandes puertas dobles, —voy a ir a buscarte.

—¿Temes que no aparezca?

—Te dije que nunca sé que esperar de ti.

—Estaré allí— dijo ella mientras salía. Anduvo un poco y se paró para mirar atrás y ver si él la estaba observando.

Sí que lo hacía.

Permanecía de pie con los brazos cruzados bajo el pecho, su peso descansando en una pierna, y la cabeza inclinada a un lado.

Rob Sutter era un corazón roto en potencia, pero no si la chica no era tan tonta como para enamorarse de él. Su pasado probaba que era una mala relación, pero si la chica no quería eso de él no era un problema.

Kate se movió entre dos coches aparcados al lado de una farola. Si todo lo que una chica quería o esperaba era pasar un buen rato y lujuria implacable, entonces Rob Sutter era definitivamente su tipo.

"Dos fantasías cumplidas. Quedan ciento noventa y ocho" Había dicho él. Si todo lo que una chica quería era un hombre de fantasía, Rob Sutter era perfecto para ese papel.

Capítulo 17

Novecientos noventa y siete por recorrer. Kate estaba en una maraña de sabanas y piernas, la húmeda boca de Rob estaba en la parte baja de su espalda y sus manos detrás de ella. —Tu tatuaje me enciende. —Un montón de cosas lo encendían. Su caminar hacia la puerta frontal lo había hecho saltar sobre ella como un pato sobre un insecto. Por lo menos lo habían hecho en su cama esta vez.

Ella se volvió, y su boca se encontró a su ombligo. Su estomago gruñó, aunque en ese momento ella no estaba segura si era más hambre por él o por comida.

Él se levantó y se sentó sobre los talones. —¿Quieres algo de comer?—

La dorada luz del sol se repartía desde la ventana sobre la cama de Rob, filtrando a través del oscuro y fino bello que abarcaba la definición del grosor de los músculos de su pecho y los bordes planos de su estómago. Un oscuro, feliz camino circulaba su ombligo, llevándolo directamente hacia abajo, a su bajo vientre, su vello púbico y su erección. Una larga e inflamada cicatriz corría desde su esternón hasta su ombligo, estropeando la perfección de su cuerpo.

—¿Qué tienes en mente?

—Sándwiches de jamón. —Se levantó de la cama y se trasladó a su vestidor. Sacó un par de pantalones cortos de gimnasia y le lanzó una camiseta grande con un logotipo de hockey en el frente. A medida que se abrieron paso a la cocina pasaron por encima de sus bragas y su calzoncillo en el medio de la habitación, su sostén y la camisa de él en la escalera, y su vestido en la puerta delantera.

La luz de la cocina brillaba frente a las ollas y sartenes y los electrodomésticos de acero inoxidable. Rob abrió el refrigerador y miró hacia adentro. —¿Tu abuelo mencionó que le pidió a mi madre casarse con él?

— Sí. —Su mirada se fijó en las escamas de oro grabadas en negro sobre su hombro y bajaba por el lado izquierdo de su suave espalda. El tatuaje descendía por debajo de la cintura de sus pantalones cortos y aparecía de nuevo envolviéndose alrededor de su muslo derecho. Más temprano, ella había recorrido con la punta de sus dedos la extensión del tatuaje. Rob se había estremecido y la serpiente pareció cobrar vida y moverse a través de su piel. Dos pequeñas cicatrices marcaban su espalda sobre el ancho de una mano de distancia—. Mi abuelo me lo dijo cuando llegó a su casa ayer por la noche. Cuando escuchaste las noticias?

—Esta mañana. —Él puso un frasco de mayonesa, una lechuga, un paquete de jamón, y dos cervezas de trigo en la isla de trabajo. —Eso es lo que quería hablar contigo más temprano, cuando me trajiste más barras de granola. —Él se trasladó a la despensa y agarró una barra de pan—. Pero yo me distraje. ¿Recuerdas?

Sí, ella se acordaba. —¿Qué piensas tú de sus planes? —Kate preguntaba y agarraba el abridor de botella que estaba pegado en el refrigerador. Ella destapó la parte superior y le entregó una botella.

—Le dije que no tenía que casarse sólo porque ella se acostara con Stanley. —Él levanto la cerveza—. Y ella me recordó que los más graves problemas en mi vida fueron causados por el sexo fuera del matrimonio. —Él tomó un largo trago, y luego absorbido una gota desde la comisura de sus labios—. Creo que si hubiera tenido nueve años, me habría golpeado.

Kate se echó a reír. —Le dije lo mismo a mi abuelo, y su reacción fue muy parecida a la de tu madre. En realidad utilizó la palabra fornicación como si fuera una cosa mala.

La risa de Rob se unió a la de Kate, y él dejó la botella y tomó ocho rebanadas de pan de la bolsa. Cuando Rob extendió la mayonesa en el pan, Kate destrozó la lechuga y lo observaba de reojo. Le gustaba la forma en que su tatuaje se trasladaba cuando flexionaba los brazos. De hecho, había muchas cosas que le gustaban de él. Su amplio pecho peludo y su abdomen plano estaban altos en su lista.

—Si Stanley la hace feliz, entonces me siento feliz. Será un poco raro al principio. Rob amontonó jamón sobre el pan, entonces cortó los sándwiches con el cuchillo.

—¿Esto me hace tu tío o tu primo?

Ella no había pensado en eso. —Dejémoslo así y no digas nada más.

Puso los bocadillos en un plato y la miró a la cara. —¿Sabes lo que dicen?

Miró arriba pasando de su bigote y nariz y hacia sus ojos. —¿Qué?

—El incesto es mejor. —Él tomó su barbilla ligeramente entre los dedos y la besó en la boca—. Por supuesto, yo no sé eso de primera mano.

—Me alegro de que aclararas eso.

Juntos se trasladaron a la sala para sentarse a la mesa larga y formal. En medio de los bocadillos de sándwich y papas fritas, él le dijo que era la primera vez que había comido en la habitación. Habló de su hija y los planes que tenía para ellos cuando ella tuviera la edad suficiente para visitarlo durante los meses de verano.

—¿Por qué vives en Gospel? —preguntó ella mientras empujaba su plato a un lado después de un sándwich.

—Mi madre vive aquí.

—Sin embargo, tu hija vive en Seattle. Suenas como que la echas de menos.

—La extraño mucho. —Él tomó un mordisco, y luego lo tragó con cerveza—. Al principio me mudé aquí para recuperarme porque mi mamá es enfermera. Ella me ayudó con mi terapia física, pero sobre todo no podía soportar vivir en Seattle y no jugar al hockey. Me recordaba todo lo que utilizaba y tenía y perdí. —Él colocó la botella sobre la mesa, y sus ojos verdes se clavaron en los suyos—. Yo solía pensar que me había mudado aquí porque mi madre estaba aquí. La verdad es que vine aquí porque necesitaba un cambio. —Tomó una papa y se la comió—. Yo terminé quedándome porque me gusta estar aquí. — Él bajó la papa con su cerveza—. ¿No quieres otro sándwich?

—Uno es mi límite.

—Ahora es mi turno para hacerte una pregunta.

Ella tomó un trago de su cerveza, y entonces la volvió a bajar. —¿Qué?

—¿Por qué vives en el Gospel?

—Mi abuelo me necesita, — fue la respuesta fácil.

Se rascó la cicatriz recorriéndola por su desnudo pecho y se inclinó hacia atrás en la silla poniéndola en dos patas—. No me estoy creyendo eso. Tu abuela ha estado muerta por más de dos años.

Ella lo miró, su relajada y sexy fantasía masculina. ¿Qué importaba lo que ella le había dicho? No era como si ella tuviera que echarse para atrás por temor a matar la relación. Ella se apartó el pelo detrás de las orejas y le habló acerca de Randy Meyers. ¿Cómo había encontrado a su familia para él y lo que había hecho con la información que le había dado él. Ella le contó cómo había mirado a Randy y parecía tan normal.

—No siempre se le puede decir loca a una persona por mirarlo —dijo.

Rob asintió con la cabeza. —Stephanie Andrews no parecía una loca, hasta que me disparó. Lo más espantoso acerca de los locos es que pueden parecer tan normal.

Estaba en lo cierto.

—¿Has visto a Kathy Bates en Misery? —preguntó cuando las patas de su silla cayeron al suelo—. Ella era escalofriante como el infierno. —Él alcanzó otro sándwich y le dio un mordisco.

—Sí que lo era, Sr. Hombre.

Él se rió y tragó. —Así que renunciaste a tu trabajo y te trasladaste a Gospel, porque un loco psicópata mató a su familia?

—Esa fue una de las razones. Lo dejé porque no podía mas decirme a mi misma que las personas que rastreaba eran maleantes y merecían ser encontradas y que de alguna manera era mejor.

—Has venido aquí para un cambio al igual que yo —dijo como si fuera un hecho.

—Tal vez.

—¿Crees que alguna vez volverás?

—¿Al trabajo de detective? —Ella sacudió la cabeza.

—A Las Vegas?

Ella lo pensó un momento. Las Vegas la había masticado en piezas y escupido fuera, pero a veces extrañaba realmente las brillantes luces de la gran ciudad que nunca dormía. —Tal vez. He pasado gran parte de mi vida allí. Ahí es donde me gradué en mi último año de la escuela secundaria, y me fui a ULV. Ahí es donde iba a las fiestas como una

estrella de rock y más tarde obtuve mi licencia de PI (Investigadora Privada). Siempre la sentí como una casa para mí. Tal vez volvería otra vez.

Rob despachó su bocadillo y el de ella, entonces la llevó escaleras arriba. Tuvieron relaciones sexuales en contra de la pared de granito de la ducha, encargándose de la fantasía número novecientos noventa y seis. Después, la secó y observaron las noticias de las diez. Cayó en un agotador sueño durante el reporte meteorológico.

Kate se quitó el brazo de la cintura y recogió sus zapatos y la ropa interior. Ella lo miró por última vez, dormido dentro de la maraña de sabanas y la torrencial luz plateada de la luna que atravesaba la cama. Ella bajó la escalera y tiró su vestido por la cabeza. Se puso los zapatos y metió sus bragas y sujetador en su pequeño bolso negro.

Luego se fue silenciosamente cerrando la puerta tras ella, porque eso es lo que hacías con una fantasía. Te ibas antes de hacer algo estúpido como pasar la noche. Antes de que te pudieras engañar a ti misma pensando que lo que tenías era real.

Rob entró en el M & S a la mañana siguiente, y su mirada de inmediato buscó a Kate. Estaba de pie detrás de la caja registradora, marcando los productos de una cesta de plástico azul para Regina Cladis. Ella se veía bien. Tan buena como algo que quería tirar por encima del hombro y llevar a casa. La mujer mayor dijo algo y Kate se echó a reír, un sonido cálido y divertido que se filtraba entre los huesos de sus costillas y se alojaba en su pecho.

—Buenos Días! Rob —Stanley lo llamó hacia él desde su posición en la máquina de café.

—Hola, Stanley.

—Hey, Rob —dijo Dillon Taber desde detrás de su taza de café.

—Hey, Sheriff. ¿Cómo te va? —Rob preguntó caminando a través de la tienda hacia la caja.

—No me puedo quejar.

Kate lo miró. Las comisuras de sus labios se curvaron sólo un poco, como si estuviera haciendo un gran esfuerzo por no sonreír. Llevaba una camisa blanca que se cerraba con cordones a través de sus pechos y tenía algún tipo de objeto negro debajo de ella. La camisa no era fuerte, y

no mostraba nada divertido, pero se las arreglaba para ser sexy como el infierno.

—Debería de probar la mermelada de jalapeño —le dijo a Regina mientras se movía detrás de ella en su línea—. Es muy buena.

—Eso es lo que dice Kate. —Regina se dio la vuelta y entrecerró los ojos en él a través de sus gruesas gafas—. Pero yo voy a pasar.

—Está bien, pero ayer vi luchando a Iona con Ada por un frasco.

Sus magnificados ojos se redujeron. —¿Por qué se pelearían por el mismo frasco?

No había pensado en eso. —¿Quién sabe lo que lleva a algunas mujeres a caerse a los guantes.

—¡Huh! —

—Aquí está el cambio, Regina —dijo Kate, a través de una sonrisa que ya no podía contener.

Tan pronto como la mujer mayor agarró su bolso y se marchó, Rob tomó su lugar en el mostrador.

—Tenemos que hablar sobre algo, nena.

Su sonrisa se aplanó. —¿Me estás llamando nena de nuevo?

—Lo sé. — Él puso sus manos sobre el mostrador y se acercó más—. ¿Quieres hablar aquí, o en un lugar más privado?

Echó un vistazo alrededor de la tienda, a continuación, sus ojos marrones se encontraron. —La Oficina de mi abuelo.

—Muéstrame el camino, —Él se movió detrás del mostrador, y su mirada se deslizó por la parte trasera de su blusa blanca hasta la cinturilla de sus pantalones negros. Finalmente había visto su tatuaje. Era azul y dorado y cubría una mejilla en su bonito culo, sin problemas. A él le gustaba.

Le gustaba todo lo de Kate. Excepto por una cosa.

—¿Por qué te fuiste la otra noche sin decírmelo? —le preguntó, tan pronto como estuvieron solos.

Se apoyó contra la puerta cerrada, su oscuro pelo rojo cayendo sobre los hombros.

—Tú estabas dormido y yo no quería que te despertaras.

—¿Por qué demonios te fuiste? —Cuando se despertó y descubrió que se había ido, se había enojado, y no sólo porque él quería otra ducha con ella.

—Yo no podía quedarme. No después de la conferencia que tuve con mi abuelo acerca de la fornicación.

En el pasado, había usado las mujeres y ellas lo habían utilizado.

Él no quería aquello con Kate. Había tenido un mal matrimonio. Él no quería eso tampoco. Quería algo intermedio. Algo que nunca había tenido antes. Una mujer en su vida que también le gustara fuera de la cama. Dio un paso hacia ella y introduciendo sus dedos por un lado de su pelo cuando la miró a los ojos. Aquellos ojos que lo miraron a él la noche anterior, brillando con el mismo doloroso deseo que él sentía por ella. —Si no querías quedarte a pasar la noche, por lo menos me hubieras dicho que te estabas yendo. Incluso si estoy dormido. De esa manera no te buscaría por todos lados, pensando que tal vez te has perdido en mi casa.

—Se mordió el labio inferior. —¿Hiciste eso?

—Bueno… sí. —Tal vez no debería haber admitió aquello. Antes de que pudiera confesar alguna otra cosa potencialmente embarazosa, la besó. Su intención era la de darle un beso rápido, pero lo mantuvo por una larga fracción de tiempo, y la quería, la necesitaba como si no se hubieran saciado la noche anterior, estableciéndose abajo en el vientre y retorciendo un duro nudo. Sus labios se separaron y su lengua lo tocó, lisa y cálida, saboreando el chocolate, crema batida y a Kate.

Cuando tomó aire, sus manos estaban debajo de su camisa y sobre sus pechos. Sus pezones eran duros contra sus palmas y sus dedos estaban envueltos alrededor de sus muñecas. A través de la puerta, oyeron a Stanley moverse en la sala de almacenamiento.

—Rob, no podemos hacer esto aquí —dijo con una voz inestable, en un susurro.

—¿Estás segura?

—Sí. Esta es la oficina de mi abuelo. Él está al otro lado de la puerta.

Ella estaba en lo cierto. Esta vez. —Lo siento —dijo, cuando deslizó sus manos por su cintura—. Me distraje otra vez.

Se lamió los labios húmedos por su beso. —Eso parece que te sucede muy a menudo.

Sólo con ella. Se hacía difícil respirar. Le hacía perder la cabeza. Tal vez porque se sentía seguro y cómodo con ella lo suficiente como para perder su mente. Sabiendo que la hacía perder la cabeza, cuando estaba enormemente excitado. Él le apretó la cintura y forzó a sus manos alejarse de ella. —Ven esta noche.

Sus ojos estaban un poco confusos, y parpadeó unas pocas veces como si estuviera tratando de despejar su cabeza.

—Vamos a cenar —agregó—. Jugaremos al billar. ¿A las seis y media?

Ella asintió con la cabeza y se metió de nuevo la camisa en sus pantalones.

—Si no te presentas —le advirtió, por segunda vez en menos de veinticuatro horas—, te vendré a buscar.

—Voy a estar allí. —Ella tomó una respiración profunda y abrió la puerta—. Voy a patearte el trasero en el billar.

—¡Sí cómo no! —se burló él, pero unas horas más tarde, ella había ganado cuatro de seis partidos. Probablemente porque se distraía con la forma en que se veía inclinada sobre su mesa de billar.

Él hizo carnes a la parrilla y comieron en el comedor de su casa otra vez. Entonces él la llevó a la cama, donde él anotó en grande.

Durante la semana siguiente, realizaron unas cuantas fantasías más, entre ellas un Rapidito en el callejón detrás del Rocky y el favorito de Rob un hummer en el Hummer.

Ella trajo una canasta de picnic, y comieron en la cama mientras veían a los Avalanche de Chinook jugar en la gran pantalla de televisión en su dormitorio.

Se arrodilló en el centro de la colcha a cuadros azul, llevaba una camiseta de sus viejos días de los Red Wings. Cubría desde sus hombros hasta la parte superior de sus muslos y se preguntó por qué se molestaba con la camiseta en absoluto. Él acababa de pasar una hora agradable aprovechando en cubrir cada parte de ella.

—Ouch. —Ella hizo una mueca cuando la cámara enfocó en un primer plano al portero de los Chinook Luc Martineau, aplastando la espalda de Teemu Selanne con su palo.

Cuando eso no pareció perturbar al Fin, Luc enganchó sus patines y lo llevó hacia abajo.

— Sí, —dijo Rob a través de una risa.

Ella extendió el queso Brie en una rebanada de baguette y se lo entregó a él. —Eso no fue muy agradable. —Ella recogió uvas verdes del tallo y le entregó aquellas también—. ¿Ese número sesenta y ocho es un poco lindo?

—¿Selanne? —Se metió una uva en la boca y frunció el ceño. ¿Lindo? Algo que se sentía un poco como celos se le clavó en el pecho. Sólo que no creía que fueran celos porque él no era un hombre celoso.

— Selanne golpea como una niña, y su acento es tan espeso, que no serías capaz de entenderlo.

—¿A quién le importa que hable —dijo observándolo por la esquina de sus ojos.

Él la agarró de la muñeca y tiró de ella hacia su desnudo pecho—. No sigas mirando a Selanne.

Se puso de pie encima de él y se sentó a horcajadas en sus caderas. —Muy mal que no haya visto ningún juego de hockey cuando tú jugabas.

—Tengo un montón de cintas de juegos viejos. —Él deslizó sus manos bajo la camiseta hasta su cintura—. Tal vez algún día te las muestre. Pero hoy no.

Las cintas estaban embaladas en una caja, donde han estado desde que había sido obligado a renunciar. Tenía cosas más importantes que hacer hoy. Y al día siguiente, también. Por primera vez en su vida, Rob comenzaba a inventar razones para ver a una mujer.

La estaba chequeando por la mañana, mientras ella horneaba pan, y la convenció de que necesitaba que ella condujera varias noches a la semana para ayudarlo a perfeccionar su granola. Él le dijo que tenía que encontrar el equilibrio justo para que no supiera a cartón y vitaminas. Le dijo que quería contratar a alguien que lo hiciera por él para que él pudiera vender a campistas y excursionistas en su tienda. Sabía que podía apelar a su espíritu emprendedor.

Era prácticamente una mentira y que no estaba en lo más mínimo arrepentido.

El primer domingo de mayo, la recogió a las seis de la mañana y se dirigieron a un pequeño sitio que él conocía sobre el río Big Wood, donde las truchas no podían resistirse a un anzuelo ninfa de gamuza en esta época del año.

—Estos no son lindos —dijo Kate, cuando salió en las botas de neopreno que le había dado. Rob le ayudó a tirar de las correas sobre los hombros de su camiseta y le puso el chaleco de pesca que había aparejado para ella. Empujó una gorra de esquí que le había dado por encima de su pelo, y ella lo vio atar una cremosa mosca de color beige al final de su guía.

—Estamos utilizando esto como carnada para qué? —preguntó y se inclinó para ver mejor.

—No, nena. Se trata de un señuelo no un cebo. —Y así cuando estaba a punto de recordarle que no la llamara nena, le dio un beso en la boca, luego se metió en el río. Ella lo siguió de cerca detrás de él, tomándolo de la parte trasera de su chaleco cuando él probaba las resbaladizas rocas comprometiendo su peso. La helada corriente empujaba en la parte trasera de sus rodillas mientras le mostraba cómo sostener su caña de pescar. Se puso de pie detrás de ella, con los brazos a lo largo de los de ella, le enseñó la manera básica del arrojado de hilo igual que su padre le había enseñado.

—Mantén la punta entre la una y la once en punto —le dijo, y cuando había dominado lo básico del arrojado, le mostró cómo agregar la línea—. Ahora vamos a tirar unos cuatro metros. —Haló la línea del carrete para que flotara en la corriente frente a ellos. Le mostró la cantidad de línea que debía dejar salir cada vez hacia atrás y hacia adelante para arrojar. —La idea es tener la mosca, apenas tocando el agua antes de traerla de vuelta.

Su ninfa se enganchó en los matorrales detrás de ellos y en lugar de perder el tiempo en recuperarlos, Rob metió la mano en su chaqueta, sacó sus tijeras y cortó la línea.

—Lo siento, perdí tu mosca —dijo mientras le arrancaba otra de su chaleco.

—No lo sientas. Se me pierden todo el tiempo. Es parte del deporte y tengo miles.

Él tomó su lugar detrás de ella una vez más, y deslizó la mano alrededor de su cintura mientras ella sacaba línea y comenzaba a arrojarla. —No, estás apretando tu muñeca. Suave como una caricia. —Bajó la boca a su oído—. Tú sabes acerca de caricias suaves, no, nena.

—No me vas a distraer —dijo cuando estaba trabajando en mantener la caña de pescar entre la una y las once—. Y no me llames nena.

—¿Por qué no?

—Debido a que has tenido probablemente un montón de "Nenas" en tu vida.

Pensó un momento. —No. Sólo tú.

El tercer domingo que salieron a pescar juntos, ella atrapó su primer pez. Una trucha arco iris de once pulgadas río abajo y le dio una buena pelea. El brillante sol de la mañana disparaba destellos en el agua, girando sobre sus piernas largas encerrada en sus altas botas de agua color verde oscuro. Su risa se mezclaba con el roce y ondulación del río mientras luchaba por sacar a tierra su trucha.

Mientras él le quitaba el anzuelo para ella, la observaba admirar los brillantes colores de la trucha arco iris.

Ella deslizó sus dedos por su cuerpo resbaladizo. —Es hermoso, Rob.

Sus ojos brillantes levantaron la mirada en la suya y sus mejillas estaban de un rosa brillante por el aire de la mañana fresca. Nunca había conocido a una mujer como Kate. Una que vestía pulseras de Tiffany y ropa interior de encaje, mientras que estaba en un río congelándose y pescando a su lado.

Ella tomó el pescado de sus manos y cuidadosamente se agacho hacia el agua. El pescado zarandeó su cola y salpicó sus botas. Luego se precipitó por debajo de la superficie y se lavó las manos en la congelada agua. Ella lo miró con puro placer y dijo: —Eso fue increíble. —Sintió un pinchazo en el pecho. Una pequeña e inconfundible presión cerca de su ventrículo derecho. No era como si nunca hubiera visto el placer en su rostro. Lo había visto muchas veces porque él la había puesto allí.

Tiró tres metros más de línea, trajo la punta de su caña de pescar y depositó su mosca cerca de la cabeza de un estanque profundo en el río.

La ninfa comenzó a arrastrarse, por lo que removió la punta de la caña río arriba y recuperó la línea.

Miró a Kate por las esquinas de sus ojos mientras comprobaba el estado de su mosca. No hubo ningún pinchazo o tirón en ese momento. Nada que lo dejara confuso.

Él movió la cabeza y se relajó. No había nada que tenía que intentar o figurarse.

El siguiente domingo era el Día de la Madre y no irían a pescar. Él y Kate cenaron con su madre y Stanley. Una pasta de menta, chuletas de cordero y patatas rojas, escucharon los planes de boda. La fecha se fijó para el segundo sábado de junio.

Stanley y Grace estaban planeando casarse en el parque junto al lago y ambos planeaban leerse poemas entre sí. Le pidieron a Rob y Kate que se estuviera de pie con ellos.

—Claro —dijo Kate, la comisura de sus labios se estremecieron.

—¿Cuánto tiempo duraran los poemas? —preguntó Rob.

—Oh—, su madre respondió: —quince o veinte minutos.

Él gimió para sus adentros y Kate se aclaró la garganta detrás de su servilleta de tela.

Cuando terminaron de comer y todos habían empujado sus platos lejos, Kate se ofreció a ayudar a su mamá a limpiar la mesa.

—No, tú quédate aquí y mantén a tu abuelo acompañado, —insistió Grace—. Rob me va a ayudar.

Rob se iba a Seattle en la mañana y pensó que su madre quería hablar en privado sobre su viaje.

—¿Qué está pasando entre tú y Kate? —Le preguntó ella.

—¿Qué? —Él la miró y metió los platos en el fregadero. No lo había visto venir, pero no estaba del todo sorprendido.

—No juegues. —Ella puso los platos de servir en el mostrador, entonces metió la mano en un armario y sacó una lata de café descafeinado.

—Veo la manera en que la miras.

—¿Cómo la miro?

—Como si ella fuera especial para ti.

Abrió un cajón y sacó varios recipientes de plástico con tapas.

—Me gusta.

—La miras como si a ti te gustará más que eso.

Él puso la cuchara de papas rojas en un plato hondo y no comento nada.

—Me estas engañando. Yo sé que estabas jugando a darte puntapiés con ella debajo de la mesa.

En realidad, sus pies no habían estado tan cerca de ella, pero su mano había estado en su muslo la mayor parte de la noche. No había nada sexual, solo la estaba tocando. Él se encogió de hombros. —Me gusta mucho.

—Tienes treinta y seis. — Ella llenó la jarra con agua y luego dijo: — En tres semanas tendrás treinta y siete.

—Y el año que viene voy a tener treinta y ocho. ¿Cuál es tu punto? — le preguntó, aunque ya lo sabía.

—Solo que Kate es una chica agradable. Tal vez a alguien como tú podría tomarlo en serio. — Hizo una pausa y no tuvo que esperar mucho tiempo por el resto. — Tal vez casarse.

—Tal vez no, lo he hecho y me chupé eso.

—Tú te casaste con Louisa porque estaba embarazada.

—Eso no significa que yo no la amara. — Miró a su madre y le preguntó: — ¿Dónde está el pastel?

Asunto cerrado.

No había nada que pudiera estropear una buena cosa como hablar de matrimonio. Gracias a Dios Kate no lo empujaba en esa dirección. Ella nunca le preguntaba a dónde iba o cuándo volvería a verlo de nuevo. No se ponía celosa cuando hablaba con otras mujeres o paranoica cuando tenía que trabajar tarde y no podía verla. Ella no se lo tomaba como toda una chiquilla y quería hablar de su "relación".

En cuanto a él se refería, aquello hacía la relación casi perfecta.

El viaje de Rob a Seattle se convirtió en un viaje hacia el infierno. Desde su última visita, Amelia había decidido fijar su residencia permanente en las dos terribles ciudades, y regularmente lanzaba ataques como si estuviera poseída. El primer indicio de que se había pasado al lado oscuro, sucedió el día en que la llevó a jugar con la niña pequeña de su ex compañero de equipo, Taylor Lee.

Sólo llevaban en lo de Bruce Fish una media hora, cuando Amelia se había armado fuertemente con Henry el "Pulpo" de Taylor Lee y luego la golpeó en la cabeza con él.

El puño de Fishy era dócil en comparación con el espectacular puño que ella le lanzó, su última noche en la ciudad cuando la llevó a la Old Spaghetti Factory.

Ella estaba perfectamente bien durante la cena, bueno, todo lo bien que podía estar una niña de dos años de edad, pero en el camino, él le dijo que no podía tener los caramelos Salvavidas que ella sabía que él tenía en su bolsillo. Ella se arrojó al suelo y golpeó el suelo con los talones y todo lo que él podía hacer era mirar, por temor a que si la levantaba, le clavaría sus pequeñas botas rosas en sus pelotas.Su dulce bebita se había convertido en una niña demoníaca y por si fuera poco, Louisa había perdido claramente su mente, también. Justo cuando salía para su viaje de regreso, ella mencionó que ella y Amelia debían ir y quedarse con él en Gospel. No de manera permanente, sólo los fines de semana.

Durante los meses de verano, el negocio lo mantenía alejado de ver la mayor parte del tiempo a Amelia como a él le gustaría y no se oponía a verla más. Pero no quería que Louisa se quedara con él. Si ella traía el tema de nuevo, le daría los nombres de los agentes locales de bienes raíces.

Cuando su avión aterrizó en Boise alrededor del mediodía, estaba agotado y le esperaba un largo viaje hasta Gospel. A una hora de la ciudad, Kate lo llamó a su teléfono celular. Llegó quince minutos después de que él llegara a casa y al verla de pie en su porche era como mirar la luz del sol.

Al segundo de cerrarse la puerta detrás de ella, lo empujó contra de la madera dura. Un sorprendido oomph salió de su pecho y ella le agarró las muñecas y las colocó por encima de su cabeza. El Rolex de oro que le habían dado cuando había firmado con el Seattle Chinook se estrelló contra la puerta y se clavó en su piel. No le importaba. — ¿Qué has planeado? — preguntó.

—Un asalto.

Besó su cuello y el toque de su húmeda boca envió escalofríos por su espina dorsal, deshaciendo la tensión que había acumulado durante varios días.

—¿Vas a lastimarme?

—Sí, pero creo que no te vayas a quejar.

Cerró los ojos. — ¿Significa esto que me extrañaste?

—No —dijo ella, pero sus acciones daban fe de su mentira.

—Yo estaba demasiado ocupada para extrañarte. —Soltó una de sus muñecas y deslizó su mano por el pecho.

—¡Mmm! — murmuró, en voz baja mientras le chupaba la garganta. Le desabrochó la camisa y la sacó de la cintura de sus pantalones. Luego le cubrió la entrepierna y le dio un suave apretón—. ¿Esto quiere decir que me extrañaste?

—Dios sí — dijo a través de una torturada respiración.

Ella se rió y le besó a su manera, bajando por el pecho y la cicatriz. Se arrodilló frente a él y le apretó la cara en su vientre mientras le desabrochaba los pantalones. Alzó la vista hacia él y lo tomó en su mano.

Luego le besó en la cabeza de su dura polla y abrió las piernas para no caerse. Ella lo succionó en su boca caliente, húmeda y se quedó con él a través de su clímax.

Cuando terminó, tiró de su ropa interior y los pantalones a su sitio. —Creo que estoy enamorado —dijo, totalmente relajado.

Agarró la bragueta y la abrochó. —No, no lo estás. Es sólo el placer, el que habla. —Ella tenía razón, pero había una pequeña parte de él que deseaba que ella no hubiera renunciado tan rápidamente a lo que él había dicho, como si él no pudiera decirlo en serio. No sabía por qué debería molestarle, pero lo hizo. A él le gustaba mucho. Le gustaba tenerla a su alrededor. Le encantaba cómo lo hacía sentirse. Le

encantaba tener sexo con ella, pero eso no era amor. El amor no se sentía tan relajado. Está bien.

Su vida aquí en Gospel estaba resultando ser casi perfecta. ¿Por qué querría echarlo a perder con el amor?

Capítulo 18

Kate condujo su CRV[66] hasta la parada en el único semáforo de la ciudad. En el asiento del copiloto llevaba una de caja de Tiffany con un Egg Sucking Bugger. Durante la semana pasada, había trabajado mucho hasta conseguir atar la mosca para el cumpleaños de Rob. No le había quedado tan bien como lo podría haber hecho él. Había trabajado duro en ello, sin embargo, se preguntó si sabría apreciar el esfuerzo.

Se movió en el asiento, tratando de encontrar una posición más cómoda. La correa de imitación de diamantes que había pedido a Frederick's de Hollywood le hacía sentir incómoda como el infierno y le cortaba en las caderas, por no hablar de otros lugares.

Estaba hecha de cientos de piedras de cristal transparente, todos se encadenan entre sí para formar un triángulo brillante. El sujetador a juego le pinchaba en los pezones, y el cierre del centro se le clavaba en el seno izquierdo. Parecía una showgirl que se había escapado de Río. Ella no tenía que preguntarse si a él le gustaría su ropa interior.

El semáforo se puso verde y salió de la intersección. Alcanzó las gafas de sol sujetas en su visera y las deslizó en su cara. Eran las siete de la tarde y el sol de junio comenzaba a descender. Ella nunca antes había aparecido en su casa inesperadamente. No creía que le importara.

Él había mencionado su cumpleaños, de paso, unas cuantas semanas atrás, pero ella había evitado el tema para poder darle una sorpresa. Tenía planes para él que probablemente no se le olvidarían pronto.

No había visto a Rob en todo el día, pero no era la primera vez. Había llegado a estar tan ocupado últimamente que había contratado a dos personas para trabajar con él, además de los niños pequeños que pagaba para limpiar el equipo de camping. Pensó que probablemente había estado en la marina.

---

[66] **N. de la T.** CRV es uno de los modelos SUV 4x4 que tiene la marca automotriz Honda

El arnés de diamantes de imitación fina se le clavaba en el hombro, y pasó un dedo por debajo del cuello del abrigado vestido y se ajustó la correa. Desde la noche que Rob había regresado de Seattle, había notado un cambio sutil en él. Su trato parecía más personal. Más posesivo, como si estuviera tratando de acercarla más. Le había hecho un chaleco de pesca y le había dado algunos de sus más preciados anzuelos de moscas. El día que le regaló un libro sobre cómo convertirse en un genio emprendedor había sido el día que ella ya no pudo mantenerlo a distancia. No había sido capaz de decirle que él era su hombre de fantasía. Había mirado a su cara sonriente, y había hecho la única cosa que ella misma dijo que nunca haría.

Ella había tratado de mantener sus emociones en una caja fuerte, a distancia, pero su corazón no había seguido el plan. Se había enamorado de Rob. Realmente, perdidamente, enamorada a toda velocidad. La clase de amor que te roba el aliento, y eso la asustaba mucho.

Llegó al camino de la entrada y paró delante del garaje. Cogió la caja de Tiffany del asiento del pasajero y cerró la puerta del coche detrás de ella. Los tacones de sus sandalias plateadas golpeaban suavemente sobre el hormigón mientras ella se abría paso a través del camino de entrada. La tira de diamantes de imitación de su tanga tiraba, y caminaba con pasos muy cuidadosos hacia la puerta principal. Tocó el timbre y tuvo que mantener las manos deliberadamente a ambos lados. No quería que la pillara pellizcándose en el trasero cuando Rob abriera la puerta.

La puerta se abrió, pero no era Rob. Una rubia con un vestido corto de tubo rojo estaba de pie en el umbral. Tenía los ojos azules y una piel perfecta, sin un lunar o una mancha, sin poros abiertos en su hermoso rostro. Una campana de alarma sonó en la cabeza de Kate.

—¿Sí?

Kate miró más allá de la rubia, dentro de la casa. —¿Esta Rob?

—Sí. Esta por ahí — contestó ella, pero no se movió. — ¿Tal vez pueda ayudarte? — Había un leve filo de hostilidad en su suave voz.

—No, no creo que puedas. — Kate no tenía ni idea de quién era la mujer, pero ella estaba actuando como si fuera la dueña del lugar. — ¿Quién eres tú?

—Soy Louisa.

Ah. La ex. — Sí. Rob te ha mencionado. — Sin embargo no mencionó que Louisa era una preciosidad.

El tipo de preciosidad que se encuentra generalmente del brazo de un hombre muy rico. Tampoco mencionó que ella iba a ir a Gospel para su cumpleaños. La alarma sonó en el cerebro de Kate un poco más fuerte, pero ella la ignoró. Rob se había divorciado de la mujer perfecta, y como Kate recordaba, había dicho que la había querido, pero nunca le gustó. —Yo soy Kate Hamilton.

—Hmm. — Ella inclinó la cabeza hacia un lado, exponiendo el lóbulo de la oreja adornado con unos pocos diamantes de quilates. — Es interesante que Rob nunca te haya mencionado.

Whoa. Kate no se había equivocado acerca de la hostilidad. Y por mucho que odiara admitirlo, la pulla de Louisa rasgaba en algún lugar del área de su corazón. — ¿Por qué iba a hablar de mí a su ex-esposa? — Pero, ¿por qué no la había mencionado?

—Porque Rob y yo hemos estado hablando de reconciliarnos. Creo que si fueras una parte importante de su vida, él te habría mencionado.

Está bien, sentía un poco más que un timbre de alarma en su cabeza y una pulla en ese momento. Pero se dijo que Louisa estaba mintiendo. Tenía que ser. Rob no le haría eso a ella. Abrió la boca para responder, pero Rob se trasladó al vestíbulo desde la cocina.

Llevaba un tanque blanco y troncos de natación azules y a una niña con un bikini rosa y chanclas en sus brazos. La niña tenía el brazo alrededor del cuello de Rob, y Kate la reconoció de las imágenes dispersas alrededor de la casa de Rob. Cuando él volvió a mirar más allá de Louisa y vio a Kate, sus pasos se hicieron más lentos. —Kate.

—Feliz cumpleaños. — Ella le tendió la caja de Tiffany, amándolo tanto que su rasgado corazón se hinchó debajo del sujetador de diamantes de imitación. Ella iba a seguir siendo optimista o a morir en el intento.

—Gracias. — Puso a su hija de pie en el suelo, y luego tomó la caja. — Adelante.

El optimismo era una cosa. Sentarse junto a Rob y a su ex perra mientras los diamantes de imitación se le clavaban era otra. — No. No sabía que tenías compañía. Debería haber llamado.

—Eso hubiera estado bien — dijo Louisa.

Rob miró a su ex y frunció el ceño. — Tú no necesitas llamar. Quédate a cenar. Estoy a punto de encender la barbacoa.

Si él estuviera planeando reconciliarse, ¿la iba a invitar a cenar?, se preguntó encontrado un nuevo optimismo. —No, gracias. — Pero el optimismo no fue tan lejos. Esto no significaba que ella estuviera de pronto ciega. — Louisa me estaba contando que estáis pensando en casaros de nuevo.

—Eso no es cierto — dijo, y Kate sintió retroceder el dolor en el pecho. Un profundo surco apareció entre las cejas de Rob, y él le dio unas palmaditas a su hija en la cabeza. — Ve a buscar a tu bebé. Está en el sofá. — Cuando Amelia salió corriendo, volvió su atención a su ex esposa, — Déjalo ir.

Louisa le miró. Incluso su perfil era perfecto. — Me dijiste que lo pensarías.

—Lo hice y la respuesta sigue siendo no.

—Realmente necesitas pensar bien si deseas descartar la oportunidad de ser una familia otra vez.

—¡Louisa, por el amor de Dios! — explotó. — ¿Por qué siempre tienes que seguir empujando con lo mismo hasta que me cabreo? No me voy a volver a casar contigo. No me voy a casar con nadie. Nunca. Una vez fue suficiente.

Pasaron varios segundos hasta que las palabras se filtraron en el cerebro de Kate. Cuando lo hicieron, sintió el golpe directo, y ella dio un paso atrás. Oh, Dios. El dolor se disparó y la abofeteó. Estaba sucediendo de nuevo. Déjà vu. Tío diferente. Ropa interior traviesa diferente. La misma angustia.

—Perdón por interrumpir en tu cumpleaños. — Se dio la vuelta en un torbellino de dolor y confusión y se alejó antes de hacer algo realmente embarazoso, como echarse a llorar delante de esa rematada bruja de Louisa.

Rob la alcanzó el paso. —Kate. Te juro que no voy a volver a estar con Louisa. No tienes que irte.

—Sí. Tengo que hacerlo. —Ella siguió caminando. Necesitaba entrar en su coche. Si sólo pudiera entrar en su coche.

—Yo ni siquiera sabía que ella y la pequeña venían hasta que me llamó desde el aeropuerto de Sun Valley esta mañana.

—No importa. —Cogió el tirador de la puerta.

Él puso sus manos sobre los hombros de ella y la giró para enfrentarla a él. —Te llamaré mañana.

Los ojos le ardían y sentía que como si estuviera a punto de colapsar. Ella reconoció los síntomas. Iba a desmoronarse, pero todavía no. No hasta que estuviera sola. —No. No llames. No puedo seguir con esto. Pensé que podía, pero no puedo.

Sus cejas fruncidas. — ¿No puedes hacer qué?

—No puedo decirme a mi misma que la fantasía es suficiente. Es mentira. — Su voz vaciló, y miró hacia abajo a sus pies. — No importa cuántas veces me diga a mi misma que puedes herirme, me he enamorado de ti.

Después de varios latidos del corazón, él dijo, — Me preocupo por ti.

Ella le había dicho que lo amaba, y él había dicho que se preocupaba por ella. Ella supuso que era mejor que un "gracias". Lo miró y parpadeó para contener las lágrimas.

—¿Te preocupas por mí?

—Más que por cualquier otra mujer.

No era suficiente. No esta vez. — ¿Por cuánto tiempo? ¿Qué va a pasar dentro de un año? ¿Dentro de dos años? ¿Dentro de cinco años? ¿Cuánto de mi vida renuncio por ti? ¿Cuántas mentiras me digo a mí misma? ¿Cuánto tiempo más hasta que decidas que deberíamos salir con otras personas o que seamos amigos o que has encontrado a otra persona?

— ¡No sé! Durante el tiempo que dure.

Ella respiró hondo y soltó el aire lentamente. —Eso no es suficiente.

— ¿Qué demonios lo es?

—Un hombre que me prometa amarme para siempre.

Él apretó sus brazos. — Cristo, ¿estás hablando de un anillo de bodas? —Él negó con la cabeza. — Eso es una locura.

Locura. Ira mezclada con angustia. —Suéltame.

Los ojos de él se estrecharon, y dejó caer las manos. Se apartó del coche, y ella tiró de la puerta abriéndola y se metió en el interior antes de que comenzara a llorar delante de él. Metió la llave en el contacto y se alejó. Miró por el espejo retrovisor una última vez y alcanzó a verlo caminando por las escaleras antes de que se le nublara la visión y volvió su atención a la carretera.

¿Qué era lo que pasaba con ella? Se había dicho que tenía que mantenerse lejos de Rob.

Había venido a Gospel a tratar de averiguar lo que estaba mal con ella, no para enamorarse, con el corazón y el alma, de un hombre que nunca podría comprometerse enteramente a amarla tanto como ella lo amaba.

Salió a la carretera. No, había una diferencia ahora. La diferencia era que ella ya no estaba dispuesta a conformarse con menos de lo que se merecía. Ella amaba a Rob. Más de lo que podía recordar haber amado a otro hombre, pero su abuelo tenía razón. Ella se merecía todo lo que un hombre pudiera darle. Su corazón. Su alma. Su promesa de amarla para siempre.

Rob llevó a Louisa y Amelia al aeropuerto a la mañana siguiente. Le había costado mucho dinero conseguirlas otro vuelo privado, pero tenía miedo de matar a su ex esposa. Y realmente no quería hacer eso. No quería pasar el resto de su vida en la cárcel y tener a Amelia al cuidado de familiares.

Sin embargo, con lo enfadado que estaba con Louisa, no se acercaba a lo que sentía por Kate. ¿Qué diablos pasaba con ella? ¿Por qué había complicado todo el asunto queriendo más de él, queriendo casarse? Había pensado que ella era diferente, pero no lo era.

Tendría que haberlo pensado mejor antes de involucrarse con ella. Había aprendido por el camino duro que el sexo nunca era libre. Había siempre un precio. El precio de Kate era un anillo de bodas. Se había visto forzado a un mal matrimonio. No sería forzado a un segundo.

Eso simplemente nunca iba a suceder. Ella podía sentarse otra vez en su tienda a cocer pan y convertirse en una solterona por lo que a él le importaba. Le había gustado Kate. Él le había dicho la verdad cuando

había dicho que se preocupaba por ella. Él se preocupaba por ella, pero estaba intentando olvidarse de ella.

De ninguna manera iba a dejar que lo volviera loco.

Cuando aparcó el Hummer a una parada en la parte de atrás de Deportes Sutter, Adam Taber lo estaba esperando. Rob abrió las puertas del negocio, y Adam le siguió al interior.

—Sr. Sutter —dijo. — Wally no se puede venir hoy porque tiene la varicela.

—Está bien. No tengo mucho que puedas hacer. —Rob volvió a mirar a Adam sobre su hombro y miró de nuevo la bolsa que llevaba el muchacho en la mano. — ¿Qué es eso? —preguntó, y señaló que lo que se parecía mucho a una barrita de cereales.

—Barrita de cereales.

—¿Dónde la conseguiste?

—En el M & S. La señora de allí las está haciendo.

—¿Kate? ¿La señora con el pelo rojo?

—Síp. Ella me la dio gratis porque quiere que le diga a la gente que está muy buena. Luego ellos se la compran.

¡Ella había robado su idea de las barritas de cereales! — Adam — dijo. — Hazte cargo de la tienda hasta que Rose llegue a trabajar. Vuelvo en unos minutos. — Golpeó la puerta con la palma de su mano y colocó sus gafas de sol en la cara, tan enojado que no le importaba haber dejado a una niña de once años para atender su tienda. No podía recordar un momento en el que hubiera estado tan furioso. Sí, podía, la pasada noche, cuando Kate le había dicho que lo amaba, entonces, prácticamente en el mismo aliento, dijo que habían terminado. Su ira le hizo un agujero en el estómago, y apretó los dientes.

—Hola, Rob. No te he visto desde hace unos días —dijo Stanley, cuando Rob entró en el M & S.

—Hola, Stanley. —Rob tomó aire y se obligó a desencajar la mandíbula. No quería sacar su ira contra él que pronto iba a ser su padrastro.

—Tu madre debería estar aquí en unos minutos para hablar de las flores de la boda. Es ya mismo, ya sabes.

—Sí, lo sé. ¿Esta Kate por aquí? —preguntó, y pensó que había conseguido sonar malditamente agradable.

Stanley hizo una pausa un momento y luego dijo: —Ella está en la parte posterior embolsado algunas barritas de cereales que hizo esta mañana. Se están vendiendo como locas.

Rob pensó que su cabeza podría explotar. Se movió rodeando del mostrador de la trastienda.

Kate estaba de espaldas a él cogiendo un recipiente del horno. Lo colocó sobre el mostrador y miró hacia arriba. Ella ni siquiera trató de buscar culpables. — ¿Qué estás haciendo aquí?

Se detuvo frente a ella y se puso sus manos en las caderas. — Me robaste la idea de las barritas de cereales.

—No seas absurdo.

—Tú sabías que estaba trabajando perfeccionando la receta y me la robaste. — No importaba que él mayormente hubiera utilizado la treta para tenerla en su casa y poder desnudarla.

Ella tomó una espátula y la agitó en torno a la las barritas de cereales. Burlándose de él. — No era una receta secreta de siete hierbas y especias del Coronel Sanders.

—Sabías que estaba trabajando en ella para venderla en mi tienda.

Ella se encogió de hombros. — Tú te duermes. Tú pierdes.

—¿Qué? — Él quería agarrarla y sacudirla y presionarla con tanta fuerza dentro de su pecho hasta absorberla dentro de su cuerpo.

Ella dio un mordisco y masticó pensativa. — Mmm. ¿Quieres un mordisco?

Dios, ella tenía pelotas. Le encantaba eso de ella, y la quería de vuelta en su vida, pero como había sido antes de que ella decidiera que tenían que tener un compromiso permanente. — ¿Has renunciado a tu loca idea de casarte?

—¿Contigo? Sí. — Cruzó los brazos debajo de sus pechos y dijo: — El hijo de Harvey Middleton, Brice, me invitó a salir.

¿Hacía menos de veinticuatro horas que le había dicho que lo amaba y ella ya tenía una cita? — No puedes salir con él.

—¿Por qué?

Porque yo lo digo, probablemente no era una buena respuesta. —Porque se está quedando calvo.

Ella lo miró como si hubiera perdido la cabeza. Lo cual era probable, ya que sentía que la había perdido. — Sal con él. No es asunto mío — dijo, y se giró. Él pasó del cuarto de atrás al frente de la tienda. Si Brice Middleton ponía sus manos sobre Kate, Rob le iba a hacer un bloqueo de cabeza y darle de comer su almuerzo.

Grace levantó la vista de una conversación que estaba manteniendo con Stanley. Ella sonrió. — ¿Cómo estás, Robert?

—¿En comparación con qué? — le espetó. Eso en cuanto a no dejar que Kate lo vuelva loco.

Capítulo 19

Una ligera brisa agitó en Fish Hook Lake, y los rayos de la tarde cálidos se reflejaban como minúsculos espejos en las olas. El dobladillo del vestido crema de gasa de Grace Sutter revoloteaba sobre sus rodillas mientras leía la última línea de su poema a su novio y a los que se reunieron en el Parque Sockeye.

La novia y el novio se pusieron debajo de una pérgola entrelazada con flores silvestres como una red de hierba pequeña. Un predicador de la iglesia dominical de la ciudad, presidía la ceremonia. Kate estaba detrás de ella y vio como a su abuelo le temblaban las manos mientras se sacaba su poema del bolsillo. Lo desdobló y comenzó:

Mi vida se llenó de negro y gris, todo mi dolor corriendo hasta el día siguiente.

Kate bajó la mirada hacia sus uñas de color rosa y escuchó a su abuelo hablando de su vida solitaria antes de Grace. Se concentró en sus sandalias favoritas de Fendi. Las correas de color beige envolvían sus pies en cuero suave, y una funda de oro colgaba del talón y hacía un ruidito al caminar.

Sus zapatos favoritos por lo general le subían el ánimo y la hacían sentir como una diva.

Hoy, nada la hacía sentirse mejor. Ella deslizó su mirada a través de la extensión de seis pies de hierba que separaban sus dedos de los pies en los zapatos de cuero negro de Rob. El dobladillo de sus pantalones color carbón reposaban sobre los cordones de los zapatos, y afilados pliegues subían por cada una de sus piernas hacia la parte inferior de la chaqueta del traje. En una mano a un lado, él llevaba el pequeño ramo de flores de su madre de rosas blancas apuntando al suelo. Kate no se permitía mirar más lejos, porque ella no tenía que ser consciente de exactamente lo apuesto que parecía.

Rob y Grace habían llegado al parque poco después de Kate y Stanley. Al verlo caminar con su madre por el pasillo, el pecho de Kate se

había encogido y su respiración se había vuelto un poco superficial. Se había cortado el pelo, afeitado su parche del alma, y recortado el bigote de Fu Manchú que enmarcaba sus labios. Con su traje gris y pelo corto, tan guapo que parecía una portada de GQ, aunque nunca lo confundirían con un modelo masculino.

Tenía demasiada testosterona justo bajo su piel para permitir que tocase su pelo otra cosa que no fuese gel o agua.

Ella no había hablado con Rob desde el día en que había irrumpido en el M & S, furioso por su granola.

Eso había sido hacía una semana, y su corazón aún no había comenzado a sanar. De hecho, parecía romperse un poco más cada vez que lo veía. En el pasado, con cada dolor de corazón, que había sido capaz de decirle que estaba bien. Ella estaba bien. Esta vez no estaba tan bien. Ella sin duda no estaba bien.

Stanley terminó su poema, entonces Kate le entregó el sencillo anillo de boda de oro de la bolsa que colgaba de su hombro. Ella sonrió a su abuelo y a Grace cuando prometieron amarse hasta la muerte. Ella sintió la atracción de la mirada de Rob, y ella lo miró.

No era capaz de evitarlo. Sus ojos verdes le devolvieron la mirada desde el otro lado de la corta distancia, y le recordó el primer día que le había visto de pie en el M&S, su rostro vacío de expresión. Él era mucho mejor en fingir que no le importaba que ella. O tal vez él no fingía en absoluto.

El sonido del predicador declarando a Stanley y a Grace marido y mujer devolvió la atención de Kate a la ceremonia. Empujó las comisuras de su boca un poco más y se asomó a los invitados sentados en sillas prestadas de la Granja. Su madre y su padre se sentaron en primera fila junto a su hermano Ted y su tía abuela Edna.

Otros dos hermanos de Kate estaban en el extranjero y no habían sido capaz de venir.

Los aplausos estallaron cuando Stanley y Grace Caldwell se dieron un beso, a continuación, los invitados se levantaron y se dirigieron hacia la pareja. Kate dio un paso atrás y los talones se le hundieron en la hierba. La pandilla de viudas de la ciudad fueron las primeras en dar un paso adelante y felicitar a Grace.

Algunas de ellas incluso se las arreglaron para parecer sinceras.

La madre de Kate y su padre abrazaron a Grace y le dieron la bienvenida a ella y a Rob a la familia. Kate estaba bastante segura de que esa era su intención. Cualquier persona que sólo mirase a Stanley podría decir que Grace hacía su vida mejor.

Rob era el hijastro de Stanley ahora. Incluso si Kate lograba esquivarlo todo el año, tendría que verlo en acción de gracias y Navidad. ¿Cómo podría ella conseguir apartar sus sentimientos si tenía que verlo a través de la plaza de estacionamiento todo el tiempo o hablar con él lo largo de una cena de pavo y jamón?

Necesitaba unas vacaciones. A cierta distancia. Tal vez, cuando su abuelo y Grace regresaran de su luna de miel, Kate volvería a Las Vegas y a lo mejor debería mudarse. Su abuelo era feliz ahora. Él no la necesitaba, y había un mundo entero grande fuera de los límites de la ciudad de Gospel. Un mundo sin Rob Sutter - excepto los días festivos.

Desde unos metros de distancia, Kate reconoció la risa profunda de Rob, y ella lo miró.

Rose Lake tenía la mano en su hombro y se había alzado sibre los dedos de los pie para decirle algo al oído. Kate volvió su atención hacia el predicador, y le agradeció la ceremonia. Ella conversó con los Aberdeens, y al mismo tiempo se las arregló para mantener su sonrisa en su lugar y fingir que no estaba muriendo por dentro.

Sí, ella debería mudarse, decidió. Pero en realidad no quería. No en este momento. Ella sólo había empezado a encajar, se había unido a las Mountain Momma Crafters y tenía que asistir a su primera reunión la noche siguiente. Se había ofrecido para traer refrescos y tenía intención de presentar las maravillas de la comida gourmet y la jalea de jalapeño. En Gospel se estaba empezando a sentir como en casa, cosa que daba miedo, si pensaba en ello demasiado.

Kate se excusó y fue dando un paseo por el pabellón cubierto, donde estaban colocados los del servicio de catering, que Grace había contratado en Sun Valley. Ella les estaba ayudando a colocar las chocolatinas de menta, cuando oyó el inconfundible sonido del andador de Iona Osborn.

Iona vestía un vestido rojo con tanta puntilla azul en los volantes, que parecía que iba a ponerse a bailar una danza popular.

—Hola, Iona.

—Hola, Kate. —Se paró y miró al pastel de bodas de tres pisos azul y blanco.

—¿Hiciste tú la tarta?

—No, todavía no me he graduado en magdalenas.

—Hiciste un gran trabajo con ésas. —Kate estaba a punto de agradecérselo cuando Iona le preguntó.

—¿Y cuándo te toca casarte a tí?

Kate pensó que la respuesta obvia a la pregunta era, cuando me lo pidan. Aunque no se molestó en afirmar lo obvio.

—Todavía no he encontrado a la persona correcta. — respondió. Pero sí que la había encontrado. O al menos ella pensaba que sí. Miró a Rob sobre el voluminoso pelo de Iona. Estaba de pie hablando con su hermano señalándole el lago que llegaba hasta el pueblo.

Se dieron la mano y luego Ted fue hasta Kate bajo el pabellón.

—¿Cuántas veces te han preguntado cuándo te vas a casar? — Preguntó Ted mientras alcanzaba un vaso de ponche.

—Como diez. ¿Y a ti?

—Cinco. — él apuró el pequeño vaso. — Tú ganas.

Ésta era una competición que ella no quería ganar.

Ella se sentía un poco irritable y le dolía la cara de tanto sonreír. También le palpitaba la cabeza.

La tía-abuela Edna agarró un trozo de pastel y se acercó hasta ellos.

La piel de Edna parecía tan dura como la de una vieja bota del ejército, y Kate no estaba segura de si era debido a su paquete de tabaco al día o a los efectos tóxicos de su pastel de carne.

—¿Tú eres la próxima? — preguntó Edna mientras alcanzaba una pequeña taza con chocolatinas.

Kate no tuvo que preguntar a qué se refería.

—No.

—Bien, querida, si tu abuelo puede encontrar alguien a su edad, hay esperanza para ti.

Kate inclinó la cabeza a un lado.

—¿Sabías que los investigadores de Harvard han concluido que la Coca Cola no es un espermicida efectivo?

—¿Ehhh? — Edna la miró fijamente, su boca ligeramente abierta. Kate palmeó suavemente a su tía-abuela en el hombro huesudo.

—Es bueno saberlo si alguna vez te encuentras sin un condón.

Ted rió y puso su brazo alrededor de Kate.

—¿Qué dices de saltarnos esto y encontrar un bar?

Era lo suficientemente temprano, así que el Buckhorn no debería estar lleno de cabezas-huecas.

—¿Quieres jugar una partida de billar?

Él sonrió. — No voy a dejarte ganar.

Salieron de debajo del pabellón.

—Tú nunca me dejas ganar.

—Kate. — No tuvo que volverse para saber quien había dicho su nombre. Incluso después de todo, el sonido de su voz se vertía sobre ella como cálido ron.

Ella respiró profundamente y se giró para ver a Rob caminar hacia ella.

Él se detuvo a pocos pasos de ella y la miró a los ojos. — ¿Te importa si te robo a tu hermana unos minutos, Ted?

—No, no me importa. ¿Kate?

Ella le tendió las llaves a su hermano. — Espérame en el coche.

Rob esperó hasta que Ted se hubiese alejado antes de decir. — ¿Por qué te vas tan pronto?

"Porque tú no me amas y es demasiado heroico quedarse". — Ted y yo vamos a jugar al billar y a ponernos al día con lo que nos ha pasado desde Navidad.

Él se desabotonó la chaqueta, y colocó las manos en los bolsillos delanteros de sus pantalones. — ¿Planeas contarle lo nuestro?

Ella negó con la cabeza. — No hay nada que contar.

—Podría haber.

Era demasiado tentador, incluso ahora, creer eso. Pero era una ilusión. Una fantasía. — Sabía cuando me lié contigo que acabaría herida. Nunca debería haberme dicho a mí misma que podía controlarlo. No podía y no puedo. Se ha acabado, Rob.

Él se quedó estupefacto y se frotó la barbilla y la boca. — La cosa es, que creo que podría estar enamorado de tí.

"¿Podría?". Ella esperaba que él se explicase en detalle pero no lo hizo. La miraba como si esperase algo de ella. Era demasiado doloroso, y ella se giró para alejarse antes de rendirse a las lágrimas que punzaban dentro de sus ojos.

Su agarre en su hombro la detuvo. —Te digo que creo que te amo y ¿tú te alejas?

—O amas a alguien o no. Pensar que puedes estar enamorado no es lo mismo que estarlo. No es suficiente.

La mirada de él se estrechó. — ¿Y un pedazo de papel y un anillo te van a asegurar que te amo lo suficiente?

—O, pero son el primer paso para pasar la vida con la persona que amas.

Él levantó las manos. — ¿Has visto la tasa de divorcios últimamente?, preguntó incrédulo al tiempo que bajaba los brazos. —Puedes apostar que todas esas parejas pensaban que iban a pasar el resto de su vida amándose el uno al otro.

—Baja la voz. Estás en la boda de tu madre, por amor de Dios. Ella cruzó los brazos sobre su pecho, sobre su corazón. — Resulta que yo pienso que tu madre y mi abuelo serán felices y permanecerán casados.

—Sí, pero aún así son uno de sesenta. Como te gustan tanto las estadísticas, pensaba que conocerías ésa.

De hecho, era el cincuenta por ciento. — No me preocupan las estadísticas, me preocupo por mí. Por fin. Me preocupo lo suficiente como para no conformarme con menos de lo que merezco.

—¿Y piensas que te mereces el matrimonio? — preguntó él, pero había bajado la voz. — Nena, nadie se merece ese pedazo de infierno en la tierra.

—Y aún así lo deseo. Deseo intentarlo con alguien que me ame lo suficiente para intentarlo conmigo. Deseo envejecer mirando la misma

cara todas las mañanas. Deseo envejecer mirando la misma cara todas las noches a la hora de la cena. Deseo ser una de esas viejas parejas que todavía se cogen de la mano sonriendo después de cincuenta años de matrimonio. Eso es lo que deseo. Quiero ser de alguien para siempre.

—Así, que es eso. ¿O me caso contigo o sales de mi vida? ¿Es eso? ¿Así de fácil?

No, no era fácil. Romper con Rob le estaba rompiendo el corazón, pero sería mucho peor si permitía que continuasen.

—El matrimonio no es más que un trozo de papel, — se burló él.

—Si crees eso, no me extraña que tu matrimonio con Louisa acabara en desastre.

Rob observó como Kate se alejaba, y apretó la mandíbula. Le acababa de decir que podía estar enamorado de ella, y ella se lo había tirado a la cara.

Se giró y su mirada aterrizó en Dillon Taber y su esposa Hope, de pie a unos pocos pasos bajo la sombra de un árbol. Dillon volvió la cabeza hacia su mujer y posó su frente en la sien de Hope y dijo algo que hizo que le besara.

Un rápido piquito que hizo que el sheriff deslizara las manos por la espalda de su mujer hasta su trasero. Un toque familiar entre dos personas que se conocían la una a la otra íntimamente.

Eso era lo que Kate deseaba, y si Rob fuese honesto consigo mismo, lo que él deseaba también. Pero ¿a qué precio? ¿Un pedazo de papel y un anillo de oro?

Esas cosas no conseguían que la gente permaneciera enamorada.

Rob buscó en su bolsillo y sacó las llaves. Encontró a su madre y a Stanley y se despidió de ellos. No se sentía con ganas de hablar con nadie. Tenía demasiadas cosas en la cabeza.

Se fue a casa y cayó en la rutina de atar moscas para sacar sus problemas con Kate de su mente. No funcionó, y después de cerrar la tienda al día siguiente agarró su caña de pescar y se dirigió a Big Wood.

El sol de la mañana teñía las nubes de color naranja y vibrante púrpura. Se puso las botas y el chaleco encima de la camiseta y se dirigió al río. El solaz y el confort que normalmente encontraba en el ritmo constante de pescar con mosca le eludían.

La paz de espíritu que siempre encontraba a cielo abierto cuando sólo escuchaba el sonido del río y alguna zambullida ocasional le evadía.

Pensó en lo que Kate le había dicho el día anterior en la boda. Ella pensaba que el matrimonio significaba amarse para siempre y nunca estar sólo. Amaba a Kate. No se lo acababa de creer, pero lo sabía en lo más profundo de su alma, pero había cosas peores que sentirse sólo.

Él lanzo su ninfa sobre el borde de un profundo estanque. La mosca fue a la deriva unos pocos metros, y en cuestión de segundos sintió el mordisco y el tirón al final de su línea. Tiro la punta de la caña hacia arriba y enrollo el exceso. Su caña se inclinó por la mitad, y él sabía que tenía un gran pez en el anzuelo. Se sacudió y rebeló, y entonces él se sumergió río abajo y le dio una pelea infernal.

Quince minutos después de que comenzó, la lucha había terminado y un multicolor pescado de 16 pulgadas revoloteaba contra las botas altas de Rob. Él levantó el gran pescado del agua y admiró los colores "No es una belleza", él dijo antes de darse cuenta que estaba solo. Él estaba tan acostumbrado a tener a Kate a su lado que había hablado en voz alta. En tan sólo un corto período de tiempo, ella se había convertido en una parte intrínseca de su vida.

Con cuidado le quitó el anzuelo y el pez giró libre. La corriente empujó contra sus piernas mientras se movía a través del río hacia la orilla. Él recargo su caña contra la Hummer y abrió la parte trasera. El hecho de que Kate no estuviera, no significaba que tuviese que estar solo. No como antes. Simplemente porque él no tuviese a Kate no significaba que él no pudiese tener una mujer en su vida.

Él se encogió de hombros en su chaleco, pero no pudo sacudirse fuera la soledad que se asentaba sobre sus hombros.

El problema era que no podía verse a sí mismo con nadie más que Kate. Y eso era un gran problema, porque ella deseaba más de lo que él podía darle.

Él había sido un pésimo marido con Louisa y ellos se habían hecho el uno al otro miserable.

Rob camino hacia afuera con sus botas altas y empujo todo su equipo en la parte trasera de la Hummer. Él amaba a Kate. La clase de amor que lo ataba con nudos.

Él se había casado con Louisa. Había tenido un bebe con ella, pero nunca la había amado así. De camino a casa, Rob echó una mirada firme a su vida. Él era un tipo que aprendía de sus errores. Pero tal vez él no había aprendido de sus errores lo suficiente porque apenas evitaba vivir su vida. Entonces él había conocido a Kate, con su hermoso rostro y la boca astuta, y ella le hizo desear más.

Kate deseaba más también. Ella quería envejecer con alguien, pero era eso lo que Rob deseaba? Esa no era una pregunta difícil de responder. Él quería a Kate. Quería tomar su mano sin pensar, solamente porque estaba allí para sostener. Él deseaba presionar su boca en su oído y decir algo que la hiciera reír. Quería deslizar su mano por la espalda de Kate a la curva de su trasero. Un toque familiar entre dos personas que se conocían entre sí íntimamente.

Él quería observarla tratando de capturar un gran pez, sabiendo todo el tiempo que ella llevaba un tanga de encaje. Él deseaba que ella fuera su amiga y amante, y él lo quería para el resto de su vida.

Él se marcho y se dirigió a la M&S, pero Kate no era pasta para hornear para el día siguiente. Uno de los gemelos de Aberdeen le dijo que ella había mencionado algo acerca de las Mountain Momma Crafters.

No se sorprendería si ella planeara alimentarlos a la fuerza a ellos con jalea de jalapeño. Se dirigió a la granja, y su corazón latía con fuerza mientras subía por las escaleras. Incluso antes de que él abriera la puerta, podía escuchar las voces de docenas de mujeres. Hizo una pausa con la mano en la puerta, abriéndola, y se metió en la estancia. Su mirada se posó en la señora Fernwood, quien estaba de pie entre dos largas mesas.

Tenía un trozo de papel en la mano.

—Dobla el lado izquierdo del triángulo por la mitad-, dijo ella.

La puerta se cerró con un golpe ruidoso, y las cabezas giraron para mirarlo. Él sólo tenía interés en la pelirroja al final de la mesa más lejana. Ella levantó la vista, su mirada cautelosa a medida que avanzaba hacia ella.

—Hola, Rob, — llamó Regina. —¿Has venido a hacer una cigarra de origami?

Él preferiría darse un tiro en las pelotas que hacer una maldita cigarra de origami. Con unas docenas de pares de ojos fijos sobre él, cruzó la granja hasta que se detuvo ante Kate. — Necesito hablar contigo.

—¿Ahora?

—Sí. — Cuando ella sólo frunció el ceño, él agregó, — No me obligues a lanzarte encima de mi hombro.

Iona Osborn lo escuchó y comenzó a reírse tontamente.

Kate dejó su papel doblado y se levantó. — Estaré de vuelta, — dijo al grupo. Él tomó su mano suave y la condujo hacia el exterior.

Tan pronto como la puerta se cerró detrás de ellos, sacó su mano de la suya. — ¿Le ha pasado algo a Grace y a mi abuelo?

El sol poniente bañaba el área silvestre con sombras y acariciaba con su luz de plata sus pálidas mejillas. Estaban de pie en las escaleras de la granja, y él apostaría que si abría la puerta, veinte ancianas saldrían en tropel.

—No. — miró a la mujer con la que quería pasar el resto de su vida amando. — No se trata de eso.

Arrugó la nariz. — Hueles a pescado.

—Lo sé. Acabo de sacar una belleza de dieciséis pulgadas. Te habría encantado.

—¿Eso es lo que viniste a decirme?

—No, pero mientras estaba pescando, me di cuenta de lo mucho que te he echado de menos y que mi vida es una mierda sin ti.

—Rob, yo no…

—Tienes razón, — le interrumpió antes de que se perdiera por los nervios. — Tú te mereces mucho más. Te mereces a alguien que te ame lo suficiente.

El dolor nublo sus ojos y ella miró hacia otro lado. Él puso su mano a un lado de la cara y la trajo de vuelta a su mirada. — Te quiero, Kate. No te limites al pensar que yo podría amarte. Nunca he amado a una mujer más de lo que te amo. Me encanta tu tenacidad. Me encanta que otros hombres piensen que eres una rompe pelotas y que sólo yo conozca

la verdad. Me gusta que sin ayuda de nadie quieras cambiar las comidas habituales de Gospel. Me gusta que sepas lo que vales. Yo solía pensar que si algo salió mal en mi vida, el problema se resolvería si no cometía el mismo error dos veces. Pero eso no resuelve nada. Eso terminó por hacer mi vida tan solitaria como el infierno. Entonces apareciste tú y deje que la luz del sol entrará por la parte de atrás en mi vida. Y no quiero volver al modo en que las cosas eran antes de que me hicieras proposiciones esa noche en Sun Valley. Te amo y quiero estar contigo para siempre. Quiero que seas mi amiga y mi amante.

— No por hoy o mañana. No durante un año o cinco años a partir de ahora.

Él envolvió sus brazos alrededor de su cintura y bajó su boca a su oído. — Kate se mi esposa. Mi amante. Mía para siempre.

Después de una pausa que pareció una eternidad, dijo, — Lo estás haciendo de nuevo.

—¿Qué? — Se retiró y examino su rostro. Las lágrimas descansaban en la parte inferior sus pestañas, y el corazón latía fuerte en su pecho mientras esperaba que empezara a hablar de nuevo.

—Hacerme imposible decirte que no.

Él sonrió. — Entonces, di que sí.

—Sí. — Ella envolvió sus brazos alrededor de su cuello y apoyó su frente en la suya. — Te amo, Rob. Me encanta que tienes un ego más grande que el mío. Me encantó que te enfrentaras a las Mountain Momma Crafters por mí. Llegué a Gospel para buscar mi vida, y te encontré a ti.

—Tú eres mi amante y mi hombre de fantasía.

Le dio un beso largo y húmedo, y cuando él se retiró, dijo, — Estaba pensando que deberíamos ir a celebrar al albergue donde nos conocimos.

Ella colocó las manos sobre sus hombros y se recostó. — Ese no es uno de mis mejores recuerdos.

Él sonrió. — Es mío.

—Lo único que quieres es que te retuerza en un pretzel sexual.

—Estás leyendo mi mente otra vez.

Ella se echó a reír. — A veces no es difícil.

Ella era una sabelotodo y una mal hablada. Él la abrazó con fuerza y hundió la nariz en la parte superior de su cabeza. Esas eran tan sólo dos de las cosas que amaba de ella.

Epilogo

Kate Sutter levantó hasta sus labios su ron-miel caliente y tomó un largo trago. Decidió que El Día de San Valentín, era jodidamente fabuloso. En la escala de cosas "jodidamente fabulosas" se encontraba en algún lugar entre el trasero desnudo de su marido y el diamante de Tiffany de cuatro quilates en su dedo.

Kate echó una mirada alrededor del Duchin Lounge, a las brillantes guirnaldas de corazones, a las rosas y al brillo parpadeante de las velas.

A los corazones rosas y rojos, colgados tras la barra y en los grandes ventanales que daban a los pinos cubiertos de nieve, a las pistas de esquí y a los esquiadores nocturnos. Llevaba casada seis horas y esperaba que fuese por el resto de su vida.

Ella y Rob habían jurado sus votos en la pequeña iglesia de Gospel y después de la recepción habían partido para su luna de miel. Primera Parada, el Duchin Lounge.

Desde el final del verano, su abuelo estaba jubilado y le había dejado a Kate el M&S para que lo regentara.

El día que él y Grace se habían ido, conduciendo una Winnebago nueva, Kate había pedido que le trajeran una caja registradora nueva que llevaba un registro de las compras al momento de su venta.

Su pan casero se acababa todos los días, aunque la mermelada de jalapeño era todavía difícil de vender.

—Una cerveza Sun Valley. — Ordenó una voz a su lado.

—En vaso o en botella. — preguntó el camarero.

—En vaso está bien.

Kate paseó la mirada por unos levi's de vestir y una camisa azul de franela hasta un par ojos verdes.

—¿Quieres ver mi tatuaje? — preguntó.

El camarero colocó la cerveza sobre la barra, y Rob la levantó hacia sus labios.

—¿Me estás haciendo una proposición?

—Sí. —Ella se puso de pie y bajó su taza.

—Tenemos novecientas veinte fantasías que empezar.

Él tomo un trago y después bajó la botella. — Novecientas diecinueve. —Dijo con una mirada puramente lasciva.

La agarró de la mano y salió del salón con ella lo más rápido que sus botas le permitían.

—Pero, ¿quién las está contando?

F i n

Agradecimientos

El Grupo Val Hall quiere agradecer a todas las *traductoras*, *correctoras* y *diseñadoras* que participaron en el desarrollo de este proyecto, sobre todo gracias a todas nuestras *lectoras* por esperar pacientemente cada capítulo.

Especialmente agradecemos a nuestra casita y a la moderadora encargada del proyecto, por aportar de su tiempo para que este llegara a su fin.

Gracias y felicitaciones a toda nuestra gran familia por otro trabajo realizado.

Hasta la próxima.

Que lo disfruteis